Espirales

El Juego del Poder

Cuando el deseo despierta tu poder, amar puede volverse una amenaza.

Pablo A. Bravo

Espirales

El Juego del Poder

Pablo A. Bravo

Espirales. El Juego del Poder. / Pablo A. Bravo
Primera edición publicada por el autor a través de Amazon KDP

ISBN 9798274420556

Narrativa Argentina. 2. Novela I. Título©2025 Espirales. El Juego del Poder.
© Pablo A. Bravo
www.espirales.com.ar

Arte de tapa: Pablo A. Bravo

Hecho el depósito que previene la ley 11.723
Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna, ni por ningún medio —electrónico, mecánico, fotocopia, grabación o cualquier otro— sin la autorización previa y por escrito del titular del copyright, salvo breves citas con fines de reseña o comentario.
Esta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y sucesos son producto de la imaginación del autor o se usan de manera ficticia. Cualquier semejanza con personas reales, vivas o muertas, es pura coincidencia.

A las mujeres poderosas,
de quienes aprendí
el poder de la resiliencia.

Espirales
El Juego del Poder

I. Rúbrica Roja.

Su forma de besar siempre me sedujo, tanto o más que su inteligencia. Era dulce, tierna y, a la vez, apasionada. Tenía unos labios suaves como la seda que se adaptaban perfectamente a los míos, y yo disfrutaba de sus besos aun cuando no estábamos juntos. Los llevaba conmigo a todos lados; era una magia que me acompañaba.

Él era un verdadero seductor, un artífice de ilusiones increíbles. Cuando estaba a su lado, me transportaba a un mundo casi irreal y, al mismo tiempo, casi verdadero; con él nunca supe distinguir de qué lado de la realidad me encontraba. Al conocerlo descubrí un universo de posibilidades y nuevas sensaciones. Me abrió las puertas de un mundo en el que nunca había estado y del que me fui apropiando poco a poco, una vida sin tabúes donde aprendí a conocerme y a reencontrarme conmigo misma.

Esas experiencias compartidas, que fueron el prólogo de mi propia metamorfosis, resonaron también en él. Como en un espejo, se le reveló su propio camino. Con el tiempo le pasó lo mismo, pero en una secuencia inversa: él, que me sedujo con su carisma, seguridad y experiencia, fue descubriéndose también, renaciendo en un hombre nuevo.

Es tan difícil salir de la zona de confort, pero cuando se logra, hay un universo de posibilidades por delante. Es un camino lleno de dudas y miedos, de desafíos por enfrentar y batallas por librar. Una simple elección y la inercia hace su trabajo. A veces se puede planificar el camino, pero en ocasiones ocurren imprevistos que mandan al carajo todos los planes.

Y aquí estoy, con un cuchillo en la mano, con mi ropa llena de sangre y sin saber qué hacer.

* * *

II. Azar o Destino.

–¡No! ¡No! ¡No me hagas esto! –era una súplica ante la indefensión.

Una distracción. Cinco minutos, solo cinco minutos. No había tiempo ni marcha atrás. No podía retroceder el tiempo para evitar la catástrofe. Solo cabía aplicar un plan B, una alternativa desesperada para lograr llegar a tiempo y evitar consecuencias. Sami abrió el gabinete superior de la alacena y sacó una bolsa con pan. Abrió con urgencia el cajón superior de la mesada y sacó un cuchillo. Se dirigió luego a la heladera y retiró un recipiente de plástico con queso y jamón en fetas, y un frasco de mayonesa. Menú del día: sándwiches.

El transporte escolar llegó a horario. Luna fue la primera en estar al lado de la puerta, lista para ir a la escuela. Se quedó de pie mientras observaba a Sami acomodarle el uniforme a Mariano, sonriente, en silencio. Sami estaba concentrada en acomodarle la ropa a Mariano y en controlar que llevara todo lo necesario en la mochila, sin percatarse de que Luna la observaba. Bruno pasó entre ellos corriendo, con medio sándwich entre los labios, la mochila en una mano y la chaqueta deportiva a medio poner.

–¡Bruno! Mi beso. – Bruno frenó su marcha, retrocedió un par de pasos, mientras sacaba el sándwich de su boca con la mano libre. La besó en la mejilla y volvió a correr rumbo al transporte. –¿Llevas el libro nuevo de inglés que compramos ayer?

–¡Sí! – gritó mientras subía al vehículo.

–¡Uf! No paro de correr. Tengo que comprar los libros, atender los pedidos de las maestras de última hora, hacer de transporte a la tarde para llevarlos a danzas y a básquet, y lidiar con Mariano y su resfrío eterno, además de la visita a la pediatra. Y Ricardo, que se va de viaje por trabajo mañana y ni siquiera sabe prepararse el equipaje. ¡Y tengo que pensar en la cena! ¿Qué hago esta noche para cenar? –Mientras lo decía, Sami se llevó una mano a la cabeza, para acariciarla, como un acto de autocompasión, al tiempo que aspiraba profundamente cerrando los ojos. Cuando terminó su descarga emocional se percató de que Luna la miraba en silencio.

Luna le sonrió y, mientras su madre besaba a Mariano, le preguntó: –¿Má?

–¿Qué, mi amor? Apúrate que el transporte te está esperando.

–¿Cuándo vas a vivir?

–¡Estoy viva! ¿No me ves delante tuyo?

–Me refiero a vivir para vos.
El sonido del claxon del transporte las interrumpió.
–¡Vayan, que si no se apuran los dejan!
Sami besó a Luna en la mejilla. Luna tomó a su hermano de la mano y caminaron a paso rápido para subirse al transporte y partir a la escuela.
El resto de la mañana Sami se encargó de ordenar y limpiar la casa. Fue al Centro Comercial, pues debía ir al supermercado, llevar una camisa y un ambo a la tintorería, y comprar alimento para Rambo, un hermoso perro labrador, y para Tomás, un gato mestizo con manchas marrones y grises. Ambos eran parte de la familia, no simples mascotas; Sami siempre les compraba el mejor alimento.
Lo primero que hizo fue dejar la ropa en la tintorería y encargar el servicio exprés de una hora; luego fue al supermercado y, de camino a la tienda de mascotas, pasó por un par de boutiques con unos vestidos en la vidriera que captaron su atención. Se detuvo a admirarlos. Podía ver su propio reflejo en el vidrio y copió la pose del maniquí para que el reflejo le devolviera la imagen como si tuviera puesto aquel vestido. Se imaginó en una fiesta, llevando puesto ese hermoso vestido y acaparando todas las miradas. Observó la caída que tenía la tela y cómo se adaptaba al cuerpo del maniquí. Ella podía lucir el vestido aún mejor que el maniquí, pues tenía una figura esbelta y delgada, y con 38 años podía aparentar muchos menos. Mientras su imaginación la llevaba a aquella fiesta, con sus ojos recorría los detalles del vestido. Cuando llegó a la cintura vio en sus manos las bolsas del supermercado. Esa imagen que soñaba despierta se esfumó. Volvió a la realidad como si le hubiesen dado un cachetazo de cordura. Suspiró y siguió camino a la tienda de mascotas.
De camino al automóvil, que había estacionado en algún lugar del centro comercial, pasó por la cafetería de moda. Hacía poco tiempo que la habían abierto al público y la inauguración fue el evento del que todos hablaron durante semanas. Ese día estaba lleno de periodistas, cámaras de televisión, fotógrafos y streamers. Había algún famoso dentro dando una conferencia de prensa. Desde el exterior la visión era limitada, el reflejo del sol proyectaba imágenes del estacionamiento. El evento que se desarrollaba dentro también tenía una contrapartida en el exterior: exhibían tres vehículos de competición. Siguió caminando y cuando pasó por la gran puerta de entrada, una marea de personas salió -fotógrafos, camarógrafos, periodistas, etc.- persiguiendo a las celebridades que se encontraban allí

dentro. La salida fue tan brusca y descuidada que empujaron a Sami haciéndola caer al suelo. Desde allí pudo ver a una de esas celebridades observarla. No logró reconocerlo de inmediato, pero su rostro le resultó familiar. Pudo leer sus labios: «¿Estás bien?». Aunque lo entendió perfectamente, ella no pudo escucharlo. Él no pudo acercarse a ayudarla.
«“¿Estás bien?”, un desconocido se preocupa por mí mientras mi marido me engaña con otra», pensó mientras lo observaba alejarse. Unos minutos antes la empleada de la tintorería le explicaba el trabajo que le tomó quitar la mancha de labial del cuello de la camisa: «Es muy difícil de quitar.» Era la confirmación de lo que Sami sospechaba. «¡Qué hijo de puta! ¡Me está engañando!» Absorta en sus pensamientos y sin razonar ninguno de sus movimientos, Sami llegó a su auto.
Mientras se colocaba el cinturón de seguridad observó por el espejo retrovisor al grupo de personas caminar hacia los autos de competición. Intentaba divisar al hombre que se preocupó por ella, pero un destello de luz, seguido de un estruendo, la sorprendió. En un acto reflejo agachó la cabeza y la cubrió con sus manos. La gente corría en todas direcciones. Sin pensarlo colocó la palanca de cambios en reversa y aceleró. El auto retrocedió un par de metros y se detuvo en seco. Lo vio . Alejandro corría hacia el auto, seguido por una mujer vestida de negro, quien al llegar abrió la puerta de atrás y lo empujó dentro.
–¡Acuéstese! –le indicó al hombre mientras se sentaba adelante, al lado de Sami. –¡Acelere! Sáquenos de aquí. ¡Ya! –le exigió a Sami.
Sami aceleró. Su reacción fue mucho más rápida que sus reflejos. No pudo adecuar la trayectoria e impactó un vehículo estacionado al salir.
–¡Sigue, sigue! –ordenó la mujer.

Recorrieron varias cuadras. «Rápido, pero sin llamar la atención», le había dicho la mujer que aún no le permitía al hombre levantarse del asiento trasero.
–¿Estás bien? –preguntó él.
Sami, de reojo, pudo ver que se dirigía a ella.
–Eh… sí… creo que sí. –La voz de Sami temblaba de la misma manera en que lo hacía todo su cuerpo. Una lágrima recorrió su mejilla.
–En la próxima, a la derecha. –Dijo la mujer, mientras observaba su teléfono móvil. –En trescientos metros vas a ver un auto blanco de Waymo. Estaciona detrás.

El hombre acostado en el asiento trasero extendió su brazo, acercando su teléfono al de Sami, que se encontraba en un compartimento entre los asientos delanteros. Ambos aparatos vibraron. Sami tomó el suyo y miró la pantalla.
–Acepta, por favor. –Le pidió él.
Lo hizo.
Se detuvo donde le indicó la mujer de negro y sus pasajeros bajaron rápido del vehículo e ingresaron al Waymo sin demora. El vehículo autónomo inicio su marcha, pero ella se quedó en el suyo, inmóvil. Llevó sus manos al rostro y se lo cubrió para al fin largar a llorar.

Luego de llegar a casa y ordenar las compras, se metió a la ducha. Necesitaba quitarse de encima todo el estrés.
Se ubicó bajo la lluvia y se quedó varios minutos inmóvil. El agua caliente caía por su cuerpo, quitándole poco a poco esa pesada carga. Golpeaba su cabeza y su espalda, descendiendo luego por su cuerpo, en un consolador abrazo. Tan aliviador como ese “¿estás bien?” que leyó de los labios de aquel hombre. «¡Qué boluda! Ni siquiera sé su nombre», recordó la forma en que la miró. “¡Está muy bien!», se dijo mientras sonreía. La imagen de sus labios mientras articulaba esa frase acudió a su memoria. Una imagen que quedó grabada en su mente. «No hice la denuncia. Debí llevarlos a la policía en lugar de huir del lugar.» Sorprendida por el hallazgo se quedó paralizada, mientras el agua le quitaba el jabón del cuerpo. El alivio se fue y volvió a sentir la carga de la culpa y el arrepentimiento. «Ni siquiera sé su nombre», se reprochó. «¡Qué boluda!» Su mente volvió enseguida a los labios de aquel hombre. Se imaginó disfrutando de sus besos, entregándose al placer de ser seducida por un desconocido. Se entregó a su imaginación y en ella, se entregó a aquel hombre. Se sostuvo con una mano en la pared y apoyó la cabeza sobre ella, mientras su otra mano estimulaba con delicadeza su clítoris. Imaginó allí los labios de aquel hombre, que rozaban suavemente la punta de su epicentro de placer. Un calor sofocante invadió su cuerpo, tembló. Notó una energía acumularse y el aire no le alcanzó. Llegó a la punta del volcán, e hizo erupción. Suspiró y se relajó al fin.
Unos minutos después, estaba corriendo de aquí para allá, tratando de llegar a tiempo a todas las actividades de los niños, mientras calculaba si tenía todos los ingredientes para la cena de esa noche y el almuerzo del día siguiente. Y la maleta de... Ricardo.

Luego de cenar preparó café, como era habitual, y se sentó junto a Ricardo a mirar televisión. Luego de ver la crónica policial sobre un enfrentamiento entre la policía y un grupo narco-terrorista en Río de Janeiro, pasaron a las novedades deportivas.
–Vamos a pasar ahora al plano deportivo, pero sin alejarnos de la crónica policial. –comentó el presentador en la TV. –Durante la presentación, luego de la rueda de prensa, hubo un accidente. El auto de Alejandro Nieto explotó, dejando a tres personas hospitalizadas. La policía investiga las causas, pero según nos informó se trataría de un accidente.
–Yo tengo mis reservas. –comentó el cronista dedicado a las noticias policiales. –Nieto está siendo investigado por la justicia y esto podría ser una suerte de advertencia. Según mis fuentes, Nieto desapareció del lugar y aún no han podido localizarlo.
–¿Está chequeado? –preguntó con incredulidad el presentador.
–Estoy trabajando en la confirmación de la información, pero este tema va a traer novedades muy pronto. Sé que la policía está tras la pista de un auto de pequeño porte, probablemente blanco. Me dicen que luego de la explosión un auto de esas características salió del estacionamiento, impactando al menos tres autos estacionados.
«Solo fue uno… ¡Mierda! Están hablando de mí».
–Tu teléfono.
«Debí haber ido a la policía. ¡Mierda!»
–Tu teléfono, Sami. –le volvió a avisar Ricardo.
–¿Eh? ¿Qué? –Sami había perdido la noción del tiempo y el lugar. El aparato volvió a sonar y se calló. Sami se levantó, se acercó a la mesa y tomó el celular. Tenía una llamada perdida de Alejandro Nieto. «¡¿Qué?!»
Se fue al baño y abrió el grifo, solo para que hiciera ruido. Miraba el teléfono sin saber qué hacer cuando volvió a vibrar. Un mensaje: *_Hola! Necesito hablar contigo, es urgente. ¡Llámame!*
El espejo le devolvió el reflejo pálido de su rostro. Las piernas se le aflojaron y tuvo que sentarse en el inodoro.
No puedo hablar. Solo puedo chatear, le respondió.
Ok. ¿Estás bien?
Sí.
¿Has ido a la policía?
No. Pero pienso hacerlo mañana.

No, por favor. No lo hagas. Fue un accidente, pero mi guardaespaldas exageró todo. Seguro te asustó, ¿no es así?
Sí, y mucho. Pero en las noticias dicen que puede que no haya sido un accidente. Explotó un auto. Hay gente herida.
No fue un auto. Se prendió fuego un bidón de gasolina y el herido es uno de los mecánicos que manipuló sin precaución el combustible. Por suerte está bien, no fue nada grave.
Me alivia saberlo, pero aun así debo ir a la policía. Choqué un auto y dañé bastante el mío.
No te preocupes, yo me haré cargo de la reparación. Es lo menos que puedo hacer. Hablaré con mi gente y coordinaremos para que lo lleves a mi taller. Pero olvídate de la policía, te perderás en una burocracia interminable por algo sin importancia.
«Quizá sea cierto. Según el noticiero yo choqué tres autos y fue solo uno».
Ok.
¡Perfecto! Mañana te escribo.
Sami se lavó la cara y cerró el grifo. Salió del baño y volvió a la sala.
–Voy a ir al autódromo el domingo con Ariel. Viene el Turismo Competición y hay pelea por la punta del campeonato. ¡Mira! Ese es “Rusito” Nieto. Alejandro “Rusito” Nieto, va segundo o tercero y puede que tenga chances de acercarse más a la punta. –dijo Ricardo. –¡Ja! Yo te hablo de automovilismo y no tienes ni idea de quién es.
–Lo conozco.
–¿A quién?
–A ese tipo. Lo vi hoy, en el centro comercial. Fue cuando choqué el auto…
–¡Cierto! Si ahí fue la conferencia de… ¡Para, para, para, para! ¡¿Cómo que chocaste el auto?!
–Sí, y estoy bien, no me pasó nada.
–¿Y el auto?
–No fue gran cosa, apenas un rasguño.
–¡Claro! Como el tarado que se la pasa trabajando para ganar el sueldo soy yo y tú solo paseas…
–¡Ah, claro! Yo soy la que no hace nada. Me la paso fregando y limpiando, con los chicos de aquí para allá. No tengo tiempo para mí. He dejado de ocuparme de mí hace mucho tiempo.
–Pero si una vez que se van los niños al colegio tienes todo el tiempo del mundo. Lo ves, te llenas la boca de excusas. No haces nada. ¿Me lo vas a

negar acaso? Yo soy el que se pasa diez horas o más fuera de casa, si es que no me toca viajar por trabajo. ¿Y todo para qué? Para que tú tontees por ahí.

–¿Sabes qué hice hoy mientras, según tú, estaba haciendo tonterías en el centro comercial? Retiré la camisa de la tintorería, la que estaba manchada en el cuello. ¿La ubicas?

Ricardo empalideció de inmediato. Su cerebro buscó una excusa o una salida. Sabiendo que una excusa extendería la discusión y la elevaría de tono, decidió optar por una salida rápida para terminar la pelea. –Me voy a bañar.

–No te vayas que no te terminé de contar lo que descubrí…

Se escuchó un portazo cuando entró al baño. Ella no lloró, para que no la vieran sus hijos, pero ganas no le faltaron. Los llevó a la cama, les dio el beso de las buenas noches, apagó casi todas las luces de la casa, salvo la de la mesa de luz de Ricardo, y se acostó. Cuando él saliera del baño, ella fingiría estar dormida. Con suerte él se iría muy temprano para llegar a horario al aeropuerto. Ella ya le había dejado la valija al lado de la puerta. Era una valija pequeña, de las que se suben con uno al avión y se colocan en el compartimiento superior, arriba de los asientos. Hubiese querido que sea una gigante, y que no vuelva. Al menos es lo que deseó esa noche, pero eran solo dos días. Dos días en los que por fortuna ella dormiría sola, y desafortunadamente para ella, él no.

III. El Oasis en el Caos.

Eran las 5:25 y aún no había salido el sol. En poco más de media hora se activaría la alarma, aunque él ya estaba despierto. Salió de la cama sin hacer ruido, entró al baño y cerró la puerta con el mismo cuidado con el que se levantó, para no despertar a Carolina. Él creía ser sigiloso, pero no sabía que ella ya estaba despierta, contando cada paso que él dio hasta llegar al baño. Diez minutos más tarde estaba vistiéndose con ropa deportiva para ir al gimnasio, ubicado en el subsuelo de su edificio. Una hora de ejercicios diarios le generaba la suficiente cantidad de endorfinas para enfrentar la rutina. Luego del gimnasio, una ducha, un buen desayuno y a lidiar con el mundo.

Esta era una semana diferente, era de las que más esperaba. Una vez al mes, competía en una categoría de automovilismo y le ilusionaba mucho salir campeón por tercera vez. Tenía una agenda súper ajustada, dedicada a su empresa, Galtech, de la que era CEO; pero además, debía participar también en una conferencia de prensa en el centro comercial; reunirse luego con su equipo para ultimar detalles previo a las pruebas que comenzarían el viernes en el autódromo, y finalizar el día con una cena para sus patrocinadores deportivos.

La conferencia de prensa resultó muy productiva. La convocatoria de medios fue muy exitosa, sobre todo porque dos de los medios más importantes del país estaban allí. Entre quienes daban la conferencia se encontraban Bruno Munemann, presidente de la ACM (Asociación de Competencia Motor); Ramiro Cuevas, Director de Prensa de la ACM; Santiago Coria, piloto y propietario del equipo Sakuga Racing; Marcos Varela Domínguez, piloto principal del equipo Arrow; y Alejandro, representando al equipo Silver Hawk, como su principal piloto. Luego de finalizar la etapa de preguntas, organizadores, pilotos, periodistas, fotógrafos y camarógrafos se dirigieron al exterior. Además de la conferencia, habían llevado tres vehículos con los que competirían el fin de semana. Uno era el de Coria, con quien Alejandro se disputaba la punta del

campeonato; el otro le pertenecía al equipo Arrow y sería pilotado por Varela Domínguez; y el tercero era el que pilotaba Alejandro.
Cuando terminó la conferencia, el responsable de prensa de la ACM invitó a los medios a acompañar a autoridades y pilotos al estacionamiento para hacer algunas tomas y fotografías junto a los autos de competición. Algunos medios aprovecharon la informalidad al salir al estacionamiento para acercarse a los pilotos y hacer preguntas sobre temas que no habían sido pautados con los organizadores. La marea de periodistas salió del salón, la avalancha de cámaras y micrófonos se llevó consigo a una mujer que caminaba por la acera, quien terminó en el suelo. El camarógrafo que la empujó no pudo verla ni evitar el incidente, ya que retrocedía, intentando no perderse ningún detalle con su cámara. Pero Alejandro sí pudo verla, aunque no logró evitar el golpe ni la caída. Tampoco pudo ofrecerle su ayuda, dado que estaba rodeado de personas, incluyendo al personal de seguridad. Lo único que atinó a hacer fue preguntarle si estaba bien. Aunque sospechaba que la mujer que lo miraba desde el suelo no había podido escucharlo, por su sonrisa supo que había comprendido lo que le preguntó.
La sesión improvisada de fotos comenzó. Los medios más importantes esperaban terminar para hacerle algunas preguntas a Alejandro, pero sin relación con su faceta deportiva. Querían saber sobre los rumores relacionados con su empresa y una investigación judicial por una denuncia pública de supuestas actividades ilícitas. Pero cuando los periodistas intentaron abordar el tema, una explosión los sorprendió. Muchas personas terminaron en el suelo producto de la onda expansiva. Alejandro fue uno de ellos, pero su guardaespaldas lo levantó y lo alejó del lugar.
–Ingrid, ¿estás bien?
–Estoy bien, señor. ¿Cómo está usted? –inquirió su guardaespaldas.
–Bien. Algo aturdido.
La mujer divisó un auto que estaba saliendo del estacionamiento. Le hizo una seña con la mano y el auto se detuvo. «¡Valla suerte!», se dijo a sí misma. Al llegar, abrió la puerta trasera y empujó a Alejandro sobre el asiento.
–¡Acuéstese! –le indicó a Alejandro mientras se sentaba adelante, al lado de la mujer que conducía. –¡Acelere! Sáquenos de aquí. ¡Ya! –le exigió.
Tan pronto como salió el auto, impactó con un vehículo estacionado.

–¡Sigue, sigue! –le ordenó a la conductora, quien sin dudarlo siguió acelerando hasta mover lo suficiente al auto que impactó como para continuar con su huida.
–No rompas ninguna ley. Conduce rápido, pero no llames la atención.
–¿Estás bien? -preguntó Alejandro a la conductora. Ella lo miró con el rabillo del ojo y asintió con la cabeza, sin dejar de mirar al frente.
–Eh… sí… creo que sí. –La voz de la mujer temblaba de la misma manera en que lo hacía todo su cuerpo. Alejandro pudo notar que contenía sus lágrimas.
«Eres tú, la que terminó en el suelo», pensó Alejandro.
–En la próxima, a la derecha. –dijo Ingrid, mientras observaba su teléfono móvil. –En trescientos metros vas a ver un auto blanco de Waymo. Estaciona detrás. Había pedido un auto de alquiler autónomo, que ya los esperaba en el lugar.
Alejandro, que seguía recostado sobre el asiento trasero, extendió su brazo, acercando su teléfono al de la mujer que conducía, que se encontraba en un compartimento entre los asientos delanteros. Ambos aparatos vibraron. La mujer tomó el suyo y miró la pantalla.
–Acepta, por favor. –le pidió él.
Y ella lo hizo.

Alejandro e Ingrid, su guardaespaldas, subieron al asiento trasero del auto de alquiler. Ingrid presionó el botón START en la pantalla delante de ellos y el vehículo se dirigió al destino que previamente había definido.
–¿Qué crees que fue? ¿Una explosión? –Preguntó Alejandro mientras leía los datos de contacto de la conductora que los había llevado hasta ahí.
–No explotó ningún auto, si eso es lo que pregunta.
–¿Habrá sido un accidente?
–Es probable, no lo sé. Vi a una persona joven, vestido como mecánico de su equipo, con un bidón. Creo que podría ser de combustible. Quizás él se accidentó. No me pareció sospechoso.
–Habían dos mecánicos de mi equipo, que fueron los que llevaron el vehículo para exhibirlo, pero no tenían por qué manipular combustible. Ninguno de los autos. De hecho, ya salen de los talleres con el combustible

mínimo indispensable. No se reposta en el lugar, menos para una exhibición.
–Entonces han intentado atentar contra algo o alguien.
–Habla con Víctor, debe estar preguntándose dónde nos metimos.
–Nos está esperando a dos calles de aquí. Ya coordinamos la recogida. Me ha dicho que un mecánico salió corriendo en llamas del lugar de la explosión y cayó a los pocos metros. Un móvil policial llegó enseguida, lo subieron al vehículo y se marchó de allí de inmediato. No pudo ver más porque salió a nuestro encuentro en cuanto le mandé el mensaje.

Luego del encuentro con Víctor, su chofer. Cambiaron de vehículo y se dirigieron a las oficinas de Galtech. Alejandro aprovechó la privacidad de su oficina para ver quién había sido la mujer que los ayudó a escapar.
«_Sami. ¿Así que así te llamas?»
El dato del contacto que compartieron al acercar sus teléfonos era muy limitado. Un nombre, en diminutivo, y el número de la línea. Nada más. «Me harás trabajar para conocerte», pensó y llamó a Ingrid. Le pidió que investigara a quién le pertenecía el número de línea y le dio el único dato adicional que tenía: _Sami. Le llamó la atención el uso del guión bajo delante de su nombre. No sabía el motivo de usarlo así, pero sospechaba que estaba relacionado con el orden alfabético en el directorio de contactos del teléfono.

En una pequeña oficina sin ventanas, el aire se volvía denso, no sólo por el humo acumulado por las decenas de cigarrillos que allí se habían fumado, sino por los malos resultados de la última operación.
–¿Qué pasó con el activo?
–Desactivado. Murió por las graves quemaduras y la falta de atención médica.
–¿Y cómo escapó Nieto?
–Hicieron una extracción precisa con un vehículo que no teníamos cubierto.
–¡Maldición! Detesto cuando los planes salen para el carajo. Era nuestra oportunidad. ¿Cómo se te puede pasar por alto un plan alternativo de escape, Cero?

–Investigamos la matrícula. Pertenece a Samantha Brunetti. Casada, dos hijos. Arquitecta. Ama de ca…
–Omite los detalles triviales. –La interrumpió. –Si no tienes información útil, ahórrame el tiempo y ponte a trabajar. Sigue escarbando. Algo de utilidad tiene que haber.

Para Alejandro el resto del día fue un caos. A los problemas habituales de una gran empresa se sumaban los infundados rumores que algunos medios divulgaban sobre los problemas legales que tanto Galtech como el propio Alejandro enfrentarían en un futuro cercano. Y como si fuera poco, la conferencia de prensa había perdido el protagonismo que esperaban, opacada por la noticia de la explosión y desaparición de Alejandro Nieto. Esto lo motivó a publicar un breve mensaje en sus redes sociales para informar a sus seguidores y a la prensa que estaba bien. Por lo general, aunque estos temas mantenían ocupado a Alejandro, no le quitaban el sueño; sin embargo, el "ruido" mediático era tal que apenas podía despejar su mente, incluso durante la cena con sus patrocinadores. Competir en un bólido siempre había sido su escape de la rutina. Lo disfrutaba incluso fuera de la pista, los días previos durante la preparación de la competencia. Trabajaba codo a codo con su equipo de ingenieros y mecánicos. «Es lo que me mantiene cuerdo», solía decir cada vez que le preguntaban cómo podía organizarse y tener tiempo para competir a tan alto nivel.
Esa noche esperaba que la cena, que compartía con sus sponsors, fuese una suerte de oasis dentro de su agenda, pero no lo fue. Alguien lo había reconocido y había avisado a la prensa. Varios medios lo esperaban afuera y aprovechaban para tomar imágenes a través de los grandes ventanales. A la prensa no se le permitió ingresar al restaurante, pero bastaba con su presencia para incomodar no solo a Alejandro, sino a todos los comensales. Mientras retiraban el plato principal, Alejandro se excusó para ir al baño. Era solo una excusa para tratar de ocultarse de las cámaras, al menos por un momento. Se escabulló en un cuarto que parecía un depósito de limpieza. Tomó el teléfono para ordenar que prepararan el vehículo ya que saldría antes de lo previsto. Cuando abrió la agenda, el primer contacto que apareció era el de ella: *_Sami*. De pronto se olvidó del mundo. O, en otras

palabras, su mundo se redujo tanto que nada, excepto la imagen de esa mujer, permaneció en sus pensamientos.

IV. El Sabor de lo Prohibido.

El celular de Sami estaba sobre la mesa de noche, con la pantalla hacia arriba. Sami, con los ojos cerrados y casi dormida, notó el encendido de la pantalla y la sutil vibración del celular. No sonó, pero esa luz, ese resplandor que percibió a través de los párpados cerrados, fue suficiente para que Sami abriera los ojos. Estiró su mano y tomó el celular. Con la pantalla bloqueada pudo ver un mensaje de un número desconocido. Estuvo a punto de volver a dejarlo en la mesa, pero algo la detuvo. Pensó: «¿Y si es él? No, imposible. Son más de las diez de la noche, no me va a escribir a esta hora.» Pero la duda y la ansiedad la devoraban por dentro. Desbloqueó el teléfono y el mensaje solo decía: *_Hola!* Un número desconocido y con un hola como mensaje. «Algún estúpido sin nada que hacer», pensó. En busca de una breve dosis de dopamina, casi por reflejo, abrió una de sus aplicaciones de redes sociales y comenzó a ver videos uno tras otro, hasta que... "_Hola!"… «¿Habré visto bien?», se preguntó mientras cerraba la aplicación y abría los mensajes. En efecto, ese Hola tenía algo particular: comenzaba con un guion bajo. «Y si… ¿Será casualidad?» Era la forma en que ella tenía agendado su propio contacto, para estar primera en la lista. No había nada que la fastidiara más que no recordar su propio número de celular, pero habiéndole sido imposible memorizarlo, decidió registrarse así en su libreta de contactos para poder darlo rápidamente cada vez que se lo solicitaban. Dudó en responder. La duda y la precaución luchaban contra su ansiedad y curiosidad, pero estas últimas ganaron la batalla.

Hola. ¿Quién eres?, escribió en su teléfono y de inmediato lo envió. Sabía que se arrepentiría si lo pensaba. Un tilde... dos tildes grises... seguían grises... «¡azules!… Está escribiendo».

¡Hola, Sami! Perdón por la hora, espero no molestar.

Mientras leía el mensaje, los tres puntos animados indicaban que estaba escribiendo otro mensaje. De pronto, desaparecieron. Un segundo después, volvieron y llegó el mensaje.

Soy Alejandro. Hoy nos fuimos contigo del centro comercial en tu automóvil.

«¿Nos fuimos contigo? ¡No tuve opción! Fue prácticamente un secuestro», se dijo Sami. «Y como si eso fuera poco, la policía busca mi auto». Tenía ganas de gritarle al oído lo que pensaba, pero se contuvo. Lo conocía, sabía

quién era él, al menos lo que decía la prensa; pero le aterraba que fuera alguien peligroso y que pudiese poner a su familia y a ella misma en peligro. Decidió escuchar lo que tenía para decir.
¿Cómo estás? Lo de hoy sucedió demasiado rápido y no pude ni presentarme. Soy Alejandro…
Nieto. Sí, te conozco.
Mejor, aunque te pido que no creas todo lo que lees por ahí.
Sami no respondió. Alejandro le envió un nuevo mensaje: *¿Cómo estás?*
Bien. Estoy bien.
Alejandro comenzó a escribir, pero antes de enviar el mensaje, recibió uno nuevo de Sami.
La verdad es que no. No estoy bien. ¿Qué fue eso? ¿Hubo una explosión? Vi en las noticias que la policía busca un auto pequeño, de color blanco, que salió del lugar justo después de la explosión. Mi auto es pequeño y es blanco. ¿Me están buscando?
Por eso mismo te escribo. No te preocupes. Mantén la calma y sobre todo, no hables con nadie. Despreocúpate de la policía, de ellos me encargo yo. Y también de la reparación de tu automóvil.
De ninguna manera. Mañana mismo iré a hacer la denuncia a la policía.
Te entiendo. Si eso te deja más tranquila, hazlo. ¿Pero qué le dirás? ¿Acaso confías que te creerán? Déjamelo a mí. Yo les explicaré y quedarás exonerada de todo. Solo me hiciste un favor y ese favor te ha generado algunos pequeños problemas. Ahora es el momento de que yo resuelva los problemas. Confía en mí.

«¿Confiar? Ni siquiera lo conozco… Pero tiene algo, no sé qué es. ¿Qué hago?» Lo meditó unos segundos y respondió: ¿Sabes qué? No te conozco. ¿Por qué tendría que confiar en ti? Aprovechó mientras esperaba su respuesta y le envió un mensaje a Melina, su mejor amiga.
Hola Meli. Contéstame rápido: ¿Qué harías si un hombre, al que apenas conoces, te pide que guardes un secreto y que confíes en él?
¡Hey? Hola, perdida. Hace días que no me hablas. ¿Por qué la pregunta?
No preguntes Meli, solo responde.
De uno a diez, ¿qué tan guapo es?
No preguntes… Nueve.

Gracias. Te quiero. Bye. Luego te explico.
Mientras se despedía, recibió un mensaje de Alejandro.
Porque me salvaste, me rescataste. Tengo la obligación moral y espiritual de devolverte ese enorme favor. No soy lo que dicen los medios. Soy un hombre común y corriente y quiero compensar lo que has hecho por mí. ¿Te parece poco?
¿Y qué quieres que haga yo?
Nada. Yo me ocuparé de todo. Me encargaré de aclarar todo con la policía y de la reparación del auto.
De eso no te preocupes, el seguro lo cubrirá.
Cómo quieras. La mayoría de los seguros solo cubren los daños a terceros, no los propios. Salvo que tengas un seguro contra todo tipo de riesgo. ¿Lo tienes?
No. Tengo uno básico. Es cierto.
¡Ahí lo tienes! Déjame reparar el daño en tu vehículo.
Puede ser. No lo sé.
Bueno. No quiero insistir. Por lo pronto olvídate de la policía, yo me encargaré de eso. Y piensa lo del automóvil. Ya me dirás si aceptas mi propuesta.
Ok.
¡Genial! Hasta pronto.
Sami no respondió al último mensaje. No había nada que agregar. Unos minutos después recibió un mensaje con una dirección de una página de internet. Era la página de un taller mecánico. El mensaje además decía: Si cambias de parecer, este es mi taller. ¡Confía! Sami no respondió. Esperó unos minutos, por si llegaba un nuevo mensaje… nada. Miró varias veces la pantalla que seguía sin novedades. Quiso escribirle algo, cualquier cosa, pero nada le parecía adecuado. Pensó en ese hombre. Se dio cuenta de que de alguna manera la había cautivado. Se percató también de que recordaba más detalles de los que pensaba: sus ojos verdes, su figura esbelda, deportiva, su sonrisa… sus labios. Iba a dejar el celular en la mesita, junto al velador, pero se acomodó en posición fetal y se tapó hasta la cabeza con el acolchado. Llevó el celular con su mano izquierda a su entrepierna y comenzó a sentir cómo el aparato calentaba su clítoris. Pensaba en Alejandro cuando escuchó abrir la puerta del baño. Ricardo no tardaría en ir a la habitación para acostarse. Sin embargo, no lo hizo, entró a buscar algo

y se fue. «¿Qué estará haciendo?» Una vibración la hizo estremecer y emitió un sutil gemido. Era un mensaje entrante.
¿Estás?
No. Contestó ella, y rápidamente replicó: *¡Es broma! Aquí estoy. ¿Qué necesitas?*
Paz. Respondió Alejandro. ¡Uf! Discúlpame. Me tengo que ir. Mañana te escribo.

Sami se despertó con el celular en la mano y sin batería. Ricardo ya no estaba y sus hijos aún dormían. Aprovechó para continuar en la cama un rato más. Si bien era martes, era feriado y los chicos no tenían escuela.

Los varones jugaban en el patio de la casa mientras Sami se preparaba unos mates. Ya había organizado el almuerzo y hecho la limpieza de la casa. Luna jugaba en su cuarto. Era un apacible día de fines de otoño. Sami amaba esa estación del año. Mañanas frescas, tardes templadas. Era una estación con algunas lluvias, pero por lo general eran ligeras. Le gustaba salir a correr mientras los niños estaban en sus actividades. Amaba salir a disfrutar de la naturaleza, al lado del río, los fines de semana por la tarde. Las tardes de otoño tenían algo especial que a ella le encantaba.
Con el mate listo, se sentó en el sofá de la sala a leer. Estaba entusiasmada con una novela de Julia Quinn, de la saga Bridgerton. Era el segundo libro. Se lo había auto regalado. El primero fue un obsequio de los niños para un Día de la Madre. Ya había intentado un par de veces avanzar con la lectura, pero siempre, por una razón u otra, era interrumpida. No lograba avanzar más allá del primer capítulo. Pero esa mañana parecía que lo lograría.
Hundida en el sofá, embelesada con el aroma de las hojas de papel y sintiendo el peso del libro en sus manos, se entregó a la promesa de sumergirse en un universo nuevo. Era el respiro necesario para escapar un momento de las responsabilidades; el instante en que los compromisos se desdibujan.
Llevaba ya varias páginas leídas cuando el teléfono sonó al recibir un mensaje. Lo observó con desprecio, recriminándose por no haberlo silenciado. «¡Muérete!» Bajó la vista y continuó la lectura. No había logrado avanzar más de un párrafo cuando volvió a sonar un par de veces más.

–¡La puta madre! ¡Qué insistente! –dijo en voz alta mientras se levantaba del sillón para acercarse al teléfono, que no solo no había silenciado, sino que lo había dejado sobre la mesada de la cocina. Sonó de nuevo mientras se acercaba.

_Hola! Soy Ale. Discúlpame por la despedida tan abrupta de anoche. Me pasaron a buscar y tenía que partir. Tengo prácticamente resuelto el tema de la reparación de tu vehículo, pero necesito coordinar contigo para que lo lleves al taller. Escríbeme cuando puedas.

«¡Qué intenso!», pensó Sami. Esperaba que él le insistiera para que ella accediera, pero no que lo diera por hecho. «¿Prácticamente resuelto? No tiene mis datos, ni los del auto, solo mi número de móvil y mi nombre. No sabe ni mi apellido»

¡Hola! Dime, ¿qué datos necesitas? Le respondió Sami.

Ninguno. Tengo todo listo, solo resta coordinar contigo para que lo lleves al taller. Por lo demás, despreocúpate. ¿Te viene bien mañana por la mañana? Los chicos abren a las 8:00 a.m. Ahora mismo te envío la ubicación del taller. Ya está todo arreglado. Los chicos ya saben. Estoy en un avión y estamos por despegar. Nos hablamos mañana. Disfruta el día. _Adios!

¡No! ¿Cómo así…? No. No lo haré. Le respondió de inmediato.

A Sami le molestó que fuera todo tan rápido. No la dejó ni pensar en la propuesta. «Está loco si cree que me voy a dejar llevar por el impulso». Llamó a Melina por teléfono.

–¡Hola Meli! ¡Buen día! ¿Cómo estás?

–¡MAL!

–¿Qué te pasó?

–Que me dejas con la intriga, mujer. No puedes enviarme ese mensaje durante la noche y luego no volver a escribirme. Ahora tienes que contarme todo.

Sami le contó a Meli, con lujo de detalles, todo lo sucedido el día anterior y lo que habían conversado durante la noche. También el mensaje de la mañana y sobre todo, lo molesta que estaba con la actitud de ese hombre. Le contó todo, o casi todo; decidió no mencionarle el nombre, no quería sermones.

–Ese “nueve” se merece un poco de atención. ¿Cuánto tiempo llevas quejándote de que ningún hombre se preocupa por ti? Ahora que un hombre atractivo quiere compensarte por el daño y te brinda la atención que tanto

anhelas, ¿vas a rechazarlo? Si tienes miedo, te acompaño; pero no lo dejes pasar, amiga.
–Tienes razón. Pero no te preocupes, iré sola. Mañana seguro estarás trabajando a la hora en que tengo que llevar el auto.
–¡Esa es mi amiga! Eso sí. Envíame la dirección y compárteme la ubicación en tiempo real en tu celular. Y cualquier cosa rara que notes, me llamas.
Sami colgó y volvió a la aplicación de mensajes. Revisó el último mensaje enviado y solo tenía un check. El mensaje había salido de su móvil, pero no había llegado al de él. Podía editarlo y así lo hizo: *¡Buen vuelo!*
Se sentó de nuevo en el sofá, dejando el celular a su lado. Tomó el libro entre sus manos, pero ni siquiera pudo abrirlo. El personaje de la portada parecía mirarla burlonamente, sabiendo que su tan ansiado escape al mundo de la lectura sería una vez más una misión imposible. La magia de la lectura se había esfumado con la turbulencia de un simple *_Hola!*
Pensó en la conversación que había tenido. Había algunos detalles que le llamaban la atención y no podía entenderlos del todo. «¿Cómo no me pidió la patente del auto, el número de mi documento de identidad, no sé… los datos del seguro, mi apellido?» Le llamaba poderosamente la atención, más por curiosidad que por preocupación.

Un par de horas después le llegó un mail con una invitación para el día siguiente, a las 8:00 a.m., para llevar el auto al taller. Contenía la ubicación. Solo debía aceptar la invitación y se cargaba en la agenda de su celular.

El resto del día transcurrió con tranquilidad. Disfrutó la tarde con los niños en el parque, luego pasaron a comprar algo dulce para merendar y fueron a visitar a la madre de Sami. Por la noche habló con Ricardo. La charla fue breve, en ese momento estaba saliendo de darse una ducha. Estaba atrasado, debía ir a cenar con unos clientes. Sami imaginó que en lugar de clientes, cenaría con esa mujer con la que la engaña. En realidad no tenía más que sospechas de su infidelidad. No sabía quién sería esa mujer. No tenía idea de si era compañera de trabajo o si la conocía de algún otro lado. Tampoco sabía si había viajado con él. Pero la idea ya había echado raíces. Era solo cuestión de tiempo para conocer todos los detalles.

V. El Aroma del Miedo.

La alarma estaba programada para sonar a las seis, pero Alejandro estaba despierto desde mucho antes. Se levantó de la cama, se cambió y bajó al gimnasio. Hoy más que nunca necesitaba generar endorfinas. Su abogado le había adelantado el día anterior que recibirían una cédula de notificación judicial por una causa abierta contra Galtech. Ese no sería un día tranquilo y él sabía que cuando el día comenzaba con problemas, como un efecto dominó, las malas noticias se reproducían.

Su rutina de ejercicios comenzaba con unos minutos de calentamiento. Ya llevaba unos pocos en la cinta cuando entró su abogado, el Dr. Saúl Milincovich. Vestía un caro traje sastrero, hecho a medida, de color gris ceniza. Resaltaban sus zapatos color uva, que hacían juego con el cinturón y con el pañuelo que llevaba en el bolsillo del saco. El Dr. Milincovich debía rondar los sesenta y tantos años. Muchos bromeaban a sus espaldas diciendo que tenía más años de carrera que de vida. Los éxitos en su carrera le habían otorgado esa reputación que, aunque exagerada, lo convertía en un hombre a respetar.

–Recibimos la cédula. –le dijo a Alejandro sin siquiera saludar. Se refería a la cédula de notificación por la causa en la que se investiga a Galtech. Estaba caratulado en la justicia como: "Ejercicio ilegal de la medicina, en concurso ideal con Infracción a las normas sobre ensayos clínicos".

–¿Qué juzgado nos tocó en suerte?

–El Nº14. La investigación le cayó al Dr. Muñoz.

–La puta madre. –murmuró Alejandro.

Sabía que el fiscal Muñoz era un hombre duro, aun así confiaba en que tenía los argumentos y las herramientas para poder defenderse. El Dr. Milincovich ya le había notificado a Alejandro que recibirían la notificación, pero no la esperaban tan pronto.

–¡Qué oportuno! Justo hoy que tengo el taller dado vuelta.

–No te preocupes. Ladran, solo ladran. –comentó el Dr. Milincovich con la intención de distender el ánimo de Alejandro, en una clara referencia al Don Quijote. –Y lo que dicen en el Voraz… déjalo correr. Es un medio de poca monta.

–¿Qué pasa con el Voraz?

–Ha publicado algo sobre la investigación judicial. Debe haber un topo en fiscalía que les ha tirado línea. Pero es un medio digital pequeño, no pasará a mayores.
Alejandro no hizo ningún comentario. Se bajó de la cinta de correr sin haberla apagado. Tomó la toalla que colgaba de otro aparato con un fuerte tirón, y recién ahí se percató de que la cinta aún estaba en movimiento. Estiró el brazo, presionando el interruptor con excesiva energía, y la apagó. Pasó delante de su abogado sin dirigirle la mirada y salió del gimnasio. El Dr. Milincovich salió detrás de él y juntos subieron al ascensor. El doctor descendió en la planta baja y Alejandro continuó hacia su departamento. Luego de una ducha rápida, se cambió y mensajeó a su chofer para que lo esperara en la puerta. Ya había organizado una reunión con el Dr. Milincovich, sus colaboradores y algunos miembros directivos de la empresa.
Cuando las puertas del ascensor se abrieron, el vehículo ya estaba esperando. Luego de abrocharse el cinturón de seguridad, tomó su teléfono para hacer un llamado, pero no tenía señal. El indicador estaba en cero; tampoco tenía datos ni wifi. «La puta madre», pensó. Abrió el panel que lo separaba de su chofer para preguntarle y se dio cuenta de que quien conducía no era ninguno de sus choferes. Sin siquiera poder reaccionar, el vehículo frenó y dos hombres corpulentos subieron y lo flanquearon.
–¡¿Qué mierda es esto?! –gritó Alejandro.
–¡Shh! Relájese “Rusito”. Vamos a ir a un lugar tranquilo para conversar. –dijo la voz de un hombre sentado adelante, junto al conductor.

Sami estaba en la cocina leyendo un portal de noticias llamado *VOraZ*. «Ingenioso», pensó al darse cuenta del juego de mayúsculas y minúsculas del logotipo del diario digital.

ALEJANDRO NIETO ES INVESTIGADO POR LA JUSTICIA.

Tras las denuncias anónimas recibidas en el Juzgado de Instrucción Nº14, a cargo del Dr. Muñóz, se ha iniciado una investigación sobre supuestas irregularidades en la realización de ensayos clínicos en humanos sin aprobación de la Administración Nacional de Medicamentos.

«¡Dios! ¿En qué me he metido?» se recriminaba Sami, sin entender demasiado los alcances de la noticia, pero imaginando la forma en la que podría afectarla. «Si la Justicia lo investiga y cae preso, ¿quién me protegerá del secreto de la explosión? Debería haber ido a la policía. Van a creer que soy parte de esto, que soy cómplice». Sus pensamientos se interrumpieron cuando escuchó llegar al transporte escolar. Tan rápido como pudo se lavó las manos y salió a despedir a los chicos. Bruno y Mariano estaban sentados en el sillón de la sala y jugaban con sus celulares. Sami tuvo que llamarlos dos veces para que salieran a tomar el transporte. Luna estaba de pie junto a la puerta, lista para irse. Esperó que sus hermanos saludaran a su madre y salieran de la casa, entonces, aprovechando que Sami había apoyado una rodilla en el suelo para darles un beso, posó sus manos sobre los hombros y con una sonrisa le dijo: –¿Vas a vivir hoy?

Fue como un baldazo de agua fría que le recorrió el cuerpo entero. Luego del frío, el calor. Un calor súbito que subió desde sus entrañas a su rostro. Se sonrojó y se le humedecieron los ojos con lágrimas. Le nació abrazarla. Se aferró a ella como quien abraza un salvavidas en medio del mar. Un momento después la soltó y mirándola a los ojos asintió inclinando su cabeza. Sin poder emitir una palabra, la besó en la mejilla y la abrazó.

–Debo irme o me dejan, pero no lo olvides, hazte caso.

–¿Hacerme caso? ¿En qué debo hacerme caso?

–Siempre me dices que no le tenga miedo a los cambios, que siempre son una oportunidad de crecimiento. Haz algo nuevo.

–Pero… ¿Por qué lo dices?

–Anoche te escuché discutir con Papá. –replicó Luna. –Perdón, pero debo irme. Besó a su madre y salió corriendo rumbo al transporte.

Sami siempre se preguntó si esa personita era su hija o su madre. Desde pequeña, sus actitudes maduras y sus planteos profundos la hacían pensar más de la cuenta. Esto, por lo general, despertaba simpatía en los adultos y, en ocasiones, la llevaba a replantearse ciertos aspectos de su propia vida. Sami atravesaba una etapa conflictiva: la sospecha de infidelidad de Ricardo y su complicidad en la explosión del Centro Comercial la habían dejado muy susceptible, lo que hizo que ese comentario le calara hondo. Tras la partida de los niños, se sentó a la mesa, con la pregunta de Luna resonando en su mente. «¿Y si tiene razón? Debería dedicarme tiempo a mí

misma y hacer algo que realmente me guste, que me dé placer, o al menos que le dé un poco de emoción a mi rutinaria vida. Pero, ¿qué podría ser?».

La alarma sonó. Había pasado más de media hora desde que se sentó a reflexionar. Aunque le habían parecido cinco minutos. Eran las 7:15 a.m. y debía salir en ese momento para llegar a horario al taller que le había indicado Alejandro.

Subió al auto, cargó la dirección en la aplicación de mapas del celular y partió rumbo al taller.

Las pilas de expedientes de diferentes causas se elevaban por sobre el escritorio como si dibujaran la silueta de una gran metrópoli. Detrás de esas columnas, el humo que emanaban los pulmones del fiscal Muñoz ascendía en rachas hacia el techo. El aire era denso y la escasa ventilación no alcanzaba a recircularlo. El fiscal dio la última pitada al cigarrillo en su boca, mientras la braza del tabaco se acercaba al filtro. Sacó un paquete de cigarrillos negros de su saco y, con un movimiento rápido, hizo asomar un par. Acercó uno a sus labios y, con los dedos, sostuvo el otro para encenderlo. Después de guardar el paquete, abrió el primer cajón de su escritorio y arrojó allí lo que quedaba del anterior. Dentro del cajón había un gran cenicero de vidrio, pero la cantidad excesiva de colillas y cenizas lo había cubierto casi por completo. Ahora, el propio cajón cumplía la función de cenicero.

Estaba releyendo sus notas sobre el nuevo caso de investigación que llevaba con su equipo.

Sus sospechas sobre Galtech iban mucho más allá de una simple infracción a las normas en los ensayos clínicos. Tenía información financiera que no le cuadraba.

–Dígame, Insa, ¿dónde tiene usted los libros contables de Galtech?

Insalapegausti era una abogada novata que buscaba notoriedad. Muñoz sabía que en pocos años lograría hacer carrera en el Ministerio. Había egresado con los mejores promedios de su clase y era hija de dos reconocidos fiscales. Su madre había estudiado junto a Muñoz y a través de ella logró ingresar al equipo del fiscal. Muñoz le decía con afecto Insa, no solo para abreviar su apellido, sino porque le hacía recordar a su madre, por quien jamás dejó de sentir afecto.

La Dra. Insalapegausti le acercó una carpeta con cientos de hojas de asientos fiscales y una gran cantidad de papeles autoadhesivos amarillos con anotaciones.
–Mire doctor, no termino de comprender estos movimientos. ¿Los ve? Parecen normales, nada fuera de lo común, pero se me ocurrió cruzar las fechas de esos movimientos con los viajes de dos empleados de Galtech. ¿Ahora lo ve?
El fiscal miraba los números, las fechas, los viajes y finalmente lo vio.
–¡Hay un patrón!
–¡Exacto! Aún no sé si tiene relación con la investigación, quizás sea un delito fiscal, fuera de nuestro alcance y de la carátula de esta causa, pero…
–Tenemos que encontrar esa relación. Estos movimientos están muy bien disimulados y por sí solos pasarían desapercibidos, pero no creo que sea casualidad que se den siempre dos días antes de los viajes a Alemania de Wolf y Becker.
–Fíjese que cuando los viajes son de Wolf, las cifras siempre finalizan con cincuenta y tres centavos; y cuando viaja Becker la cifra termina con sesenta y nueve centavos.
–Wolf es el Director Comercial y ¿qué pito toca Becker?
Insalapegausti no pudo evitar sonreír ante el comentario del fiscal.
–No sé si toca algún otro pito además del propio, pero él es el Director de Suministros.
–Becker… me suena ese nombre.
–Estuvo involucrado en una investigación del fiscal Benítez. Encontraron a un tal Fritz Heinz muerto en su auto… en el de Becker. Él había denunciado el robo de su auto un día después de la fecha de muerte de Heinz. Benítez no logró vincular a Heinz con Becker y luego detuvieron y procesaron a un sicario menor de edad. Heinz era de origen austríaco y tenía varios ingresos y egresos del país en esos últimos años. Se sospechaba que formaba parte de una organización criminal vinculada al tráfico ilegal de personas, pero cuando dieron con el asesino, el caso se cerró y no pasó nada más. Becker no tenía relación ni con Heinz ni con el sicario.
–¿No le resulta raro, Insa? No sé, quizás no sea nada, pero siento cómo se me eriza la piel en la nuca. Ese es mi superpoder, Insa. Cuando se me eriza la piel en la nuca, es por algo. Quizás aquí haya algo más, y puede ser algo gordo. Lo voy a descubrir y vamos a desenmascarar a esta banda de delincuentes.

El fiscal podía oler sangre a la distancia. Como un tiburón blanco, había detectado una presa herida y su instinto era más fuerte que cualquier otro impulso. No se detendría hasta tenerla entre sus fauces, especialmente porque el festín podría incluir la cereza del pastel. Este era un caso que resonaría en los medios y sería para él un trampolín político que lo ayudaría a avanzar más rápido en su carrera.

El vehículo ingresó en un estacionamiento en pleno centro financiero de la ciudad, no muy lejos del lugar donde Alejandro tenía las oficinas de su empresa. No lo habían encapuchado, ni le habían atado las manos. No necesitaban ninguna restricción física para evitar que escapara. Alejandro sabía a quién lo llevaban a ver y era suficiente para que no intentara huir, ni pedir auxilio. Sabía que no tenía opciones.

La camioneta se detuvo. Los hombres que lo flanqueaban descendieron, al igual que quienes viajaban adelante. Unos segundos después ingresó una mujer de pequeña estatura, delgada, muy delgada y de edad avanzada. A pesar de su contextura física y su edad, subió con agilidad al vehículo y se sentó a su lado.

–¡Muévete!

Alejandro se hizo a un lado, dejando espacio entre ellos.

–Yamil, yo…

–¡Shh! No vas a hablar, solo escuchar. –dijo la mujer con voz serena. Su voz era ronca, tallada por un consumo quizás excesivo de tabaco y alcohol. Era fácil deducirlo: su aliento desprendía un hedor etílico y el olor de su ropa no era precisamente una fragancia de origen francés. –No hables. Odio a los que hablan de más. –Esa última frase la dijo a media voz, casi inaudible.

–Sí, entendí. Dígame lo que…

–¡Ah! ¡Pero que eres estúpido! –Alejandro la miró sorprendido. –Has recibido la citación, ¿verdad?

–Ss..ssi.

–Tienes que evitar que la investigación avance.

–Las acusaciones son infundadas. Es un tema menor que se resolverá rápido y fácil. No tienen de qué preocuparse. Nada de esto podría afectar su…

–¡Cierra el pico! Detesto a los que no saben callarse.

Alejandro tenía más para decir, pero la mujer lo miraba directo a los ojos, sin emitir palabra alguna, y él enmudeció. Alejandro no podía leer sus gestos, aunque él se creía muy hábil en ese sentido, pero con ella sus intentos eran infructuosos. Era molesto verla jugar con su encendedor de bencina. Lo abría, lo encendía, lo cerraba. Ese acto repetitivo lo sacaba de quicio. Alejandro no pudo sostenerle la mirada mucho tiempo, bajó su cabeza y miró al suelo.

–¡Mírame!

Alejandro levantó la cabeza y una fuerte bofetada lo impactó en el rostro. Tan fuerte que su cabeza golpeó el parante de la puerta.

–Se tiene que dejar de investigar. No nos interesa cómo, ni con qué medios. ¡Haz lo que tengas que hacer y sobre todo… ¡CIERRA-EL-PICO! Sabes cómo son las cosas. Hiciste una apuesta fuerte y toda apuesta fuerte tiene riesgos altos.

–Los productos que desarrollamos se hicieron siguiendo las fórmulas patentadas y aprobadas que ustedes nos ofrecieron. Las acusaciones son falsas. No voy a ceder cuando tengo las de ganar.

–¿Crees que ese “riesgo” del que te hablo es tener un fiscal que te respire en la nuca? Tienes que lograr que se archive la causa. ¿Estamos de acuerdo?

–Ok. Sí.

–Y una cosa más. Cuídate, sobre todo de quienes te rodean.

El mundo es una pirámide de poder, donde todos tienen un jefe o, al menos, alguien a quien obedecer. En esa estructura, Yamil era la mano derecha de un inversionista privado casi desconocido para Alejandro, pero presentado por Iván, el padre de su amigo Rodolfo. La reconocida empresa Galtech es propiedad de Alejandro, pero él terminó siendo un socio minoritario. En sus inicios, la empresa logró crecer velozmente, pero a costa de dificultades financieras. A medida que crecía, Alejandro fue acumulando deuda, pero las ganancias tardaron en llegar, lo que la hizo transitar momentos críticos. Alejandro, para salvar a su empresa, debió salir a buscar capital y lo encontró de la mano de Iván, su mentor y padre de su mejor amigo. Iván le presentó a un inversionista con quien solo habló por teléfono. Este inversionista aportó el capital necesario para cubrir las dificultades financieras de Galtech, pero se hizo con una porción mayoritaria de acciones de la empresa. Acordaron que Alejandro seguiría dirigiendo la empresa, pero siempre se reservó el derecho de tener la última palabra. Para el desarrollo de los productos por los que Galtech era investigada, habían

contado con fórmulas patentadas y aprobadas que les había entregado Schneider Labs, una de las tantas empresas de este inversor. Alejandro comenzaba a sospechar que esas fórmulas, o la investigación que se realizó para llegar a ellas, eran realmente la razón de esa investigación judicial. Pero, ¿por qué?

Yamil bajó de la camioneta y se subió a otra, que al irse hizo chillar los neumáticos. Alejandro se quedó sentado varios minutos, sin siquiera cerrar la puerta por la que había bajado la mujer. Cuando al fin reaccionó, se pasó al asiento del conductor y deambuló sin rumbo por la ciudad. Necesitaba ordenar sus ideas, pero no podía. Después de varios minutos de conducir, decidió que necesitaba un destino. Si no podía ordenar sus pensamientos, al menos intentaría despejar su mente con una actividad menos estresante. Se dirigió al taller donde su equipo de mecánicos estaba trabajando en su auto de competición.

VI. La Petición.

Cuando llegó, aún le sobraban un par de minutos. Detuvo el auto en la rampa de ingreso y buscó en el celular el nombre de la persona por la que debería preguntar. No lo tenía. Escuchó cómo el portón de ingreso al taller se elevaba. Desde donde estaba sentada, solo se veían unas piernas aparecer y, a medida que el portón se abría, iba descubriendo más detalles de esa persona. No era un mecánico, pues llevaba unos jeans, una camisa, y también vestía un saco. Cuando el portón llegó a la altura del pecho, el hombre se agachó, esquivando el portón y avanzó hacia el auto. Era Alejandro. Sami bajó el vidrio de su ventanilla y quedó impactada por su mirada. Sus ojos transmitían calidez y seguridad. Al verlos, notó un cosquilleo eléctrico que le erizó la piel. Él se agachó levemente, apoyó el antebrazo sobre el techo del auto y acercó su rostro a la ventanilla para saludar a Sami.

–¡Hola! Veo que no tuviste problemas para ubicar el lugar.

–Mi amigo el GPS. –dijo Sami mientras elevaba su mano mostrando el celular. – ¡Hola! No pensé que estarías acá. Busqué un nombre en tus mensajes, por si me habías enviado el contacto del responsable del taller, pero no tenía ninguno.

–¡Ese es Rama! Ramiro Ramallo, el gerente. Luego te lo presento. Dile “Rama”; si lo llamas de otra forma es probable que no se dé cuenta de que le hablas a él. Entra el auto y deja las llaves puestas. Los muchachos se encargarán de todo.

Sami avanzó con el auto unos metros, ubicándolo en el lugar que uno de los mecánicos le indicaba con señas. Tomó sus pertenencias y se bajó. Alejandro, como todo un caballero, le ayudó abriéndole la puerta y extendiéndole una mano para que descendiera.

–¡Gracias!

–Un placer. –dijo, e hizo un pequeño ademán, casi como una reverencia, para indicarle que atravesara una puerta y accediera a un salón contiguo. Allí los esperaba una persona de pie. –¡Rama, ahí estás! Permíteme presentarte a Samantha. Samantha, él es Rama.

–¡Bienvenida! Pasa y toma asiento, por favor. Vamos a completar unos formularios y nos encargaremos de dejar el auto como nuevo. ¿Qué desean beber? ¿Café, té, gaseosa, agua…?

–Café está bien. ¡Gracias! Y por favor, díganme Sami.
–Ok Sami. Alejandro, para ti una lágrima, ¿verdad?
Alejandro le guiño un ojo y Rama se retiró.
–No esperaba verte acá. Imaginé que una persona tan importante estaría de reunión en reunión, rodeada de un séquito de personas, o en un yate en el Caribe, disfrutando del sol.
–Veo que tienes algunos prejuicios. –Dijo Alejandro con ironía. –No, nada de eso. Estamos desde temprano ultimando detalles para el fin de semana. Soy piloto de autos y este finde tenemos una fecha en el autódromo local.
–Lo sé. Mi marido es fanático de todo deporte que tenga un motor y el Turismo Competición es uno de los que sigue. Ya debe tener sus entradas. Me comentó que irá con sus amigos. Siempre que van al autódromo, parece que se van de campamento. Se llevan de todo, hasta una parrilla y carne para un asado. Y cervezas, muchas cervezas.
–Aficionados así mantienen encendida la llama de esta pasión.
–¿Es una pasión o un pasatiempo para ti?
–Me gusta ponerle el corazón a todo lo que hago, siempre y cuando pueda. El automovilismo es una de esas actividades que hago con verdadera pasión. No es solo un oasis en mi rutinaria vida. Imagino que tú también le pones el corazón a lo que te apasiona.
Sami pensó en ese último comentario, pero a lo único a lo que ella le ponía verdaderamente el corazón era a sus hijos. No podía decir que tenía alguna otra actividad a la que le pusiera esa pasión que Alejandro describía. Sin querer continuar con el tema de las pasiones, miró los papeles sobre el escritorio y notó algo que le llamó la atención. Todos sus datos y los de su auto estaban impresos en los formularios. Ella nunca se los había dado. «¿Cómo es eso posible?», se preguntó Sami.
Justo en ese momento volvió a ingresar Rama a la oficina. Lo acompañaba una persona que transportaba en una bandeja las bebidas para los tres. Rama se sentó del otro lado del escritorio, frente a Sami. Alejandro continuaba de pie a un lado del escritorio. Si ese fuera un campo de batalla o un tablero de ajedrez, Rama y Sami estarían en bandos opuestos y Alejandro en terreno neutral.
–Sami, ¿Alejandro te adelantó algo? –dijo Rama mientras le señalaba con el dedo los formularios. –Solo necesitamos tu firma y aclaración al pie de cada hoja. Son formalidades. Alejandro nos dio instrucciones de que no tendrá costo alguno para ti.

–Veo que ya tienen todos mis datos.
–Sí. Si quieres puedes revisarlos, pero estoy seguro de que están correctos.
–¿Cómo tienen mis datos si nunca se los di? –preguntó Sami, mirando a Alejandro, que se había apartado unos pasos y hablaba por celular.
–Te pedimos disculpas, pero todos estos datos son de acceso público. No queremos que te sientas incómoda; los completamos para ahorrar tiempo y evitarte los trámites engorrosos.
–Serán datos de acceso público, pero no todos saben cómo acceder a ellos. –replicó Sami con un tono amable, pero recriminatorio. No solo no le gustaba, le generaba cierto temor. Aun así, no podía negar la amabilidad de Alejandro en repararle el vehículo y asumir todos los costos, aunque la culpa no fuera de él. Firmó los papeles y se los entregó a Rama.
–¡Genial! Los mecánicos ya están trabajando. Es probable que mañana esté listo. Si quieres, podemos pedirte un taxi para que te lleve a donde tengas que ir.
–No hará falta. –dijo Alejandro. –Yo te llevo a donde necesites.
–Un taxi está bien. Solo regreso a mi casa. No quiero causar más molestias de las necesarias.
–Insisto. No tengo que desviarme mucho. Voy en esa dirección.
También sabían dónde vivía. No estaba muy convencida de que un tipo al que no conocía, por más famoso que fuera, la llevara a su casa; pero quería saber cómo y por qué tenían tanta información personal sobre ella y su familia. Así que aceptó.

Los había pasado a buscar por el taller en un vehículo grande y de color negro con vidrios polarizados que impedían ver el interior. «Dios, parece del servicio secreto». Ambos subieron y se sentaron en los asientos traseros del vehículo. El interior de la zona trasera de ese SUV era tan grande como todo el habitáculo del auto de Sami. Asientos de cuero y hasta una división de vidrio oscuro que separaba al chofer de los pasajeros, como en algunas imágenes de limusinas que ella había visto en revistas.
–Creo que no tengo que decirte dónde vivo, ¿no es así? –dijo Sami cuando el vehículo comenzaba a moverse.
–Te noto algo molesta con eso. Te pido disculpas. En ningún momento hemos querido incomodarte. Solo…
–Ya sé lo que vas a decir: son datos públicos. Aun así, me parece una invasión a mi privacidad. No tienen derecho a entrometerse en mi vida solo

por tener que reparar mi vehículo. –Sami se cruzó de brazos y se echó hacia atrás, apoyando su cuerpo contra el respaldo.

–Entiendo tu posición, pero no tienes por qué enojarte. Te prometo que no es una invasión a tu privacidad. Me encargaré de que tu vehículo sea reparado lo antes posible y no tendrás que saber más de nosotros.

En ese momento, Alejandro recibió un mensaje en su celular. Lo acercó a su oreja para escucharlo. Luego escribió otro mensaje y lo guardó en el bolsillo del saco. No volvió a hablar con Sami. Ella miraba a través de la ventanilla sin prestar atención al paisaje urbano. «¡Maldición! Creo que exageré demasiado, pero… no sé, no está bien lo que hizo», pensaba mientras su mirada continuaba perdida.

–Perdón, pero me genera mucha desconfianza. Incluso tengo dudas sobre si confiar en ti o ir a hacer la denuncia a la policía por lo del centro comercial.

Alejandro, que ya había dado por resuelto ese tema, se sorprendió, pero rápido de reflejos le respondió: –Mira. Solo quería evitarte las molestias de ir a la policía y hacer la denuncia. Lo que pasó fue un accidente. Un mecánico manipuló un líquido inflamable y hubo una pequeña llamarada que asustó a muchos, incluso a mi propia guardaespaldas. El tema ya ha sido desestimado, me lo han confirmado. Tu denuncia podría iniciar una investigación y te citará la justicia para dar declaración testimonial y quedarás notificada para volver a hacerlo la cantidad de veces que consideren necesario mientras dure la investigación. Estoy seguro de que no deseas eso y para cuidarte es que te sugerí que no dijeras nada, solo por eso. Y con respecto a la información pública sobre ti: entiendo que te sorprenda y quizás te asuste, pero no tienes de qué preocuparte. Me disculpo. No fue nuestra intención.

–¿Cómo?

–Me refiero a que no quisimos incomodarte ni generarte desconfianza.

–No. Sí. Es decir, preguntaba cómo consiguieron toda mi información tan rápido.

–No creas que tengo una agencia de inteligencia de película, ni he contratado a un investigador privado. Mi personal de seguridad probablemente le facilitó la información a Rama. Yo solo le di la matrícula de tu auto. Ellos saben dónde buscar.

–¿Y dónde buscan? –Sami estaba intrigada; se le había ocurrido usar las mismas herramientas para investigar la posible infidelidad de Ricardo.

–No lo sé.

–¡Qué lástima! –suspiró Sami.
–¿Quieres investigarme? Te aseguro que puedes encontrar mucha información sobre mí en la web.
–Ja, ja. No creo que todo lo que encuentres sea cierto. Y no te creas tan importante.
–¡Auch! Y aun así, gracias.
–¿Por qué me agradeces?
–Por no creerte todo lo que dicen.
–Prefiero juzgar a las personas por mí misma si tengo la oportunidad de conocerlas. Y a las que no puedo conocer en persona, evito los juicios apresurados y no me dejo influenciar por lo que se dice de ellas, ni por lo que ellas dicen de sí mismas.
–¿Y cómo haces?
–Simple. Sus actos las definen.
–¿Y para qué quieres saber qué herramientas usan? Si dices que los actos definen a las personas.
–Bueno, no siempre es fácil saber todo lo que hacen las personas. Algunas actúan en secreto y solo muestran su mejor cara.
–¿Te refieres a alguien en especial?
–No, no. Solo hablo en general. Por ejemplo, un marido puede aparentar ser un buen padre y un esposo dedicado, y de repente… Nada, mejor olvídalo.
–¡Vamos! Dime, ¿de repente qué pasa?
–Nada. No sé… encuentras cosas. –No quería decir más.
–Cosas como… ¿Qué tipo de cosas has encontrado?
Sami revivió el dolor de aquel momento. Recordó la mancha, su reflejo en el espejo y la imagen de su boca desdibujándose justo antes de llorar, su respiración entrecortada. Como en una secuencia fotográfica, recordó la primera lágrima caer y golpear la tela blanca de la camisa, desvaneciéndose como ella. «Cuando el dolor te sobrepasa, haces cosas que no quieres», pensó, finalmente soltando el llanto.
–Una mancha de labial en la camisa.
–Y deduzco que no es tuya.
–No. Obvio, no.
–Entiendo. ¿Cómo se llama él?
Sami deseó que se abriera un pozo para desaparecer. Se había excedido. No solo eso, sonaba como pidiendo ayuda para espiar a su marido. Todo por una supuesta infidelidad… «¿Supuesta? ¡Por favor! ¿Qué más pruebas

necesito?», se preguntó. «Las casualidades no existen, son causalidades. Si estoy aquí y ahora, es por algo», se convenció para justificar su petición.
–Ricardo Brunetti. –respondió Sami, dudando.
–¡Llegamos! Esta es tu casa, ¿verdad?
–Sí, aquí vivo.
Una parte de ella quería retractarse, pero la otra necesitaba saber la verdad. Estuvo a punto de pedirle que desistiera, pero solo atinó a decir: «Gracias».
Sus ojos le resultaban extraños: verdes en el borde exterior y marrones cerca de la pupila. Su mirada era intensa, penetrante, casi hipnótica.
–Te escribiré. –dijo él.
El tono le resultó seductor y cautivante, ¿o era ella quien lo había interpretado así? Él se inclinó para besarla en la mejilla, pero en un movimiento torpe, sus labios rozaron los de Sami. Un calor intenso la invadió, desde el vientre hasta las mejillas, y se sonrojó. Él solo sonrió. Sami abrió la puerta y salió del auto. Los pocos metros hasta la entrada de su casa se le hicieron eternos, y los recorrió casi corriendo. Entró y cerró la puerta sin mirar atrás. Al hacerlo, soltó una risa nerviosa y se relajó al fin.

Sami estuvo el resto del día ocupada con su rutina. Llevó a los niños a sus actividades. Tenía que hacer algunas compras en el supermercado, pero lo pospuso. Prefirió reunirse con Melina, una amiga de la universidad. Necesitaba contarle sobre Ricardo y su infidelidad, y sobre su encuentro accidentado con ese hombre que ella conocía como el “nueve”. Se encontraron en un café en el centro de la ciudad.
–Yo sabía que te iba a cagar. ¡Qué hijo de puta! ¿Y con quién?
–No lo sé. –respondió Sami.
–¿Cómo que no lo sabes? ¡Hay que averiguarlo! Tenemos que saber quién es esa turra. –Melina sentía la traición como propia y se había sumado a la causa.
–Ya me voy a enterar. De alguna forma lo voy a averiguar. –contestó Sami, que todavía no quería contarle que Alejandro la ayudaría.
–Los hombres siempre, siempre, te cagan. Es un clásico.
–Siempre se necesita a una mujer para eso… bueno, a veces. –replicó Sami.
–¿Qué? ¿Te engaña con un travesti?
–¡No! Lo dije en broma. Me muero si es así.

–¿Se llevó la laptop? Si la dejó, yo conozco un flaco que es medio hacker y seguro que…
–Se la llevó. Es su herramienta de trabajo.
–Si es que se fue a trabajar.
–¡Tarada! Necesito que me apoyes para poder superarlo, para levantar mi autoestima; no para que me des manija y me deprima más.
–¡Perdón, amiga, perdón! Es que siento que si te engaña a vos, me engaña a mí y lo quiero matar.
–Cambiemos de tema mejor. –dijo Sami. –Te cuento una buena noticia: choqué el auto.
–¡A la mierda! Estás re mal, amiga. ¿Qué tiene de bueno esa noticia?
–Es que no te conté con quién choqué.
–…
–Con Alejandro Romero Nieto.
–¿Quién es ese tipo?
–Es un empresario famoso, corredor de autos, dueño de una empresa dedicada a la medicina o algo así.
–¡Ah! El que salió en las noticias.
–¡Sí! ¿Has visto la conferencia de prensa por las carreras? –preguntó entusiasmada Sami, al ver que Melina lo había reconocido.
–¿Qué carreras? No, lo investiga la justicia. Creo que por un tema de infracción en ensayos clínicos. Parece que hicieron ensayos directamente en humanos. El tipo no es muy santo que digamos. Salió estos días en los noticieros.
–Sí, ese. Es el “nueve” del que te hablé.
–¿Alejandro Nieto es el “nueve”? ¡Hija de tu bendita madre! ¿Cómo no me lo dijiste antes?
–No me retes.
–Cuidado amiga.
–Sí, lo tengo. ¿Sabes qué? Sé que está en las noticias por cosas ilegales, pero no sé… me genera confianza. Fue todo un caballero. Aunque en un momento me preocupé, porque sabía más de mí de lo que imaginé, pero siempre fue muy servicial. Incluso me trajo a casa desde el taller. –Una sonrisa comenzó a dibujarse en su rostro. Dejó la taza en la mesa, la miró a los ojos y dijo: –Casi le como la boca.
–¡¿Cómo?!

–Fue un accidente. ¿Viste cuando vas a saludar a alguien y no sabes cómo acomodar la mejilla? Bueno, fue algo así, casi nos besamos.
–¡Ah! No fue nada, solo un accidente.
–Sí, pero… no sé. Sentí algo en la boca del estómago, como un calor, un vértigo, no sé cómo explicarlo.
Sami recordó el momento y revivió esa sensación. Ese calor intenso que la había invadido volvía a aparecer, subiendo desde el vientre hasta las mejillas, y se sonrojó.
Siguieron conversando un buen rato hasta que Sami tuvo que irse a buscar a los chicos.

Clic, flip, clac. Clic, flip, clac. Clic, flip, clac.
Ese tic de Mitte con el encendedor sacaba de quicio a Cero. Pero no podía hacer nada al respecto. Mitte era su superior y, más allá de que su imagen física no estuviera a la altura, su carácter poderoso imponía autoridad. Mitte leía los informes sobre Sami.
–¡Bien, Cero! ¡Bien! Las escuchas del teléfono de esta mujer ya nos va dando información interesante.
–Debajo está el informe con el perfilado de Brunetti.
Mitte dejó el reporte de las escuchas sobre el escritorio y tomó el informe al que hacía referencia Cero.
–Samantha Brunetti. Le dicen Sami. Casada, tres hijos, vive en el barrio Las Orquídeas, bla, bla, bla. Eso ya me lo habías informado. ¿Acaso tienes alzhéimer?
–Su marido, Mitte.
Mitte la observó por encima del marco de sus gafas. «Si no fueras tan buena y tan útil, durarías menos que lo que dura pedo en la mano». –El tonito, Cero. No se pase de la raya. –Siguió leyendo hasta llegar a la información nueva. –Ricardo Brunetti. Arquitecto… ¡Apa! Tiene una doble vida don Ricardo. Interesante… Más que interesante. El perfil psicológico de este mequetrefe es… ¡Perfecto! Un hombre con un secreto que proteger y un orgullo herido. Es el arma ideal. Es hora de activar al arquitecto.
–¿A qué se refiere con un orgullo herido, Mitte?
–Nuestra amiga Sami está a punto de tener un amorío con Rey Negro. Por cierto, asígnale Alfil Blanco a Samantha Brunetti. Bueno, como te decía,

vamos a utilizar esa debilidad de Ricardo Brunetti a nuestro favor.
–Pero él todavía no lo sabe.
–Lo sabrá, Cero. Lo sabrá.

La tormenta de malas noticias no dejaba de arreciar. Alejandro estaba en su oficina, revisando unas planillas de cálculo en su computadora, cuando Rama lo llamó para informarle que robaron en el taller. Aunque el seguro cubriría gran parte de las pérdidas, habían vandalizado los vehículos que se encontraban allí, incluyendo los de competición y el de Sami. Rama se encontraba en el taller, pero debía ir en breve al destacamento policial para realizar la denuncia formal y comenzar los trámites con el seguro. El personal estaba realizando un inventario para determinar los objetos robados o destruidos. Alejandro acordó con Rama pasar por el taller de camino a su casa para definir cómo mitigar el impacto.

VII. El Desquite.

_*Hola!*, fue el mensaje que recibió Sami. Era tarde ya, los niños se habían acostado. Sami tomaba un té y leía su libro, muy entusiasmada. Aunque el mensaje la entusiasmó aún más. No sabía por qué, pero al verlo notó que el corazón le palpitaba más fuerte.
Hola, perdido, respondió.
Día complicado. ¿Ya cenaste?, le preguntó Alejandro.
No. Estoy tomando un té y leyendo un libro.
Te invito a cenar.
No puedo. Mis hijos están durmiendo.
Pide algo a algún delivery y me invitas a cenar.
¡Estoy casada!
¡Felicidades! Y como no has dicho que no, llama a un delivery, pide algo y ábreme la puerta.
Sami se levantó del sillón y se acercó a la ventana. Pudo ver estacionado el SUV con el que Alejandro la había llevado a su casa. Se acercó a la puerta y pudo ver por la mirilla que allí estaba él.
–¿Qué haces aquí? –le dijo Sami sin abrir la puerta. Alejandro se acercó a la mirilla, pues suponía que ella lo estaría mirando del otro lado.
–¿Me invitas a pasar? Necesito hablar contigo.
–¡No! Estoy sola, los niños están durmiendo. Ni loca.
–¡Vamos! Soy yo. Tengo novedades de lo que me pediste investigar. –era mentira, pero fue lo único que se le ocurrió para que Sami le permitiera entrar.
–¿Puedo confiar en ti?
Es bueno que no confíes en desconocidos, pero yo no lo soy. Ya me conoces y me has hecho un pedido. Pues vengo a cumplir con lo que me has pedido. Y además, necesito algo de ti.
«¿Algo de mí?¿Qué necesitaría de mí una persona que lo tiene todo? ¿Qué podría ofrecerle yo que sea de su interés?» La curiosidad es una semilla que echa raíces rápidamente. No se aguantó y abrió.
Alejandro entró y se ubicó a un lado, para que pudiera cerrar la puerta.
–Pasa, siéntate. –lo invitó a sentarse en la sala, señalándole un sillón de dos cuerpos ubicado frente a su silla mecedora. –¿Quieres un té, o realmente

tienes hambre y quieres pedir algo de cenar? Yo, por lo general, no lo hago; prefiero tomar té o alguna otra infusión y comer alguna tostada.
–Ok. Un té está bien… y te acepto la tostada.
–Veo que tienes hambre. Acompáñame a la cocina mejor. Te prepararé algo.
Alejandro no había alcanzado a sentarse. La siguió a la cocina y allí se sentó en una de las banquetas del desayunador. Sami abrió la heladera, tomó el jamón, el queso, unos huevos, aceitunas, morrones y con algunos condimentos le preparó un omelette. Era una preparación sencilla, y a los niños les encantaba. Sospechaba que a Alejandro le vendría bien.
Mientras Alejandro disfrutaba de su bocadillo, Sami aprovechó.
–Dime, ¿qué necesitas de mí?
Alejandro la miró sonriendo y se sonrojó como un niño. No era fácil lograr eso en una persona como Alejandro.
–Paz.
–¿Paz? No entiendo.
–No sabría explicarte. Pero transmites una paz y créeme, la necesito.
Alejandro no podía creerse a sí mismo. Era una persona de carácter firme y riguroso. Era accesible, sí, pero abierto a demostrar sus sentimientos, jamás. Con ella sentía que podía hacerlo con naturalidad y sin filtro, podía mostrarse vulnerable y necesitado. Quizás porque no era de su entorno, o no le rendía pleitesía. Sea cual fuere el motivo, ella lo hacía sentirse así.
–Gracias por lo que me dices. Yo creo que nadie ve eso en mí, salvo tú, claro… y Luna, mi hija.
–¡Gracias a ti!
Lo que reinó por unos minutos fue un silencio cómodo. No dijeron nada, simplemente se sonreían con los ojos clavados en los del otro. Ella volvió a quedar como hipnotizada con su mirada, la había cautivado de nuevo. El momento fue interrumpido cuando un mensaje de Ricardo hizo vibrar el celular de Sami. Ella no quería, pero en un acto reflejo miró la pantalla y vio su nombre, eso bastó para hacer que su sonrisa se desvanezca y en su reemplazo aparezcan esas líneas de expresión en la frente que detestaba al verse en el espejo.
–¿Qué pudiste averiguar sobre Ricardo y su amante?
Alejandro la miró con sorpresa. Recordó que le había dicho que tenía novedades, pero no era mucho lo que habían podido averiguar, lo había dicho para convencerla de dejarlo entrar.

–En realidad poco y nada. Mi gente trabaja en eso, pero he estado con algunos problemas y me dediqué de lleno a ellos. No los he visto, pero te prometo que mañana tendré más detalles.
Él era consciente de que sus problemas también la habían afectado, pues su auto ahora estaba más dañado que cuando ella lo dejó en el taller. Aun así decidió que ese no era el momento para mencionarlo.
–Pero algo sabes, ¿verdad?
–Es una clienta, o lo fue. Tu marido no viajó por trabajo.
Sami se mordió los labios, como masticando bronca. Se dio media vuelta dándole la espalda a Alejandro. Sin decir nada, tomó un vaso de la alacena y se sirvió agua del grifo. Pero se quedó como petrificada, de pie frente a la bacha ubicada en la esquina de la cocina. Alejandro pudo ver en el reflejo de la ventana cómo comenzaban a brotar lágrimas que gritaban lo que su voz decidía callar. Se acercó en silencio, se detuvo un paso detrás de ella y le pidió disculpas. Sami giró de repente, lo abrazó y lloró. Ella no esperaba otra noticia, ya lo sospechaba; pero a pesar de haberse imaginado reaccionando de mil maneras, ésta no era una de ellas.
Luego de unos minutos, ella pudo sentir la paz que él le había mencionado antes. Sentía que él podía transmitirle la misma paz que buscó en ella. Alejó su rostro para verlo a los ojos. Fue un instante, el suficiente para sentir el deseo de besarlo. Fue mutuo. Lentamente acercaron sus bocas hasta que sus labios hicieron contacto. Ella advirtió la cálida humedad de esos labios que abrazaban los suyos. Sus brazos la contenían y sentía el abrazo como un refugio seguro en medio de la tormenta. Abrió sus ojos y pudo ver que él los tenía cerrados, y los volvió a cerrar, entregándose al placer de sentirse protegida; pero sobre todo, viva. Recordó a Luna y su pedido… pensó en sus hijos… pensó en Ricardo… y se apartó súbitamente.
–¡Perdón! Fue un error. ¡Perdón, perdón! Necesito que te vayas.
–Te pido disculpas, me dejé llevar. No quise…
–No, fui yo quien te besó. No sé si eres casado, tienes novia… o novio, yo que sé. Quizás eres gay y te estoy llevando por el mal camino.
Alejandro echó a reír y Sami se contagió. Rieron por un instante y luego se miraron en silencio. El deseo fue más fuerte que las razones y se volvieron a besar. Esta vez sus bocas fueron más allá, liberando sus lenguas, que danzaban al ritmo de un son, rabioso y ardiente. Las manos de Alejandro recorrieron su espalda y descendieron. Ella exploró con las suyas su

abdomen. Pudo sentir sus músculos marcados y al bajar más allá del cinturón, pudo rozar su pene semi erecto.
–¿Mami?…
Se apartaron de inmediato. Alejandro regresó a su asiento, mientras Sami salía de la cocina hacia la escalera. Allí, Mariano estaba parado a mitad de camino, con su oso de peluche colgando de su mano. De camino a la escalera, Sami giró para mirar a Alejandro. Abrió los ojos exageradamente, y con ellos, solo con ellos, le indicó a Alejandro que se fuera, apuntándolos a la puerta, antes de volver a mirarlo. Movió los labios sin emitir sonido. ¡VETE! La orden era clara, y Alejandro la entendió. Levantó la mano para saludarla y se marchó, escudado en la penumbra de la sala.
Era la segunda vez en el día en que Alejandro recibía órdenes. A pesar de que eso era algo infrecuente, esta última orden no le dejó ningún sinsabor; al contrario, se marchó a su departamento con una sensación de tranquilidad. Sami, que solía solo dar órdenes a sus hijos y con escasez de resultados, había logrado, solo con un gesto, ordenar ese momento incómodo.
Luego de hacer dormir nuevamente a Mariano, Sami se acostó sola, sin poder dormir.

Alejandro apoyó sus brazos sobre la pared y disfrutaba el momento con los ojos cerrados. El agua caía de la regadera y recorría su cuerpo. Su calidez era una caricia y él la necesitaba. Ya se había quitado el champú y el jabón del cuerpo, podía haber salido ya, pero necesitaba relajarse un poco más. Fue entonces que la puerta del baño se abrió. Carolina, al escucharlo, se había levantado de la cama. Se quedó mirándolo a través del vidrio. Alejandro giró y se miraron fijamente. Ella se desvistió y entró a la ducha. Se besaron bajo el agua. No hubo pasión en el beso. Alejandro le tomó el rostro con ambas manos, mientras ella recorría su espalda con las suyas. Las manos de Alejandro se deslizaron hasta sus hombros y con una sutil presión sobre ellos la invitó a descender. Carolina bajó besando su pecho, su abdomen, hasta llegar a sus genitales. Besó su pene desde su nacimiento hasta la punta. Con una mano tiró del prepucio para dejar al descubierto el glande. Lo acarició con su lengua en un recorrido en espiral. Lo rodeó por completo con sus labios y se lo metió por completo en la boca. Alejandro

notó una ola de calor que invadía su cuerpo, mientras Carolina devoraba su pene rítmicamente. Alejandro cerró sus ojos. Carolina lo observaba, parecía analizarlo: «Tan débil, tan predecible». Él disfrutaba el momento y se entregaba a esa sensación que lo extraía del cuerpo. En ese viaje de sensaciones no estaba solo, aunque no era Carolina quien lo acompañaba. En su imaginación, Sami estaba allí, junto a él, llevándolo en ese viaje que pronto llegaría a destino. Carolina lo mordió y lo hizo volver. «Estás con ella, ¿no es así? Crees que me engañas. Estás dentro de un juego que no eres capaz de comprender. Eres un peón manejado por otra. Déjate llevar y verás». Una explosión de placer llenó la boca de Carolina, pero ella no dejó rastros. Limpió todo vestigio y luego se puso de pie para besarlo. Una vez más, no hubo pasión en el beso. Al salir de la ducha Alejandro se secó y se puso el pijama, mientras Carolina cepillaba sus dientes. Él salió rumbo a la cama y ella se quedó mientras Alejandro se acostaba. Cuando entró a la habitación, él dormía plácidamente. La almohada fue la única testigo y cómplice del desquite de Carolina.

VIII. Contratiempos.

Sami había pedido un Uber y lo esperaba sentada en el borde de la acera. Cuando lo vio llegar se puso de pie y le hizo señas. El chofer la saludó amablemente, marcó algo en la aplicación del celular y partieron rumbo al taller.

Al llegar, el conductor se detuvo detrás de una patrulla estacionada frente al taller. Sami descendió y caminó unos metros hasta la puerta de entrada. Pasó delante del portón de acceso vehicular, que estaba por completo cerrado. Giró el picaporte, pero la puerta estaba con llave. Miró en el interior y no vio movimiento. Se dio vuelta y pudo ver dentro de la patrulla a un policía mirando su celular, en el asiento del acompañante. No había nadie tras el volante. Llamó a la puerta, pero no tuvo respuesta. Se acercó al policía y le preguntó si había visto movimiento. «Está cerrado hoy, señora», contestó el policía. Sami le agradeció pero no preguntó más. El policía tampoco dio más información, volvió a sumergirse en lo que le mostraba la pantalla de su celular. Sami buscó en su celular el contacto de Alejandro y le envió un mensaje, pero no le llegó. Estaba a punto de pedir un Uber cuando vio un vehículo detenerse detrás del patrullero. Era Rama.

–¡Hola Rama! ¿Cómo estás?

–¡Hola! Bien, bien, tan bien como se puede estar. –le contestó Rama, mientras la invitaba al interior de la oficina. –Es que tuvimos la visita de unos delincuentes durante la madrugada. Recién vengo del seguro. Pero no ha sido tan grave, solo pérdidas y daños materiales. Siéntate por favor. ¿Quieres un café?

–No, gracias. ¡Qué fastidio! Me alegro de que nadie haya salido lastimado. Espero que el seguro les cubra todo.

–Al menos de una parte se harán cargo. Lamentablemente no tengo muy buenas noticias para ti.

–Me imagino que los plazos de reparación se prolongarán un poco. Puedo venir mañana, no tengo problema.

–Es que nos llevará más tiempo. Estos tipos no solo nos robaron, sino que dañaron varios vehículos. Entre ellos, el tuyo. No te preocupes, te lo entregaremos como nuevo, pero ahora está más roto que cuando lo trajiste.

–¡Qué hijos de…! –Sami se contuvo para no terminar la frase. –No hay problema. Entiendo. Ya me avisarás cuando lo tengan listo. Por ahora tengo

el vehículo de mi esposo, al menos hasta mañana. Pero me las arreglaré si demoran más.
–Probablemente sí. Es que tenemos que reparar los de competición para el viernes por la mañana. Si no los ingresamos antes de las 8 a.m. no vamos a poder competir y Alejandro nos va a matar.
–¡Cierto! Debe estar enfurecido.
–Creería que sí. Me dijo que vendría durante la mañana, pero ya es casi mediodía y no ha aparecido.
–Yo le mandé un mensaje, y aún no le ha llegado. –Comentó Sami mirando su celular.
–Estará en alguna reunión. No te preocupes. ¿Quieres que le dé algún mensaje cuando lo vea?
–No, no lo molestes. Solo salúdalo de mi parte. Me tengo que marchar, debo ir a buscar a mis hijos que salen de la escuela.
No era cierto. Luna se iría a casa de una compañera a hacer tarea, y había coordinado con otra madre de la escuela para que lleve a los varones a básquetbol, junto a su hijo. Aun así le pareció una buena excusa para marcharse.

IX. Cruzando la Línea.

–Saúl, necesito que organices un encuentro con Matlock. –le dijo Alejandro al Dr. Milincovich.
–¿El comisario?
–Sí. Con la máxima discreción.
–Ok. Lo cito en el lugar de siempre. –respondió el Dr. –¿Cuándo?
–Lo antes posible. Avísame, me organizaré.
–Pero este es fin de semana de carreras. Lo puedo organizar para el lu…
–Lo sé. Esto es más importante. Que sea lo antes posible.

Tras cortar, Alejandro dejó caer el teléfono sobre el escritorio. Se puso de pie y se acercó al gran ventanal desde donde se apreciaba prácticamente toda la ciudad. Solía detenerse a reflexionar, justo ahí y contemplar la ciudad a sus pies. Una de las grandes cualidades de tener una oficina en el piso 58 era la vista. La ciudad se extendía por un par de kilómetros hasta llegar al río. El cielo estaba cubierto casi por completo, pero dejaba que algunos rayos de sol se filtraran y generaran destellos en el agua. Desde la altura apreciaba ese gran tapiz en movimiento que él había aprendido a dominar. Las personas parecían hormigas. Él estaba por encima de todas ellas. Pero en esos días el orgullo y la omnipotencia habían sido reemplazados por otros sentimientos menos optimistas. Su mano sostenía su pierna, intentando aquietar el temblor. No era por las pruebas libres que comenzarían en unas horas en el autódromo —lo que en otras circunstancias le hubiera generado ansiedad—, sino por la investigación que de alguna forma debía detener. Él sabía que no tenía muchos resquicios legales para evitar el avance de la investigación. Tenía que detener la investigación, aunque los métodos no fueran de lo más ortodoxos.

Matlock en realidad no era comisario, pero era conocido con ese alias. Había estado en el ejército, donde hizo carrera hasta llegar al rango de Teniente Coronel. Luego fue reclutado por el Servicio de Inteligencia, donde llegó a Subdirector. Pero al Comisario no le iba bien acatar órdenes. Había desarrollado una afición particular por el dinero y el poder, lo que lo llevó a trabajar de forma independiente, convirtiéndolo en una suerte de mercenario. Aun así seguía manteniendo conexiones con el Servicio de Inteligencia. Se rumoraba que esa independencia era una fachada y que

seguía en servicio activo. Sea como fuere, era funcional a ciertos círculos de poder, y ahora lo era para Alejandro.
Golpearon la puerta de su despacho. Era su secretaria que llevaba unas carpetas con informes y avisó que el helicóptero estaba listo en la plataforma de la terraza. El vuelo al autódromo duraría unos pocos minutos. Rama y su equipo habían trabajado sin descanso para tener el auto en condiciones y el vehículo ya había pasado la inspección de los comisarios deportivos. En un par de horas estaría girando en la pista, puliendo los últimos ajustes para la competencia. Era motivador. Se puso la campera, unas gafas de sol y le ordenó a su secretaria que lo acompañara. Esperaba el ascensor cuando Alejandro miró a su secretaria de pies a cabeza.
–Hace frío. Tráete un abrigo.
Su secretaria abrió los ojos aún más, llevando la cabeza hacia atrás, pensaba que solo lo acompañaría al ascensor. Con pasos cortos, limitados por una larga falda ajustada, casi como dando saltos, fue a su escritorio y tomó un saco de hilo que colgaba del respaldo de la silla. Se lo colocó y regresó con los mismos saltos hasta el ascensor. Cuando llegaron a la terraza, ella se detuvo a la salida del ascensor mientras él caminaba por delante. Al notar que su secretaria se había detenido, levantó la mano y con un gesto le indicó que lo siguiera. Alejandro subió a la aeronave y ella extendió sus manos, entregándole las carpetas. Él la miró y giró apenas un poco su cabeza hacia un lado.
–¡Sube!
La mujer se quedó inmóvil por un instante, evaluando la forma de subirse sin poner demasiado en riesgo su orgullo. El Dr. Milincovich le extendió la mano y la ayudó a subir al helicóptero. Cerraron la puerta y la aeronave comenzó a elevarse. Alejandro, que tenía los auriculares puestos, le indicó a su secretaria que se colocara un par que colgaban de un soporte ubicado detrás de ella. Ella así lo hizo y luego sonrió. Había descubierto que los auriculares no solo le permitían escuchar y ser escuchada, sino que poseían un sistema de anulación de ruidos que hacía que casi no se oyera nada del exterior. A través de ellos escuchó la voz de su jefe.
–¿Está todo?
–Sí. Están los informes que le envió el Sr. Gálvez y la documentación que me pidió el Dr. Milincovich.
–Saúl, ¿ubicaste al Comisario?

–Hoy a las once de la noche te espera en… –hizo una pausa y miró de reojo a la mujer que los acompañaba.
Alejandro se destrabó el cinturón y se estiró para alcanzar el cable que conectaba los auriculares al panel en la consola del habitáculo. Tiró de él, desenchufándolo y desconectando a su secretaria de la conversación.
–A las once, en Lo de Vito… ¿Ya arreglaste con él?
–Sí. Le habían reservado el lugar para un evento, un cumpleaños creo. Pero lo canceló. Ya está todo organizado. El lugar va a estar cerrado al público. Le va a dar el día al personal. Si te interesa saber, va a estar cerrado por duelo.
–No me interesa.
Llegaron al autódromo. Mientras descendían del helicóptero, el piloto apagaba los rotores y el auxiliar de pista le daba indicaciones con señas. Alejandro bajó caminando con prisa. El Dr. lo seguía y, detrás de él, la secretaria caminaba dando saltitos. El Dr. se detuvo, dio media vuelta y esperó a la secretaria.
–¿Qué vas a hacer?
–No lo sé.
–¿Vuelves a la oficina? Tu jefe ya está en “modo piloto” y se ha olvidado del mundo, y eso nos incluye. En este momento no somos relevantes. –reflexionó sarcásticamente el Dr. Milincovich.
–Sí, voy de regreso. Me ha tomado por sorpresa. No pensé que vendría al autódromo con ustedes. No me he traído ni el móvil ni dinero.
–A mí me están esperando. Ven conmigo y haré que te lleven a la oficina luego de dejarme a mí.
–¡Muchas gracias doctor!

X. Un Trato en la Sombra.

Sami estaba en la cocina, preparándose un té. Había terminado de asear la casa y más tarde prepararía el almuerzo, solo para tres. Ricardo llegaría recién por la noche y Luna se quedaría en la casa de una compañera el fin de semana.

Esperaba que el agua llegara a la temperatura adecuada cuando sonó el timbre. Al abrir la puerta se encontró con un joven que le traía un sobre. Lo recibió, agradeció y cerró la puerta. La carta era de Alejandro. Regresó a la cocina, se sentó en una banqueta frente al desayunador y abrió el sobre. El agua en la cocina comenzó a hervir, pero Sami estaba entusiasmada y no lo notó. Dentro del sobre encontró una breve nota escrita a mano y, junto con ella, dos pases VIP con sus correas para colgar del cuello.

> *Nada me da más placer que compartir mi pasión. Te envío estos dos pases VIP para que puedas disfrutar de las carreras de Turismo de este fin de semana. Puedes invitar a quien tú quieras. Con estos pases tendrán acceso a todo. ¡Disfrútalos! Ale.*

No tenía planes de ir a las carreras. Quien sí los tenía era Ricardo, que iría el fin de semana completo, junto a sus amigos. El plan incluía a Bruno y Mariano. Bruno ya había asistido a una carrera antes, pero para Mariano era la primera vez y estaba muy entusiasmado. Sami pensó en regalarles los pases, pero solo eran dos, y estaba segura de que generaría discordia entre los niños, ya que no podían entrar a la zona VIP ellos dos solos, algún adulto debía acompañarlos y uno de los niños se lo perdería. Luego se imaginó a los niños solos en el motorhome, mientras Ricardo y su amigo Ariel disfrutaban del acceso exclusivo que le daban los pases. No le gustó nada la idea. Decidió guardarlos y no decirles nada. «Ojos que no ven, corazón que no siente», pensó Sami mientras volvía a colocar la nota y los pases en el sobre.

-¡El agua!… ¡La puta madre!

El rugido del motor se hacía cada vez más agudo. La aguja se acercaba a los números rojos del tacómetro, indicando que las revoluciones llegaban al límite. La curva se acercaba rápido. La extrema concentración de Alejandro era evidente. Cambio de marcha; de quinta a cuarta, de cuarta a tercera; de 230 a 120 kilómetros por hora en un abrir y cerrar de ojos. Giró el volante, montó la rueda delantera sobre el piano de la curva, esa superficie abultada que marca el límite entre seguir en carrera o estrellarse contra las defensas. La salida de la curva fue perfecta. Volvió a pisar el acelerador para tomar la larga recta que lo llevaría al punto de partida.

'Click', hizo el cronómetro en la mano de Rama. Sonrió y dio media vuelta para mirar a su equipo que observaba desde el otro lado de la calle de boxes. Levantó el brazo con el puño cerrado, en un claro gesto: lo habían logrado. El auto estaba en perfectas condiciones.

Alejandro descendió del auto entusiasmado y feliz.

–¡Está muy bien! Buen trabajo. Hay que ajustar un poco la suspensión delantera, el auto tiende a irse de trompa en las curvas 3 y 5. Pero lo siento bien. –comentó Alejandro. Vibra un poco en la recta opuesta. Hay que mejorar el balance atrás.

–Escucharon, equipo. ¡A trabajar! –gritó Rama.

Alejandro recibió la botella de agua y la toalla de mano que le entregó su asistente mientras caminaba con prisa al sector de Análisis de Datos. Allí, un par de ingenieros recibían la información del vehículo en tiempo real mientras Alejandro giraba en pista, la analizaban y ahora iba en busca de retroalimentación. Era vital para seguir mejorando. La charla fue breve, pero muy útil. Luego de unos minutos subió de nuevo al auto y salió a la pista. Solo quedaban 17 minutos para que termine la práctica uno.

El tono de llamado sonó varias veces en el celular de Sami hasta que al fin Melina atendió el llamado.

–¡Hola Meli! ¿Estás ocupada?

–Hola Sami. Dime que ya sabes con quien te engaña Ricardo.

–No. Eso no lo sé, pero sí se que no viajó por trabajo.

–¿Ya regresó? ¿Lo enfrentaste? ¿Confesó?

–Regresa esta noche. Pero no quiero perder tiempo, ni energía por ese tema, ya veré como lo resuelvo.

–¡Hay que quitarle el antifaz! ¡Debe hacerse cargo!
–Tengo algo más interesante que hacer. ¡Tenemos algo más interesante que hacer!
–¿De qué hablas?
–¿Vamos a ver las carreras de autos el fin de semana? Tengo unos pases VIP.
–No. Gracias, pero paso. No me gustan las carreras de autos. Me fastidia ver la testosterona mal canalizada.
–…
–¡Aaaaah! Ya entiendo… No vamos por las carreras. Vas a ver otra cosa y necesitas que te acompañe para no ir sola.
–Sí. Me conoces demasiado. Je, je. Es que me mandó un par de pases VIP. No sé si lo podré ver, probablemente esté muy ocupado.
–Quiere verte, no me caben dudas. Pero dime, ¿Tanto por haberte chocado el auto? Te lo debe haber hecho mierda.
–Es que desde que nos vimos pasaron cosas. Vamos al autódromo y te cuento.
–¡No seas hija de puta! ¡Cuéntalo ahora!
–Es una historia larga. Allá vamos a tener tiempo de sobra.
–No juegues conmigo. En cuanto lleguemos al autódromo me vas a dejar sola ni bien lo veas en el box. Además no voy a poder controlar mi ansiedad tanto tiempo.
–Okey, okey. Ven a casa y te cuento.

Alejandro llegó temprano. Pasó caminando por la puerta de entrada y observó el cartel con la leyenda: “Cerrado por duelo”. Llegó a la esquina y continuó por la acera hasta donde terminaba el edificio. Allí había un portón de acceso para proveedores. No era muy grande, no cabía un vehículo, pero era suficiente para el ingreso de un carro de carga y los contenedores de residuos. A esa hora por lo general había movimiento, la puerta que daba acceso a la cocina se abría y cerraba constantemente en una noche normal, pero esa noche no lo era. Estaba todo muy tranquilo. Golpeó la puerta una vez, una pausa, dos golpes, pausa, dos golpes más. Se abrió y vio a Vitorio que lo esperaba con una sonrisa. Se fundieron en un abrazo y caminaron hacia el salón. Vito tenía el brazo extendido sobre los hombros de Alejandro

y hablaban y reían mientras avanzaban hasta llegar a la mesa. Había una única mesa armada. No había gente en el salón, ni personal, solo Vito. Mientras Alejandro se sentaba, buscó un par de botellas de vino tinto y las descorchó. Tomó dos copas de detrás del mostrador y las sirvió. Se acercó y le dio una a Alejandro, quien se ponía de pie para el ritual del brindis.
–¡A tu salud! –exclamó Vito.
–¡Y a la tuya! –respondió Alejandro.
Bebieron un trago y Vito le preguntó qué quería cenar. Le pidió una pizza y privacidad. Vito, un hombre astuto y experimentado, entendía que cuanto menos supiera, mejor.
–Prenditi cura, figlio mio. –le pidió en su italiano natal con una mano apoyada en el hombro de Alejandro y mirándolo directo a los ojos.
–Grazie, Vito. –contestó Alejandro con una sonrisa.
Vito le guiñó un ojo y se retiró a la cocina, llevándose su copa. Alejandro no alcanzó a sentarse. Alguien había llamado a la puerta de la cocina. Vito estaba metiendo la pizza en el horno cuando pasó detrás de él para abrirle a su invitado. Hizo pasar al Comisario y se dirigieron sin hablar hasta el salón.
Al llegar a la mesa se encontró con la botella abierta de Trumpeter Reserva Cabernet Sauvignon. Se sirvió un poco en la copa y lo elevó para ver a trasluz la tonalidad rojiza, con tonos púrpuras y azulinos; agitó la copa para airear su contenido y lograr que desprenda sus aromas, lo acercó luego a su nariz y se deleitó con su perfume. Soltó un breve suspiro y lo degustó.
–¡Maravilloso! Aunque debo confesar que prefiero el malbec.
Alejandro asintió con la cabeza, no porque estuviese de acuerdo, sino para evitar contradecirlo y llevar la conversación hacia un terreno que poco le interesaba.
–Matlock, necesito de sus servicios.
–Diga usted. Soy todo oídos.
–Quiero carpetear a un fiscal.
–¿Muñoz?
–Veo que hizo los deberes. Sí, efectivamente.
–¿Y por qué quiere buscarle mugre a un fiscal? ¿Acaso quiere sacárselo de encima para evitar una investigación? –preguntó con sarcasmo el Comisario.
Alejandro estaba por contestarle, pero en ese momento apareció Vito con la pizza. Saludó solo con un gesto de su cabeza, dejó la bandeja en la mesa y

se retiró, no solo del salón, sino que se fue del lugar. Procuró hacer ruido al cerrar la puerta, para que los comensales tuvieran la certeza de que estaban completamente solos.
–Yo no tengo nada que ocultar, pero tampoco quiero que pongan en duda la credibilidad de mi empresa. Una investigación de estas características, más allá de no llegar a nada, porque realmente no hay nada que investigar, solo generaría un perjuicio económico para la compañía. Las acciones caerían, con ellas la calificación bursátil y en poco tiempo las ventas.
–Sus socios no estarían nada contentos tampoco.
–Exacto.
–¿Usted sabe dónde se está queriendo meter? Hacer caer a un fiscal de la nación traería consecuencias. Las fiscalías son como fraternidades. Se meten con uno y se meten con todos. Y… carpetazo va, carpetazo viene… Hay que tener espalda para aguantar el azote. La pregunta es: ¿se lo va a aguantar?
Alejandro sabía que habían azotes más dolorosos, pero el Comisario no tenía por qué saberlo.
–Investíguelo, y pronto. Necesito detener esto lo antes posible. ¿Puede hacerlo?
–¡Claro que puedo! Está tratando con el Comisario. ¡Me extraña!
–Ok. ¿Cuándo va a tener novedades?
–No sea tan ansioso mi amigo. Tranquilo, yo le aviso a su abogado.
–¡Buen provecho! Cene tranquilo y sin apuro, yo tengo que irme.
–Lo voy a pedir “para llevar”, no se preocupe. ¡Suerte el domingo! –le replicó el Comisario alzando la voz, mientras Alejandro se alejaba rumbo a la cocina.
Salió al pasillo exterior y lo saludó a Vito, que fumaba un cigarrillo sentado sobre un cajón de cervezas. La SUV negra lo esperaba al lado del portón de salida. Se despidió levantando la mano y subió al vehículo.

XI. Adrenalina.

Una mariposa aleteaba entre unas flores amarillas de diente de león mientras los rayos del sol luchaban por entibiar la fría mañana. Las gotas de rocío brillaban, inmóviles, sobre las hojas del pasto, mientras el sol comenzaba a evaporarlas. Un sonido quebró el silencio, al principio débil y agudo, volviéndose potente y grave al acercarse. De pronto el silencio se desgarró con el rugido de un motor. El viento desplazado por el vehículo azotó la calma hasta destrozarla.

–¡No frena, no frena! –repetía Alejandro por la radio a su equipo. Incapaz de doblar por la velocidad con la que tomó el curvón, continuó por la leca, la grava de arcilla de la vía de escape, gracias a la cual pudo detener el auto sin sufrir daños.

–¡Quedé en la leca de la 12! –exclamó con frustración. –El auto se encajó, no tracciona.

–Entendido. –confirmaron desde boxes.

Alejandro se bajó decepcionado. Se quitó el casco y lo arrojó contra el suelo. Apoyó ambas manos sobre el techo de auto, mientras su cabeza colgaba pesadamente entre sus hombros. Respiró profundo, recogió el casco y caminó al encuentro de un asistente en moto, con el que retornó a boxes.

Cuando llegó a su box, se dirigió directo a su motorhome. Detrás de él lo seguía Rama. Fue directo al baño y cerró la puerta. Rama se quedó de pie al lado de la puerta de ingreso. La había cerrado, pues sabía lo que pasaría a continuación. Alejandro comenzó a gritar dentro del baño, enojado y decepcionado. Se lavó la cara, tomó la toalla y salió mientras se secaba con ella.

–¡Estaba bien! ¿Qué mierda pasó?

–No lo sé, en cuanto traigan el auto averiguaremos que fue lo que sucedió.

Desde la ventana se podía ver cómo la grúa descargaba el vehículo, que ya había sido rodeado por los mecánicos. Hablaban entre sí y miraban el vehículo. Alejandro los observaba.

–Ahí los tienes. Los inútiles no tienen una puta idea.

–Ya encontraremos el problema. No te preocupes.

Giró la cabeza para mirar a Rama. No era una simple mirada de desaprobación. Sus párpados ganaron mayor amplitud, su boca se

transformó en una línea delgada y pálida y el ángulo de sus cejas se incrementó, dibujando un surco vertical en el centro de su frente.
–¿Quieres saber dónde está el problema? Te lo digo, es fácil. Son ocho.
Rama solo miraba. Alejandro estaba enojado con todos, tuviesen o no la culpa.
–No… No sé que… –Rama titubeó, sabía que cualquier respuesta o la falta de ella, haría enojar aún más a Alejandro.
–Hay que despedirlos a todos. No sirven para nada.
–No, no, Alejandro. Han trabajado muy duro para lograr tener el auto en condiciones para el viernes. Algo falló y encontraremos el problema. El auto estará listo para la clasificación. No te preocupes. –imploraba Rama.
–Sería conveniente que esté listo; si no lo está, serán nueve.
Rama salió sin decir una palabra y se puso a dar órdenes. Sabía que hasta él podría pagar las consecuencias por algo que ocurría más allá de los límites del autódromo.

Sami y Melina llegaron temprano al autódromo. Mientras su amiga estacionaba el auto, Sami bajó para preguntarle a un asistente cómo ingresar al sector VIP. Luego volvió al auto a esperar que descendiera Melina y buscar su mochila.
–¡Vamos, es por allá donde está el cartel verde! –exclamaba Sami con entusiasmo mientras señalaba un acceso.
–¡Cuánta euforia, amiga! Hace mucho que no te veía tan entusiasmada.
Sami no contestó y se acercó rápido al acceso VIP, al llegar tuvo que esperar a Melina. Cuando estuvo a su lado colocó un brazo detrás de sus hombros y, marcándole el paso, atravesaron el túnel que pasaba por debajo de la pista de carreras. Al otro lado del túnel, estaba la entrada a boxes.
Sami tomó su teléfono y le envió un mensaje a Alejandro. No tenía esperanzas de que lo leyera, seguro estaría en la pista o con sus mecánicos, lejos de su teléfono. Para su sorpresa, vio dos tildes azules al pie de su mensaje. Lo había leído. *Ve a la parte de atrás de los boxes, donde vas a ver a unos metros muchos motorhomes. Camina hasta el box 16. A la derecha, enfrente al box, vas a encontrarte con un motorhome verde con el logo de Galtech. Golpea la puerta. Te espero.* Le respondió él.
–Alejandro nos espera. ¡Vamos!

Sami tomó del brazo a Melina y, marcándole el paso, siguió las instrucciones hasta llegar al destino indicado. Sami no habló en el trayecto. Melina hacía comentarios sobre algunos hombres apuestos que se cruzaban en el camino, pero Sami no le prestaba atención. Al llegar, se paró delante del motorhome y se quedó como petrificada. Miraba la puerta, la miraba a Melina, volvía a mirar a la puerta.

–¿Qué pasa? –preguntó en voz baja Melina, sospechaba que podían ser escuchadas desde dentro. –¡Dale!

Sami seguía inmóvil. Ante la indecisión de su amiga, Melina decidió hacer por ella lo que Sami no se atrevía. Se acercó y llamó a la puerta con golpes firmes y decididos. Unos segundos después la puerta se abrió. Del otro lado estaba Alejandro. Tenía el traje de piloto a medio poner, la parte superior colgaba de su cintura. La remera blanca se ceñía al cuerpo, dejando ver sus abdominales y pectorales marcados. No era un hombre musculoso, pero los músculos de su cuerpo estaban bien definidos.

–¡Hola! Bienvenidas. Pasen. –les dijo invitándolas a subir.

El cuerpo no le respondía, tenía los pies clavados en el suelo, era incapaz de moverse. Su respiración se detuvo, el mundo entero se detuvo. Verlo así la dejó sin aliento. «Su atuendo, su físico, él… todo es…». Sami no pudo terminar de conformar su pensamiento, Melina sutilmente le dio un empujón con su codo en la espalda. Sami reaccionó y entró. Melina la siguió.

–¡Qué hermosa sorpresa! No pensé que vendrían hoy.

–Es que Meli no puede mañana, así que aprovechamos hoy. Pero la sorpresa es mía, no pensé que estarías desocupado. Te imaginé en la pista o en el box con los chicos del taller.

–Y así debía ser, pero… Es una historia larga, no quiero aburrirte, lo concreto es que tengo un descanso hasta el mediodía, mientras reparan el auto. ¿Quieren tomar algo? –dijo mientras abría el refrigerador y miraba en su interior. –Tengo agua, bebidas isotónicas y… agua y bebidas isotónicas. Puedo prepararles un té o café, debe haber algo de eso en algún lugar. –comentó, mientras revisaba ahora algunos compartimientos cerca del área de la cocina. –Luego pueden ir al área del hospitality, donde tienen barra de bebidas y catering. Lamento no poder ofrecerles demasiado.

–Meli nos puede ir a buscar algo. –dijo Sami, sonriéndole a su amiga y haciéndole un gesto con los ojos señalando la puerta. Melina la miró seria.

–Sí, claro. Ya mismo voy. –respondió severamente mientras le dirigía una mirada con el ceño fruncido a su amiga. Melina sabía a qué venía, pero no se esperaba que sucediera tan rápido. Tomó su campera, preguntó amablemente qué querían de beber, aun sabiendo que eso no era de importancia y que lo último que debía hacer era traerles el encargo.
Cuando la puerta se cerró, Sami lo miró a Alejandro con timidez. Sonrieron. Ella, instintivamente, bajó su vista al suelo y él dio unos pasos hacia adelante hasta quedar frente a ella, bien cerca. Sami levantó la vista, mordiéndose el labio inferior, en una clara expresión de timidez. Alejandro, sin titubear, acercó sus labios a los de ella y la besó. El beso fue breve. Apartó sus labios de los de Sami y sin decir nada la miró fijo a los ojos. Sami, que también lo miraba a los ojos, sonrió y bajó la vista para observar sus labios. Lo siguiente fue puro instinto. Esta vez el beso duró mucho más y la pasión se apoderó de ellos. Las manos de Alejandro buscaron la cintura de Sami, atrayéndola hacia él. Su pelvis quedó pegada a la de ella. Sami pudo sentir lo que provocaba en Alejandro y era exactamente lo mismo que ella estaba sintiendo. Con sus brazos, Sami recorría la espalda de Alejandro. Ubicó su rodilla derecha entre las de Alejandro y pudo sentir la punzada de su pene en su muslo. Alejandro deslizó una de sus manos hasta llegar al trasero de Sami, lo que generó que Sami separara sus labios para suspirar. Alejandro comenzó a besar su cuello mientras sus cuerpos se movían hasta detenerse al encontrar la mesa como obstáculo. Lo primero que impactó con ella no fue la cola de Sami, sino los dedos de Alejandro, quien, lejos de quejarse por el dolor, continuó besando su cuello. Alejandro fue llevando a Sami hacia atrás hasta llegar al asiento. Era un asiento para tres que, eventualmente, podía utilizarse como cama adicional, al utilizar la extensión de la mesa que podía modificar su altura. Al llegar a él, Sami se sentó y luego se recostó. Alejandro acompañó el movimiento. Aprovechando la posición de sus cuerpos, comenzó a besar la clavícula de Sami y se deslizó hasta llegar al pecho. Para continuar, debía besarla por sobre la camisa, pero si deseaba sentir su piel sería necesario quitarla de su camino. Con sus dedos comenzó a desabotonarla. Sami, al darse cuenta, interpuso sus manos y empujó los hombros de Alejandro para apartarlo.
–¡No!… Perdón, no puedo. –Sami deseaba continuar, pero internamente entre la razón y el deseo se disputaban el control de sus acciones.
Alejandro apartó su rostro, solo para mirarla a los ojos. Sus miradas conectaron y sin decir una palabra sus labios volvieron a fundirse en un

beso. Pero el beso fue breve, no por decisión de ellos, sino porque el golpe en la puerta los interrumpió.

Rama esperó, volvió a golpear y luego entró sin esperar autorización. Alejandro se había puesto de pie y Sami se había incorporado y sentado. Ambos actuaban como si nada hubiera sucedido, aunque tenían intenciones de que hubiese pasado todo.

–¡Hola! Que bueno verte. ¿Has venido a ver al próximo campeón? –preguntó mientras se acercaba para saludar a Sami.
–Para salir campeón hay que tener un auto en la pista. –replicó Alejandro en un tono seco y autoritario.
–El auto está esperando al campeón, listo para rodar. En menos de una hora abren la calle de boxes. ¿Venís a verlo desde el box, Sami?
–No lo sé. Vine con una amiga y tengo que buscarla antes de que comience. Creo que mejor voy a ir a buscarla.
–Entonces salimos todos. –dijo Alejandro que abrió la puerta y salió del motorhome.
–Si decides cambiar de opinión, puedes venir con tu amiga y verlo desde el box. Seguro que en el área de hospitality las van a consentir mejor, pero se vive diferente. Si les gusta sentir la adrenalina, no hay que involucrarse más y disfrutar de una experiencia más inmersiva.
–En eso tienes razón. –replicó Sami.
Rama le hizo un gesto, invitándola a salir primero. Al hacerlo pudo ver a Alejandro que conversaba con una persona. Pudo percibir su ceño fruncido, las manos apoyadas en la cintura y la cabeza baja, colgando pesadamente de su cuello, era una clara demostración de frustración. Sami pensó que estaba relacionado con la carrera, pero la persona con quien estaba Alejandro era el Comisario.

XII. Encendiendo la Mecha.

Al entrar en el salón, pudo ver a Melina a lo lejos, conversando con dos apuestos sujetos. Meli, al verla, la saludó levantando una mano y agitándola en el aire. Sami la vio despedirse de sus acompañantes y caminar hacia ella.

–¿Quiénes son ellos? –preguntó Sami sin preámbulos.

–No eres la única a la que un tipo guapo le anda detrás.

–¡Son dos!

–¡Más diversión! –respondió Meli riendo. La tomó de la mano y la llevó con ella hasta la barra de bebidas. –No me vas a venir a cuestionar a mí cuando eres tú quien tiene cosas que contar… ¿Qué pasó? ¡Cuéntame todo! Hasta el último detalle.

–No mucho en realidad.

–¡Vamos! Te conozco, algo pasó.

–Nada. Nos besamos.

–Ya se habían besado. ¿Qué más pasó? No me digas que solo se besaron porque no te creo nada.

–No hubiera pasado nada más.

–¿Hubiera? Saaami, te conozcooo. Además, tu cara te deja en evidencia. Algo más pasó y me lo vas a contar, aquí y ahora. –sentenciaba Melina mientras daba golpes sobre la barra con el dedo índice. –¡Camarero! Un gin tonic de frutos rojos.

–¡Caro! No son más de las once de la mañana.

–¡Shhh! Cállate y cuéntame.

–¿Me callo o te cuento? No puedo hacer ambas…

–¡Dios! Siempre has sido de darle vueltas a todo. Acéptalo de una vez y disfrútalo. No me has comenzado a contar y ya sé cómo viene la historia. Tú historia. Has hecho algo de lo que ahora te culpas. ¿Me equivoco? Estoy segura que no. Pero acéptalo, hazte cargo y por favor… ¡Disfrútalo!

–Lo besé. Lo besé y casi pasamos al siguiente nivel.

–Y lo detuviste en seco pensando en tu marido, el mismo que te engaña, y no sabemos hace cuánto lo hace, pero lo hace.

–Sí… pero no.

Melina la miró sin entender a qué se refería con su respuesta. «‘Sí, pero no’ ¿Qué mierda quiere decir?»

–Nos besamos y… terminamos en un sillón… acostados.

–¡Noo! ¿Y?
–Nada… Él intentó desabotonar mi camisa, pero lo detuve… aunque luego accedí.
–¿Y? ¡No seas hija de puta y contá todo!
–Y nada, en ese momento golpearon la puerta y bueno, todo quedó ahí.
–¡Noooo! ¿Quién fue el imbécil que los interrumpió?
–Un empleado.
–¿Y? –Melina ahora tenía una actitud más parecida a la de una oficial de policía interrogando a una sospechosa en una estación policial.
–Quieres que te diga que no va a quedar así, ¿verdad?
–¡Obvio!
–¡No va a quedar así!

La luz verde de la calle de boxes estaba encendida. Los vehículos podrían salir a la pista a clasificar para la carrera. Lo hacían en tres etapas. En la primera, que duraba 40 minutos, los pilotos con los 20 mejores tiempos pasaban a la siguiente etapa. El resto obtenía su posición de largada según el tiempo obtenido. La segunda etapa duraba 30 minutos y definía las posiciones del onceavo al vigesimocuarto puesto de partida. Los 10 mejores tiempos pasaban a la etapa final; debían marcar de nuevo su mejor tiempo para definir su posición en la largada. Sólo tenían 20 minutos para lograrlo.
Alejandro pasó con facilidad las dos primeras etapas y calentaba los neumáticos para intentar hacer el mejor tiempo y así lograr la primera posición de largada. Lo estaba logrando. Dos curvas más, una recta, una curva rápida a la derecha y la recta final hasta llegar a la meta, donde cerraría la vuelta. Venía rápido, muy rápido. Tan rápido que la rueda delantera izquierda pisó más allá del piano de la curva, tocando el pasto y perdiendo adherencia. El auto salió despedido e impactó contra las defensas del muro de la recta principal, destrozando parte del tren delantero. Otro día para el olvido. Inmediatamente los comisarios deportivos exhibieron la bandera roja, suspendiendo la competencia. Aún faltaban diez minutos para terminar, pero el auto de Alejandro no podía volverlo a intentar. Así y todo, cuando se reanudó la clasificación, quedó con un tiempo que lo ubicó en el séptimo lugar para la carrera del domingo.

–¡Dios quiera que se encuentre bien! -exclamó Sami al ver el accidente de Alejandro por las pantallas.
A los pocos segundos Alejandro descendió del vehículo y saludó al público en las gradas, lo que la tranquilizó.
–¡Vas a tener tu revancha! –comentó Melina, bromeando.
–¡Tarada!

Alejandro arribó a boxes montado en una moto conducida por un asistente de pista. Sus pasos se detuvieron en el acceso y observó a su equipo de mecánicos que lo miraban atentamente. Movió su cabeza y los miró a todos. Al terminar el recorrido con sus ojos, levantó la mano y se disculpó.
–Muchachos… la cagué. ¡Perdón! El muro me ganó la pulsada y la última curva no me perdonó. Cometí un error, no estuve fino. Pero confío que como equipo lo vamos a resolver. El esfuerzo hecho hasta ahora no fue en vano, el auto era un misil y quiero que vuelva a serlo. Sé lo que les estoy pidiendo. Sé que pasarán la noche entera sin dormir. Sé que les pido un milagro. Pero no se lo pido a cualquier equipo. Somos el equipo número uno y vamos a volver a salir campeones. Mañana, al momento de la partida, cuando los motores de los otros autos ronroneen, el nuestro va a rugir. Y vamos a demostrar que el corazón de la bestia está intacto. Esa carrera la ganamos a partir de esta noche. ¡A trabajar, que tenemos una copa por levantar!
Alejandro podía ser un déspota a veces, pero cuando necesitaba motivar, sabía cómo hacerlo.

XIII. Impulsos.

–¿Qué vas a hacer? Yo ya me aburrí.
–No lo sé. Me gustaría quedarme…
–Te gustaría tener revancha.
–Sí, pero no quiero molestarlo. Debe estar súper ocupado poniendo el auto en condiciones para mañana.
–O tal vez ya no corra y tenga tiempo de sobra.
–¡Ay, no! Pobre. No seas mala.
–¿Mala yo? Al contrario, deseo que lo pase genial con vos. Envíale un mensaje ahora.
–¡No! Ni loca.
…
–¡Dame ese teléfono! Meli… Meli… ¡Melina! ¡No! ¿Qué hiciste?
–Nada que tu subconsciente no quisiera ser.
–¡Tarada! Le mandaste un mensaje.
–Solo fue un “hola”, un inofensivo “hola”.
–Debe estar con sus problemas y vos lo estás molestando. Ni tiempo va a tener de… –la vibración del teléfono de Sami la interrumpió.
Ambas se quedaron en silencio, observando la pantalla del celular. “Nuevo mensaje de Alejandro” decía la notificación.
–¡Léelo! ¿Qué esperas?
–Te voy a matar. –le dijo Sami sin apartar la mirada de la pantalla que ya se había apagado.
–Me lo vas a agradecer. –le respondió Melina con soberbia.

Alejandro se había preparado un té y estaba por sentarse cuando sonó su celular. El mensaje entrante era de Rama. Le comenta que está yendo a buscar la cena para el equipo de mecánicos y le pregunta qué quiere que le traiga. Alejandro solo le pidió algo para celebrar el domingo. Esperaba al Dr. Milincovich, que vendría a verlo por la causa de Galtech y llevaría algo para cenar mientras trabajaban.
Cuando llegó el abogado, trajo no solo el encargo de Alejandro, sino también una variedad de carpetas y documentos, su laptop, una botella de

whisky, una caja con piezas de sushi y una bolsa de caramelos de mentol. Las carpetas, los documentos y la laptop eran, sin duda, para trabajar en la defensa de Galtech. La botella de whisky tenía como fin distender lo que él estimaba sería una larga noche sin dormir. Los caramelos de mentol eran para disimular el aliento etílico por la mañana.

–Te veo llegar con todo eso y me dan ganas de llorar.

–Hay que hacerlo. Cuando me comentaste por teléfono que tus mecánicos trabajarían toda la noche, supuse que no querrías o no podrías dormir, así que pensé: “¿Qué mejor manera de aprovechar el tiempo que trabajando?”.

–Lamento informarte que tengo planes para esta noche.

–Tienes una cita con tus mecánicos. –dijo el Dr. Milincovich entre risas. –Prefieres el aceite y el combustible a la compañía de un viejo y el Código Penal.

–Digamos que lo que tengo planeado es mejor que lo que tú me propones, sin duda alguna.

–¡Qué iluso fui! Bueno, te dejaré la cena y me iré a casa con mi botella. Ella me entiende mejor.

–Déjala. Seguro tienes varias más en tu casa esperando por ti. –replicó Alejandro quitándole la botella de la mano.

–Te la dejo, pero los caramelos son míos. Los necesitaré para cuando llegue mi mujer.

–Gracias, doc.

–No hay de qué. ¡Ah! Casi lo olvido. Matlock quiere verte; mañana mismo si es posible. Me dice que encontró algo que podría servir.

–Vino hoy y habló conmigo, pero me dijo lo contrario.

–¡Caramba! Por alguna razón me llamó de camino a aquí. Le diré que aguarde hasta mañana a la noche. Hablaré con Vito, para que se vean en su restaurante.

–Sí, me parece mejor.

–¡Hasta mañana! Disfruta de la compañía de tus mecánicos y no beban mucho, que mañana es día de carrera.

Alejandro observó desde el escalón de la puerta de entrada al motorhome, cómo el abogado se perdía entre la gente que aún daba vueltas por el paddock. Entre la muchedumbre vio también aparecer la figura de Sami que se acercaba. La sonrisa apareció de nuevo en el rostro de Alejandro.

Al verlo Sami apuró el paso y comenzó a sentir un frío que invadía su cuerpo. Apenas sí podía disimular su nerviosismo. Al llegar lo saludó con

un beso en la mejilla, él la invitó a pasar y cerró la puerta. Corrió la única cortina que faltaba para que tuviesen privacidad y trabó la puerta con el cerrojo.

–¡Qué bueno que has podido quedarte!

–Sí, se lo debo a Meli. Ella irá mañana a alimentar a mis mascotas. Mis hijos varones están acá, en el autódromo, con el padre y mi hija Luna está en la casa de una amiga por el fin de semana.

–Se alinearon los planetas.

Sami sonrió sin acotar nada al respecto.

–¡Qué bueno que estás bien! Me asusté cuando vi el auto chocar contra el paredón. Fue fortísimo el impacto. ¿A qué velocidad venías? Cien, ciento veinte kilómetros por hora.

–Doscientos cincuenta, más o menos. –respondió Alejandro sin titubear mientras buscaba un par de vasos y unos platos. –¿Te gusta el sushi? Espero que me digas que sí, porque no tengo otra cosa para ofrecerte.

–Me encanta.

Durante la cena se divirtieron y rieron, pero hubo un momento algo tenso por un llamado que recibió Sami. Ricardo se había comunicado para ver cómo estaba, aunque en realidad fue para que Mariano pudiera hablar con su mamá. Tantas horas alejado de ella lo hacía extrañarla y demandar su presencia. Sami trató de calmarlo, pero no era una tarea sencilla con el griterío que se escuchaba de fondo. Sami estaba convencida de que Ricardo no había ni siquiera intentado contener el malestar de Mariano y prefirió llamarla para que ella lo calmara. Ella, a quien la culpa la invadía con demasiada facilidad, había comenzado a sentirse responsable por el malestar de su hijo. Pensó seriamente en ir a buscarlo y abrazarlo. Estaban en el mismo lugar, pero podían estar a unos pocos metros o a algunos kilómetros de distancia, si se habían ubicado del otro lado del autódromo. Luego se imaginó a Melina sermoneándola por haber dejado pasar esa oportunidad que tanto deseaba. Finalmente, decidió aceptar que ese problema no le correspondía a ella resolverlo. Luego de unos minutos logró llevarle un poco de calma a su hijo y le pidió que le pasara el celular a su padre. Cuando Ricardo tomó el teléfono cortó. Sami quiso gritar maldiciendo a Ricardo, pero ni siquiera se lo merecía. En lugar de eso tomó la botella de whisky, se sirvió en un vaso y lo tomó de un trago. El ardor en la garganta fue inmediato y así de rápido intentó archivar la culpa y la frustración. Hacía mucho tiempo que no tomaba algo tan fuerte.

No necesitó más de dos o tres vasos de whisky para derribar las barreras impuestas por su propio superyó. Ya sin limitaciones autoimpuestas, se entregó a disfrutar de la intimidad con Alejandro.

La cama del motorhome resultó más cómoda de lo que imaginaba y la suavidad del algodón de las sábanas superaba a las de su propia cama. Recostada boca arriba, admiraba la figura del cuerpo desnudo de Alejandro, que estaba parado bajo el umbral de la puerta. Lo único que no se había quitado era un crucifijo que pendía de su cuello. Los músculos marcados en todo su cuerpo lo hacían ver como el David de Miguel Ángel, pero mejor dotado y mucho más bronceado. Era la primera vez que lo veía así. Su corazón palpitaba con velocidad. Sami se había quitado casi toda la ropa, dejándose solo la ropa interior y la camisa. No veía la hora de que él se la quitara. Él se acercó lentamente y al llegar a su lado se detuvo. Sami se arrodilló sobre la cama y buscó con sus labios la boca de Alejandro. Él la tomó de la cintura con sus manos y ella rodeó su cuello con los brazos. Sus labios se fundieron en un beso eterno. Sami se olvidó de todo, estaba como en un trance hipnótico. Tenía los ojos cerrados y disfrutaba cada sensación. Su lengua danzaba junto con la de él en un ferviente baile. Entreabrió sus ojos y pudo ver que él tenía los suyos cerrados. Pudo percibir cómo se amalgamaban sus almas. Ella deslizó sus manos hacia los hombros de Alejandro y generó en él una reacción inesperada. Él apartó su boca y se quejó de dolor. El trance se interrumpió.
–Perdón. –se disculpó Sami sin saber si había sido ella la causante de su malestar.
–No te preocupes. Veo que me he golpeado en el choque. No me había dado cuenta.
Sami le besó el hombro y él aprovechó para besar su cuello. Ella percibió cómo se le erizaba la piel y una corriente eléctrica surcaba su espalda, desde su cuello hasta su cola. No se pudo contener y se quitó ella misma la camisa, quedando solo con la bombacha. Era una invitación para Alejandro, para que sus besos recorrieran el resto de su piel. Se dejó caer de espaldas. Así, acostada, observó el techo del dormitorio del motorhome. Era negro y un sinfín de luces pequeñitas, que simulaban ser estrellas, se encendían y apagaban lentamente. Seguían la cadencia del piano que sonaba de fondo, con la *Gymnopédie Nº1* de *Satie,* era hipnótico. Quizás resultaba más hipnótico aun en su estado de ebriedad, producto del alcohol y del

momento. Estaba absorta en la observación de ese cielo interior, cuando la figura de Alejandro interrumpió su visual. Su rostro sonriente. Su mirada penetrando la suya. Pudo ver de cerca el crucifijo, que ahora jugueteaba entre sus pechos. Tenía forma de cruz, pero era una daga, cuya hoja se retorcía en un espiral. Tenía una leyenda, pero no lograba leerla.

–Nosce te ipsum.

–¿Qué? –preguntó ella, sorprendida por el comentario.

–Eso dice: Nosce te ipsum. Conócete a ti mismo.

El le sonrió. Ella le devolvió la sonrisa y rodeó su cabeza con los brazos para atraerlo hacia ella, llevando su rostro directo a sus pechos. Él los besó con pasión, centrándose en sus pezones y luego subió para besar nuevamente su boca. Tanta excitación provocó en ella un exceso de lubricación. Extendió su mano hasta alcanzar el pene de Alejandro. Pudo sentir la suavidad de la piel de sus genitales depilados y cómo comenzaba a ganar firmeza. Apartó sus labios y mirándolo a los ojos le dijo: –¡Quiero besarlo!

Él se movió para dejar su miembro sobre el rostro de Sami, pero con sus piernas le sujetó los brazos, impidiéndole tomarlo con las manos. Alejandro acercó su pelvis y le permitió besar el glande. Ella lo besó y lamió con cierta urgencia, como si fuera un helado a punto de derretirse. Comenzó a mover su cintura para introducir su miembro un poco más profundo. Sami lo disfrutaba. Cuando la música cambió a una pieza con un ritmo más acelerado, él la acompañó con movimientos de su cintura. Sami sentía como le cogían la boca y estaba extasiada. Deseaba con ansias sentir el sabor de su elixir, pero Alejandro no la complació. Decidió, sin preámbulos, cambiar de ubicación. Descendió hasta sus pies y desde allí tomó con sus manos la bombacha, tirando de ella hasta dejar a Sami, ahora sí, completamente desnuda. Tomó con sus manos los tobillos de Sami y extendió sus piernas hasta apoyar los talones sobre su pecho. Besó la planta de sus pies, desde los talones hasta llegar a la punta de los dedos, los cuales luego lamió y chupó, uno por uno. Sami estaba extremadamente caliente. Imploraba ser penetrada. Extendió sus manos en busca de las de Alejandro, entrelazando sus dedos con los de él. Flexionó las rodillas, acercándolas a su propio pecho y acercó con suavidad a Alejandro mientras ubicaba sus pies sobre los hombros de él. Sus cuerpos, en una total sincronía, se conectaron. La penetración fue delicada. Ambos sintieron que esa conexión no era exclusivamente física. Gimieron con cada embestida, desde la primera hasta

la última, hasta el final explosivo que la llenó de sentimientos y sensaciones nunca antes vividas. Se abrazaron. Se besaron.

Después de hacer el amor durmieron plácidamente, hasta que fueron interrumpidos por golpes en la puerta. Alejandro se despertó sobresaltado, miró su reloj y eran casi las cinco de la mañana. Se levantó, buscó su boxer y su pantalón y se acercó a la puerta. Mientras se vestía preguntó: –¿Quién es?
–Soy yo, Rama. Venía a avisarte que ya tenemos el auto listo. Mandé a los muchachos a descansar. En unas tres horas tenemos una revisión de los comisarios deportivos para que nos autoricen a correr. No tienes que estar presente, puedes descansar más tiempo si lo deseas. Es solo eso. Me voy a dormir algo. Nos vemos luego.
Alejandro abrió la puerta y desde dentro le agradeció.
–Gracias por avisarme Rama. Buen trabajo. Nos vemos más tarde. ¡Que descanses!

XIV. No cruces la línea

El trino de los pájaros comenzaba a hacerse escuchar. No provenía del exterior, era el sonido de la alarma del reloj de Alejandro. Lo apagó de inmediato. Ya estaba sentado a los pies de la cama, vestido con su mono de piloto. Sami abrió los ojos y se sorprendió al verlo listo.
–Disculpa, no pretendía quedarme dormida.
–No te preocupes, es temprano. Sigue descansando, haré que te traigan algo para desayunar.
–No te preocupes, me visto enseguida y me marcho.
–De ninguna manera. Me encantaría que te quedes hasta la carrera, si puedes, claro.
–Bueno, sí. Si me lo pides así no puedo decir que no. Pero no te preocupes por mi desayuno. Aprovecharé mi pase e iré a recorrer este mundo del automovilismo que es totalmente sorprendente.
–¡Excelente! Debo marcharme, en un rato van a hacerle la revisión al auto y quiero estar con los muchachos para ver los resultados. Deséame suerte.
–Aunque no creo que la necesites… ¡Suerte!

La revisión del automóvil fue exitosa y fue autorizado a competir. Alejandro partía desde el séptimo lugar. Las horas siguientes fueron de total concentración y análisis de los datos obtenidos durante las pruebas y la clasificación. Alejandro necesitaba un buen resultado para continuar en la pelea por la punta del campeonato. Si bien faltaban la mitad de las carreras de la temporada, la disputa por la punta era dura, y no sumar puntos no era una opción. Alejandro tenía la capacidad de enfocarse a tal punto que había quitado de su mente cualquier distracción. Ni la investigación de la justicia, ni el apriete de Yamil, ni siquiera Sami, lograban distraerlo de su objetivo: ganar.
Sentado detrás del volante, recorría el circuito junto al resto de los competidores en la vuelta previa a la largada. Delante de él, en la quinta posición, largaba Marcos Varela Domínguez y en el primer lugar lo hacía Santiago Coria, quien en ese momento lideraba el campeonato. Su objetivo inmediato era superar en las primeras vueltas a Varela y tratar de acercarse

lo máximo posible a la punta, para no permitir que Coria le saque más ventaja. Se sentía cómodo con el auto. El equipo había hecho un trabajo increíble y habían logrado volver a tener un misil. La vuelta estaba casi terminando. Llegó a la curva donde se había despistado y Rama le hizo una broma por la radio refiriéndose al muro. Alejandro no festejó la broma, estaba extremadamente concentrado. Ubicó el auto en su lugar. Chequeó algunos detalles por radio y puso la primera marcha en la caja de cambios. Escuchó por los auriculares la voz de Sami deseándole éxitos. Sonrió, pero volvió a concentrarse cuando las luces del semáforo comenzaron a encenderse de a una, para luego apagarse todas juntas y dar inicio a la competencia.

Su largada fue limpia. Ubicó el auto a la derecha del auto de Varela. Se acercaban rápidamente a la primera curva. «Tengo la ventaja. Es mi oportunidad, solo debo estirar el drenaje un metro, no más. Un error, por mínimo que sea, puede dejarme fuera.» La imagen de Yamil fue fugaz. Apareció su rostro frente a él, con esa fastidiosa sonrisa de medio lado, esa que esboza alguien que ha la más mínima oportunidad para presionar y sacar provecho. Alejandro gruñó y apretó los dientes mientras se esforzaba por meter el auto en el casi inexistente resquicio que le había quedado entre el borde de la pista y el auto de Varela. Favorecido por tener la línea interna, logró superarlo y ganar dos posiciones.

–¡Sí! Sí, sí, sí, sí, si. ¡Así se hace! –Se arengaba a sí mismo dentro del auto.

Se mantuvo allí las diecinueve vueltas iniciales, hasta que entró a boxes a cambiar neumáticos y reponer combustible. Para ese entonces Sami se había despedido de Rama y volvió a su casa en taxi. Quería llegar antes que su familia.

Regresó a la pista en la novena ubicación, sobrepasado por quienes aún no habían visitado los boxes. En las siguientes vueltas avanzo algunas posiciones. Llegó al cuarto lugar faltando cinco vueltas. Necesitaba subir al podio para mantenerse cerca de Coria, quien seguía primero. Cuando faltaban dos vueltas Coria sufrió un pinchazo, producto de un toque con quien iba en segundo lugar en un intento de sobrepaso, debiendo ingresar a boxes y perdiéndose de sumar puntos. Alejandro terminó tercero, sumando más puntos que Coria y Varela, y ubicándose primero en el campeonato, con una ventaja de apenas un punto de Coria y cuatro de Varela. El campeonato seguía al rojo vivo.

Los gritos de Alejandro se escuchaban por la radio interna. Agradecía a su equipo y los arengaba para continuar peleando, ahora para mantener la punta del campeonato. Los festejos se hicieron más efusivos al bajar del auto. Los mecánicos lo subieron en andas y recorrieron así el camino hasta el podio. Alejandro fue el primero en recibir su premio y la botella de champaña. Buscaba entre la muchedumbre la imagen de Sami, pero no logró verla. A quien sí divisó enseguida fue al Comisario. Era el único que vestía saco, corbata, un sombrero y no festejaba. Tenía una mirada adusta. No había forma de que no destacara entre la multitud. Alejandro se desconectó de la realidad por un momento, hasta que el impacto frío de la champaña en su rostro lo trajo de regreso. Agitó su botella y se incorporó a los festejos.

Había pasado apenas media hora de la celebración en el podio y la euforia continuaba en los boxes. Alejandro se dirigió a la parte trasera y se reunió con el Comisario.
–Felicitaciones. –fue el saludo inicial del Comisario. No hubo exclamación, el comentario fue tan hosco como su cara. –Tengo noticias.
–¿Buenas o malas?
–Noticias, punto.
–¿Qué tiene? –le respondió Alejandro imitando, sin pretenderlo, el tono seco del Comisario.
–Está limpio. No le he podido encontrar nada que se pueda usar contra este muchacho –comentó sin aludir específicamente al nombre de la persona de la que hablaban. Por el lugar se requería discreción.
–¡La puta madre!
–Pero tengo algo más: el hijo.
–¿Qué pasa con el hijo?
–Está metido en la falopa. –argumentó el Comisario, refiriéndose a que el hijo del fiscal estaba involucrado en el mundo de las drogas. –Consume, y consume fuerte. Como el padre no le pasa billete, se ha metido en la venta también. Hay que mantener el vicio. No está en la pesada, es de poca monta, pero nos va a ser de utilidad. Por ahí le entramos al padre.
Los comentarios del Comisario implicaban siempre la jerga callejera, pero Alejandro entendió que el hijo del fiscal solo vendía para poder cubrir su

propio consumo. No estaba involucrado con gente de peso. Sea como fuere, le pareció bajo y despreciable el hecho de utilizar un tiro por elevación para asestarle un golpe al fiscal con el fin de sacarlo del camino.

–No, Comisario. Por ahí, no. ¿Está seguro de que el tipo no tiene una sola mancha?

–Nada. Debe ser una persona muy correcta o un profesional que oculta muy bien sus malos pasos. No he encontrado nada ilegal, ni inmoral. Nada.

–Gracias. Le diré al Dr. Milincovich que se comunique con usted para arreglar sus honorarios.

–Ok. Y si cambia de parecer, coménteselo y actuamos.

XV. Acorralado.

“¡ESCÁNDALO!
Galtech, investigada por ensayos clínicos en humanos.”

“LA SALUD EN PELIGRO.
Galtech deberá rendir cuentas ante la justicia.”

“¡TIRANÍA SANITARIA!
Mientras CEO se divierte, la salud del mundo está en peligro.”

Esos eran algunos de los titulares de las tapas y portadas de los principales medios gráficos del país, y de sus respectivos portales web. Se habían hecho eco de una noticia filtrada desde Tribunales. El resto de los medios, sobre todo de la televisión y del streaming, fueron replicando la información en el transcurso de la mañana. Más tarde la noticia dio la vuelta al mundo.

La noticia le llegó a Alejandro de la mano de su secretaria, quien le envió un mensaje de texto a las seis de la mañana. A las seis y veinte estaba subiendo a su departamento el Dr. Milincovich.

Cuando el ascensor abrió sus puertas, el Dr. se encontró a Alejandro sentado en el sillón de la sala, mirando la pantalla de su laptop, de espaldas a él. La puerta de acceso al departamento estaba abierta, en una clara invitación a ingresar.

–Esas ratas de mierda. Por dos monedas son capaces de vender a su propia madre. –comentó el Dr. mientras dejaba el sobretodo colgado en el perchero, junto a la entrada.

–Era de esperarse, pero no imaginé que pasaría tan pronto. –comentó Alejandro sin quitar la vista de la pantalla, que tenía en la ventana principal un PDF con documentos legales de la causa. Detrás de esa ventana se podían apreciar rincones de las portadas digitales de los diarios.

Si bien la convocatoria a Alejandro era testimonial, sabía que por capricho del fiscal, y según la carátula de la causa, podía pasar de testigo a sospechoso. Analizaba posibles maniobras legales para eludir el avance de la investigación. Si bien el experto era el Dr. Milincovich, la experiencia de los años lo había dotado de una base sólida de conocimientos legales.

También era sólida la instrucción en la causa por parte del fiscal Muñoz. No había fisura alguna, al menos ninguna en la que legalmente se pueda trabajar para derribar el avance de la investigación. Ninguna, que fuera legal.

–Deberíamos reunirnos con… ah… el director de la agencia Voce. No recuerdo el nombre.

–Partagás Király.

–Ese mismo. Necesitas salir a dar tu versión. Si dejas que los medios hablen no va a ser bueno. ¿Quieres que lo llame?

El Sr. Király había manejado la comunicación de varias empresas de renombre, en situaciones donde la opinión pública iba a contramano de la imagen que querían dar. Incluso de políticos de peso, aunque ni los políticos, ni el propio Partagás quisieran darlo a conocer. Muchos creían que Partagás era su apodo, porque era habitual verlo fumando puros cubanos, pero en realidad era su propio nombre. De origen húngaro, había llegado al país cruzando el Atlántico, escapando de la guerra. Llegó, como muchos, sin una moneda en el bolsillo, pero su astucia y habilidad para la comunicación lo habían llevado a ser un reconocido político. Con el tiempo se percató de que podía lograr tener dinero y poder sin exponerse públicamente. Fue entonces que comenzó a operar tras bambalinas como un magnífico propagandista. Fue el artífice de la asunción al poder de un par de gobernadores, algunos senadores y un presidente. Aprendió, como lo haría un hábil trapecista, a transitar por una cuerda floja, por encima de cualquier bandera política.

Partagás era el hombre indicado para establecer una estrategia de comunicación sólida que le dé un poco de aire a Alejandro. Pero no podía ser su única alternativa. En el juego de las palabras, el verdugo es el tiempo. Y tiempo no tenía.

–Llámalo por favor. –le pidió Alejandro al Dr. Milincovich. –Pero, más allá de eso, debemos definir una estrategia para, al menos, dilatar el proceso judicial.

Luego de plantear diferentes estratagemas, nada parecía tener el rigor necesario para lograr el cometido. Frustrados, subieron al vehículo que los llevaría a las oficinas de Partagás Király.

La noticia sobre Galtech en los medios no solo perjudicó a Alejandro. Sami tuvo que enfrentar consecuencias. En medio de la ola de noticias negativas y del revés en la capitalización de Galtech, el medio más sensacionalista hizo circular rumores de un posible escándalo amoroso. El diario El Heraldo le había dado una vuelta más a la noticia y mostraba a la hermosa mujer con la que se lo había visto a Alejandro el fin de semana. Ninguna imagen por sí sola podía dar evidencia de una relación, pero en el contexto indicado y con la intencionalidad adecuada, podían ser el reflejo de una gran verdad, de una terrible mentira. En este caso mostraban imágenes de Sami en los boxes con los auriculares, se la veía también entrando al motorhome de Galtech. Nunca junto a Alejandro, pero no era necesario. Los periodistas de El Heraldo eran capaces de encontrar dos hechos diametralmente opuestos y unirlos de maneras poco verosímiles, pero efectivas. Esto los había mantenido por años como el tercer medio más leído del país.

Esa misma mañana, mientras los adultos corrían en casa de Sami para cumplir con la rutina previa al inicio de sus actividades habituales, los niños desayunaban. La televisión estaba encendida y mostraba en las noticias el rumor del amorío de Alejandro. Los periodistas en el estudio hablaban con una periodista de la sección de espectáculos que mostraba las noticias judiciales, pero con el enfoque del escándalo amoroso de Alejandro Romero Nieto. Ilustraban la nota con las imágenes que la mostraba a Sami.

–Mami está en la tele. –comentó Mariano.

–¡Cállate! Esa no es mamá. –le respondía Bruno.

Ni Sami ni Ricardo estaban pendientes de la conversación. Tampoco lo estaban de las noticias. Sami planchaba el uniforme que Bruno había dejado tirado en un rincón de su cuarto el viernes anterior.

–Sí. Esa es mamá. –afirmó Luna.

–¡Mamá, mamá! Estás en la tele. –gritaba contento Mariano.

Sami y Ricardo se acercaron a la cocina a observar la pantalla. Una gélida corriente le recorrió la columna vertebral hasta alcanzar su nuca. Los sonidos del ambiente se volvieron inaudibles y un repentino pitido agudo penetró en su cerebro. Se le aflojaron las piernas y tuvo que apoyar su mano disimuladamente en la mesada, para no caerse. Ricardo miró la imagen, y en un principio le sorprendió el parecido de esa mujer con Sami, pero viendo su reacción, no le quedaron dudas.

–¿Fuiste a las carreras? –preguntó con calma Ricardo. Sami no contestó. Tampoco lo miró. Estaba absorta en la pantalla. –¿Qué hacías entrando en ese motorhome?
–Le… le hice un favor a Meli. –respondió Sami. Su voz temblaba tanto como su pulso, aunque ella quisiera disimularlo.
–¿Un favor a Meli?¿Qué clase de favor?
–Nada. Se ve que pegaron onda y se querían ver… y no quería ir sola.
Ricardo se quedó callado unos segundos. La observaba a Sami. Ella se sabía observada, pero no quería hacer contacto visual con Ricardo. Eso la delataría de inmediato. No era buena mintiendo.
–Pero… algo no me cierra… quizás me lo puedas explicar… ¿cómo es que estás vos sola en boxes hablando por la radio?
–Ricardo. Sabes cómo actúan los medios sensacionalistas. Seguro tienen un par de fotos y eso les basta para armar toda una gran historia de mentira.
–¿Y cómo es que tu amiga conoce al “Rusito”?
–¿Desde cuándo eres tan aficionado al chisme? Nunca te has llevado bien con mi amiga y ahora quieres saber todo lo que hace. No fastidies. ¡Niños! Terminen de desayunar y prepárense que en cualquier momento los pasan a buscar.
Sami terminó de planchar la camisa de Bruno y comenzó a acomodarle el uniforme que Mariano tenía mal puesto. Ricardo tomó su mochila con la laptop y documentos del trabajo y salió detrás de los niños, luego de que cumplieran con el ritual del beso de despedida, todos, menos él. Ellos corrieron al transporte escolar y él se subió a su vehículo. Antes de partir la miró serio y desconcertado. Sami sabía que no había creído del todo su historia.

La reunión con Partagás Király se extendió por un par de horas, quizás más. Salieron de allí con una gran carpeta de contenido redactado y bien planificado y una táctica pulida de comunicación. Por primera vez en el día Alejandro esbozaba una sonrisa. Subieron a la camioneta y pidieron ser llevados a las oficinas de Galtech. El chofer, cuyas tareas no excedían las de conducir, limpiar y mantener en condiciones el vehículo, se atrevió a sugerirle a Alejandro, con temor evidente en su voz, que mirara las últimas noticias.

“¿CAE UN GIGANTE?
Las acciones de Galtech cerca del piso histórico.”

“¡DERRUMBE ANUNCIADO!
La capitalización bursátil de Galtech cae en picada.”

“AYER EN TURISMO COMPETICIÓN, ¿MAÑANA EN KARTING?
Parece que el CEO de Galtech se queda sin ‘nafta’”

Al llegar al estacionamiento subterráneo, Alejandro divisó un vehículo utilitario negro y a dos hombres fornidos de pie junto a él, flanqueando una de las puertas traseras. Alejandro descendió y la ventanilla de aquel vehículo bajó lo suficiente para que Alejandro pudiese ver quién estaba en su interior: Yamil. Le pidió al Dr. que subiera a su oficina y que lo esperara en la sala de reuniones. Cuando el ascensor cerró sus puertas y comenzó a subir con el Dr. en él, Alejandro se acercó al otro vehículo. Uno de los guardaespaldas abrió la puerta y él entró.
–Nos volvemos a ver. ¡Qué lamentable!
–Si es por las acciones, yo…
–¡¿Quién te autorizó a hablar?! -dijo Yamil elevando la voz un poco. Alejandro se calló de inmediato. –Esta es la última visita amable que te haré. Si no haces que se archive la causa, la próxima visita no te la haremos a ti… y no será amable.
–Yamil, yo…
–¡Lárgate!
Desde afuera el mismo hombre abrió la puerta, lo tomó del brazo con rudeza y tiró de él para que saliera del vehículo. Luego se subió y cerró la puerta. El otro hombre se había subido tras el volante, lo puso en marcha y se fueron. Alejandro no paraba de temblar mientras tomaba el teléfono para llamar al abogado.
–Llama al comisario. Dile que actúe.

En una habitación sin ventanas, el silencio reinó por un instante; si es que se le puede llamar silencio al constante zumbido mecánico de la ventilación de los servidores y al *clic-flic-clac* de un encendedor de bencina al que Mitte

abría, encendía y cerraba, incesantemente. El humo del cigarrillo que ascendía en una espiral perezosa, permitía que se dibuje el haz de luz del proyector. Sobre la pared la imagen se dividía en tres: a la izquierda una serie de imágenes de vigilancia mostraban a Alejandro Nieto en diferentes momentos del día: saliendo de una reunión, subiendo a su vehículo, hablando por teléfono; al pie de la proyección se dibujaba una onda de audio de la conversación telefónica de Nieto, hablaba con su abogado; a la derecha, la imagen de mayor tamaño: una captura de una cámara de seguridad del autódromo que mostraba a Sami, con los auriculares puestos, en la zona de boxes.

–Sigue sin neutralizar la amenaza legal. –El tono de voz era calmo e imperturbable. Exhaló y una gran bocanada de humo volvió a llenar el ambiente. Mitte ya no prestaba atención a las imágenes en la pared. Su mirada estaba clavada en la figura que se encontraba de pie, delante de ella.

–Le hemos dado alimento a algunos periodistas y han actuado como lo esperábamos, como un cardumen de pirañas desesperadas. Aun así, bajo la presión mediática, no ha logrado detener al fiscal. La nueva variable lo distrae.

–No es una variable, Cero. –dijo Mitte mientras giraba su silla y observaba con los ojos entrecerrados la imagen de Alfil Blanco. La analizaba con frialdad. –Es un error, un cabo suelto. Nieto tenía que encargarse del fiscal y no ha hecho nada. Esa mujer lo ha debilitado, y ahora es un riesgo para la operación. Odio los riesgos.

Cero, en silencio, aguardaba una orden más directa de su superior. Mitte levantó un dedo sobre su cabeza, interceptando en parte el haz de luz del proyector y tapando lentamente la luz que dibujaba el rostro de Sami sobre la pared.

–Activemos a Nodo Ocho: nuestro querido arquitecto, Ricardo Brunetti.

–Activo a Nodo Ocho, Ricardo Brunetti. ¿Objetivo?

–Quitar a Alfil Blanco del medio. Rey Negro no debe tener más distracciones. Así no nos sirve.

–Entendido. ¿Y con Rey Negro?

–Haz que se enfoque, Cero. No podemos permitirnos que esto se vuelva impredecible. Que el mensaje sea claro. Que entienda que no hay lugar para errores. Ni para el amor. Hay que quitarle a Nieto su juguete nuevo.

–Será un placer.

–Cero… sé sutil.

XVI. Tocando Fondo.

La mañana transcurría tranquila y sin contratiempos para Ricardo. Había llegado a su oficina sonriente luego de un fin de semana en el que había compartido su pasión por el automovilismo con amigos y con sus hijos. Mientras su computadora arrancaba, se acomodó en la silla y tomó un sorbo de café que había comprado antes en un Starbucks. Revisó la agenda en su teléfono móvil: “10:30 - Nuba Entertainment. Ajustes del proyecto. / 11:30 - Ing. Raimondi - Director de Obras Públicas de la ciudad.” Tenía tiempo de preparar la presentación de los cambios en el proyecto de remodelación del teatro Metropolitano para Nuba. La reunión siguiente era para alinear voluntades con quien firmaría los permisos.

Antes de comenzar revisó su casilla de mails en la computadora. Doce correos sin leer. Uno solo marcado como IMPORTANTE/URGENTE. El asunto indicaba: “Tu esposa te está humillando mientras cuidas tu relación con Romina”. Estuvo a punto de eliminarlo creyéndolo un correo no deseado, pero mencionaban a Romina. Revisó la dirección del remitente, era la suya, lo habían enviado desde su propia casilla. Decidió abrirlo.

Hola Ricardo.

No te preocupes por saber quién soy. Ya lo sabrás a su debido momento. Lo importante es centrarnos en lo que de verdad importa. Samantha te engaña. ¿Lo sabías? Mientras tú te preocupas por ocultar tu relación con Romina, Samantha tiene una relación con Alejandro Nieto. Lo conoces. Lo has ido a ver.

Creo que será importante que controles lo que hace Sami, para cuidar tu doble vida, pero por sobre todas las cosas para evitar que tu humillación pública sea aún mayor. Creo que no te hará muy feliz que todo el mundo sepa que eres un cornudo. Y créeme, si no la detienes, todo el mundo lo sabrá.

No te confundas, no te escribo para reírme de ti. Al contrario, te escribo para ayudarte a evitar que hagas el ridículo. Sé que tendrás dudas de lo que digo, pero verás que puedes confiar en mí. He enviado dos adjuntos a este correo. Uno tiene las imágenes que ya han difundido los medios, donde hablan de un supuesto romance de Nieto con Samantha, tú Sami. El otro archivo tiene un video de la cámara de seguridad de tu propia casa.

Míralo, revisa el día y la hora en la que fueron grabadas. Eso dejará en evidencia que te miente. Samantha te miente descaradamente.
No permitas que se rían de ti. Actúa, enfréntala, quítale la máscara. Detén esa relación que está dañándote. Si lo haces, nosotros te ayudaremos a preservar el secreto que tanto tiempo has guardado. C.

El lunes aún no había terminado y Alejandro estaba agotado, física y emocionalmente. Regresó a su departamento y esperaba poder relajarse, en la medida de lo posible, con una copa de vino y algo de música. Esa noche, como pocas veces en los últimos tiempos, disfrutaría de las conversaciones triviales de Carolina. Quería dejar atrás los problemas. Para calmar la ansiedad y evitar el insomnio, planeaba ayudarse con algo de clonazepam después de despejarse un par de horas. Había visto las imágenes de Sami en los medios y la supuesta relación que tenían, suponía que eso tendría consecuencias para ella, pero dados los acontecimientos que le afectaban directamente a él, prefirió dejarlo de lado por el momento.
El chofer lo dejó en la puerta del edificio, pero en lugar de caminar hasta el hall de acceso y al ascensor, caminó por el sendero lateral hasta llegar a la piscina. Se quitó los zapatos, las medias, se levantó el dobladillo del pantalón para sentarse en el borde y poder meter los pies en el agua. Allí se quedó una hora. El teléfono celular había quedado en el bolsillo del saco, que dejó a unos metros sobre una silla. Estaba en silencio. Ya no quería saber nada de nadie. Contempló el movimiento del agua y las figuras amorfas que se dibujaban con las ondas, cuando estas chocaban entre sí. Recordó su niñez y descansó en el recuerdo por varios minutos. Fue interrumpido por personal de mantenimiento que iba a acondicionar el sector, como todas las noches.
Regresó por el sendero caminando descalzo, con los zapatos, las medias y el saco en la mano, pero en lugar de acceder al hall principal caminó hasta el acceso de servicio y subió al ascensor que lo llevaría a su departamento. El ascensor de servicio da acceso al departamento por la cocina. Al ingresar dejó los zapatos y las medias en la entrada y arrojó el saco sobre una de las sillas ubicadas frente a la barra de la cocina. Abrió la cava, tomó una botella de malbec, una copa y se fue a la sala de estar para relajarse en el sillón. Reinaba el silencio. Antes de sentarse encendió el sistema de sonido y

buscó, entre todos sus vinilos, uno en especial: *“Letter from home”* de *Pat Metheny Group*. Mientras giraba la bandeja, trataba de acomodar la púa, pero se le resbaló y cayó en el inicio de la tercera pista: *“Better days ahead”*. No pudo contener la risa. «Si existe un Dios, seguro se divierte con ironía» pensó. Debo contárselo a Carolina. Comenzó a recorrer el departamento mientras sonaba el tema de fondo.

–¡Caro! ¡Ya llegué! –gritó desde el baño.

Allí se quitó la camisa y el pantalón y arrojó la ropa al cesto de la ropa para la lavandería. Se mojó la cara con agua fría y se observó al espejo. Admiró la daga que le colgaba del cuello. Nosce te ipsum. «No hago más que conocerme a mi mismo últimamente. Con cada nuevo problema voy descubriendo hasta donde llegaré. Es difícil de cree, pero así es». Secó su rostro con la toalla y salió rumbo a la habitación.

–¡Caro! ¿Dónde estás?

Cuando llegó al cuarto lo encontró vacío. Pasó al área del vestidor y abrió uno de los cajones donde guardaba la ropa deportiva. Sacó un short negro y se lo puso sobre el boxer. Contempló la posibilidad de ir al gimnasio del edificio y ejercitarse, pero recordó la copa de vino que lo esperaba y desistió. Volvió a la habitación con una remera deportiva a medio poner ahí la vio. Sobre la almohada descansaba una hoja de papel doblada en dos. Era una breve nota escrita de puño y letra.

> *Hubiese preferido decírtelo en persona, pero la situación me supera. He soportado tus mentiras e infidelidades durante demasiado tiempo, sin decir nada, pero esto ha superado todo límite. Me has convertido en el hazmerreír de todo el mundo. Creí que eras distinto a los demás, pero no has hecho más que desilusionarme. He decidido tomarme un respiro. No me busques, necesito tiempo. C.*

Lejos de obedecer su pedido, buscó su celular y marcó su número.

–El celular al que está llamando se encuentra apagado o fuera del área de cobertura. –decía la voz de la grabación que respondía en cada llamado.

Después de lo sucedido con Yamil, Alejandro dudaba de la veracidad de la carta. Llamó al director de seguridad de su empresa y le pidió que rastreara a Carolina. Cortó y se tomó lo que quedaba de la copa de vino de un trago, se sirvió de nuevo e hizo lo mismo. Luego volvió a llamar al mismo

número. Esta vez le dio instrucciones para que le asignara a él mismo un guardaespaldas las 24 horas.

Sami ya había hecho dormir a los niños y se preparaba para tomar una ducha, pero Ricardo le pidió hablar. Ella se había quitado la ropa y se había colocado un toallón cubriendo su cuerpo. Sami no tenía ganas, sabía que debería volver a mentirle para justificarse, pero no fue necesario mentir ni defenderse. Ricardo se acercó a ella, que estaba de pie, junto a la cama. Le mostró en su teléfono un video de la cámara de seguridad ubicada en la sala principal de la casa. Era del domingo, el día de la carrera y en el horario de la carrera. En la imagen se la veía a Melina alimentando a las mascotas. Ricardo comenzó a hablar, invadiendo aun más el espacio personal de Sami. Fue taxativo, cortante y directo.

–No te voy a pedir el divorcio, ni te lo voy a dar. Pero aquí las cosas van a cambiar. Has vulnerado la confianza que te tenía y no solo me has defraudado a mí, sino también a tus hijos. ¡Eres una vergüenza! –le recriminaba con un elevado tono de voz.

Sami lo miraba desconcertada, sin saber qué decir. El aire se había vuelto más denso, dificultándole respirar con normalidad. Ricardo seguía con su verborragia, pero ella había dejado de oírlo, su voz era distante y apagada. Se sentó en la cama, hundió el pecho y encorvó sus hombros hacia adelante, al tanto que sus ojos comenzaron a llenársele de lágrimas. Su rostro se había desfigurado tratando, sin éxito, de contener el llanto. No podía articular palabra alguna, ni para reclamarle a él por su infidelidad, ni para justificarse. Tampoco para pedir perdón.

–¿¡Vas a llorar acaso!? No te atrevas a hacer ninguna escena ni a ponerte en el papel de víctima.

Ricardo levantaba el teléfono que sostenía en su mano por encima de la cabeza, como quien amenaza con asestar un cachetazo.

–Me voy a dar una ducha. Mientras tanto puedes buscar tu almohada y una cobija y preparar tu cama en el sofá. No quiero dormir contigo.

Sami no quería mirar. Como un acto reflejo escondía su cabeza entre sus rodillas. Esa noche la violencia fue verbal, fue psicológica, fue violencia.

XVII. Resiliencia.

Eran las siete de la mañana de un martes atípico para Alejandro. Había logrado dormir gracias al clonazepam que se había tomado y al guardaespaldas que se encontraba en la sala de estar. A las ocho partiría rumbo a los tribunales, donde daría una declaración testimonial. Había sido citado como testigo en esta instancia. Esperaba que la carátula no fuera modificada por el fiscal. Llegado el caso, su declaración pasaría de ser una testimonial a una indagatoria, con implicancias más serias que podrían afectar su futuro en libertad.

Ya estaba vestido con un elegante ambo azul y zapatos de charol negros, haciendo juego con el cinturón. La camisa blanca se la había cambiado unos instantes antes, dado que la anterior era una camisa para gemelos. Partagás le había recomendado mostrarse elegante, pulcro, pero sin ostentaciones de poder o de riqueza. Revisaba su celular, esperaba alguna noticia sobre Carolina. Ya había intentado comunicarse con ella y el mensaje era siempre el mismo: "El celular al que está llamando se encuentra apagado o fuera del área de cobertura."

Escuchó la voz del hombre de seguridad que le avisaba que el vehículo se encontraba abajo, esperando. Alejandro tomó el maletín que se encontraba sobre la silla, a su lado, y se dirigió a la puerta de salida, flanqueado por el guardaespaldas.

Al salir del ascensor le llegó un mensaje que decía: *Sin novedades*. No habían encontrado rastros de Carolina aún. Este tema le preocupaba más que su visita a tribunales. Subió al vehículo y se encontró con el Dr. Milincovich. Durante el trayecto, que no duró más de treinta minutos, ambos se mantuvieron ocupados con llamados en sus respectivos celulares. No hablaron entre ellos. Todo lo necesario ya lo habían conversado previamente. Al llegar a tribunales Alejandro se presentó, exhibió su documentación personal y le indicaron subir al cuarto piso y aguardar a ser llamados. Al llegar sólo encontraron un pasillo con sillas contra las paredes. No había ninguna recepción ni persona esperando por ellos. Sólo dos puertas. Una tenía un cartel con la palabra *"Despacho"* y otra con la palabra *"Privado"*. Alejandro tomó su teléfono y comenzó a escribir un mensaje. Pudo ver en la pantalla de su celular que el mensaje había sido entregado, pero no leído. Pensó en sentarse, pero desistió.

Los niños ya habían partido hacia la escuela y Ricardo lo hizo hacia su trabajo. Él no le dirigió la palabra, ni siquiera cuando ella le preguntó si quería más café durante el desayuno. Luna notó cierta tensión en el ambiente y al despedirse de su madre le dijo: –No te veo bien y eso me hace mal.
Sami trato de tranquilizarla, como hacen las Madres, anteponiendo el bienestar de su familia al suyo. Pero a Luna no la convenció demasiado y la pequeña culminó su charla diciéndole: –Tienes que estar bien… contigo.
Sami había sonreído al escucharla y esperó hasta verla subir al transporte escolar para largarse a llorar. Lloró hasta quedarse dormida en el sofá. Se despertó cuando su celular le anunció que le había llegado un mensaje. Era de Alejandro. Volteó el teléfono, dejándolo con la pantalla hacia abajo, para no verla y se fue a dar una ducha.

La espera en tribunales se hacía interminable. Allí llevaban más de cuarenta minutos sin ser atendidos. La sala de espera era en realidad ese pasillo deprimente. Las paredes presentaban globos de humedad en las esquinas, cerca del piso, visibles a simple vista, aunque el personal de mantenimiento del edificio había intentado disimularlas pintando sobre ellas. Se podía apreciar un moho pintado de amarillo claro. «Patético» fue la primer palabra que uso Alejandro para describirse a sí mismo el lugar. Las sillas que parecían haber sido limpiadas por última vez hace una década, se ubicaban contra la pared del pasillo en hileras de cuatro, típicas de una sala de espera, pero aquí no estaban ubicadas una fila detrás de otra, sino contra la pared, no había más espacio disponible. Alejandro continuaba preguntando a su Director de Seguridad por novedades en torno a Carolina. Pero no las había. «Carolina no puede desaparecer tan fácilmente, sin dejar rastro.» pensó.
–El pasillo de la muerte.– bromeó el Dr. Milincovich, en referencia a un típico juego infantil donde tus compañeros hacían un pasillo, ubicándose en dos hileras y los valientes pasaban por el medio, recibiendo golpes de puño y patadas mientras lo hacían.
Alejandro le sonrió, pero no hizo comentario alguno. Prefirió callar sus opiniones, que las tenía claro, pero no quería que nadie, en un descuido, las escuchara.

Unos minutos después un asistente de la fiscalía se presentó ante Alejandro y su abogado para informarles que la declaración debía suspenderse por motivos personales del Fiscal. Oportunamente serían notificados de la nueva fecha.

El Dr. Milincovich le agradeció y se quedó conversando con el mensajero, mientras Alejandro caminaba rumbo a la escalera, donde lo esperaba su guardaespaldas. Mientras bajaban las escaleras llamó al Director de Seguridad para preguntar por novedades. Esta vez habían logrado obtener información sobre un pasaje emitido a nombre de Carolina con destino al aeropuerto de Barajas, en Madrid, España. El vuelo había partido hacía menos de una hora.

Cuando el Dr. Milincovich los alcanzó en la planta baja, salieron juntos del edificio de los tribunales. Su guardaespaldas lo escoltó abriéndole paso entre los periodistas, fotógrafos y camarógrafos. Alejandro no habló. El Dr. Milincovich se limitó a repetir: “Sin comentarios.” Alejandro ingreso al vehículo, el Dr. lo siguió. El guardaespaldas cerró la puerta trasera, luego se subió adelante y el vehículo partió rumbo a las oficinas de Galtech.

Durante el viaje el Dr. le comentó a Alejandro una idea para recusar al fiscal Muñoz. Si bien no era un argumento lo suficientemente fuerte para ser tenido en cuenta, sabía que les daría tiempo; sobre todo le daría tiempo al Comisario.

Melina tocó el timbre mientras Sami se secaba el cabello. El ruido del secador no la dejó escuchar el sonido. Sin darse por vencida, Melina la llamó al celular. Cuando Sami abrió la puerta, Melina sin decir una palabra, la abrazó con fuerza. Sami volvió a romper en llanto. Pasaron algunos minutos junto a la puerta, a la vista de todos. Sami no pretendía dar un espectáculo a los vecinos. Invitó a pasar a Melina y caminaron juntas, abrazadas, hasta la cocina. Era cerca del mediodía. Sami no había ni desayunado. Melina le preparó un sándwich y una taza de té.

–Desahógate, deja que el dolor salga de dentro tuyo. No te guardes nada. –le decía Melina mientras la tomaba de las manos mientras Sami lloriqueaba. Se habían sentado una al lado de la otra en las sillas de la barra desayunadora.

–Es un hijo de puta. No puede tratarme así.

–¿Por qué no le dijiste lo que sabes de él, de lo que guarda en secreto?
–No sé. Me agarró en frío, no pude hacer nada. Además me trató tan mal, tan mal. Fue horrible. –Sami al fin tomó un poco de té. Aún no había probado bocado del sándwich. –Además, no tengo pruebas. Sólo sé lo que me dijo Alejandro y no fue muy preciso.
–¿Y si lo llamas?
–¡Ni loca! Con los problemas que tiene… no, ni loca. Además, no quiero hablar con él. Fue un error y espero que Ricardo me perdone en algún momento. No lo volveré a ver.
–Tiene tu auto.
–Es cierto. ¡Maldición!
–Si no quieres hablar con Alejandro, quizás puedas llamar a alguien más.
–No tengo el número de Rama. Sólo el de Alejandro. ¡Mierda! No puedo ser tan imbécil.
–A ver, a ver… Vamos a poner las cosas en su lugar, Sami. Primero: olvídate de las pruebas. No las necesitas. Sabes que él te es infiel. Una marcha de labial en el cuello de la camisa no se hace por gracia del cielo. Segundo: ok, tú también los has sido… ¿y qué? No es el fin del mundo. En todo caso, te la debe. Tienes saldo a favor. Tercero: ¡Cámbialo ya! Te has sacado el premio gordo de la lotería de Navidad y todavía quieres seguir con Ricardo.
Por primera vez en el día, Sami sonreía.
–¡Gracias! Ojalá fuera tan fácil.
–¡Tú no lo hagas difícil! No eres la primera mujer, ni serás la última. ¡Vive tu vida!
–¿Sabes lo que me dijo Luna hoy, antes de marcharse? Que tengo que estar bien… conmigo.
–Tienes que hacerle caso. Y para estar bien contigo debes vivir tu vida, no la de los demás, ni por los demás. Debes estar bien y vivir por nadie más que por ti.
Sami tomó el sándwich y comenzó a comerlo.
–Dame tu teléfono, déjame llamar a Alejandro por ti.
–¡No!
–No tiene nada que ver con tu amorío. Le voy a pedir que me dé el teléfono de Rama para ir a buscar tu auto. Ya verás tú si quieres “salsa y merengue” con él. Y sabes que no me refiero a bailar.
–Ok, tómalo. ¡Pero te estaré vigilando!

–¡Hey! Tienes mensajes de él sin leer.
–Es cierto. Lo había olvidado. Bah, en realidad no. Es que no quería saber nada relacionado con él.
–Dice que tu auto está listo y que tiene novedades sobre la información que le habías pedido, pero que eso es delicado y te lo comentará en persona.
–¿Qué le has pedido, amiga?
–Nada, olvídalo. Iré mañana a buscar el auto y listo. No quiero verlo. Necesito procesar todo esto.
–¿Y qué tal si vamos ahora? Te llevo. Si quieres, me bajo yo y veo si está; si es así, volvemos mañana y si no está él, ya tendrás tu auto.
–Ok. Sí, me parece bien. Déjame terminar el sándwich. No me había dado cuenta de que tenía tanto hambre.

XVIII. El Mensaje.

En la oficina del Dr. Milincovich se escuchaba el sonido de música clásica de fondo. No importa en qué sector se estuviera, siempre se escuchaba música clásica, incluso en el baño. Cuando el doctor se aburría de escucharla, se colocaba sus auriculares de alta fidelidad con cancelación de ruido y disfrutaba de su propia selección musical. Tenía listas de reproducción bastante eclécticas: *"Rock de los '70s", "Pop de los '80s", "Bachatas y Vallenatos"*; pero lo que más abundaba era el Jazz, en una combinación de artistas clásicos como: *Ella Fitzgerald, Dexter Gordon, Dizzy Gillespie, Sarah Vaughan*, y otros contemporáneos: *Butcher Brown, Julian Lage, Hiromi*.

Esperaba la llegada de Alejandro para mostrarle el escrito que presentaría en el juzgado recusando al fiscal Muñoz. Sentado frente a su escritorio de madera de nogal lustrado, tecleaba en su laptop los últimos retoques antes de imprimirlo. Tenía dedos grandes, sus manos parecían un manojo de pepinos de mar y maldecía cada vez que alguno de sus dedos presionaba dos teclas juntas. Estaba agradecido a la corrección con I.A., que comprendía el contexto y podía sugerirle los cambios en todos los errores de tipeo. Estaba entusiasmado y confiado en que lograrían la recusación. Sabía que los argumentos no eran muy poderosos, de hecho tenía en claro que algunos estaban sostenidos por alfileres apenas, pero se tenía fe.

–¡Ahí está el hombre del momento! –comentó el Dr. al ver entrar a su oficina a Alejandro, quien lo miró con un gesto adusto. –¡Vamos! Has surfeado olas más tempestuosas que estas. Cambia esa cara.

–No es sencillo, doc, nada sencillo. En fin… ¿Qué tenemos?

–Siéntate mientras busco el escrito que acabo de enviar a la impresora. Creo que la jugada podría salir bien. ¿Quieres un café? Negro y sin azúcar, ¿verdad?

–Sí.

El Dr. le hizo un gesto sutil a su secretaria y ella entendió. Minutos después les estaba sirviendo el café a ambos, mientras Alejandro terminaba de leer el escrito.

–Si me das tu conformidad, Alejandro, me voy ya a presentarlo al juzgado ahora mismo.

–Me parece bien. Hagámoslo.

Sami estacionó su auto frente al portón de acceso al garaje. Había vuelto a sentir la libertad de manejar sus tiempos sin depender de otras personas que la llevaran de aquí para allá, o del transporte público. El día anterior, cuando retiró el vehículo del taller, le había obsequiado a los mecánicos una canasta con una selección de embutidos y quesos y algunas cervezas. «Es lo menos que puedo hacer», le respondió a Rama cuando él le agradeció. Fue una tranquilidad para ella saber que no estaba Alejandro, pero no se fue de allí sin antes pedirle a Rama que le transmita su agradecimiento a Alejandro. Sami podría haberle llamado para agradecerle, pero no quería hacerlo.

Ingresó a la casa haciendo malabares para abrir la puerta sin que se le cayeran las bolsas con las compras del supermercado. Una vez adentro, fue directo a la cocina para guardar todo. Le llamaba la atención no haber sido recibida por Rambo, su perro labrador. Siempre que alguien llegaba a la casa lo recibía a los saltos y hacía todo lo posible para llamar la atención. No importaba si era Sami, Ricardo, los niños o el muchacho del cable, Rambo le festejaba a todos por igual. Pero ese día no fue a recibirla. Miró por la ventana hacia el patio trasero y vio a Rambo revolcándose en el pasto.

–¡Ahí estás, travieso! –dijo mientras terminaba de guardar las compras en la alacena. «¡Qué extraño! Creí que se había quedado adentro.»

Era más común que Tomás se quedara afuera, sobre todo durante la mañana y la noche. Los gatos son animales noctámbulos por naturaleza y totalmente independientes, pero Rambo era más sedentario y por lo general, cuando salían todos, se quedaba adentro; se convertía en el amo y señor del sofá.

Sami subió a preparar todo para darse una ducha. Se metió en la cabina y disfrutó del agua caliente que caía sobre su piel mientras pudo. Sabía que los niños llegarían de la escuela en unos minutos más. Nunca esperaba a Ricardo, no tenía una rutina fijada para el almuerzo. Siempre tenía una porción más, por las dudas, pero por lo general terminaban ocupando lugar en el freezer. Ya se había lavado la cabeza y esperaba el tiempo que indicaba la etiqueta del acondicionador para que hiciera el efecto esperado. Mientras tanto se enjabonaba el cuerpo. De pronto escuchó un ruido. Parecía provenir desde abajo, pero estando en la ducha le fue difícil precisarlo.

–¿Ricardo, eres tú?

Silencio. Nadie respondió. Sami había cerrado la llave del agua, para que el sonido del agua no le dificultara escuchar. Nada. Rambo no ladró, ni le hizo fiesta a nadie. «Seguro fue mi imaginación», pensó, pero chequeó de nuevo.
–¿Ricardo?
El silencio le confirmó su sospecha. Su imaginación jugaba con ella. Volvió a abrir la llave del agua y terminó de quitarse el jabón y el acondicionador. Salió e inició su ritual de *“skin care”*. Al cabo de unos minutos estaba de nuevo en la cocina, calentando la comida. Volvió a mirar al patio. Rambo estaba inmóvil, acostado en el pasto, disfrutando el sol. Sami lo envidió un poco. Ella no podía darse el lujo de retozar al sol. El día no había llegado a su zenit y tenía una tarde demandante, llevando a los niños a sus actividades, pero antes de eso quería dejar preparada una torta, para cuando todos regresaran a merendar. Era un pedido de Mariano, al que Luna y Bruno habían adherido al escuchar decírselo a su madre.

El secretario del Juez recibió el escrito presentado por el Dr. Milincovich. Era un hombre pequeño y escuálido. Tenía el cabello opaco y algo despeinado. Vestía un pantalón gris, camisa blanca y un distintivo pañuelo rojo rodeaba su cuello en el lugar donde se suele poner la corbata o el moño. Las ojeras le daban un rasgo algo macabro y unos bigotes negros y bien poblados tapaban su boca. Sus piernas parecían pedirse permiso entre sí para dar los pasos al caminar, y su ritmo era cansino. Tomó la carpeta, la revisó un par de veces, y se fue con ella a un despacho. Regresó con unos sellos de goma y una almohadilla embebida en tinta negra. En una ceremonia digna de un perezoso, colocó los sellos donde correspondía, agregó fecha y hora y le entregó una copia al Dr. Milincovich.
–¿Lo puedo asistir en algo más, doctor?
–Eso es todo, González. Muchas gracias.
Nadie sabía si su apellido real era González o si era una broma cruel, en referencia a aquel personaje de dibujos animados de mediados de los años cincuenta: Speedy González. Los pasillos de Tribunales tenían personajes de todo tipo y color, y este, en particular, era parte del inventario del edificio.
En los casos en que se presenta un escrito con un pedido de recusación de un fiscal, el juzgado suele ser bastante expeditivo. El Dr. esperaba que

pudiese ser visto en el transcurso de las siguientes 48 o 72 horas. Luego el fiscal tendría un máximo de 48 horas más para allanarse o no a la recusación. Él esperaba que lo hiciera, que se allanara, como se dice en la jerga, y diera un paso al costado. Eso al menos los haría ganar tiempo. A eso se le sumaría el plazo en que el Fiscal General debe definir quién lo reemplazaría. «La idea no es mala, para nada mala» se dijo a sí mismo Milincovich.

Sami encendió el horno para que lentamente comenzara a tomar la temperatura necesaria. Había ya batido los huevos y el azúcar y la mezcla tenía esa textura espumosa. La palidez se esfumó cuando le agregó esencia de vainilla. Ahora faltaba agregarle la harina que había tamizado previamente con el polvo de hornear y la leche. «Tienes que envolver la mezcla con la espátula de a poco, Sami, no seas atolondrada» Recordaba siempre la voz de su madre repitiéndole esa misma frase. No había vez que no lo hiciera. Lo último que hizo fue volcar la mezcla en un molde desmontable de latón. «¡Listo! Bueno, casi.» se dijo Sami al cerrar el horno.
Mientras aguardaba que se cocinara, se preparó un té y se sentó a mirar televisión. Se encendió en las noticias. Las guerras, la economía mundial, los chismes de la semana… No llegó tan lejos. No quería escuchar nada de eso. Apagó el aparato a los pocos minutos y se dedicó a leer un capítulo más de su novela.
Poco después, el timer del horno anunciaba que el biscochuelo estaba listo. Sami lo sacó con cuidado para no quemarse las manos y lo apoyó en una bandeja para decorarlo. En poco tiempo más debería ir a recoger a los niños y llegarían muertos de hambre, como siempre. Afuera, Rambo seguía acostado sobre el pasto. Un par de horas antes había estado al sol, pero ahora la casa proyectaba una sombra y Rambo seguía allí. Abrió la ventana y lo llamó. Rambo no reaccionó. Pudo ver sobre uno de los juegos de los niños a Tomás, que se lamía la pata con parsimonioso cuidado. Gritó otra vez su nombre, pero el perro no se inmutó. Cuando salió al patio pudo ver al perro con más detalle, estaba con los ojos abiertos mirando la nada, el hocico abierto y la lengua afuera, extendida como una alfombra roja. Se arrodilló a su lado y le puso la mano en el pecho. No respiraba y estaba más frío que de costumbre. Sabía que estaba sin vida, pero aun así lo movió con

cautela para ver si reaccionaba. Tenía la esperanza de que lo hiciera, pero al mover su cuerpo notó una rigidez extraña. Acercó su oreja al pecho del perro, no escuchó ningún latido. Llevó luego la mano a su rostro, tapándose la boca, mientras sollozaba. No lo podía llevar sola hasta el auto para ir hasta la clínica del veterinario. Pensó en llamarlo para que fuera a ver a Rambo, pero no tenía ningún sentido, ya estaba muerto. Tampoco podía cavar un pozo y enterrarlo, esa sería tarea de Ricardo. Buscó una manta vieja y tapó el cuerpo con cuidado mientras ensayaba en su cabeza diferentes formas de darle la noticia a los niños. Era una situación horrible y eso no podía delegarlo en Ricardo, pues ellos notarían la ausencia de Rambo al llegar a casa. Decidió entonces enviarle un mensaje a Ricardo avisándole del asunto y llevar a los niños a merendar al Centro Comercial, para que cuando llegaran, Ricardo ya lo hubiese enterrado.

XIX. Luces y Sirenas.

Esa noche casi nadie pudo dormir. La primera que apareció buscándola fue Luna. Al abrir los ojos, encontré a Luna de pie junto al sofá, con Tadeo, su unicornio de peluche en las manos.

–Me duele la panza, mami.

Sami se sentó, le dio un beso y le preguntó qué sentía y si tenía ganas de ir al baño. Le puso la mano en la frente para sentir su temperatura corporal. No tenía fiebre. Le preguntó si quería acostarse con ella. El sofá se hacía cama y, si bien no era muy grande, las dos entraban cómodamente. Luna asintió, pero no emitió palabra alguna, y se acurrucó junto a su madre. Sami le puso la mano en la panza, para transmitir esa energía de madre que es capaz de calmar dolor y sufrimiento, y a los pocos minutos Luna se durmió.

Sami no logró dormirse del todo. Escuchó que alguien bajaba las escaleras. Estiró el cuello, levantando la cabeza por sobre el respaldo y vio a Mariano bajar a tientas sosteniéndose del pasamanos.

–¿Estás bien, hijo?

Mariano negó moviendo la cabeza de lado a lado. Cuando bajó el último escalón corrió en dirección al baño. Abrió la puerta con urgencia, haciéndola golpear contra la pared. Se oyó la tapa del inodoro impactar el reservorio del agua y luego el sonido de arcadas. Sami se levantó lo más rápido que pudo, tratando de no despertar a Luna.

Al llegar vio a Mariano sosteniéndose con ambas manos del borde del inodoro. Se arrodilló junto a él y le sostuvo la frente con una mano, mientras le acariciaba la espalda con la otra para calmarlo.

–Ya va a pasar, ya va a pasar. –le decía. –Seguro es algo que te cayó mal. Luna tenía dolor de panza también.

Se sobresaltó cuando escuchó decir su nombre. Era Luna, que se encontraba de pie junto a la puerta, su voz sonó ahogada ya que se tapaba la boca con su mano. Esperaba su turno para hacer lo mismo que su hermano, pero no lo logró. Vomitó sobre el piso. Sami no alcanzó a asistir a Luna cuando escuchó la descarga de agua del baño del piso superior.

–Samantha… ¡Samantha!

Ricardo la llamaba desde el baño de arriba.

–¿Qué pasa? No puedo subir, los chicos están descompuestos.

–Bruno está vomitando y yo no me siento muy bien.

«La puta madre» pensó Sami. «¿Qué mierda comieron? Seguro fue algo en mal estado de la cafetería. Esos cupcakes no se veían muy buenos.»
–Voy a buscar las llaves del auto y salimos para la guardia del hospital. –le dijo a Ricardo elevando la voz para que la escuchara.
Cuando uno estaba listo para subirse al auto, a otro le daban ganas de vomitar o defecar. Por lo que tomó la decisión de llamar al seguro médico para pedir que un doctor los visite en su domicilio. Cuando le comentó a la telefonista que cuatro miembros de la familia tenían un cuadro similar, activaron un protocolo de emergencias y enviaron dos ambulancias.
Minutos después nadie en el vecindario dormía. Las luces verdes de las ambulancias destellaban en la oscuridad y se escurrían por todos los rincones. Las sirenas ya no ululaban, pero lo habían hecho al llegar y de seguro lo harían al irse del lugar. Algunos vecinos habían salido hasta la vereda a ver qué sucedía. Aprovechaban para conversar entre ellos y sacar conclusiones de lo sucedido como si se tratara de un deporte amateur importado de otra cultura, todos creían hacerlo bien, pero nadie sabía. Otros miraban desde sus ventanas, resguardados en sus hogares. Media hora más tarde las dos ambulancias volvieron a partir; con sus sirenas avisaban a los desprevenidos que les dieran prioridad. Cada una se llevó a dos integrantes de la familia. Sami, quien no presentaba síntomas, los siguió en su auto.

XX. La Sospecha.

“El celular al que está llamando no corresponde a un abonado en servicio”
–¡Pero qué mierda!
Marcó nuevamente.
“El celular al que está llamando no corresponde a un abonado en servicio”
–¿Qué carajos pasa?
Alejandro llamaba al celular de Carolina, pero para su sorpresa, el mensaje de respuesta automático había cambiado. Ya no informaba que el usuario tenía el móvil apagado o no tenía señal, ahora era peor. Habían dado de baja el número.
Lo intento otra vez. El mismo mensaje comenzó a escucharse y cortó sin dejarlo terminar. Automáticamente llamó al Dr. Milincovich y le pidió el teléfono de Matlock.
–Discúlpame, Alejandro. Creo que es mejor que lo llame yo. No es conveniente que figure su teléfono en tu celular y viceversa. –El Dr. protegía siempre a sus clientes. Parecía estar siempre un par de pasos por delante de los demás.
–Pero necesito hablar urgente con él. Ahora mismo si es posible.
–Pídele a alguien que compre un SIM nuevo, prepago. Y que compre un celular económico. En cuanto lo tengas funcionando, pásame el número y se lo daré directamente a Matlock. Así hablan sin intermediarios.

Nunca le gustaron los consultorios de los hospitales. Le resultaban fríos y carentes de identidad. Eran cubículos impersonales, utilizados por un sinnúmero de médicos de distintas especialidades. Eran de todos y de nadie. Todos iguales. Las paredes pintadas de algún color pastel; podía ser amarillo, celeste, verde agua o naranja. Los pisos eran de plástico y se curvaban al unirse a las paredes, haciendo una superficie continua, que facilitaba la higiene.
Frente a ella estaban el Dr. D’Alesio y la Dra. Martínez. Él era el médico que había atendido a su familia en la guardia, durante la noche; ella era la jefa del sector de Gastroenterología. No siempre se hacían este tipo de

interrogatorios, pero en estos casos, cuando el cuadro era homogéneo, habían aparecido los síntomas casi al mismo tiempo y ya se habían descartado otras causas, como una infección viral o una intoxicación por gases, el caso debía ser tratado siguiendo un protocolo específico. El paso siguiente, éste, era la Anamnesis. Los médicos buscaban atar cabos conociendo más sobre lo que los pacientes habían ingerido en las horas previas. Sami hizo memoria. Les relató lo que había consumido cada uno de los niños durante la merienda en el centro comercial. Todos habían elegido los cupcakes, incluso ella, porque tenían un descuento especial con un dos por uno. Pero de inmediato fue descartado, ya que ella no presentó ningún síntoma y Ricardo no había comido. Luego fue la cena. Todos habían cenado lo mismo, incluso Bruno, que había comido su cupcake y más de la mitad del de su madre, casi no probó bocado. Lo que sí coincidió fue que todos los convalecientes comieron la torta que Sami les había preparado. Ella no comió nada. Si podía elegir, se inclinaba por las comidas saladas. La conclusión preliminar fue que la causa del malestar de la familia había sido la torta. Inmediatamente le pidieron ir a su casa para recoger los restos de torta para examinarlos. Sami accedió sin dudarlo.
El camino de regreso desde el hospital se le había hecho mucho más breve que cuando partió detrás de las ambulancias. Durante el trayecto le preguntó a la médica sobre la evolución de su familia. Fue clara: dependía del tipo de sustancia con la que se habían intoxicado. Lo que le llamaba la atención a la Dra. era que la torta era un biscochuelo que no había sido rellenado con crema o mermelada y que no requería refrigeración luego de su cocción. Sami sólo le había hecho una cobertura de glaseé de limón con unas chispas de chocolate con cobertura de colores, las predilectas de los niños. Llegaron al lugar y encontraron el tapete de la entrada apoyado sobre la puerta. Esto sorprendió a Sami. Era imposible que con el apuro en la emergencia, ella hubiese dejado el tapete así. Colocó la llave en la cerradura y para su sorpresa, no estaba cerrada. Fue entonces que escuchó que la llamaban.
–¡Sami, Sami! –era su vecino de al lado. –No te asustes. Yo coloqué el tapete contra la puerta. Es que esta mañana, cuando salí a regar las plantas, vi que la puerta estaba abierta. No mucho, pero había quedado unos pocos centímetros abierta. Así que me acerqué y pregunté si había alguien adentro. Escuché al gato maullar, pero nadie más respondió a mi llamado. Así que la

cerré y le puse el tapete. Sospechaba que si lo veías me preguntarías. Por suerte las vi llegar y salí a comentarte. ¿Todo bien? ¿Cómo están los niños?
–Bien, bien. Gracias José. –respondió Sami con una sonrisa fingida. –Luego hablamos, estoy algo apurada.
José levantó la mano y se despidió, siguiéndolas con la mirada mientras ingresaban. Sami fue directo a la cocina. La Dra. la seguía detrás. En el trayecto observó la sala de estar y no notó nada fuera de lugar. Todo estaba como de costumbre, o bueno, casi. La frazada y la almohada del sofá estaban en el suelo, el piso del baño estaba todo manchado, ya seco. Siguió su camino hasta llegar a la cocina. Sami esperaba ver la torta sobre la barra del desayunador, donde creía haberla dejado, pero allí no estaba. Miró la mesada, al lado de la cocina, tampoco. Abrió las alacenas, nada. Se fijó en la heladera, tampoco. La torta había desaparecido.
–Estaba convencida de que la había dejado aquí arriba, sobre un plato y con una campana de vidrio encima. No está.
La Dra. buscó en el recipiente de la basura. El recipiente tenía una bolsa nueva y no había residuos adentro.
–Aquí está la campana, guardada, como siempre. –dijo Sami con cierta sorpresa. Ella estaba convencida de que había quedado poco menos de la mitad de la torta. No era muy grande, pero aun así tenía la idea de que no se la habían comido toda. Lo extraño era que la campana estaba guardada, limpia y seca y en el mismo lugar en donde siempre la guardaba.
–¿Está segura de que había sobrado torta?
–¡Sí!… bueno, eso creo… No sé.
–Ok. Quizás se la terminaron. Si no quedaron restos de la torta, vamos a llevarnos los ingredientes para analizarlos. ¿Puede buscarlos y guardarlos en una bolsa u otro recipiente?
–Sí, claro.
Sami buscó todos los ingredientes, los colocó en una bolsa y se la entregó a la Dra.
–¿Necesita buscar algo para llevarse? Quizás quiera aprovechar para cambiarse de ropa. –sugirió la Dra.
Sami le agradeció la oferta y le ofreció un té mientras la esperaba. La Dra. agradeció, pero se rehusó. En su lugar Sami habría hecho lo mismo.
Unos minutos más tarde estaban saliendo de la casa rumbo al hospital.

–¿Comisario?
–¿Qué quiere?
–Necesito localizar a alguien.
–…
–Mi mujer se fue. Desapareció. Me dicen que está en…
–Sea claro. ¿Se fue o desapareció? Son dos cosas diferentes e implican métodos diferentes. –Matlock no hubiese podido trabajar en el área de atención al cliente de ninguna empresa. Era tosco y no le gustaba dar vueltas sobre ningún asunto.
–No lo sé. Me dejó una carta, diciéndome que se iba y que no la busque. Pero no me la creo.
–¿La carta la escribió de puño y letra o era de esas escritas en computador e impresas en papel?
–A mano, de puño y letra.
–Ya veo. ¿Y qué le hace pensar que no fue escrita por ella?
–No. Ella la escribió, es su letra. Pero no me creo el mensaje.
–¿En el mensaje le dice alguna mentira o algo que lo haga sospechar? Me refiero a algo fuera de lo común.
A decir verdad, los reclamos tenían fundamentos. Él la engañó y todo el mundo se enteró por los medios. Cualquiera en lugar de ella hubiera hecho algo similar. Aun así, él quería tener la tranquilidad de saber que estaba bien. La amenaza de Yamil lo tenía bastante preocupado.
–Necesito que la localice. ¿Puede?
–Ok. Dígame lo que sepa hasta ahora.
En los siguientes minutos Alejandro le dio toda la información que tenía, incluso le envió una foto de la carta. El Comisario no le prometió nada, pero Alejandro sabía que aun quien no quiere ser encontrado, tiene pocas chances de tener éxito si quien los busca es Matlock.

> *Los hallazgos clínicos y epidemiológicos (síntomas compartidos, ingesta de alimento común, descarte de infección) sugieren una intoxicación por un agente químico o sustancia no identificada.*

Esa era, en resumen, la conclusión del informe realizado sobre el caso de la familia Brunetti. La buscaron a Sami para hacérselo saber, pero había sido relevada por su cuñado. Sami se negaba a dejar a su familia, pero había

pasado muchas horas con ellos, sin dormir y sin comer. A pesar de su resistencia, accedió al pedido de Carlos, el hermano de Ricardo, pero prometió regresar en unas pocas horas. Dado que ella no estaba y que Ricardo estaba consciente y acompañado por su hermano, le informaron a él. Ricardo charló con los doctores y, si bien los resultados no eran concluyentes, sospechaban que la intoxicación se debía a envenenamiento. No podían determinar cuál era la sustancia. Habían realizado una cromatografía acoplada a una espectrometría de masas, un tipo de análisis para determinar la “huella digital” molecular de los componentes encontrados a partir de las muestras obtenidas de los pacientes. Los análisis realizados a los ingredientes no dieron resultados positivos. En conclusión, se dejaba entrever, aunque no lo decían con claridad, que podía haber una sustancia tóxica en la torta, pero como no lograron encontrar restos de la misma, los ingredientes que se llevaron de la casa no tenían tóxicos, no había pruebas fehacientes. Tanto Ricardo, como sus hijos, se recuperarían y serían dados de alta en poco tiempo.

Fue un golpe bajo para Ricardo, uno más. Lo pensó unos minutos y luego le pidió a su hermano que localice a un abogado. «No se la va a llevar gratis. Quiero el divorcio y la tenencia de mis hijos.» le dijo a Carlos.

XXI. ¡No Jodas!

El juez Harrison tenía sobre su escritorio la petición de recusación del fiscal Muñoz. Una chicana más, pensó al hojear la portada de la carpeta. Aunque no muy frecuentes, estas maniobras legales ya le resultaban habituales. La carpeta estaba por encima de una pila de documentos que requerían su firma. Sabía que si estaba en su escritorio, había sido debidamente analizado por su equipo de colaboradores y cumplía con todo lo necesario para ser considerado. Pero por vicio profesional siempre los hojeaba. Le echó un vistazo, al terminar de leerlo soltó una risa suave, breve y sin gracia, y mientras movía la cabeza de un lado a otro, sonriendo, firmó la admisión para que el trámite siguiera su curso. Llamó a González y le dio instrucciones para que se le diera curso de inmediato.

González caminaba a paso ligero por los pasillos del tribunal. Llegó a un cruce de pasillos y giró a la derecha. Esquivó a varias personas que caminaban mucho más lento que él o que simplemente estaban detenidas. Su pequeña estatura le facilitaba la tarea de escabullirse entre la gente. Llegó a la oficina del departamento de mensajería algo agitado. Por lo general los mensajeros pasaban cuatro veces por día por todos los despachos, retirando y entregando documentación. Pero esto era un pedido especial del juez Harrison. No quería que se demorara la investigación por tecnicismos o burocracia. González pidió que se enviara urgente al despacho del fiscal Muñoz. La mujer que lo recibió lo colocó en una bandeja con un cartel rojo y grandes letras blancas que decía: "URGENTE". Poco tiempo después lo recibieron en la fiscalía. Ahora estaba en manos del propio fiscal.

La máquina expendedora de café de la sala de espera estaba fuera de servicio. Debió recorrer un pasillo de unos treinta pasos, doblar a la izquierda, caminar por otro pasillo aun más largo, bajar dos pisos por ascensor, atravesar una sala de espera y transitar por otro pasillo de unos veinte o treinta pasos hasta llegar al hall frente a la recepción central. Allí estaba la máquina de café más cercana. De regreso, con su café, ingresó a la

habitación donde se encontraban los niños. Continuaban en observación, aunque esperaban ser dados de alta pronto, durante el fin de semana. Los niños ya estaban algo, Luna era la que menos había mejorado, evolucionaba poco a poco. Sentada junto a Luna estaba Carlos, el hermano de Ricardo, quien saludó a Sami con poco entusiasmo y le pidió hablar afuera. Ella accedió y salió delante de él. Ya en el pasillo giró para verlo a la cara y él le dijo que no era el lugar tampoco, por lo que le sugirió ir fuera del edificio. Debían recorrer de nuevo el trayecto hasta la recepción central, frente a la cual se encontraba la salida al exterior más cercana. Durante el trayecto Carlos no habló. Sami le preguntó si todo estaba bien y él sólo respondió asintiendo con la cabeza.

–Me preocupas, Carlos. Dime algo, porque no me creo que esté todo bien con tanto hermetismo. –le planteaba Sami mientras recorrían el hall.

Carlos no respondió hasta salir del edificio.

–¿Cómo pudiste hacerlo?

–¿Hacer qué?

–Envenenar a tu familia.

Fue como una puñalada en el medio del corazón. El comentario la dejó sin aire y un frío le recorrió el cuerpo desde la punta de los dedos hasta el cerebro.

–¿Cómo me vas a acusar de una cosa así? Ha sido una intoxicación, nada más.

–No has leído el informe, ¿verdad?

–¿Qué informe? –preguntó Sami, aunque no se quedó a esperar la respuesta. Volvió a recorrer el camino para ir en busca de la doctora.

–¿Pujols?

–Es Pujols.

–Sí, Pujols.

–No. Es Pujols. Así es el nombre del pueblo: Es-Pujols. Es un pequeño poblado costero, ubicado en una isla de las Baleares, al sur de Ibiza.

–¿Y qué hace ahí?

–De momento sólo tenemos el dato de que ha pagado una estadía en un hotel del lugar. Llegó a Madrid el miércoles en la mañana, horas más tarde tomó un ferry que salió de la terminal marítima de Baleària, en el puerto de

Denia con destino al puerto de Formentera. Es Pujols queda a sólo diez minutos del puerto.
«¿Qué demonios hace en ese lugar?» se preguntaba Alejandro. Matlock tenía información concreta de los movimientos de Carolina, pero esos movimientos eran de hace un par de días atrás.
–¿Sigue allí?
–Por lo que pude saber, ya no. La estadía fue abonada con tarjeta de crédito, al igual que el ticket aéreo y el ferry. Si ha hecho otros movimientos y gastos, los ha pagado con efectivo o bien otra persona se ha hecho cargo de abonarlos.
–¿Hay forma de rastrearla?
–Sí, claro. Puedo poner un activo en la zona y tratamos de localizarla, aunque no quiera ser encontrada.
Alejandro recordó la carta:

> *Hubiese preferido decírtelo en persona, pero la situación me supera. He soportado tus mentiras e infidelidades durante demasiado tiempo, sin decir nada, pero esto ha superado todo límite. Me has convertido en el hazmerreír de todo el mundo. He decidido tomarme un respiro. No me busques, necesito tiempo. C.*

"No me busques, necesito tiempo". El cierre era claro y contundente. Si ella necesitaba tiempo para reflexionar y para definir cómo continuar con su vida, ¿qué derecho tenía él para ignorar su pedido? Pero, ¿ y si estaba en peligro? La amenaza de Yamil mantenía a Alejandro en estado de alerta. "La próxima visita no te la haremos a ti, y no será amable". Aunque por otro lado, la nota estaba escrita de su puño y letra y fue una consecuencia de las imágenes que se mostraron en los medios de Sami. «¿Qué duda cabe? ¡La cagué!».
–¿Sigue allí? –preguntó el Comisario ante el silencio extenso en la línea.
–Sí. –la respuesta fue seca.
Alejandro seguía pensando qué hacer. «Sí, la cagué, pero no me puedo quedar tranquilo sabiendo lo que sé. Podría estar en peligro y soy el único que puede protegerla. Quizás Yamil no sepa dónde está y no pueda hacerle daño, pero ¿y si no es así?».
–¡Localícela! Avíseme diariamente, aunque no tenga novedades.

Matlock cortó el llamado sin decir nada y sin esperar respuesta. Alejandro giró su silla y se quedó contemplando el paisaje desde su oficina.

–Sra. Brunetti, el resultado de los análisis no es concluyente.
–¿Y por qué dicen que envenené a mis hijos?
–Le reitero: el resultado no es concluyente. Eso significa que no se puede tener certeza de un agente tóxico. Lo que sí sabemos es que ha sido algo que ingirieron todos en común. La investigación descarta que la intoxicación se haya producido por inhalación de algún gas, como monóxido de carbono, por ejemplo. Según lo que nos mencionó usted, el único alimento que todos ingirieron ha sido una torta casera, hecha por usted. Los resultados del análisis de los ingredientes, que usted nos facilitó, aún no están disponibles. Por lo pronto esta es la única información que tenemos. Anoche se lo comunicamos a su esposo.
–Mi cuñado me ha dicho que los envenené a todos.
La doctora no hizo ningún comentario. Se mantuvo con la vista en los papeles frente a ella, evitando transmitir con gestos su opinión personal. Unos segundos después, y antes de que el silencio se tornara demasiado incómodo, le preguntó: –Si eso es todo señora Brunetti, le pido me disculpe, pero debo continuar con mis tareas.

El fiscal Muñoz llegó con sueño. Venía de almorzar con unos colegas. Los viernes un grupo de fiscales se encontraba en una fonda de un club deportivo de barrio, donde el fuerte era la cocina y no así el deporte. Era un lugar de encuentro en donde solían comentar sobre diversos temas que en otros ámbitos no se podía hablar; no sólo por razones éticas, sino por una cuestión de supervivencia: fútbol y política. El grupo de fiscales era pequeño. Cuando la asistencia era perfecta eran once, pero por lo general no superaban los siete u ocho. Tenían una mesa reservada, en un pequeño cuarto de la casona que oficiaba de restaurante. En ese lugar preparaban comida casera y abundante. Y por lo general acompañaban la comida con algunas copas de vino. Esa combinación siempre le generaba un estado de somnolencia que se iba recién después de la segunda taza de café. Eran

reuniones distendidas, donde todos aprovechaban para disfrutar de la compañía de sus pares y de desconectarse del agobiante exceso de trabajo. Muñoz solía ser uno de los más bromistas. Pero ese día el fiscal no tenía tan buen humor, aunque intentaba disimularlo. El fiscal Altuna lo notó algo raro, como ausente. Le preguntó si se encontraba bien, a lo que Muñoz respondió con una falsa sonrisa y un par de golpecitos en la espalda, diciéndole que solo estaba agotado. Pero no era del todo cierto, el motivo era uno totalmente diferente. Días atrás había recibido un mensaje. Si bien podía ser caratulado como una amenaza, por las características del mensaje entendía que más que amenaza era una certeza. Había sido un golpe bajo y muy duro encontrarse con las fotos de su hijo inconsciente e instalado, como le decían los jóvenes a drogarse en grupo, y con un cartel en el pecho que decía "¡NO JODAS! G". Un frío le recorrió la espalda. Podía ser el nombre de su hijo: Gabriel, o podía ser el suyo: Gonzalo, pero él estaba seguro que era Galtech. Pasó el resto del almuerzo fingiendo estar bien.

Al llegar a su oficina pasó primero por el office, ese lugar de distensión obligado donde habitan las cafeteras y se reúnen las asistentes que, cuando tienen unos minutos libres, van a ponerse al día con los chismes. Allí, una de sus colaboradoras le informó acerca del sobre que envió el Juez Harrison. Ella se lo había dejado hacía una hora sobre el escritorio. El fiscal llenó su taza de café negro y sin azúcar y se dirigió a la oficina. El sobre se encontraba encima del teclado inalámbrico de su computadora. Que lo hubiesen dejado allí tenía un mensaje tácito y unívoco: era importante y debía ser abierto de inmediato. Por ningún motivo podía perderse en el mar de carpetas y documentos pendientes que se acumulaban sobre los lados del escritorio, sobre las sillas, encima de los archiveros o donde hubiese lugar disponible para seguir acumulando trabajo por resolver.

Abrió el sobre, extrajo la carpeta y leyó detenidamente el contenido del escrito. Encendió su computadora y abrió una hoja nueva en el Word. Redactó con rabia un documento breve, de casi una carilla. Estableció las ideas principales de cada párrafo, los argumentos de su respuesta. Luego se la remitió por la red interna a su asistente para que le diera forma y contenido. El documento llegó a tener cerca de diez páginas. La respuesta era clara: no se allanaba al pedido de recusación, dejando en claro sus principios y que ninguna amenaza iba a atentar contra el correcto accionar de la justicia.

XXII. Equilibrio de Poder.

Eran las ocho de la mañana y en la zona comenzaba a aumentar el ritmo de vehículos y personas moviéndose de aquí para allá. Los sábados las tiendas comerciales abrían sus puertas, al menos hasta el mediodía. Los talleres de reparación y preparación de vehículos no atendían al público, pero de todas maneras trabajaban con ciertos clientes especiales. En aquellos talleres donde el cliente era el propio dueño, se trabajaba casi todo el día. Rama llegó con una caja de provisiones y bebidas. Ese iba a ser un día largo. Alejandro había hecho pedir unas partes nuevas para el vehículo de competición y debían montarlas ese día para probarlas al siguiente en el autódromo. Poco a poco fue llegando el personal.

El vehículo estaba en la plataforma elevadora y le faltaba todo el tren delantero. La nueva suspensión y los frenos esperaban en unas cajas sobre la mesa de trabajo. Uno de los mecánicos estaba alistando las herramientas que iban a utilizar para la instalación. Parecía un quirófano más que un taller mecánico. Rama tomaba fotografías con su celular, documentaba todo, paso a paso. Antes de la próxima carrera debía entregar un informe pormenorizado y el vehículo debía ser inspeccionado por los oficiales de fiscalización y control de la ACM.

–Espero que seas mejor mecánico que fotógrafo. –bromeó Alejandro al llegar.

Rama no lo había visto y se sorprendió con el comentario.

–No te vi. ¿Cuándo llegaste? Estamos preparando todo para instalar las nuevas piezas. Llegaron ayer por la tarde.

–Ví tu mensaje anoche. Vine temprano para ver los avances.

–Hasta dentro de un par de horas no estará listo el tren delantero. Luego seguiremos por el trasero. Mientras Julian y Matías se encargan de eso, Rodrigo y Elías se dedicarán a la transmisión. Las nuevas piezas van a marcar la diferencia, estoy seguro. Calculo que para las seis de la tarde lo tendremos completamente armado.

–¡Genial! Mañana temprano quiero estar en el autódromo para probarlo.

–Sí, ya hablé con la organización. A las seis de la mañana podremos entrar con el trailer y a las ocho habilitan la pista. No hace falta que te quedes ahora. Si quieres te aviso luego del mediodía y te das una vuelta por la tarde.

Alejandro lo miró de reojo y esbozó una sonrisa. Rama intentaba amablemente despacharlo para trabajar más tranquilos, pero Alejandro no quería —o no podía— ceder el control así de fácil. Caminaron juntos hasta el portón vehicular, donde se detuvieron a conversar sobre los planes para las pruebas del día siguiente.
Mientras sus ojos seguían el constante fluir de vehículos por la avenida —una arteria casi exclusiva para la venta de accesorios, repuestos y talleres— Alejandro notó algo que desvió su atención. Entre las habituales camionetas de gran tamaño y los coches modificados, un sedán negro, inmóvil en la esquina, llamó su atención por completo. Sus cristales, oscuros y opacos, impedían ver el interior. Su presencia era como una incógnita, una sombra fija en el paisaje urbano.
–¿Tienes tu celular aquí? –preguntó Alejandro.
–Sí.
–Llámame. No actives el altavoz.
–¿Qué?
–Solo hazlo.
Rama tomó su celular, hizo la llamada y luego se lo llevó al oído. Alejandro le hizo un comentario sobre el auto negro que había estado observando y Rama, al verlo, lo señaló con la mano. El auto se puso en marcha y se fue.
«Eso no es casualidad», pensó Alejandro.
–¿Qué hay con ese auto? –preguntó Rama, intrigado.
–Ese es un buen auto. Siempre quise tener un BMW como ese.
–Si tú no puedes darte esos placeres…
–Nos vemos esta tarde. –Alejandro sonrió, mirándolo de nuevo de reojo, y se subió a su vehículo para marcharse.
–¡Ahí va! En su cupé Jaguar F-Type R75, y se emociona al ver un BMW Serie 5. –se dijo a sí mismo Rama. mientras sonreía y negaba con la cabeza, manteniendo los ojos cerrados.

El teléfono de Sami vibró y emitió una campanada breve. Había recibido un mensaje. Miró el celular, por si era un mensaje del Hospital. Era de Alejandro. En otro contexto le habría sacado una sonrisa, pero ese día estaba sumamente preocupada. Su familia, o parte de ella, la creía capaz de envenenar a sus propios hijos y a su marido. Si bien la doctora le había sido

clara respecto de que los resultados no eran concluyentes y que aún faltaban otros estudios, no podía sacarse de la cabeza esa idea. En su pecho se había acumulado demasiada angustia y sentía una opresión que la dejaba sin aire.

La pequeña cafetería era bastante acogedora. Melina había elegido una mesa en un rincón, al fondo del lugar. La decoración era bastante particular. En el rincón donde estaban, una de las paredes tenía un mural de piso a techo, con flores y mariposas pintadas en color pastel. Las sillas eran de estilo barroco, con la estructura pintada de dorado y el respaldo y el asiento tapizado con capitoné rojo, las mesas, que contrastaban con ese estilo, eran unas simples tablas de madera lustrada sobre cuatro patas sin ningún ornamento. En el centro del pequeño salón había un artefacto de iluminación moderno con una cantidad de pequeños artefactos que apuntaban en diversas direcciones. «Ecléctico» fue la palabra que se le vino a la cabeza a Melina. «Esa combinación de diversos estilos, ideas o posibilidades», se dijo mientras buscaba la mesa con mayor intimidad. Sabía que su amiga necesitaba más que nunca un lugar tranquilo, pero sobre todo contar con su presencia. No había mucho que ella pudiera decirle para calmarla, o tal vez sí, pero Sami no quería sermones ni discursos, solo sentirse acompañada.

El teléfono anunció un nuevo mensaje. Sami lo volvió a mirar. Hizo un gesto de fastidio y lo dejó sobre la mesa frente a ella.

–¿Quién es? –pregunto Melina. Su pregunta buscaba más sacar un tema de conversación que interrogar a su amiga.

–¿Tú qué crees?

–¿Alejandro?

–Sí. Me atormenta con sus mensajes.

–¿Te ha enviado muchos?

–En realidad no. Pero no es el momento.

–Quizás no lo sabe. ¿Por qué no le comentas?

–No voy a mendigar comprensión. ¡Que espere! –dijo mientras abría la espuma de su café con la cuchara.

–Tal vez te sirva distenderte un poco.

Sami la miró de desaprobación a su amiga. No necesitó decir nada.

–No seas mal pensada. Él esta fuera de tu entorno, ajeno a esto. Quizás charlar con él te sirva para bajar un poco la tensión. Lee los mensajes al menos.

Sami sentía cómo dos fuerzas antagónicas se movían en su interior. Por un lado la razón, que la mantenía enfocada en su familia; por el otro el corazón, que pugnaba por que su foco se centre en ella misma, al menos por un momento. Esa disputa siempre la había ganado la razón, pero por algún motivo que no comprendía -o no quería comprender, para no enfrentar verdades incómodas- el corazón parecía ir ganando la pulseada.

–Puede ser. Lo pensaré.

Meli conocía a su amiga mejor que a sí misma. Ese verbo en potencial era una sentencia negacionista. No porque no quisiera, pero si no actuaba en el momento, al fin de cuentas no lo haría.

–¿Puedo ver los mensajes?

Sami le acercó el teléfono a Meli. Sabía que su amiga filtraría cualquier comunicación de parte de Alejandro que pudiese ser inapropiada para el momento.

_*Hola!*, decía el primer mensaje.

Quería saber cómo estás. Hace casi una semana que no sé nada de ti. Contenía el segundo de los mensajes.

¿Quedó bien el auto?

Voy al hueso. Comenzaba diciendo el último mensaje, y continuaba: *Te extraño. No quiero que pienses que soy un tipo frío, aunque te lo parezca. Me he dado cuenta que me haces falta. Cuando estoy contigo me pasa…no sé, siento algo que no sentía desde mi adolescencia. Quiero entender qué es y me gustaría saber si sientes lo mismo. En fin, necesitaba decírtelo, esperaba poder hacerlo personalmente, pero veo que no puedes responderme. ¡Ah! Casi lo olvido, tengo más información sobre lo que me pediste. Pero eso sí debo decírtelo en persona. No es poca cosa, creo.*

–¡Qué falta de creatividad! ¿En serio me cree tan estúpida como para tragarme el cuentito de que tiene más información sobre Ricardo?

–¿Y si es cierto?

–…

–¿Qué pierdes con charlar con él?

–No quiero terminar en la cama con él. Fue solo una aventura pasajera.

–Parece que la única que tiene eso en mente eres tú.

–… –El comentario la dejó sin palabras.

Quizás tenía razón y era ella la que estaba obsesionada con la idea. «¡Mierda! Debe ser porque nunca lo había pasado tan bien», pensó Sami. Y era cierto. Sami conoció a Ricardo en la facultad mientras cursaba la carrera

de Arquitectura. Ricardo fue el primer hombre en su vida y al poco tiempo de conocerse, Sami descubrió que estaba embarazada. Transitaron juntos el embarazo de Bruno, Sami atravesó ciertas complicaciones que la obligaron a mantener reposo durante varios meses, perdiendo dos cuatrimestres, en dos años diferentes, por lo que, finalmente, abandonó los estudios. Fue feliz. Su familia siempre llenó de amor su corazón, aunque ella nunca amó a Ricardo. Y en materia sexual, él siempre demandaba su propia satisfacción y luego de conseguirla, solía dormirse casi de inmediato. Sami no conocía un orgasmo. No es que nunca los haya tenido, es que nunca los tuvo lo suficientemente cerca uno de otro como para poder reconocer que eran parte del acto de hacer el amor o tener sexo. Sin embargo, con Alejandro, en ese encuentro breve e irreal, logró tenerlos y disfrutarlos. En el poco tiempo que compartieron, Alejandro priorizó el placer de Sami y lograron una conexión casi instantánea. «Química» pensó. «Tenemos química, ¡y es tan fuerte!»

–Pásame el teléfono Meli. –Sami tomaba la iniciativa, como pocas veces en su vida.

Alejandro detuvo su auto en el acceso al club de golf. No solía ir muy seguido, pero quería mantenerse en un lugar público. Descendió y mientras le entregaba las llaves al valet parking observó la avenida por la que había llegado. Buscaba el BMW negro. No estaba allí. «Estás demasiado paranoico, Alejandro», se dijo a sí mismo. El muchacho del valet se marchó con su auto y él ingresó al lugar. La recepcionista lo reconoció al llegar y lo acompañó hasta la mesa que le solicitó Alejandro. Quería desayunar al aire libre, en la terraza del Country Club, mientras observaba a los golfistas partir en parejas desde el tee de salida. No disfrutaba practicar deportes tan “tranquilos”, como solía llamarles. La adrenalina era su alimento, y estaba hambriento de triunfo. Intentó imaginarse allí, en el tee, calculando el ángulo y la intensidad del impacto para llegar en la menor cantidad de golpes posibles a conquistar el primer hoyo. Al ver que no lograba imaginarse, a su edad, en lugar de esos jugadores, se pensó más viejo, retirado del ámbito laboral, con demasiado tiempo de sobra. «¡Antes muerto!», se dijo.

Observaba detenidamente el dibujo realizado sobre la espuma de su taza de café, tratando de descifrar si era un cisne, ramas de olivo o si era una obra abstracta e inevitable de un barista con Parkinson. La vibración de su celular lo interrumpió.

Discúlpame por no atender. He tenido complicaciones familiares. Gracias por buscar la información que te pedí, pero creo que no es el momento.

El mensaje era frío y tajante. Alejandro lo leyó un par de veces. Era evidente que no quería enfocarse en eso. «Quizás el asunto familiar sea algo grave», pensó. Tal vez era mejor no responder y dejar que pase un tiempo para que sus cosas se acomoden; pero eso que sentía Alejandro era tan poderoso que no podía quedarse al margen, sin intentar ayudar.

No he querido importunarte. Entiendo que tienes problemas más importantes quizás. Si puedo ser de ayuda, cuenta conmigo. Si necesitas un amigo, aquí estaré; aunque sea para contar hasta diez, cien o un millón. Le respondió Alejandro.

Él era un buen lector y en su juventud incluso intentó ser escritor, aunque nunca tuvo la constancia suficiente. Uno de sus escritores favoritos en aquel entonces era *Mario Benedetti* y se reconoció parafraseando al autor. *"Cuenta conmigo… hasta diez, cien o un millón"*, pensó en la frase, no podía evitar sentirse cursi y sonrió. “Entregado” indicaba el mensaje y entregado estaba también él.

Sami sonrió al leer el mensaje. Melina se alegró por su amiga.

–Si te hace sonreír aun en este momento, es por ahí. –le dijo Meli.

«Es por ahí», repitió Sami en su cabeza. «¿Será? ¡Dios! No puedo creer que me pase esto.»

La sonrisa se desdibujaba en el rostro de Sami. Meli extendió su brazo hasta que con su mano pudo tomar la de Sami.

–¿Todo bien? –preguntó. Sabía que necesitaba sostener a su amiga y lograr que vuelva a sonreír como lo había hecho un instante antes.

Los ojos de Sami comenzaron a humedecerse. Estaba conteniendo un llanto que, sin dudas, sería el preámbulo de una liberación de energía contenida por mucho tiempo.

«Ecléctico, como el lugar», pensó Melina en referencia al estado de ánimo de Sami.

–Sí. Todo bien. –Respondió Sami, mientras se secaba las primeras lágrimas.
–No. En realidad, no sé.
–¿Quieres contarme?
–Me enamoré. La puta madre… me enamoré.
Meli entendía el porqué de esa combinación tan diversa de sentimientos.
–Y está bien. –Melina extendió su mano y la posó sobre la de Sami.
–¡No! No está bien. Mi familia está en el hospital, mi cuñado me considera responsable. No solo eso, me ha acusado de hacerlo a propósito. Y yo, en el medio de este caos, me enamoro de Alejandro.
–¿Te has dado cuenta de que él logró sacarte una sonrisa aun en medio de todo esto? –dijo Melina mientras apretaba con mayor firmeza la mano de su amiga.
–Sí, y me molesta. Me molesta ser así.
–¿Así cómo?
–Nada. Yo me entiendo.
–…
–Es que es tan lindo. –Dijo Sami mientras le mostraba el último mensaje.

Ya había pedido la cuenta y estaba por marcharse cuando zumbó el celular. Habían pasado varios minutos desde que le envió el mensaje a Sami y ya no tenía esperanzas de obtener una respuesta. Pero allí estaba. No sabía si era la que él esperaba, pero al menos le había contestado el mensaje.
¡Gracias!
No había ningún mensaje oculto. No era una invitación a continuar con la conversación. Era una respuesta simple: “gracias”. Tomó su celular, lo guardó en el bolsillo del pantalón y atravesó el salón de la recepción del Country Club. Le pidió al valet que le trajera su vehículo. Un hormigueo en la pierna anunció la llegada de un nuevo mensaje.
Eres muy tierno.
No sabía cómo responder a eso. «¿Se burla de mi cursilería?», pensó. No supo entender si el mensaje era una broma o si en realidad lo pensaba. «¿Y por qué querría burlarse?», se respondió. «¡Vamos! ¡Hazlo!».
¡Quiero verte! Si tú quieres, claro.
¡Sí, claro que quiero! Pero no lo sé. Necesito acomodar mis ideas. Además, no estoy pasando por un buen momento.

Es solo un momento. Te invito a tomar algo esta tarde. Lugar neutral; privado sí, pero con gente alrededor. Tú me brindaste la paz que necesité en el momento oportuno. Créeme que no veo la hora en que pueda hacer lo mismo contigo.

Por instinto presionó el botón para salir de la aplicación de mensajes. No quería que notara que estaba pendiente de la respuesta, aunque eso no fuera cierto. No tuvo que esperar demasiado.

Ok. ¿Dónde y cuándo?

XXIII. Escaramuza.

Sami había regresado a su casa del hospital, había aprovechado para cambiarse de ropa y estaba subiendo a su auto cuando escuchó el claxon de un vehículo sonar cerca. Se dio media vuelta para ver de qué se trataba. Era una vecina que vivía en una casa en diagonal a la suya. Le indicaba a los ocupantes de un vehículo negro que lo movieran para poder ingresar a su garaje. El auto se movió unos metros, la mujer avanzó con su auto y Sami se subió al suyo y se marchó. El auto que Sami había visto en diagonal, frente a su casa, lo hizo también, detrás de ella, a una distancia prudencial.

El aroma en el aire era una mezcla de café y pan recién horneado. En la cocina estaban Vito, que revisaba en las cámaras de refrigeración el estado de fermentación de la masa madre, base de la especialidad de la casa, y dos cocineros más que se encargaban de la salsa y de la preparación de los ingredientes que esa noche utilizarían. Detrás de la barra del mostrador se encontraba La Tana, quien se dedicaba a administrar la caja, dirigir a los mozos y mozas y a preparar el café. Todos allí, incluso Alejandro, la conocían como La Tana. Su nombre era un enigma para muchos, menos para Vito, su esposo. Ella era muy extrovertida y era el alma del lugar.

Alejandro conversaba con ella, sentado del otro lado de la barra, tomando un risretto. Ambos reían a carcajadas. Él era, en aquel momento, el único cliente; aunque en Lo de Vito Alejandro siempre fue considerado un amico di casa. Cuando llegó Sami, Alejandro se acercó a ella y la saludó con un beso en la mejilla.

–¡Hola! Gracias por aceptar la invitación. Tenía ganas de verte.

Sami sonrió, pero no respondió a ese comentario.

–¿Te fue difícil encontrar el lugar?

–Para nada, lo cargué en la aplicación de mapas y apareció enseguida. Tiene muy buenas calificaciones de otros visitantes.

–Se come muy bien y muy rico. Si te gusta la cocina italiana casera, este es el lugar ideal. Si vienes a almorzar o cenar, te sugiero que vengas en taxi. La Tana tiene la misión de hacer que todo visitante acompañe las

especialidades de la casa con un buen vino y agua… y en ese orden. Los niños son los únicos que pueden pedir alguna bebida sin alcohol. –Alejandro miró a La Tana desde la mesa y le guiñó un ojo con complicidad.
–Tendré que venir entonces. –Contestó Sami, esforzándose por sonreír.
–¿Estás bien? Me comentaste que no estás pasando por un buen momento. ¿Tiene que ver con la relación con tu marido?
–Ojalá fuera solo eso. Son mis hijos… y mi marido. Están internados en el hospital.
–No lo sabía, discúlpame. ¿Qué les pasó?
–Se intoxicaron con algo que yo les cociné.
–¿Están bien?
–Sí, ya tienen que darles el alta pronto. Han evolucionado bien. Salvo Luna, es la que peor la ha pasado, pero está mejor. Mi cuñado me acusa de haberlos envenenado y mi marido lo cree también. Estoy devastada.
–Perdóname. De haberlo sabido no te habría insistido en que vengas.
–Está bien, no te preocupes. Me hiciste sonreír con tu mensaje esta mañana. Estaba con Meli, mi amiga, y ella me hizo notar eso. Ella me insistió para que venga.
–Mi intención era contarte lo que pudimos averiguar sobre tu marido, pero no sé si es un buen momento.
–Nunca es un buen momento para enterarse de estas cosas. Dime, por favor.
–¿Estás segura?
–Nada puede ser peor que por lo que he vivido en estos días. ¡Vamos! Dímelo.
–Tiene una mujer y una niña de ocho años. Viven en un pueblo cercano a Santa Fe.
–Ok. –respondió Sami sin exteriorizar ningún sentimiento.
Alejandro se quedó observándola. Quería entender qué más significaba ese “ok”. Sami se quedó un instante mirando el mantel a cuadros rojos y blancos de la mesa y seguía con su dedo índice las líneas entre colores.
–¿Sabes algo más? -preguntó Sami.
–La mujer se llama Romina Castro y la niña Sol. Ella es abogada y trabaja en una repartición del estado.
–¡Qué irónico el hijo de puta!

–Nodo Cinco, reporte 032325-1700. Alfil Blanco y Rey Negro en el mismo casillero. 34.36.44-58.26.30. Cambio.

El sonido algo distorsionado de la radio retumbó en el cuarto. El lugar estaba en penumbras y sólo había una mesa, sobre la cual se encontraba un equipo de radio UHF portátil y una laptop abierta y encendida. El operador escuchó el mensaje y cargó los últimos datos en un software. El resultado, una ubicación en un mapa: un restaurante llamado Lo de Vito.

–Copiado. Mitte fuera.

–¿Tienes planes? –Preguntó Sami sin mayor explicación.

–En realidad ahora nada. En un par de horas iré al taller a ver los avances en el auto. Los muchachos están…

–Llévame a otro lugar.

Alejandro estaba intrigado. La voz de Sami sonó cordial, pero le había dado una orden. En otro momento y en otro contexto quizás, hubiese actuado evasivo y, más por instinto que por una decisión consciente, habría evitado el pedido. Pero viniendo de Sami, accedió sin dudarlo. Se puso de pie y le extendió la mano. Sami la tomó y lo siguió. Pasaron por la cocina y salieron al área de acceso de proveedores.

–Deja tu auto aquí, luego vendremos por él.

Él le abrió la puerta del vehículo y extendió su mano para ayudarla a subir. Luego cerró la puerta y dio la vuelta alrededor del auto para subirse también. Sentado en el auto giró su cabeza para preguntarle a dónde quería ir, pero fue sorprendido por un beso de Sami. Los labios de ambos se unieron en un beso que duró varios minutos, luego…

–Perdón. Fue un impulso.

–Un hermoso impulso. Me encantó y espero que sigas siendo tan impulsiva como recién. –le contestó Alejandro y Sami sonrió. –¿Dónde quieres ir?

–A algún lugar donde podamos entender lo que nos pasa. Y sí, me pasa lo mismo que a ti.

–Atento Mitte. Nodo Cinco, reporte 032325-1738. Alfil Blanco y Rey Negro en movimiento. Cambio.

–Copiado. Mitte fuera.

Llegaron a un complejo compuesto por varios edificios de departamentos distribuidos en un gran parque. Las estructuras se elevaban varias decenas de pisos por sobre el parque, que a su vez albergaba una cancha de tenis, una piscina, un salón recreativo infantil, varios juegos para niños y un gran salón de usos múltiples. El portón se abrió mientras el auto se acercaba despacio. Al lado del portón de acceso había una cabina con seguridad privada, de donde salió uno de los guardias. Al verlo a Alejandro tras el volante hizo un gesto tocando la visera de la gorra como saludo. Alejandro levantó los dedos índice y anular de la mano derecha en respuesta al saludo. Luego el auto se perdió en la rampa de acceso al estacionamiento subterráneo.

–Nodo Dos, reporte 032325-1813. Rey Negro y Alfil Blanco en un mismo casillero. 34.34.29-58.25.16. Cambio
–Copiado. Mitte fuera.

Cuando se cerró la puerta del ascensor, Sami se acercó a Alejandro y lo besó de inmediato. Él la tomó entre sus brazos y la trajo hacia su cuerpo con fuerza. Eran dos almas buscando alivio, sosiego; dos almas que necesitaban escapar de una realidad aciaga; dos, que necesitaban paz. El beso duró lo que tardó en llegar el ascensor al departamento de Alejandro.
Alejandro abrió la puerta principal usando su huella dactilar. Ingresaron y volvieron a abrazarse y a besarse. Sus cuerpos parecían uno solo, que danzaba envuelto en un mar de silencio. Llegaron así al dormitorio. La cama los recibió encendidos, ardiendo de deseo. Pronto comenzaron a liberarse de sus atuendos hasta quedar desnudos. Se miraron a los ojos. Estaban desnudos de cuerpo, y también de alma. No hacía falta nada más que observarse mutuamente el alma, a través de la mirada. Ese todo y a la

vez nada. Ese que nos hace ser y no sabemos dónde está. Ese que buscamos en el otro, pero que muchas veces perdemos en nosotros.
Sus labios volvieron a reclamarse y a fundirse en un beso. Él, con iniciativa, buscó el control casi de inmediato, pero ella no accedió. Sin mediar palabras lo envolvió en sus brazos y recorrió el cuerpo de su amante con sus labios. Él se entregó. Se dejó hacer; se dejó ser. Ella usó sus manos para guiar los movimientos del cuerpo de su partenaire, ubicándolo de rodillas frente al respaldo de la cama. Se ubicó detrás, recorrió con sus labios el cuello y lentamente fue cubriendo con besos su espalda. Parecía contar cada una de las vértebras mientras recorría su espalda hasta llegar a su cintura. Luego besó sus glúteos, los acarició, los separó con sus manos y aguardó por su reacción. No pretendía ser aprobada para poder continuar, lo haría de cualquier forma; sin embargo, esperaba escuchar el ritmo de su respiración. Y así, oyó cómo el aire, en un hilo finito y delicado de exhalación, se escapaba por su boca. Ella sonrió, y aunque él no podía verla, se la imaginó sonriente, empoderada y absoluta dueña del momento. Ella hundió su lengua en la profundidad de ese asterisco de piel y convirtió ese hilo finito y delicado de exhalación en una bocanada de placer incontenible. Él se entregó por completo, cediendo todo posible vestigio de control. Ella, empoderada, lo condujo por un laberinto de sensaciones inexploradas.

–Nodo Dos, reporte 032325-2030. Rey y Alfil continúan en escaramuza. Cambio
–Copiado. ¿Posición? Cambio.
–Sin novedad. Cambio.
–Copiado. Mitte fuera.

XXIV. Secretos Compartidos.

Angélica caminaba con prisa. La pollera que llevaba puesta le imposibilitaba dar pasos más largos y los zapatos de taco aguja tampoco ayudaban demasiado, pero ella se las arreglaba bastante bien para avanzar a toda prisa. Sus colegas la saludaban al pasar, pero ella iba en otro mundo, esquivando personas y escritorios. El camino desde la recepción al despacho de su jefe nunca le había parecido tan extenso. Cuando llegó frente al ascensor se acomodó la vestimenta mientras esperaba que abriera sus puertas. Miró la pequeña pantalla ubicada sobre los botones y el número titilaba. Alguien mantenía el ascensor abierto dos pisos arriba del suyo. «¡Maldición!»

–¡Ascensor! ¡ASCENSOR! –gritó para que lo liberaran.

Las personas en los escritorios cercanos la miraron sorprendidas. Angélica era una mujer muy amable y tranquila. Llevaba más de diez años trabajando con su jefe en ese mismo lugar y jamás la habían visto de mal humor, mucho menos exaltada. Resopló y maldijo en voz baja. Caminó hacia la puerta contigua y encaró las escaleras con fastidio.

«Ya me va a escuchar cuando llegue. Es una emergencia y retienen el ascensor como si fuera de su propiedad. ¿Qué se creen? Esta es una firma prestigiosa y hay temas urgentes que atender.» Angélica repasaba mentalmente el llamado de atención que le daría a la persona que lo retenía y que por su culpa había tenido que subir dos pisos por escalera. No era por el esfuerzo, sino por la urgencia del caso. Cuando al fin llegó se encontró con su jefe conversando con uno de sus socios, riendo mientras se contaban las últimas anécdotas de golf. Angélica se tuvo que tragar las palabras que pensaba recitarle a esa persona, pues no era cualquier persona, era su jefe. También se tragó su orgullo. Se paró a su lado, respiró profundo e intentó decir algo, pero la agitación no la dejó. Extendió la mano para entregarle una carpeta, sin decir una palabra.

El Dr. Milincovich transformó su rostro de inmediato. Su sonrisa había desaparecido por completo y había sido reemplazada por un ceño fruncido. Su boca, que minutos antes no se mantenía cerrada, ahora era una línea delgada en una boca herméticamente cerrada. La noticia no solo era urgente, era nefasta.

Los niños jugaban en sus habitaciones. Ya todos habían vuelto a casa, incluyendo a Ricardo. Habían faltado a la escuela y a sus actividades, todos, excepto Ricardo, que realizó un viaje que debía haber realizado días atrás. Sami sonreía de nuevo, era motivador escuchar el bullicio en el hogar de nuevo. Había invitado a Melina y estaba acondicionado un pequeño estar que tenían en el fondo del patio, para disfrutar del hermoso día soleado. La pastelería que había desplegado sobre la mesa era una réplica de las que les había preparado también a los niños. Todo lo había comprado en una tienda cercana. No tenía planes de hornearle nada a su familia por mucho tiempo.

Cuando Melina llegó se saludaron con entusiasmo, como si no se hubiesen visto en años. El aroma a café recién hecho invadía la cocina.

–¡Por favor! Ya quiero una taza de café. Huele delicioso. –dijo Meli mientras acomodaba su bolso sobre la silla.

–¿Tus hijos?

–Arriba, jugando en sus habitaciones. Hoy no irán a la escuela. Los quiero en casa. Los necesito en casa, al menos hoy.

Melina subió a saludarlos mientras Sami servía el café y llevaba la bandeja al patio. Unos minutos más tarde Melina se le había unido.

–¿Y Ricardo?

–Viajó. Pasó a buscar unas cosas y se fue.

–¿Viajó por trabajo?

–No lo sé. No me interesa, después de lo que me enteré ayer, el divorcio es un hecho. Seguro que se fue con esa.

–¡Nooo! ¿De qué te enteraste?

–Tiene una doble vida. –y antes de que pudiera darle más detalles Meli la interrumpió.

–Pero eso ya lo sabías.

–Sí, pero además de tener otra mujer y una casa donde vive con ella… tiene una hija de ocho años.

–¡Ay amiga! ¡QUE HIJO DE PUTA!

–Shhh… No levantes la voz. No quiero que escuchen los chicos. –le dijo Sami mientras observaba si las ventanas de las habitaciones de los niños estaban cerradas; por suerte lo estaban. –¿Pero sabes qué es el colmo? La hija se llama Sol.

Melina no pudo responder, no supo qué decir. Se tapó la boca instintivamente. Tenía mucho para decir, pero no sabía por dónde comenzar. Extendió su mano para tomarla del brazo a Sami, tal y como lo había hecho

para consolarla en el café el día anterior. Sin embargo Sami usó su otra mano para tomar la taza de café y beber un trago.
–Tiene una hija…
–¿Puedes creerlo? Y no se le ocurrió una mejor ironía que llamarla Sol. Si no fuera algo dramático, parecería broma.
–¿Estás bien? –le preguntó extrañada a Sami.
–Sí. Hoy sí. Ya no espero nada bueno de él. Y si no esperas nada bueno, nada de lo que haga o haya hecho puede afectarte. Ayer me cayó como una bomba, pero hoy estoy muy bien.
–¿Y por qué no me llamaste ayer?
–Porque encontré consuelo. –el rostro de Sami se había iluminado y una sonrisa había asomado.
–¡Qué bueno! ¿La pasaste bien?
–Bien, no… ¡Increíble!

Alejandro acababa de llegar al bufete del Dr. Milincovich. Estaba sentado con la vista perdida en la pared. El doctor había activado los cristales inteligentes de su oficina, opacándolos por completo, impidiendo ver de un lado al otro.
–Discúlpame, Alejandro. Tenía esperanzas de que este tecnicismo nos hiciera ganar tiempo.
–Nunca actúan tan rápido.
–No. Por lo general se toman cuarenta y ocho horas para que el fiscal dé una respuesta, luego otras cuarenta y ocho o hasta setenta y dos horas más en caso de que se eleve al fiscal general y luego la decisión final. Es evidente que tienen mucho interés en esta causa. Esperaba que al menos tuviésemos una semana más. No es un buen presagio. Me preocupa, Alejandro.
–¿Qué más podemos hacer?
–Defendernos en el terreno legal. Aún no tienen nada, sólo una sospecha. Pero nosotros sabemos que no hay nada ilegal que se haya hecho. No tienes de qué preocuparte. Si la justicia es ciega, no hay nada que temer.
–No es la justicia la que me preocupa.
–¿A qué te refieres?
–¿Recuerdas cuando fuimos a ver a Partagás Király?
–Sí.

–Al volver, en el estacionamiento, me esperaba una persona. Tú subiste a las oficinas y yo me quedé en el estacionamiento.
–Sí, lo recuerdo.
–Esa persona es Yamil Klein, la mano derecha de Schneider Labs. No suele aparecer, es una operadora local. Su función, al menos hasta donde yo sé, es cuidar los intereses de mis socios y aparece solo si es estrictamente necesario. La había visto dos o tres veces en los últimos cinco años. En estas semanas la vi dos veces.
–¿Y qué es lo que quiere?
–Que detenga la investigación.
–Dile que no se preocupe. Ahora hay que ver cómo avanza la justicia con el tema y actuar para demostrarles que todo es legal y ético. No hay de qué…
–¡NO ENTIENDES! –dijo Alejandro levantando la voz. –La última vez que la vi me dijo que la siguiente visita no me la harían a mí y que no serían amables.
–Pero…
–¿Te acuerdas de la mujer que los medios dijeron que era mi nueva pareja?
–Sí, claro. Creo que esa noche volví a casa y me embriagué solo, gracias a esa mujer. –su comentario le sacó una sonrisa a Alejandro.
–Su familia fue hospitalizada por envenenamiento. Ella cree que fue algo que cocinó en mal estado, pero yo no lo creo.
–¿Acaso dices que esa mujer los mandó a amedrentar?
–Los mandó a matar. No importaba si ellos morían, lo que buscaban era hacerme llegar el mensaje. No puedo permitir que esto continúe.
–Pero… No hay nada que yo pueda hacer.
–Yo me ocupo. –dijo en un tono seco, automático, ausente. Un par de segundos después marcó el número de Matlock desde su nuevo celular prepago.

XXV. El Asedio.

–¿Sra. Cardozo?
–Sí, ¿Quién habla?
–Disculpe que la moleste, señora. Soy Carlos Sandoval. Soy el guardia de turno. La llamo a usted porque no he podido comunicarme con mi superior y usted sigue en la lista. –dijo el guardia con un tono temeroso.
Mariela Cardozo era la secretaria ejecutiva del directorio de Galtech. Estaba tranquila en el baño, siendo interrumpida por un guardia, vaya a saber de dónde, y del que no tenía ni remota idea de quién era.
–Disculpe, Sandoval, ¿Sabe qué hora es? Son las seis de la mañana. ¿De dónde me está llamando?
–Perdone, señora, no se lo mencioné. Soy el guardia de seguridad del laboratorio de Los Palmares.
–Sandoval, no es a mí a quien debe llamar. Seguro hay un par de personas más con las que debe contactarse antes de llamarme a mí. –replicó la señora Cardozo, mientras hacía su rutina matutina de cuidado de la piel a la que le seguiría el maquillaje. Y como si eso fuera poco, tenía un llamado entrante de un número desconocido haciendo vibrar el teléfono. «¿Quién le habrá dado mi número? ¿Por qué no hay gente capaz de cumplir con el protocolo? ¿Quién demonios llama desde un número desconocido?»
–Lo que pasa es que…
–Intente de nuevo con su superior. A mí debe llamarme en casos de urgencia extrema. Dígame, ¿se incendian los laboratorios?
–No, señora, es que…
–¿Alguien murió? ¿Ha habido un secuestro?
–No, señora, pero…
–Insista con su superior…
–Están realizando un allanamiento.
–…
–¿Señora?… Señora, ¿Sigue ahí?
–¿Quién se presentó?
–La policía y gente de fiscalía. No quería dejarlos pasar sin autorización de mi superior, pero no me dieron opción. Me amenazaron con arrestarme por obstrucción a la justicia. Ya están adentro, mis compañeros les están dando acceso a las áreas que necesitan revisar.

–Ok, ok. No se preocupe. Déjelos hacer lo que fueron a hacer. En unos minutos me vuelvo a comunicar con usted o se comunicará su superior o el abogado de la empresa. Gracias Sandoval.
Inmediatamente cortó la comunicación con Sandoval y llamó a su jefe.
–Buenos días Sr. Nieto.
–Te he estado llamando. ¿Por qué no me atiendes?
–Disculpe señor. No reconocí el número. ¿Era Usted? No lo tenía en mi agenda y hablaba con el guardia de seguridad de la planta de Los Palmares. Están haciendo…
–También tenemos un allanamiento en las oficinas del centro. Ve ya mismo para allá. Se pondrá en contacto contigo el Dr. Domínguez, uno de los colaboradores del Dr. Milincovich. Él también está en camino. ¡Apúrate!

Sentada en una silla ergonómica con tapizado de cuero, descansaba sus pies en un ángulo de su escritorio. Había soltado el mecanismo que traba el respaldo, reclinándolo. Sus zapatos, casi sin tacos y perfectamente lustrados, acentuaban su postura relajada. Llevaba unos pantalones negros, de corte recto y algo holgados, que complementaban su estilo práctico y cómodo. Acompañada por su agente de mayor confianza, el segundo en la cadena de mando del grupo de tareas, analizaba los hechos ocurridos, que por cierto, no le resultaban para nada satisfactorios.
–¡Se extralimitó! No podemos permitir que vuelva a suceder.
–Es que no tenía forma de saberlo. Los activos nunca tienen información referente a otros activos o sus misiones. –respondió Cero, una persona de unos treinta y tantos años, de contextura atlética, que se encontraba en una silla común frente a su superior.
–Lo sé, lo sé. Aun así no debe volver a suceder que una tarea afecte los intereses de la organización o de otros activos si es que no es parte de la misión. –Yamil dejó el cigarrillo sobre el borde del escritorio y buscó un paquete nuevo en el cajón. Tomó el que estaba fumando y con él encendió otro cigarrillo. –¿Y qué está haciendo ahora?
–Está en espera. Aguarda instrucciones. –respondió Cero mientras observaba a Yamil jugar con su encendedor: *clic-flic-clac* .
–Que ese activo siga así, hasta recibir nuevas órdenes, y que se mantenga en la oscuridad. Nadie debe notar su presencia. ¿Quedó claro, Cero? –

respondió Yamil mientras le daba una larga pitada al cigarrillo, conteniendo el humo en sus pulmones durante varios segundos.
–Entendido, Mitte.
La habitación se llenó de humo cuando Yamil exhaló. El aire denso y viciado reflejaba la tensión que se respiraba. A pesar de la confianza entre Yamil y su subordinado, la atmósfera era palpable. La escasa iluminación y la ausencia de ventanas acentuaban ambiente lúgubre del lugar.
–Ahora bien, con el activo afectado, nuestra nueva adquisición… Odio las nuevas adquisiciones. Quiero que se ponga a escarbar para conseguir información desde dentro. Quiero saber todo lo que haga la nueva amante de Nieto, sobre todo lo que hace con él o para él.

ULTIMO MOMENTO: ALLANAMIENTOS EN GALTECH.
¿CAE UN GIGANTE?

LA POLICÍA ALLANA IMPORTANTE COMPAÑÍA FARMACEUTICA
SU CEO EN LA MIRA DE LA JUSTICIA

CRÓNICA DE UNA MUERTE ANUNCIADA
GALTECH ALLANADA POR LA JUSTICIA

Los medios de todo el país se hicieron eco de las noticias del día. Era media mañana ya y en las ediciones en papel de los principales diarios la noticia aparecería recién al día siguiente, pero ya se veían reflejados los titulares en sus plataformas digitales. Los móviles de radio y televisión se agolpaban en los accesos a las oficinas y en las distintas plantas de Galtech. Intentaban obtener comentarios de cualquier persona afín a la empresa que pasara por allí. Un hombre, del área de limpieza y mantenimiento, que ingresaba a trabajar fue interceptado y bombardeado con preguntas que salieron al aire en los noticieros que transmitían en vivo.
–Ya no saben qué hacer. Mírenlos, están desesperados. ¿Qué puede saber un trabajador del área de mantenimiento sobre lo que pasa aquí?

El comentario del Dr. Domínguez buscaba distender el ambiente, pero fue recibido con sendos gestos adustos del Dr. Milincovich y de Alejandro.
–Partagás recomienda que envíes a un portavoz que transmita el comunicado oficial de la compañía. Es enfático en que no salgas tú a hablar.
–Estoy en desacuerdo. Debería dar la cara. Todos me conocen, no sólo como el CEO, sino como el fundador de esta empresa. Además, si no lo hacen hoy, lo harán el fin de semana, en el autódromo. No podré escapar de la prensa allí, ni aunque pierda.
–Sí, sobre eso justamente… también recomienda que no compitas este fin de semana. Sugiere que no asistas.
–¡Ni loco!
–Alejandro, creo que es momento de dejar los caprichos de lado. Es un pasatiempo hermoso y divertido, pero…
–No es un pasatiempo y muchas veces ni siquiera es divertido. Hay mucho en juego, el riesgo es alto. Muchas familias dependen de esto. Además, sería peor esconderse, estaríamos dando exactamente el mensaje contrario al que necesitamos transmitir. Hay que dar la cara, llevar tranquilidad a la opinión pública y a los accionistas.
–Los medios quieren que entres en este juego. Te van a llevar a su terreno, donde ellos imponen las reglas y donde tienes todas las de perder.
–Se pierde más si nos mantenemos escudados en el silencio.
–¿Y si lo consultas con el Directorio? No deberías actuar apresuradamente.
–La burocracia interna nos va a jugar en contra. No podemos perder tiempo.
–¿Ya tienes el listado de lo que han secuestrado?
–De estas oficinas se han llevado computadoras, servidores, documentación en papel. Lo mismo del laboratorio de Los Palmares y de la planta de San Juan. Ya tenemos copia del acta y en un rato estaremos presentando pedido de nulidad ante el Juzgado de Garantías.
–Cuidado, Saúl. Ya nos salió el tiro por la culata con la recusación del fiscal.
–Es que no presentaron la Orden Judicial, es un delito flagrante por parte del fiscal. Si es lo que yo creo, es un regalo del cielo.
–¿A qué te refieres?
–Sin la orden del Juez, el allanamiento no tiene validez. El fiscal alega “urgencia extrema”, pero eso es relativo y sobre todo, muy subjetivo. Esto nos da pie a elevar el pedido de nulidad. Si el pedido avanza y el Juez de Garantías falla a favor nuestro, las pruebas podrían excluirse.

–Estás haciendo futurología. No me agrada, no me siento tan optimista, y tú no deberías sentirte así tampoco.

El teléfono de Alejandro vibró sobre la mesa. La pantalla encendida exhibía el nombre de quien estaba del otro lado de la línea: Yamil.

–Ahora regreso. –dijo Alejandro mientras salía de la sala de reuniones camino a su oficina.

XXVI. Victorias y Derrotas.

El café era un antro de mala muerte. Quedaba a escasos cien metros de una concurrida estación de trenes, pero dentro de un pasaje pequeño. En el lugar solían reunirse transas o dealers de poca monta y alguna que otra prostituta entrada en años. Dentro del local sólo había cinco personas cuando él llegó. El camarero, que estaba sentado en la punta de la barra leyendo el periódico; una mujer, muy ligera de ropa, sentada en la otra punta de la barra y tres personas más en dos mesas. Le hizo una señal al camarero pidiendo dos cafés.

–¿Cómo los quiere? -Le preguntó el hombre que arrojó el periódico sobre la barra, mientras balbuceaba algunas palabras que Ricardo no entendió.

«¿Cómo mierda me dijo? Ah, sí» –Ristretto.

–¡Enseguida! - Le contestó el camarero que ya se ubicaba del otro lado de la barra para encender la cafetera. –Va a demorar, tiene que calentar la máquina.

Ricardo no contestó. Miraba hacia afuera esperando la llegada de su contacto, a quien no conocía.

–Hola bombón. –Le dijo una voz ronca al oído. Sobresaltado giró esperando ver a su contacto. –¿Te apetece un oral? Doscientos pe y le pones leche a ese café fuerte que pediste.

–¿Cómo? No, no. Estoy esperando a alguien.

–Tranquilo Ricardo. Vení conmigo. Vamos atrás, al privado.

La mujer lo tomó de la muñeca, lo hizo levantar de la silla y se dirigieron al fondo del local. Ingresaron a un pequeño cuarto con un sillón individual y lo empujó sobre él. Cayó pesadamente y se escuchó el crujido de la madera, debajo del tapizado de un cuero tan falso como su valentía.

–¡No! Te he dicho que no.

–Tranquilo. Enseguida viene. Después, si quieres, me buscas.

Esperó un instante y escuchó la voz de una mujer. Era bastante más joven que la mujer que lo había llevado a la habitación privada. Vestía una pollera holgada por encima de la rodilla, de color gris claro, una camisa blanca y un sweater de hilo marrón. Tenía una mirada inquisidora. Lo observaba a través de unas grandes gafas de aumento, detrás del largo cabello negro que cubría parte de su rostro.

–Hola Ricardo. Al fin te conozco en persona.

La joven mujer apoyó su mano en el hombro de Ricardo y caminó alrededor del sillón para sentarse justo delante de él. Tomó con ambas manos su cabello, lo estiró detrás de su cabeza y lo sujetó con una coleta que tenía en su muñeca.
–Es la primera vez que nos vemos.
–Es la primera que me ves tú a mí. Te hemos observado durante mucho tiempo, a ti y a tu familia. Sé que en este momento atraviesan algunos problemas de pareja. Te ayudaremos a solucionarlos, así podrás continuar con tu vida tal y como era antes. De hecho, nos ayudaremos mutuamente. –inquirió la mujer que, lejos de su imagen de oficinista introvertida, demostraba, a través de su voz y sus gestos, un nivel de seguridad y templanza muy alto. –Tenemos una misión para ti.
–¿Puedo saber quiénes son?
–Ya lo sabrás, en su debido momento.
–¿Puedes decirme al menos quién eres tú?
–Puedes llamarme Cero.

En otro punto de la ciudad, el restaurante de Vito se encontraba cerrado. No era habitual al mediodía, pero según el cartel en la puerta se estaban realizando tareas de desinfección programadas. Dentro del local se encontraban dos personas.
–¿Se acuerda de Romina Castro?
–Sí, claro. La otra mujer de Ricardo Brunetti.
–Sospechamos que ella es un activo.
–¿Cómo?
Alejandro conocía varias acepciones para esa palabra, pero no logró entenderla en ese contexto.
–Trabaja para alguna agencia de inteligencia. Por lo que he podido averiguar podría ser un contratista privado.
–Como usted.
–¡Como yo nadie!… pero digamos que hacen trabajos similares.
Al Comisario no le gustaba ser comparado con nadie, lo consideraba una falta total de respeto. Alejandro no lo sabía hasta entonces, pero lo entendió al darse cuenta de cómo lo miraba el Comisario.

–¿Y eso en qué nos afecta? –Preguntó Alejandro, tratando de volver rápidamente el eje de la conversación.
–Depende de la misión asignada. Debemos averiguar cuál es. Hay varias formas de saberlo; algunas son sutiles, otras no. Esas últimas las descartaría en esta instancia, no queremos que su empleador se dé por enterado de que lo sabemos. En cuanto a las sutiles, bueno, en cuanto sepamos quién es el empleador, podremos deducir sus intereses y la naturaleza de su misión.
–¿Qué sabe hasta ahora?
–Se hacen llamar Mitte y Nodo. Ella es un Nodo, su superior: Mitte. Interceptamos una señal radiofónica de UHF en la zona donde vive, diría que fue algo… fortuito.
–Una casualidad.
–Tampoco tan así. No buscábamos transmisiones, pero una frecuencia se infiltró en nuestra señal y logramos interceptar un mensaje. Luego cambiaron la frecuencia, lo hacen cada determinado tiempo. Hasta ahora no hemos logrado interceptar la señal de nuevo. Trabajamos en eso.
–¿Qué decía el mensaje?
El Comisario le hizo escuchar un audio desde su celular.
–Nodo Ocho, activado. Confirme. Cambio.
–Confirmado.
…
–Cuando cierre comunicación diga ‘Cambio’. Cambio.
–Confirmado… Cambio.
–Aguarde nuevas instrucciones. Charly-Foxtrot. Nodo Cero, fuera.
–¿Qué significa Charly-Foxtrot?
–Es una clave. Podría ser una instrucción o un dato. Intuyo que era una orden: ’Cambie Frecuencia’, porque luego de eso no volvió a modular por esa frecuencia.
–¿Debería preocuparme?
–La relación con usted es muy circunstancial. No me queda claro aún de qué manera podrían unir sus caminos, salvo porque es la mujer extramatrimonial de Ricardo Brunetti, el marido de… –El Comisario no continuó la frase. Una idea se le cruzó en ese instante: «¿Y si no es ella? ¿Y si el activo es el propio Brunetti? No puedo confirmarlo. Debería cruzar información sobre la ubicación de Brunetti cuando se interceptó el mensaje. Es una posibilidad y tendría mucho más sentido, pero no puedo decírselo sin estar seguro», pensó. –Mientras no sepamos cuál es su objetivo, le diría

que sea cauto, solo eso. Creo que tiene cosas más importantes de qué ocuparse.
–Ok. Y qué sabe de Carolina.
–Hemos detectado consumos de una tarjeta a su nombre en Andorra, de hace dos días, en una tienda que vende equipos de esquí. Compró guantes, bastones y una tabla de snowboard.
Alejandro había estado pendiente de los movimientos de sus cuentas bancarias. Las tarjetas que él sabía que poseía Carolina eran extensiones de las suyas. Aun así entendía que era muy probable que tuviese otras cuentas personales que él desconociera.
–¿Tiene la información exacta del medio de pago? ¿Hizo algún otro gasto?
–No. Solo se ha registrado ese gasto, los otros que haya hecho no los pagó con medios que dejen registro, o no los ha hecho ella.
«¿Qué estás haciendo? ¿Con quién estás?», se preguntaba Alejandro. No podía darle forma al derrotero que estaba realizando Carolina en Europa. No le encontraba relación. No tenía amigos, ni familiares allí. No que él supiera. «¿Tienes un amante y estás probando si funciona? ¿Qué estás haciendo? Al menos sé que estás bien y por lo visto te diviertes, o al menos te entretienes».
–Gracias. Manténgame al tanto por favor. Me gustaría tener fotos.
–Procuraré tenerlas. Se las haré llegar.

Mariela Cardozo imprimió el correo electrónico. El pulso le temblaba como una hoja sacudida por una brisa de otoño cuando retiró la copia de la impresora. Abrió la carpeta que tenía en sus manos y allí colocó esa única hoja. Fue directo a la oficina de su jefe. Sus pasos eran cansinos y desganados. A sus ojos, la noticia que ese mail transmitía no era buena, para nada. Se frenó al llegar a la puerta del despacho del CEO. Sorbió por la nariz. Sus ojos se habían humedecido más de lo normal. Golpeó dos veces e ingresó sin esperar autorización. Alejandro estaba al teléfono. Mientras él escuchaba lo que le decían del otro lado de la línea, observaba la ciudad por la ventana. Ella dejó la carpeta abierta sobre su escritorio y esperó. Sin decir una sola palabra, Alejandro cortó la llamada. Mariela pudo escuchar cómo él llenaba los pulmones en una larga inspiración, conteniendo el aire unos

segundos para luego soltarlo despacio. Giró y, sonriendo, pronunció su nombre.
–Mariela.
–Señor, le he traído una copia del mail que ha enviado el Directorio. Están convocando a una junta extraordinaria y urgente para esta misma tarde. La orden del día… –a Mariela le costaba decirlo. –su… destitución.
–Gracias.
Alejandro levantó su teléfono, marcó un número y giró dándole la espalda. Mariela entendió el mensaje y se retiró.

El Juez Harrison tenía sobre su escritorio el legajo con el pedido de nulidad de la causa. Había ya revisado el documento y analizado los hechos. Le resultaba difícil de entender el error en el que había incurrido el Fiscal Muñoz. Era grosero para un fiscal con su experiencia. Sin embargo, su función no era entender el accionar del fiscal, por más que le pareciera burdo, su responsabilidad principal era controlar la legalidad y la constitucionalidad de la investigación que se llevaba adelante y garantizar los derechos y garantías de los imputados y de las víctimas durante la etapa de instrucción.
Bebió un sorbo de café negro y sin azúcar, y luego pitó el cigarrillo que antes reposaba sobre un cenicero de vidrio. Fumar estaba prohibido en espacios cerrados de reparticiones públicas, pero Harrison, un hombre estricto con una trayectoria inmaculada, se permitió esa pequeña libertad. Miraba pensativo la carpeta de cartón azul tiza que tenía delante suyo; tenía escrito: *“INCIDENTE DE NULIDAD - En autos: 'NN s/ Infracción Arts. 200, 84 y 292 C.P. y otros - Laboratorios Farmacéuticos Galtech S.A. - Exp. 24436/25”*. Abrió su laptop y redactó un borrador, que luego sería desarrollado con mayores detalles y citando artículos e incisos de leyes y del Código Procesal Penal de la Nación, por parte de su colaborador, González. El fiscal ya había presentado una respuesta escrita al documento que le había remitido el juez. Esa respuesta, que expone sus argumentos, se había incorporado al legajo. En vista de lo planteado por la defensa, la ausencia de una orden judicial y la vaga respuesta argumental del fiscal, el Juez Harrison debió dictar un auto declarando la nulidad del allanamiento y,

como consecuencia, la exclusión de todas las pruebas obtenidas en virtud de él.

XXVII. Pactos.

En la sala de reuniones se encontraban presentes seis directivos, incluyendo a Alejandro. En la pantalla ubicada en la cabecera de la mesa se anunciaba el séptimo director y Presidente del Directorio, que sería representado por su asesor letrado, el Dr. Jueves. El ambiente era denso, parecía un ritual de sacrificio. Si bien era un paso necesario para restaurar una imagen saludable a la empresa, la destitución del CEO y fundador de la empresa dejaba un sinsabor en el ambiente. Algunos miembros conversaban entre sí en voz baja, otros leían documentación que habían recibido con algunos datos relevantes para la reunión. Alejandro estaba sólo, de pie, observando el paisaje desde el único de los ventanales cuya cortina estaba abierta. En el resto de los ventanales tenían extendidas las cortinas sun screen, que permitían que la luz diurna se filtrara parcialmente. Le daba la espalda al resto de los presentes, incluso a la pantalla que se ubicaba en la otra punta de la larga mesa. En ella sólo se veía el logo de Schneider Labs, el Dr. Jueves aún no aparecía en pantalla.

Alguien llamó a la puerta y el ingeniero Alomar, que estaba sentado cerca de ella, se puso de pie y la abrió. Mariela y un colaborador ingresaron con un carro con bebidas para los presentes. Al cabo de unos minutos terminaron de servir, justo en el instante en que el Dr. Jueves apareció en la pantalla. Alejandro ocupó su lugar, sentándose en la cabecera opuesta a la pantalla. El Dr. Jueves saludó a los presentes en un español bastante aceptable. Se encontraba en Alemania. Mientras en ese lugar del mundo el sol estaba acercándose al crepúsculo, afuera de esa sala de reuniones el sol se encontraba en su cenit.

–Por lo que veo están presentes todos los miembros del directorio. Como en anteriores oportunidades, asisto a esta reunión como representante legal y apoderado de Schneider Labs y ocupando el rol de Presidente del Directorio. Se ha comenzado a registrar en video y sonido la presente reunión, por lo que pediré que en voz alta y de forma clara, digan su nombre para el registro.

Luego de que todos los miembros se presentaran, se leyó la moción del día. Era una única moción: definir la destitución del CEO de Galtech. Continuó la reunión con la presentación de los argumentos por los que varios miembros del Directorio habían apelado al artículo 8, inciso 2, del estatuto

de la empresa, que facultaba a llamar a reunión extraordinaria en caso de urgencia. Dentro de los argumentos había dos que resultaban fundamentales: la pérdida de credibilidad y fiabilidad en la empresa y la caída en la cotización bursátil. Eran hechos y eran irrefutables. Quienes estaban a favor de la destitución se apoyaban mutuamente cada vez que presentaban sus opiniones. Quienes estaban aún indecisos escuchaban con cautela. Alejandro no habló en ningún momento.

Poco más de ciento cuarenta minutos después, llegó el momento de la votación. Según el estatuto de la empresa, cada director tenía un voto y su voto era directamente proporcional al porcentaje de participación accionaria. Todos sabían de antemano que la decisión debía sumar en conjunto a cinco de los siete miembros y al menos una abstención, siempre y cuando quien se abstuviese, fuese el propio Romero Nieto o el Dr. Jueves. En caso de empate, quien decidiría el resultado sería el Presidente del Directorio.

Alomar, Brandson y Weber estaban a favor de la destitución, sólo debían convencer a dos de los tres miembros restantes para que Alejandro quedase desempleado. En las conversaciones que ellos tres habían mantenido, previo al pedido de convocatoria a la reunión extraordinaria, se habían autodenominado “los justicieros”.

–La votación se hará con voto cantado, por lo que cada miembro deberá expresar su decisión a viva voz. Por favor, recuerden decir su nombre para el registro por voz, para ser identificados en el Acta. Voten diciendo SÍ quienes estén a favor de la destitución, voten diciendo NO quienes lo hagan en contra. Quienes deseen votar de forma neutral digan ‘Me abstengo’. Vamos a comenzar de izquierda a derecha hasta llegar a mí. –dijo el Dr. Jueves.

–Soy Carlos Alomar y mi voto es Sí.

–Albert Brandson. Voto por el Sí.

–Esther Coleman. Mi voto es Sí.

Ya habían logrado sumar el voto de Coleman por el sí. Sólo necesitaban uno más para tener asegurada la destitución y, como consecuencia, designar un nuevo CEO. Alomar y Brandson miraron con complicidad a Weber. Los justicieros se sentían triunfadores. Ya habían tenido oportunidad de intercambiar opiniones durante el breve receso con Pérez Lima, quien estaba indecisa al comenzar la junta, al igual que Coleman. Ella parecía haberse convencido de los argumentos planteados para la destitución.

–Laura Pérez Lima. Me abstengo.
«Tranquilo. Falta Jueves. Ya lo tenemos. Los justicieros lo vamos a lograr», se dijo Brandson. Él había convencido a Alomar de tomar acciones para destituir a Alejandro y luego, cuando se lo comentaron a Weber, sintieron que hacerlo realidad era un paso sencillo.
–Alejandro Romero Nieto. Mi voto es Negativo, voto por el No –Ernesto Weber. Mi voto es Sí.
La imagen en streaming se había pausado por una falla en el servicio de internet, lo que sumó algo de suspenso a la votación. Weber miró con disimulo a Alomar y movió su cabeza sutilmente de lado a lado. La imagen se activó.
–¿Están ahí? Perdón, se ha cortado la transmisión. El último registro fue el del señor Weber, cuyo voto fue Sí. ¿Es correcto?
–Así es, dijo el propio Weber. Faltaría su voto.
–Ok. Bien. Mi nombre es Dominic Jueves y mi voto es No.
Alejandro sonrió triunfante y en su cabeza se reprodujo la conversación mantenida con Yamil horas antes: "Han convocado a una Junta de Directorio de emergencia con el fin de quitarte del medio. Hay tres miembros que se han puesto de acuerdo de antemano. Tenemos otros planes para ti y la empresa. No vamos a permitir que atenten contra esos planes. La elección se realizará de forma normal. Nosotros votaremos en contra de la destitución, pero necesitamos que convenzas a Pérez Lima de votar alineada con nosotros. Ella es la que consideramos la más vulnerable. Debes convencerla a como de lugar. Si luego de hablar con ella consideras que no has logrado convencerla, avísame, emplearé métodos más persuasivos". Alejandro no le había quitado la vista de encima a Laura durante toda la votación. Cuando a ella le tocó votar, además de observarla, sin darse cuenta dejó las marcas de las uñas de su mano, sobre el dorso de la otra. Esperaba un voto favorable, en beneficio de ambos. Durante la charla que mantuvo con ella, luego de que Mariela le entregara la copia del mail, no había logrado convencerla, solo la dejó con más dudas. Aun así había preferido no mencionárselo a Yamil y asumir él mismo las consecuencias de no convencerla.

Sami caminaba con prisa y entusiasmada. Tenía un par de horas libres mientras los niños estaban en sus actividades. Iba a encontrarse con Alejandro. Había estacionado su vehículo en un centro comercial cercano al departamento de él. Llegó bastante antes del horario estipulado, por lo que aprovechó para recorrer el barrio y mirar las vidrieras de los comercios. Era un barrio muy bonito, donde viven personas de clase alta. Cuando Alejandro le dio la dirección, le mencionó que el barrio era muy similar al distrito Soho en Nueva York. A Sami le había causado gracia el comentario, pero no se atrevió a comentarle que no tenía idea de lo que le estaba hablando. Pasó por una librería y se quedó un buen rato mirando las portadas de los ejemplares de vidriera. Uno de ellos le llamó la atención por sobre los demás. La tapa era casi toda de color negro satinado, pero se destacaban en el centro dos manos que emergían de la oscuridad, atadas entre sí con un listón de tela de seda rojo. Arriba, un titular grande en letras rojas que decía: *"EL JUEGO DEL PODER"*. Debajo de la imagen de las manos, un titular más pequeño en letras blancas: *"La guía definitiva del BDSM, el placer en la sumisión y la dominación"*. Le llamó tanto la atención que no pudo resistirse a comprarse un ejemplar. Ella ya había escuchado sobre este término: *BDSM*, pero poco sabía del tema.

«El placer en la sumisión y la dominación». En su cabeza resonaba esa idea. Ella se había sentido sometida durante gran parte de su vida y de todas las formas posibles, pero jamás le había resultado placentero. Siempre creyó que la única persona que disfrutaba de esa dinámica de poder era quien dominaba; pero en su último encuentro con Alejandro, donde ella tomó el control y el dominio, sometiéndolo en su búsqueda de placer, había sentido una conexión especial, única, casi espiritual. Ella sabía que él, dominado y sometido a sus propios deseos, lo había disfrutado tanto como ella. Quería conocer de qué manera podía resignificar el dolor que había experimentado casi toda su vida relacionado al dominio al que la habían sometido.

Cuando Alejandro la recibió en el departamento, ella saltó a sus brazos y se besaron como si no se hubieran visto en años. Unos minutos después Alejandro cerró la puerta y la llevó en sus brazos al cuarto principal. La dejó caer con sutileza sobre la cama y él comenzó a desabotonarse la camisa. Sami, en cambio, se acomodó mejor, para apoyar su espalda en el respaldo y sacó de su bolso el libro. Antes de mostrárselo a Alejandro lo admiró unos instantes.

–Mira lo que compré.

–¿Qué es eso? –preguntó Alejandro casi sin mirarlo, mientras doblaba prolijamente el pantalón. Había quitado antes el cinturón y dejándolo enrollado en una espiral, sobre el chiffonnier a los pies del sommier.
–¡Un libro, bobo!
Alejandro sonrió y se arrodilló a sus pies. Comenzaba a quitarle las zapatillas.
–De ese detalle me he dado cuenta. ¿Sobre qué trata?
–Se llama: El juego del poder.
–¿Sociología política?
Sami hechó a reír a carcajadas.
–Nada más lejos de la sociología política… o quizás no tan lejos. Te lo diré cuando lo lea por completo. El subtítulo de la portada dice: *“La guía definitiva del BDSM, el placer en la sumisión y la dominación”*.
Alejandro había quitado ya el calzado de ambos pies, junto con las medias. Ahora masajeaba los pies de Sami.
–¿Eres sadomasoquista?
–No… todavía. Pero me interesa. Quiero saber más. No sé, lo vi en la vidriera de una librería por aquí cerca y no pude resistirme al título. ¿Has jugado este juego?
Alejandro nunca había salido del sexo “tradicional”. Había participado en su juventud en algún encuentro con más de una persona, pero fue más bien una excepción a la regla del tradicionalismo. Reflexionó haciendo una analogía con su lucha con el poder, pero fuera del ámbito sexual. Sentía que en ese juego últimamente le tocaban las peores cartas y no lograba ganar ni una mísera mano.
–¿Y en ese juego quién gana?
–Ganan todos. Es un juego consensuado con reglas claras por lo que he leído hasta ahora.
–¡Ganan todos! Ese juego sí me gusta. ¿Y tú qué quieres ser: Sumisa o Dominante?
–Me gustaría estar en el rol en el que nunca he estado. Mi vida es muy aburrida… bueno, lo era hasta que te conocí. Y siempre estuve sumida en la vocación de servir a los demás. Lo hacía mayormente por convicción y porque así lo aprendí en la vida. Nadie me obligaba… bueno, casi nadie.
–¿Casi?
–No quiero hablar de eso ahora. Pero a lo que voy es que nunca tuve el poder elegir qué hacer y cómo disfrutar. Ahora quiero tener el poder, si tú

quieres, claro. Porque a ti te tocará el rol opuesto. ¿Quieres someterte a mí?
Alejandro sonrió mientras besaba sus pies.
–Me encuentro sometido a sus encantos ya, nada me impide someterme a sus deseos también. ¿Va a cuidar de mí?
–¡Siempre!
–¡Acepto… Ama!
Sami sonrió con felicidad y acercó su rostro al de Alejandro para besarlo. Ese beso fue como la rúbrica al final de un contrato. Habían sellado un pacto tácito. Luego del beso alejó unos centímetros su boca y mirándolo desafiante a los ojos le dijo: –Siga besando mis pies, esclavo. Yo tengo algo muy interesante que leer.

–Nodo Dos, atento Nodo Cero.
–Alfil Blanco y Rey Negro en escaramuza activa. Dato destacado: prácticas sadomasoquistas. Alfil dominante. Cambio.
Cero sabía mejor que nadie que esos datos, que algunos llamaban “de color”, podían ser grandes oportunidades. Aún no sabía muy bien cómo aprovechar esa información, pero seguramente lograría sacar de ella algún provecho.
–Lance avispa. Informe novedades dentro de seis-cero. Cambio y fuera.
Nodo Dos puso en marcha el vehículo y se movilizó unos ciento cincuenta metros hasta llegar a un parque. El área de juegos del parque estaba poco concurrido. La brisa traía oleadas de aire gélido y parecía que nadie o casi nadie disfrutaba de él. Cero estacionó el automóvil paralelo a la acera en el primer lugar libre que encontró y descendió del vehículo y caminó hasta la parte trasera. Sacó del baúl una maleta negra de mediano tamaño y la apoyó sobre la tapa del baúl que había cerrado recién. La abrió y sacó un pequeño dron gris y un control remoto. Desplegó las hélices y lo colocó sobre el techo del vehículo. Guardó de nuevo la maleta en el baúl y se fue con el dron y el control remoto hasta una de las bancas del parque. Se sentó, colocó el dron en el suelo y lo puso en marcha. El zumbido agudo casi no se escuchaba, se perdía entre el bullicio del tráfico. El aparato comenzó a elevarse mientras Nodo Dos, con gran habilidad, lo hacía esquivar las ramas de los árboles, ya casi sin hojas.

Lo condujo de regreso al punto de donde había partido con el automóvil. El control contaba con una pantalla a color dividida en dos. En la mitad de la izquierda tenía la imagen de la cámara de navegación. Alrededor de la imagen tenía un recuadro de color verde que cambiaba de color si alguno de los sensores perimetrales del dron detectaba un objeto cercano. En la mitad derecha podía visualizar la imagen de la cámara fotográfica de alta resolución. Nodo Dos llevó el aparato hasta la ventana del dormitorio donde estaban Sami y Alejandro. Tenía una hora para tomar imágenes y enviarlas luego a la central para que Cero y Mitte las analizaran.

XXVIII. El Eco de un Martillo.

La mañana se mantenía apacible. Ludmila llegó temprano y preparó la cafetera de filtro para que el café fluyera gota a gota y llenara la jarra de vidrio templado. Al Dr. Milincovich le encantaba el café de filtro; si bien también tenían una cafetera para cápsulas y una abundante variedad de estas, el doctor disfrutaba no sólo de la bebida, sino del aroma a café que inundaba la oficina.

Mientras el café se colaba lentamente, aprovechó para acomodar sus pertenencias y encender su computadora. Su equipo informático tenía unos años y se tomaba su tiempo para inicializarse. Tomó un aromatizante en aerosol que tenía en su cajón, el mismo de los difusores distribuidos en los diferentes ambientes, y comenzó su ritual de rociar cada uno de ellos. No era estrictamente necesario hacerlo, pero ella sentía que de esa forma, todo se armonizaba. Eran las nueve con cincuenta y ocho minutos. En dos minutos más comenzaría a escucharse la música funcional. Finalizado el ritual matutino, se sirvió una taza de café y se sentó frente a su escritorio. Dejó la taza a un lado del teclado y luego de un par de clics, abrió el domicilio electrónico, una suerte de casilla de correo a donde llegan las resoluciones de la justicia. Había varias notificaciones pendientes de lectura, pero una era más importante que las demás: *“NOTIFICACIÓN JUDICIAL: AUTOS SOBRE INCIDENTE DE NULIDAD - Causa: 'NN s/ Infracción Arts. 200, 84 y 292 C.P. y otros - Laboratorios Farmacéuticos Galtech S.A. - Exp. 24436/25”*. Una sonrisa se dibujó en su rostro de inmediato. Sabía lo que había trabajado su jefe en esa causa y lo que representaba para el estudio una noticia de estas características. De inmediato imprimió una copia y la acomodó en una carpeta. Buscó las copias de los expedientes relacionados con el caso y los dejó, junto con la notificación judicial, sobre el escritorio del Dr. Milincovich.

En otra parte de la ciudad el fiscal Muñoz pitaba la última parte de su cigarrillo. Le dio una calada profunda y se quemó la punta de los dedos con los que lo sostenía. Caminó hasta el baño y se apoyó en el lavamanos con pesadez. Se miró en el espejo y el reflejo que le devolvió no le gustó en lo

absoluto. Ese del reflejo era un tipo envejecido y demacrado, con el rostro pálido y ojeroso, producto de dormir mal y poco. Una persona que arrastraba una cruz, que no era suya, pero que tenía el deber de llevar a la rastra para salvar a quienes más amaba. Se lavó la cara con agua fría, para tratar de despabilarse. Se reclamó en silencio por las decisiones que había tomado, pero ya no había marcha atrás, las cartas estaban ya sobre la mesa y todas sus fichas estaban en juego. Si todo salía como esperaba, perdería esa mano y quizás el juego, pero se iría con un premio mejor que su carrera profesional y su imagen personal, se iría de allí con la esperanza de volver a ver a su hijo con vida.

De regreso a la oficina intentó servirse café, pero ya no le quedaba preparado. Tampoco tenía intenciones de preparar más. En poco tiempo llegaría el personal y alguien prepararía café otra vez. Se sentó pesadamente en su silla y refrescó la pantalla del ordenador. Esta vez había llegado el mensaje que esperaba: *“NOTIFICACIÓN JUDICIAL: AUTOS SOBRE INCIDENTE DE NULIDAD - Causa: 'NN s/ Infracción Arts. 200, 84 y 292 C.P. y otros - Laboratorios Farmacéuticos Galtech S.A. - Exp. 24436/25”*. Se apresuró a abrir el mensaje y confirmó lo que tanto esperaba. El juez Harrison declaraba la nulidad de las actuaciones realizadas en el allanamiento a los domicilios de Galtech y con eso la invalidez de las pruebas que se habían recabado. Se saltó leer los fundamentos técnicos esgrimidos en el escrito, como él mismo se saltearía después el recurrir a la apelación. Había cedido a las demandas de esos desconocidos y si tenían honor, como le habían mencionado, se reencontraría con su hijo. Eso era todo lo que en ese momento le importaba.

Cuando el Dr. Milincovich llamó a Alejandro para darle las buenas nuevas, escuchó del otro lado de la línea un gran festejo. No era para menos, era una descarga de tensión que se había venido acumulando desde hacía bastante tiempo. Quedaron en reunirse por la tarde para comentarle todos los detalles y preparar el escenario que podría presentarse como consecuencia de lo ocurrido.

–Equipo, acabo de recibir una gran, grandísima noticia. ¡Estoy feliz! Ahora nos queda terminar de coronar este fin de semana con un triunfo. Tenemos el misil, vamos a encender la mecha.

Alejandro se encontraba en el taller junto a Rama y al equipo de mecánicos. El viernes comenzaría un nuevo fin de semana de carreras, Alejandro se sentía un triunfador y quería confirmarlo también en la pista. Ya había alcanzado la punta del campeonato, pero la distancia con su principal rival era de apenas un punto. Necesitaba un triunfo para confirmar ese liderazgo, pero también para volver a sentir el dominio que alguna vez tuvo.

Mientras Alejandro volvía a la oficina, dejando atrás el salón del taller principal, Rama lo alcanzó.

–Alejandro, he hablado con todos y están muy entusiasmados con lograr lo que has planteado. Va a ser un gran fin de semana. Esta es la última carrera antes del receso de invierno, luego, como sabes, tenemos cuatro semanas sin competencias y hemos previsto darles una semana de vacaciones. Pero he estado haciendo cálculos y podríamos darles tal vez unos doce días, quizás dos semanas. ¿Qué opinas?

–¡No podemos descuidar el cronograma de trabajo!

–No lo haríamos, pero lo comprimiríamos para cumplir con los objetivos de mejoras en el vehículo que tenemos previstos.

–No. No me convence, pero tengo una mejor idea.

Alejandro volvió sobre sus pasos y se detuvo a unos pocos metros del equipo.

–¡Equipo! Hablábamos con Rama sobre lo poco que falta para las vacaciones y de qué forma podríamos premiar el esfuerzo que hemos hecho todos. Lamentablemente tenemos un cronograma bastante ajustado para retomar el campeonato luego del receso, pero que no tengamos más que una semana de vacaciones no implica que esa semana no pueda disfrutarse a full. Díganme, ¿les gusta el calor?

La respuesta fue unánime, aunque con poco entusiasmo: ¡Sí!

–¡Genial! Pues vamos a irnos todos, familias incluidas, a pasar esa semana de vacaciones en mi yate, visitando las costas de España y Francia. Todos los gastos corren por mi cuenta. ¿Qué les parece?

El festejo fue más que elocuente. Todos saltaban de alegría y algunos abrazaban a Rama y a Alejandro.

–Bueno equipo, ¡A trabajar! Hay un campeonato por ganar.

Rama palmeó el hombro de Alejandro y él le giñó un ojo en complicidad. Alejandro se dio media vuelta y caminó hasta ingresar a la oficina mientras revisaba su teléfono. La moral, si bien antes del anuncio era alta, ahora se encontraba por las nubes. Lo mismo esperaba Alejandro que pasara con la

cotización bursátil de Galtech. Venían recuperando terreno lentamente, pero en cualquier momento los medios se harían eco de las novedades en la causa judicial y estaba seguro de que las acciones de Galtech volarían tan alto como la moral del equipo.

XXIX. El Misil y la Sombra.

Alejandro estaba sentado en el borde de la cama de su motorhome. De fondo se escuchaba el rugir de los motores de una categoría menor que realizaban sus pruebas en el circuito. En no más de una hora le tocaría el turno al Turismo Competición. Miraba los portales de noticias del día, en todos replicaban los rumores de una vuelta inesperada en la causa judicial contra Galtech. En pocos minutos más abrirían los mercados y se conocería el impacto real de esos rumores. Escuchó un par de golpes en la puerta y esta se abrió. Rama se asomó efusivo, pero no entró por completo.

–¿Cómo se prepara el campeón hoy?

–Me parece que alguien quiere tener el mejor asiento en el vuelo rumbo a las vacaciones. –comentó Alejandro con evidente buen humor. Rama lanzó una carcajada.

–No me negaré a eso, si es una propuesta, pero lo dije porque el Misil está listo. De hecho, hemos preparado una sorpresa para el jefe.

–¿Sí?¿Y de qué se trata?

–Si te lo digo dejará de ser una sorpresa. Cuando estés listo acércate al box, así te la enseñamos.

–Ok. Iré en unos minutos.

Rama elevó el dedo pulgar de su mano dando el visto bueno y se retiró. Alejandro volvió su vista a la pantalla del teléfono. Volvió a abrir el navegador y allí estaban los primeros datos bursátiles del día. Galtech arrancó un 3% por encima del valor del cierre del día anterior. Sin dudas eran buenas noticias. Cambió de página para ver la portada de El BOLETIN COMERCIAL, el principal medio del ámbito económico del país.

CAUSA GALTECH:
JUEZ DE GARANTÍAS DECLARA
NULIDAD DE ALLANAMIENTOS

En la cabecera de ese mismo portál se mostraban en tiempo real las cotizaciones de diferentes activos en la Bolsa de Valores, que pasaban por la pantalla como un carrusel. Esperó para ver la cotización: “Galtech: +3,8%”. La comisura en los labios de Alejandro se inclinó aún más. Escribió una

nueva dirección web en el navegador y apareció la página principal de EL HERALDO.

¿GALTECH A SALVO?
POR ALLANAMIENTOS ILEGALES
JUEZ DECLARA NULIDAD

Alejandro pensó en volver a cargar la página con los valores de las acciones, pero ya no era necesario. Se puso de pie y se acomodó el mono de piloto que tenía puesto hasta la cintura. Luego de acomodárselo y abrocharse el último botón, tomó su casco, el Hans y la capucha antiflama. Se detuvo frente al espejo en el reverso de la puerta, sonrió y se guiñó un ojo. Salió silbando la melodía de un tema de la banda alemana *Scorpions*, llamado *Wind of Change*.

Al llegar al Box se encontró con el auto tapado, algo para nada habitual. «¿Será parte de la sorpresa?», se preguntó Alejandro. Cuando los miembros del equipo lo vieron llegar comenzaron a agruparse del lado opuesto del vehículo de competición. Rama apareció detrás de ellos y, pidiendo permiso, se abrió paso para detenerse entre el auto y Alejandro.

–No vamos a hacer una gran ceremonia de esto, pero Alexia sugirió una idea que al resto nos pareció genial y decidimos llevarla a cabo.

–¿Con el permiso de quién? -preguntó Alejandro con un gesto adusto en el rostro. Los mecánicos, incluyendo a Rama, se asombraron, pero Alejandro sonrió de inmediato. –Sigan, sigan. ¿Qué hicieron?

–¡TA DAN! –exclamó Rama mientras quitaba con habilidad el cobertor que cubría el automóvil, y se hizo un silencio sepulcral.

Alejandro se llevó una mano a la cabeza y los ojos se le humedecieron un poco. Apretó la mandíbula, mientras intentaba esbozar una sonrisa. «EL MISIL», habían colocado en los laterales la silueta de un cohete rojo con esa frase en dentro en color amarillo. El diseño era simple. Seguramente no contaron con tiempo para hacerlo, pero a Alejandro le pareció un acto de genialidad.

–¡Gracias! ¡Gracias!… ¡GRACIAS!

En una oficina sin ventanas, Mitte y Cero analizaban las imágenes obtenidas con el dron. El humo de los cigarrillos que Mitte había fumado llenaba el aire, creando una atmósfera densa y sofocante. La luz principal estaba apagada, y unos pequeños spots de LED, colocados cerca de una pared frente al escritorio, dibujaban sus haces a través del humo, bañando la habitación en una tenue y algo lúgubre penumbra. Tenían cerca de cien fotografías, la mitad estaban borrosas y de las que podían ser de utilidad, en apenas una decena se veía parcialmente alguno de los rostros y no era fácil identificar la identidad de esas personas.

–¿Qué le parece el hallazgo, Mitte?

–No deja de ser interesante, la verdad. Lamentablemente el material no es de mucha calidad.

–Es cierto, pero lograremos mejores capturas la próxima vez. –Cero ya había pensado cómo aprovecharse de esa vulnerabilidad. Era una acción sencilla que no solo beneficiaría el plan de Mitte, sino que también le daría la satisfacción de ver cómo la imagen pública de Alejandro se hacía añicos.

–Eso espero. Procura que Dos cuente con un mejor equipo la próxima vez, para lograr resultados de calidad.

–Así será. –Cero reflexionó en silencio un instante. «Haz caído justo donde quería. Tan seguro de ti mismo, tan varonil. No solo eres mi peón, eres un títere sexual. Has perdido el control por completo. No eres más que…»

Mitte, que la miraba inquisitivamente, interrumpió sus pensamientos.

–¿En qué piensa Cero?

Cero improvisó con esa idea que ya venía dándole vueltas.

–Se me ocurre que con este material podremos chantajearlo, estoy segura que no querrá que su entorno se entere de sus elecciones sexuales.

Mitte no hizo ningún gesto, solo siguió observándolo directo a los ojos. Esperaba que Cero continuara con su perorata.

–Podríamos generar un escándalo mediático y destruir la reputación pública de Nieto, si se las hacemos llegar al Heraldo, ese diario sensacionalista. Apenas una chispa se requiere para encender esa hoguera. - agregó Cero.

Mitte continuó observándolo en silencio. No pestañeaba y Cero comenzó a sentirse incómodo y presionado.

–O quizá podríamos utilizarlo como táctica de guerra psicológica. Enviamos las imágenes al marido de la mujer o al grupo de mensajería que usan los padres del colegio de sus hijos. Eso sería un tiro por elevación muy eficaz.

Mitte cerró los ojos y resopló resignada. Cuando los volvió a abrir se enfocó en el cenicero de vidrio delante de ella. Estiró el brazo y con la mano tomó la colilla del último cigarrillo y prendió uno nuevo. Sin mirar a Cero sentenció: –De esas estrategias me ocuparé yo más tarde. Tú ocúpate de que Dos cuente con lo necesario para que no falle en su misión. –Lanzó una gran bocanada de humo que se disipaba con lentitud. –Quiero que se infiltren en las redes sociales de la amante de Nieto. Comiencen a instigar a esa mujer en ese mundo que tanto le interesa. Si quieren jugar ese juego, les daremos los juguetes.

Cero esbozó una sonrisa maliciosa y asintió con la cabeza. Mitte giró su silla para poder acomodar sus pies sobre el escritorio y reclinarse en su silla.

–¿Aún sigues aquí? ¡Muévete!

Cero sin responder buscó la puerta. Tenía una tarea que cumplir.

XXX. El Ocaso de la Leyenda.

El motor rugía a diez mil revoluciones por minuto, la aguja del tacómetro se adentraba en la zona roja. Alejandro pisó el acelerador a fondo, cambiando a sexta velocidad. El motor emitió un suave ronroneo, y la aguja se movió hasta el número ocho, alcanzando las ocho mil revoluciones y ganando velocidad. El auto se había convertido en un misil imparable. Con el rabillo del ojo, vislumbró un cartel al costado de la pista que indicaba 150 metros hasta la curva. En una fracción de segundo, lo dejó atrás. Antes de llegar al cartel de los 100 metros, levantó el pie del acelerador y comenzó a reducir la velocidad con cambios descendentes. Apenas tocó el pedal de freno. Al llegar al cartel de los 50 metros, realizó el último rebaje y pisó el freno con fuerza. Con precisión, giró el volante, apuntando al centro del piano interno de la curva. La trompa del auto entró perfecta, pero la cola no. En un abrir y cerrar de ojos, el auto comenzó a girar sin control y salió de la pista.

–Alejandro, ¿estás bien?

–Sí, estoy bien. Lo perdí. Perdí la cola.

–Lo vimos. La telemetría indica que estás forzando demasiado los frenos. Entras muy rápido y frenas muy tarde. Si los sobrecalientas pierden eficacia y pierdes balance. ¡Ten cuidado!

–Lo sé, lo sé. ¡La puta madre! –dijo mientras golpeaba con la palma de la mano sobre el volante.

A pesar de maldecirse, sus labios dibujaban una media sonrisa. Ese exceso de confianza era un reflejo del gran peso que se había quitado de sus hombros. Sabía que debía ser cauteloso, pero le resultaba difícil. Había nacido para correr riesgos, para triunfar.

–Por suerte se frenó en la cama de leca sin golpear contra nada. Tendrás que esperar que saquen el auto de allí. –comentó Rama a través de la radio.

–Sí, veo a los auxiliares de pista venir hacia mí. El auto definitivamente es un misil. En rectas tiene buena velocidad y se asienta bien al suelo, pero tiende a sobrevirar y es difícil llevarlo en las curvas rápidas.

–Vamos a ajustar la suspensión y ver si podemos modificar algo en la aerodinámica sin que nos penalicen. En eso estamos muy al límite. No quisiera agregar lastre. El peso adicional podría balancear mejor la distribución de peso para eliminar ese comportamiento…

–Pero eso va a hacernos más lentos en las rectas.

–Lo sé, lo sé. Es por eso que no quiero. Quizás sea suficiente con algunos cambios en la suspensión.
«La velocidad final en rectas era muy buena, pero ‘la potencia sin control no es nada’» pensó Alejandro, recordando un viejo comercial de neumáticos Pirelli. Descendió del auto y dejó que los auxiliares hicieran su trabajo para quitar el auto y devolverlo a boxes. Saltó las barreras de protección y divisó a un auxiliar que lo venía a buscar en un scooter.
Al llegar fue directo a ver las imágenes de video y la telemetría del auto. Era un buen momento para analizar los datos de las últimas vueltas de prueba, mientras aguardaban la llegada del auto. A pesar del despiste el ambiente era de gran optimismo. Con Rama y otros dos mecánicos, analizaron la información y plantearon los cambios que le harían al vehículo. Unos minutos más tarde un camión llegó con el automóvil. Mientras los mecánicos ingresaban el auto al box, Alejandro aprovechó para ir al motorhome. Entró y tomó su celular, que estaba sobre la mesa y se sentó.
¿Novedades?, escribió en un mensaje dirigido al Comisario.
Tengo. Parecía que el Comisario hubiese estado esperando el mensaje, porque la respuesta fue casi inmediata.
¿En Lo de Vito, esta tarde a las siete?
Ok. Respondió Matlock.

Las persianas americanas de la oficina ocultaban por completo lo que ocurría en el interior. El fiscal llevaba mucho tiempo solo allí dentro. Quienes lo habían visto salir, en breves visitas al baño o a la cocina para repostar su termo de café, se sorprendieron por su apariencia. Su vestimenta desaliñada, junto con su poco cabello, despeinado, le daban un aire desarreglado. Las ojeras debajo de sus ojos, en contraste con su piel extremadamente pálida, lo hacían parecer una reencarnación de Drácula.
El Fiscal General entró sin anunciarse. El fiscal Muñoz lo escuchó, pero no lo miró. Sabía que la única persona que podía ingresar a su despacho sin anunciarse era él, su jefe y amigo personal, el Dr. Eduardo Angellini. Muñoz se había dedicado las últimas horas exclusivamente a redactar un escrito solicitando al juez Harrison el sobreseimiento de la farmacéutica Galtech. El escrito, que abarcaba varias páginas, presentaba argumentos

detallados para justificar la solicitud. Sin embargo, el motivo principal era la falta de pruebas suficientes para continuar con el caso. Gran parte de las pruebas recopiladas, que eran cruciales para las hipótesis que sustentaban la investigación, se habían perdido debido a un error procesal que él mismo había provocado. El escrito que redactó era, en esencia, el moño del “obsequio” para sus extorsionadores.

–¿Necesito que me expliques que mierda te pasa? –El Dr. Angellini omitió cualquier acto de cordialidad, fue directo al grano. Aguardo un instante y ante la falta de respuesta, continuó: –En todos mis años de experiencia, y mira que son muchos, nunca nadie ha cometido un error tan grosero como el tuyo. Dime, ¿En qué demonios estabas pensando?

–Voy a seguir hasta las últimas consecuencias. No se te ocurra correrme del caso. –respondió Muñoz sin mirarlo a los ojos.

–Llevas muchos años en esta función. Sinceramente no entiendo. Casi no tienes recursos para evitar que se caiga la causa. ¿Siquiera sabes qué estás haciendo?

–Sí, lo tengo bajo control.

–Pues ese control que crees tener no me convence. Le he pedido a la Dra. Cristina Lewis que te asista y me informe. Vendrá en un par de horas. Quiero que la pongas al tanto de todos los detalles y no hacen nada, absolutamente nada, sin antes informarme. ¿Estamos de acuerdo?

–Entendido. No te preocupes.

–Y por favor, luego de ponerla al día a la Dra. Lewis, ve a casa, dúchate y descansa un poco, te ves patético. Saluda a Magda de mi parte y a ver si después de salir de esta me invitas a cenar a tu casa. La mano de tu mujer en la cocina es extraordinaria.

–Le diré y nos pondremos de acuerdo.

–Mira que lo doy por hecho, eh. –El Dr. Angellini se volvió hacia la puerta, la abrió y con medio cuerpo fuera, se detuvo y acotó: –¿Y cómo está Gabriel? ¿Qué es de la vida de tu hijo?

–Pronto volverá a casa. Dalo por hecho… –hizo una pausa mientras esperaba que volviera a cerrar la puerta al salir, y finalizó la frase: –… también.

Tenía solo dos horas para terminar lo que había comenzado. En el pasado, cuando se solicitaba un sobreseimiento, se tomaban varios días para evaluar alternativas viables y determinar si era posible evitarlo. Sin embargo, en este caso, el primer pedido de sobreseimiento de su extensa carrera, el Dr.

Muñoz fue excepcionalmente rápido. Él en persona lo entregó en el despacho del Juez, evitando que la Dra. Lewis o el Dr. Angellini obstaculizaran su objetivo de recuperar a su hijo con vida.

Más allá del despiste en medio de la primera prueba libre del viernes, el balance en general fue muy bueno. En esa primera prueba los tiempos lo ubicaron en quinta posición, entre los 35 competidores. En la segunda le fue incluso mejor, llegó a ocupar la segunda posición en cuanto a tiempos. Si bien era solo una referencia, ya que cada equipo manejaba programas diferentes, servía para medir el orgullo y la vanidad. Pero la jornada automovilística había quedado atrás. Ahora esperaba en Lo de Vito a que llegara el Comisario. Vito había tenido que salir, por lo que Alejandro estaba solo en el lugar. Se había ubicado en la barra, cerca de la caja donde siempre estaba la Tana. Desde allí podía ver si alguien pasaba por el pasillo de proveedores. Las ventanas que daban a la calle estaban con las cortinas cerradas y así lo prefería Alejandro cada vez que allí se encontraba con alguien.

Cuando el comisario llegó Alejandro casi se había terminado su vaso de cerveza. La ubicación de Alejandro en ese lugar era estratégica, no sólo podía ver si venía alguien, también tenía al alcance de la mano el grifo de la cerveza tirada. Se estiró sobre la barra y tomó un vaso limpio.

–¿Rubia? –preguntó Alejandro.

–¡Negra!

La respuesta de Matlock le pareció obvia después de escucharla. El Comisario se sentó en una silla alta, al lado de Alejandro y apoyó los codos en la barra. Tomó el vaso y de un solo trago se lo acabó.

–Creo que me han vendido pescado podrido.

Alejandro no alcanzó a preguntarle nada sobre el tema que los convocaba. El Comisario se despachó como si estuviese en un confesionario.

–¿Cómo? –Alejandro estaba extrañado. El Comisario siempre se había mostrado profesional y parco. Hablaba sólo lo necesario y nunca demostraba debilidad alguna. Alejandro alguna vez se preguntó si era humano. Ese día lo estaba demostrando, no sólo que era humano, sino que se mostraba vulnerable. –¿A qué se refiere?

–Estoy viejo para esto. Ya llevo muchos años. Más de treinta. Pocos llegan tan lejos activos. He visto muchas cosas. Tantas que podría escribir cien libros. He hecho muchas cosas también. La experiencia que gané en todos estos años… creo que me juega en contra a esta altura del partido.
Alejandro lo miraba sin querer interrumpir. Tampoco sabía qué decir.
–Se preguntará por qué me juega en contra. Es exceso de confianza, mi amigo. Cuando uno cree que se las sabe todas, que ya nada puede sorprenderlo, ahí es cuando se baja la guardia, y donde entran los golpes que uno no espera, los que más duelen. Esos que podrían tirarte a la lona y que ni la cuenta te proteja de la derrota.
–¿Qué pasó? Me está preocupando.
–Todavía nada. Pero me estoy replanteando cosas. Creo que me he confiado y me he relajado demasiado. No estoy ciento por ciento seguro de que la información que nos han venido dando sobre Carolina sea confiable.
–¿No? ¿Por qué lo dice?
–No lo sé. No tengo pruebas que refuten la información que me han dado, pero el diablo sabe más por viejo que por diablo.
–¿Esa es la información que tenía para darme?
–En parte… –el Comisario levantó el vaso, mostrándoselo vacío a Alejandro. Él lo tomó y volvió a servirle otra pinta. –Voy a viajar a Europa para seguirle el rastro en persona. Estoy haciendo los últimos trabajos, ya es tiempo de dar un paso a un costado, pero no puedo permitirme el retiro con un trabajo mal hecho.
Volvió a empinar el vaso y a vaciarlo por completo en su boca. Se puso de pie y sin mediar palabra se fue. Alejandro se quedó en silencio, reflexionando sobre el ocaso de una leyenda.

XXXI. Libertad Vigilada.

Los niños aún dormían. El sol, que asomaba sus rayos cada día un poco más tarde, apenas bañaba con una penumbra la habitación de Sami. Ella estaba despierta, desde hacía más de una hora, gracias a una notificación que le envió su red social favorita. Cuando llegó la notificación, su teléfono sonó y vibró al mismo tiempo. Estaba en la última etapa de su sueño y no le costó despertar; de hecho, se sentía descansada y activa. Ingresó en la aplicación y cayó presa del algoritmo. Vio de qué trataba la notificación, y estaba a punto de dejar el aparato sobre la mesita al lado de la cama, cuando le apareció una publicidad de un perfil orientado al mundo del *BDSM*. No pudo resistirse a la curiosidad que la invadió y entró al perfil. Un mundo nuevo la encandiló y se sumergió de lleno en la virtualidad.

El perfil era de una tienda llamada *OBDO* y no solo vendían productos para prácticas sadomasoquistas, también tenían una página web y un blog con información para todos los niveles, tanto para quienes recién se iniciaban como para los más experimentados. Sami ya se había levantado para ir en busca de su laptop y ahora se preparaba una taza de café en la cocina. Mientras calentaba el agua se había puesto a investigar. Descubrió muchas cosas fascinantes, comenzando por el significado. Ella siempre asoció la sigla BDSM directamente al sadomasoquismo, que si bien forma parte de esa sigla, el *BDSM* es un universo que incluye también otras prácticas sexuales, como el Bondage, término de origen francés cuya traducción literal significa: Atadura; la Disciplina; la Dominación y la Sumisión; y por último, el Sadismo y el Masoquismo.

Sami sonreía sin darse cuenta, al mismo tiempo que se mordía el labio inferior al adentrarse en este nuevo mundo que había descubierto. Era nuevo para ella, aunque las prácticas eran centenarias. Había leído que de hecho, la sigla BDSM había sido implementada por primera vez en el año 1991, en un foro de noticias en Usenet, un sistema de difusión global por internet, anterior a la World Wide Web. Esta información no estaba en el libro que se había comprado hacía unos días, lo que sí le recordó algo que había leído en el libro, era la explicación de la sigla y el significado de la primera letra que representaba la palabra *BONDAGE*. Recordó que incluso en la cultura japonesa del siglo XV, los militares utilizaban una técnica de inmovilización denominada Hojōjutsu, que con el tiempo evolucionó en el

Shibari, una práctica donde las cuerdas se convierten en una forma de arte erótico. En el libro se hacía hincapié en que esta práctica, como las demás dentro de esta disciplina, se debía practicar en un marco de confianza mutua y de amplia conexión entre quienes atan y son atados.
Estaba tan enfocada en su lectura que no oyó cuando el taxi que traía a Ricardo se detuvo en el frente de la casa. Se sobresaltó cuando escuchó el sonido metálico de una llave en la cerradura de la puerta principal. Ricardo entró sigilosamente, suponiendo que todos dormían y vio la luz encendida. Dejó su maleta a un lado de la puerta y se dirigió a la cocina, atravesando la sala de estar y el comedor. Sami apresurada minimizó la ventana del navegador de la computadora y bajó la pantalla. Tomó su taza de café y puso la mejor cara que pudo para recibir a Ricardo. Él se acercó y la abrazó de inmediato. Sami volcó parte del contenido de la taza en el suelo y se quejó.
–¡Pero qué haces!
–¿No se puede ser cariñoso acaso?
–¿Cariñoso? ¡Por favor! No sé cuándo fue la última vez que fuiste cariñoso conmigo. Pero seguro tendrás… –Sami no quiso continuar la frase. Sabía que de continuar desataría una tormenta.
–Bueno, cuando se te pase podrías darme un beso.
Sami lo miró con asombro. Había esperado que, tras su comentario, él respondiera con otra frase típica de macho alfa, alguien que, al sentirse amenazado, solo sabe atacar con más fuerza. Sin embargo, esa actitud de evasión y conciliación la tomó por sorpresa.
–¿Se puede saber en qué andas? –respondió Sami, mirándolo desafiante con su frente en alto.
–Acabo de llegar de viaje. Estoy cansado. Me levanté súper temprano para poder tomarme el primer vuelo y llegar a casa para disfrutar de mi familia. Podrías tratarme un poco mejor, ¿o no me lo merezco?
«¿Merecerlo? ¡Hijo de puta! Te vas a ver a tu otra familia y encima tienes la caradurez de…» –hacerte la víctima. –¿De verdad lo había terminado de decir ese pensamiento en voz alta? Fue un simple descuido, una trampa de su subconsciente que quería que la tormenta al fin se desatase.
–¿La víctima de qué?
–¿Cómo está Sol?
Si bien Ricardo sospechaba que Sami algo sabía sobre su doble vida, nunca imaginó que tuviese tanta información. Conocía el nombre de su hija

extramatrimonial y era probable que también supiera el nombre de la madre de Sol. No supo qué responder y dijo lo que el instinto le permitió.
–¿De qué me estás habl…
–¡¿Cómo puedes ser tan hijo de puta?! La has llamado Sol, cuando nuestra propia hija se llama Luna. Eso es muy cruel. La verdad es que… –los ojos de Sami comenzaron a humedecerse, y le costaba hablar mientras luchaba por no llorar. –… ya no… no te conozco.
–Yo… –Ricardo no supo qué decir y se quedó en silencio. Su secreto, el que había ocultado durante tantos años, el que había cuidado y atesorado para que nada ni nadie pudiese dañarlo, había sido revelado. Su mujer sabía mucho más de lo que él imaginaba.
–Se te ha caído la careta. Tú le dirás la verdad a tus hijos, yo no tengo el corazón para decirles esto. ¡Qué hijo de puta!… ¿Y sabes qué? Despídete de ellos, porque no los volverás a ver. Ahora la que quiere el divorcio soy yo y procuraré que mis hijos no vuelvan a verte. ¡Te quitaré la tenencia! Y ahora más te vales que te vayas de aquí antes de que despierten los niños.
–¡Ni se te ocurra! –le contestó él, tomándola con fuerza del brazo y empujándola contra la pared. Ricardo reaccionó como tantas otras veces, pero Sami reaccionó como nunca. Levantó la pierna y con la rodilla impacto los genitales de Ricardo. El impacto fue tan certero que Ricardo terminó de rodillas en el suelo.
–¿Mami?
Ambos miraron hacia la puerta de la cocina. Allí estaba Luna, de pie con su unicornio de peluche, Tadeo. Sami corrió y la alzó en sus brazos, mientras Ricardo se ponía de pie.
–Lunita, mi amor. Ya te has levantado, ¡Qué bien! ¿Quieres desayunar?
–Sí Mami. ¡Hola Papi!
–Papi pasó a saludar. Vino a buscar algo, pero debe irse enseguida. Está tan apurado que no podrá esperar a saludar a tus hermanos.
Ricardo se acercó y saludó a Luna con un beso, pero ella no quiso despegarse de los brazos de su madre. Luego, se dirigió a la puerta, tomó su maleta y se marchó, no sin antes lanzarle a Sami una mirada cargada de odio.

El vehículo zigzagueaba de aquí para allá cada vez que enfrentaba una recta. Calentar los neumáticos era un arte que llevaba tiempo aprender. Si se los calienta poco, el auto no tendrá la adherencia suficiente; si se los calienta en exceso, se degradan rápidamente y duran menos vueltas. «Todos los extremos son malos», pensó Alejandro, que no podía quitarse de la cabeza el comentario del Comisario: «Es exceso de confianza, mi amigo. Cuando uno baja la guardia entran los golpes que más duelen». Alejandro, luego de esa charla, se quedó con la idea de que a él también le estaba pasando lo mismo. Se había preguntado «por qué, y en qué», pero no supo encontrar una respuesta. Aun así, ese sentimiento lo inquietaba.

El auto había entrado en la última curva y ahora era el momento de acelerar a fondo para iniciar la vuelta cronometrada. En la pantalla del monitor frente a Rama se podía ver el cronómetro aún en cero en el ángulo inferior derecho, debajo del número y el nombre del piloto: "26 - A. Nieto". Cuando el auto traspasó la línea de sentencia, el cronómetro comenzó a correr. El bolígrafo que Rama tenía entre sus dedos índice y medio, bailoteaba frenéticamente. A través de los auriculares podía escuchar la respiración de Alejandro. Por olvido se dejó abierta la comunicación y el equipo podía escuchar los sonidos del interior del auto. Rama entendía, por el ritmo de la respiración, que Alejandro estaba en un alto estado de concentración. También podía escuchar algunos quejidos sutiles cuando en las curvas, las Fuerzas G le demandaban un esfuerzo adicional por mantener su cabeza en posición vertical.

Para la cronometría, se dividía el circuito en tres tramos y se analizaban los tiempos parciales. Aunque el tiempo que contaba era el de la vuelta total, estos parciales servían para tener un parámetro de los detalles a mejorar para cada sector. En el primer sector Alejandro había hecho su mejor tiempo, aunque no el mejor de todos; en el segundo, el mejor tiempo era el de él y, haciendo una comparativa con los tiempos de los demás, lograría obtener el primer lugar en la parrilla de largada con bastante holgura. Estaba en el tercer y último sector, confiado en sus tiempos, y decidió no arriesgarse al tomar la última curva. La imagen del despiste en la última clasificación aún lo atormentaba. La salida y aceleración de cara a la recta final no fue del todo buena. Su tiempo: 1:13.143. Le bajaron la bandera a cuadros. Detrás de él estaba terminando la vuelta Marcos Varela. 1:13.140. Fue un baldazo de agua fría para Alejandro, ya no tenía la pole position. Ya no había chance de mejorar los tiempos. Era un hecho, ya no largaba

primero. Quedaban dos pilotos por terminar sus vueltas: Antonelli y Coria. Antonelli finalizó con 1:13.143, exactamente el mismo tiempo que Alejandro, pero saldría un lugar detrás de él por haberlo conseguido después. Coria venía bien, pero en los dos primeros sectores no había mejorado los tiempos de Marcos Varela ni los de Alejandro o Antonelli. Si no lograba un milagro, Alejandro tendría el segundo lugar, lo que estaba mal, pero no tan mal. Alejandro se frotaba las manos asimilando ese segundo lugar, mientras giraba despacio por la pista para regresar a boxes. Éste era un circuito en el que era difícil lograr el sobrepaso, pero la mejor oportunidad que tenía era superar a Varela en la frenada de la primera curva. Se tenía confianza, su auto frenaba mucho mejor que el de Varela y las posibilidades de lograrlo eran altas. Rama le transmitía los resultados a través de la radio.

–¡La puta madre! Viene volando.

–¿Coria?

–Sí. Tercer lugar.

–¡Bien! Si larga detrás puedo controlarlo, lo importante es llegar bien a la primera cur…

–El tercer lugar es el tuyo. Coria hizo 1:13.137.

Se hizo un silencio en la radio y eso lo dijo todo. En el último sector Coria fue un rayo, mejoró todos los tiempos y logró la primera posición. Varela largaría segundo y Alejandro en el tercer cajón de la grilla de largada.

Sami comenzó a escuchar la música ni bien se bajó del automóvil que Meli había estacionado a un centenar de metros de la discoteca. Hacía mucho tiempo que no salía a bailar y ya comenzaba a sentir la adrenalina que alguna vez experimentó en su adolescencia. Más temprano Meli le había enviado un mensaje comentándole que tenía ganas de salir a cenar, pero Sami necesitaba hacer algo radical. Cuando le dijo a su amiga que quería salir a bailar, Meli no lo podía creer. Se puso súper contenta y fue a primera hora de la tarde a casa de Sami para llevarla a comprar ropa y zapatos. «Si vamos a salir, ¡vamos a romper corazones!»

Sami llevaba un vestido entallado, similar al que había visto el día en que conoció a Alejandro. Estando en el probador de la tienda de ropa, mientras se admiraba en el espejo, Meli bromeaba diciéndole que haber conocido a

Alejandro le había cambiado la vida. Sami comenzó a notar lo mucho que ella había cambiado también. Se sentía bien, a pesar de que su mundo se caía a pedazos. Sentía que por primera vez tenía el control de su destino. No lo dudó, compró el vestido y unos zapatos. Meli le ofreció regalárselos, pero Sami se negó.

–Te agradezco, de corazón, pero no. Ya tengo quien lo pague. –Meli pensó que hablaba de Alejandro, pero Sami le respondió: –Ni loca lo aceptaría.

Pagó todo con la extensión de la tarjeta de Ricardo, incluso los zapatos que le habían gustado a Meli.

–Regalo de Ricardo. –le dijo mientras pagaba. Esa noche la diversión correría por cuenta de Ricardo también, y Sami pensaba divertirse a lo grande.

En la entrada, dos grandes hombres vestidos por completo de negro flanqueaban a una mujer con un vestido de noche, dueña de una figura esbelta y de un rostro que parecía esculpido por el mismo Miguel Ángel. Estaba de pie detrás de un atril y revisaba en una lista a quienes pretendían ingresar. Era una fiesta privada, pero Sami y Meli no lo sabían. Se abrieron paso entre las personas que estaban allí y que aún no habían ingresado. Al llegar hasta donde estaba la mujer y los dos hombres de seguridad, ella les pidió sus nombres, pero al no estar en la lista no las dejó ingresar. Meli le dijo que eran invitadas de Alejandro Nieto, la mujer se fijó en la lista, tampoco estaba. Uno de los hombres de seguridad se movió medio metro hacia el costado, acercándose a la mujer. Sami entendió el mensaje y tomó sutilmente a Meli del brazo y se apartaron.

Debatían a dónde irían ahora, seguro habrían muchas opciones y la noche recién comenzaba. Meli estaba algo desilusionada, le hubiese gustado ingresar, esa era la discoteca de moda, de las que todo el mundo hablaba. En ese momento una mujer se acercó a ellas y les dijo que si deseaban ingresar podían hacerlo como sus invitadas. Sami desconfió, pero Meli la miró como la miraban sus hijos cuando le pedían algo que deseaban de todo corazón. «Es una mujer, ¿qué peligro correría? ¡Ninguno!», se dijo a sí misma. Finalmente aceptó. Las tres mujeres se acercaron al hombre que las esperaba junto al trío de la entrada. El hombre de seguridad dio un paso al costado liberando el ingreso al lugar. Sami, Meli y la mujer que las invitó ingresaron.

–Me llamo Erikah y mi amigo es Rudolph. Ahora se nos unirá, se ha quedado conversando con la recepcionista.

–Soy Sami y ella es Meli. Muchas gracias por la invitación.
–No hay de qué. No podía dejar que dos mujeres tan guapas se quedaran con las ganas de entrar, además pude ver el rostro de decepción de tu amiga Meli y no me pude resistir. La vamos a pasar muy bien.
–Es una fiesta privada. ¿Cuál es el motivo del evento? ¿Es de alguna empresa? –preguntó Meli a Erikah.
–La verdad, es que no tengo idea. Nosotros tampoco estábamos en la lista, pero mi amigo es MUY PERSUASIVO. –A medida que ingresaban al lugar la música aumentaba su volumen y las obligaba a hablar levantando la voz.

–Atento Mitte, atento Mitte. Nodo Tres reportando. Cambio.
–Aquí Mitte. Adelante Tres. Cambio.
–Alfil y Caballo Blancos ingresan a discoteca con Nodo Cuatro. Cambio.
–Copiado. Cambio y fuera.

XXXII. Fondos Insuficientes.

Ricardo se había alojado en un hotel familiar en las afueras de la ciudad. Su habitación estaba en el piso superior, a la que se accedía subiendo una escalera metálica y caminando por un largo pasillo al aire libre. Delante de las habitaciones se encontraba la piscina y un pequeño parque con juegos. Por suerte para Ricardo, la piscina no era climatizada y aún no hacía calor suficiente para que los niños jugaran en ella. Sin embargo, el parque estaba abarrotado y los niños corrían por el largo pasillo que conducía a las habitaciones del piso superior. Como si eso fuera poco, el rugir de los motores en el autódromo cercano se hacía sentir en el hotel. Ricardo habría preferido una habitación más accesible y menos ruidosa, pero el conserje de mala gana le dijo que era la única disponible. Decidió no discutir, ya que no tenía planes de quedarse mucho tiempo. Su estadía allí era solo una parada técnica para tomar el impulso necesario y actuar.

Había hablado con Cero y sabía que la única chance de cumplir con el plan estaba muy próxima. Evaluó la forma de evitarlo, de escapar. Pero no tenia solo por el, por su seguridad, tenia por sus familias. Ricardo había vuelto confiado a su casa con Sami y los niños, pero todo se le había ido de las manos. Jamás imaginó esa reacción de parte de ella, lo que lo tomó por sorpresa sin saber cómo reaccionar. Tampoco esperaba que Cero amenazara a Romina y a Sol cuando le contó lo sucedido. Hubiese preferido que lo entendiera y que le diera su apoyo, sin embargo le dijo que era imperioso que él resolviera la situación si quería volver a ver a su familia con vida. Ricardo, lejos de exteriorizar su dolor, hizo lo que mejor le salió. Compró un par de botellas de vodka, jugo de naranja, unos snacks, consiguió un dealer y se abasteció, y buscó en internet un número de teléfono de una acompañante. Pasaría la noche descargando esa furia contenida.

–¡GRACIAS POR HACERNOS ENTRAR! –le dijo Sami, elevando la voz, a Erikah al momento en que Rudolph se sumaba al grupo. Erikah le guiñó un ojo. Prefirió no contestar, de hacerlo tendría que haber elevado la voz tanto como Sami. La música electrónica era invasiva.

–VENGAN. TENEMOS UN VIP. –comentó Rudolph.
Una azafata del club los guió por unas escaleras y accedieron a un lugar desde donde se podía ver toda la discoteca. Se sentaron en unos sillones y les trajeron una botella de champaña.
–¿Qué me dices? ¡Míranos! Estuvimos a punto de no poder entrar a la discoteca y ahora estamos en el VIP. –le comentó Melina a Sami.
–¡Sí! ¡Vamos a bailar!
Sami tomó a Melina de la mano y la llevó, escaleras abajo, hasta la pista de baile. Ambas se entregaron al calor de la multitud y danzaron al ritmo de un son rabioso. Unos minutos después se les sumaron Erikah y Rudolph. Llevaban bebidas en sus manos y se las ofrecieron, pero Sami las rechazó y le hizo un gesto sutil a Meli para que hiciera lo mismo. «Vaya a saber si le han puesto algo a esas bebidas», pensó Sami, quien, a pesar de eso, se dejó abrazar por Rudolph para bailar. Luego de varios minutos, Meli le pidió que la acompañe al baño y ambas abandonaron la pista.
–Por lo que más quieras no vayas a tomar nada de lo que te den.
–No seas tan perseguida Sami. Yo tomé del vaso de Erikah… después de que la vi tomar a ella de ese mismo vaso, claro. ¡No seas aguafiestas! Relájate y disfruta.
–Ahora nos vamos a comprar nuestros propios tragos. ¡Ricardo invita!
Ambas se largaron a reír.
–¡Con que aquí están!
Se sobresaltaron con el comentario que hizo Erikah, no la habían visto entrar al lugar. Meli, que ya la tenía a su lado, le sonrió y Erikah, sin mediar palabra, la besó en los labios. Meli alejó su rostro unos centímetros y miró desafiante a la mujer que había conocido apenas unos minutos antes, quién no dejaba de sonreír y mirarla directo a los ojos. Un instante después fue Meli quien acercó su boca para continuar con el beso. Sami las miraba asombrada. Nunca había visto a su amiga en una escena lésbica, tampoco habían hablado de eso jamás. Cuando el beso terminó, Meli miró a su amiga y le sonrió.
–Rudolph no está nada mal, si Erikah te lo permite, claro.
–Es mi amigo, no mi novio. Puedes hacer con él lo que quieras, pero debo decirte que tiene gustos particulares. –Rudolph, sin inmutarse, sorbió un poco de su bebida con el sorbete. –Si no eres de las que le gusta dominar y lo sometes como un esclavo, dudo que realmente lo motives.

Sami sonrió y se inclinó hacia ellos para no perderse detalle. «¡Es una sorprendente casualidad!», pensó.
–¿Y tú… eres una… dominadora? –preguntó Sami.
–¡Nooo! Dómina creo que se dice, por lo que me ha contado. No, no es mi estilo. Yo prefiero mujeres hermosas como esta que está delante mío y que volveré a besar.
Sami las observó un instante y las dejó atrás. Salió del baño y se dirigió a la barra a comparar unas bebidas. Luego se fue al sector VIP. Allí estaba Rudolph, sentado solo, bebiendo una copa de champaña.
–¿Las chicas? –preguntó él.
–En el baño… besándose. –Sami hizo el comentario con la intención de sacar el tema de conversación y lograr llevarlo hacia el BDSM. «¡Qué mejor que conocer de este mundo de primera mano!», pensó.
–Erikah no deja pasar la ocasión. Tiene la capacidad de detectar a qué mujeres les gustan las mujeres.
–¿A ti te pasa lo mismo?
–No me importa si a las mujeres les gustan o no las mujeres. Tampoco sabría descubrirlas. Yo tengo otros gustos.
–¿Hombres?
–No me refiero a los géneros binarios. Me considero una persona con gustos más amplios, mucho más amplios. Si he de compartir un momento de placer, lo importante es lograr una conexión con esa otra persona. No puedo hacerlo sólo por sexo. Además tengo gustos particulares.
Sami no contestó. Estaba procesando lo que Rudolph le había dicho.
–A mí me gusta el sadomasoquismo. Y me inclino por ocupar el rol de sumiso. Me considero un buen esclavo. Mis amas me lo han dicho.
–¿Buscas una Ama?
–Sí… ¿Acaso tú lo eres?
–¡No! No lo sería nunca. Sólo pregunté por curiosidad. –Sami mentía, pero no se confesaría ante un desconocido.
–¿Eres curiosa? ¿Y qué quieres saber?
«¡Todo!», pensó, pero tampoco lo diría tan abiertamente.
–¿Cómo descubriste que te gustaba?
–Hace algunos años conocí a una persona experimentada en el BDSM y me hizo descubrir que el placer va más allá de lo tradicional. Me acompañó en el aprendizaje y hoy no concibo el sexo tradicional. No puedo practicarlo así, no me satisface en absoluto. A ti quizás te guste y no lo sepas.

Sami lo sabía. Sabía que le gustaba mucho, aunque recién comenzaba a recorrer ese camino.
–¿Y cómo comenzaste? Me refiero a cuáles fueron tus primeros pasos en esto.
Rudolph, aunque ese no era su verdadero nombre, recordó el reporte que le fue entregado por Cero y el análisis de la vigilancia de Dos. Sabía lo que había hecho ella con Alejandro Nieto y astutamente le relató algo muy similar. Nodo Tres quería ganarse su confianza. No para llevar a la práctica con ella lo que le contara, sino para que ella confiara en él y así transformarse en su mentor y de esa forma infiltrarse.
En medio de la charla el celular de Sami vibró dentro del clutch que tenía en su mano, aunque no fue capaz de oír el sonido, por el nivel del volumen de la música. Al sacarlo y observar la pantalla vio un mensaje de Alejandro. Sami sonreía al leer el mensaje, pese a que no era consciente de ello.
–¿Es él? -Preguntó Rudolph.
Sami lo miró sorprendida. «¿Acaso sabe quién me escribió? ¿Cómo supo que es Alejandro?»
–¿Es tu esclavo? –Volvió a preguntar sonriente. –Quizás lo sea y aun no lo sepan. Yo te veo a ti en el rol de Dómina.
En ese momento se sumaron Meli y Erikah, que volvían de bailar. Llegaron tomadas de la mano. Erikah se sentó y bebió el contenido de la copa de Rudolph de un solo trago. Meli se sentó junto a Sami.
–Me tengo que ir. –Le dijo Sami. –Alejandro me acaba de enviar un mensaje.
–Pero si recién llegamos. No te vayas, quédate. La vamos a pasar muy bien.
–Tú la estás pasando muy bien. Me alegro por ti, pero…
–¿Vas a dejarme sola?
Sami no consideró que esa fuera una buena idea. No podía dejarla sola junto a dos desconocidos. Además, necesitaba pedirle que la llevara al autódromo y decidió quedarse un rato más con Meli.
–¡Te la secuestro! –le dijo Sami a Erikah y se fueron a la barra a pedir unas bebidas. Sami quería que le contara eso que jamás le contó, su gusto por las mujeres.
–¿Has avanzado? –Le preguntó Cuatro a Nodo Tres.
–Está interesada en saber más sobre el BDSM.
–¿Y tú qué sabes al respecto?
–Lo que he leído del informe y lo que investigué en internet.

–Ya veo que terminas como esclavo de esta tipa.
–¡No! Jamás. Es manipulable. Puedo convertirme en su confidente y mentor.
–¿Tan confiado estás? No debes perder el objetivo. Ella es el puente, no el destino.
–Lo tengo claro. No te preocupes.

–¿Cómo es eso de que te gustan las mujeres?
–No me gustaban, hasta hoy.
–…
–He aprendido mucho de ti últimamente, aunque no te hayas dado cuenta. Te he visto cambiar de forma radical en poco tiempo y me he dado cuenta de que es “aquí y ahora”. La vida hay que disfrutarla. Lo cierto es que cuando me besó… no sé… sentí algo que hacía mucho no sentía. Y no me importó que fuera mujer. Me encantó lo que sentí y decidí no dejarlo pasar. Quizá solo dure una noche… o tal vez no, pero no me quedaré con la duda por el resto de mi vida.
–¿Yo te enseñé eso?
–¡Tontita mía! Cuéntame tú, qué te ha dicho Alejandro.
–Me dice que me extraña y que me necesita. ¿No es hermoso? Y lo que es más increíble es que me he dado cuenta de que me pasa lo mismo.
–¿Dónde está?
–En el autódromo, mañana corre.
–Te llevaré. ¡Vamos!
–¡No! Quédate con Erikah, disfruta. Me tomaré un taxi.
Sami no le gustaba nada la idea de irse en taxi a esa hora de la noche al autódromo, pero no podía arruinarle la noche a su amiga.
–Me importas más tú. Además, la haré desearme al irme contigo ahora… y le pediré el teléfono, por si no me desea tanto.
Volvieron al VIP con bebidas para sus acompañantes circunstanciales. Meli le explicó a Erikah que debían irse, que a su amiga la estaban esperando. Pero Erikah insistió en que se quedara, que Rudolph la llevaría a donde quisiera. Sami no quería sentirse culpable de arruinarle la noche a Meli y accedió a la oferta.

Ricardo acababa de despedir a su acompañante nocturna. El sexo no había logrado satisfacerlo. El alcohol y la hierba le habían abierto el apetito y ya había comido todo lo que había comprado. Salió de la habitación y bajó las escaleras como si la tierra temblara bajo sus pies. Casi no podía mantenerse erguido, seguía ebrio. Caminó unos metros hasta la carretera y la cruzó sin mirar. Tuvo la suerte de que ningún vehículo pasara por allí en ese momento, de lo contrario hubiese terminado reventado como un pequeño insecto en el parabrisas. Del otro lado, había una estación de combustible que tenía un pequeño drugstore abierto las 24 horas. Recorrió los pasillos y se decidió por unos emparedados y una gaseosa. Fue hasta el mostrador y pidió un paquete de cigarrillos Marlboro y un encendedor. No tenía intenciones de pasar la noche buscando el suyo en algún rincón de la habitación.

–$34,50

–¡Hijo de puta! Te aprovechas porque no hay otra cosa y porque estoy borracho.

–¿Quiere comprarlo o no?

Ricardo le extendió la tarjeta de crédito. El vendedor acercó el posnet a la tarjeta para cobrarle, pero el mensaje indicaba Fondos Insuficientes.

–Tu aparato funciona mal… pequeño demonio. –Balbuceó Ricardo, mientras vaciaba sus bolsillos buscando billetes y monedas. Le dio un billete de $100 y recibió $16 de vuelto. Para cuando se diera cuenta, el vendedor habría terminado su turno y no volvería a verlo.

XXXIII. ¡Vaya puta ironía!

Cuando Sami y Rudolph llegaron al autódromo, los guardias de seguridad del acceso principal estaban avisados. Les entregaron dos pases VIP y un pase para el vehículo. Sami le agradeció a Rudolph y le dijo que iría caminando, pero él se negó. Ambos sabían que los motorhomes de los pilotos estaban como a un par de kilómetros de ese acceso, por lo que Sami no insistió.

Durante el camino hacia el autódromo Rudolph continuó hablando sobre sus inicios en el mundo del BDSM, precisamente con la primera letra de esa sigla: la “B” de Bondage. Él, sabiendo de la curiosidad de Sami, decidió que lo mejor era que la historia se hiciera larga y que avance poco a poco, de forma tal de sembrar la semilla de la intriga y volverse su mentor. Ese era su plan, pero no podía obligarla; el éxito dependía de la decisión de ella y de las habilidades de manipulación de Ziffern, el genio del mundo digital que formaba parte del equipo de Mitte.

Llegaron al área de parqueo de los motorhomes y Sami se despidió. Rudolph se ofreció a acompañarla caminando, pero Sami le mostró que no estaba lejos de su destino. Los motorhome estaban estacionados dentro del área restringida del sector de boxes, uno al lado del otro. Un sector bien iluminado en el que circulaba de tanto en tanto personal de seguridad privada del autódromo. Eran ya las dos de la mañana del domingo y todos los motorhomes tenían sus luces interiores apagadas. El único que tenía luces encendidas era el de Alejandro. Rudolph se bajó de todas formas y se quedó a un lado del auto, observándola desde allí. Cuando Sami llegó al motorhome con la gran “G” de Galtech, golpeó la puerta y giró para saludar a Rudolph levantando la mano. Alejandro salió a recibirla cuando ella saludaba y observó al hombre.

–¿Quién es?

–Es el chofer del Uber. Ha sido muy amable al vigilar que nada malo me pase. Yo le dije que lo más peligroso estaba en el interior de este motorhome.

–¿Y ese soy yo? –preguntó Alejandro mientras cerraba la puerta.

–No. ¡Soy yo!… esclavo.

Ricardo continuaba despierto, aunque su borrachera comenzaba a darle paso a la resaca. La habitación se había vuelto una postal decadente. El aire estaba viciado por una densa nube de humo que no se disipaba. La televisión continuaba encendida y en la pantalla se proyectaba un infomercial de una plataforma de ejercicios para las piernas para utilizar sentado en la comodidad del sofá de la casa. «¡Vaya puta ironía!», pensó al verlo, pero no hizo el esfuerzo de apagar el aparato. Sobre la mesa pequeña y redonda a un lado de la cama, un cenicero saturado de restos de cigarrillos, junto a las bolsas vacías de los snacks y del emparedado, las botellas vacías de vodka y jugo y una a medio camino de gaseosa, completaban la postal. También había un par de diminutas bolsas, hechas con papel de cigarrillo para armar, que contenían cocaína. «Alitas de mosca, se llaman», le había dicho la mujer de compañía que, además de sus servicios, le vendió la droga. No las había tocado y no tenía planes de hacerlo. Ricardo fumó marihuana algunas veces, pero jamás había consumido drogas duras. «Fue un momento de debilidad. Un gasto inútil e innecesario.»

Enchufó su celular al toma corriente de la pared junto a la mesa e ingresó a sus redes sociales. Mientras recorría los diferentes posteos el algoritmo de la aplicación le mostró publicidad de un banco y recordó el mensaje en el posnet del vendedor: “Fondos Insuficientes”. Estaba convencido de que había saldo disponible en su cuenta. Cerró la aplicación y abrió la del banco, para ver el estado de cuenta. Encontró rápidamente los gastos hechos por Sami: el vestido, los zapatos, accesorios y consumos hechos hace poco tiempo a nombre de un comercio denominado Rumba y Ritmo S.A. Todos realizados con la tarjeta de Sami.

–¡Hija de puta!

Abrió el buscador y escribió Rumba y Ritmo. Le aparecieron una decena de resultados en la primer página, pero la mayoría eran sobre videos musicales o sobre el significado de esas palabras. Volvió a escribir el nombre, pero ahora lo hizo como aparecía en el resumen de gastos del banco: Rumba y Ritmo S.A.

–¡Qué hija de re mil putas! ¡ESTÁ DE JODA!

Arrojó el teléfono contra la pared y lo destrozó. El teléfono seguía funcionando, pero el vidrio de la pantalla se había resquebrajado por completo, dificultando ver la imagen. El cable se había desprendido del cargador, y parecía un apéndice que salía desde su parte inferior. Ricardo lo

observó desde la silla. Golpeó con su cabeza la mesa una, otra y otra vez. Con el último golpe se rindió y la dejó apoyada, llevandose las manos a la nuca. Sus ojos, humedecidos por las lágrimas, se quedaron observando las caprichosas vetas de la madera de la mesa. Perdido en su perplejidad, fue siguiendo una de ellas, contemplando sus curvas que rodeaban los nudos que tal vez fueron el nacimiento de algún brote o de alguna rama. Antes de llegar al final de la veta, sus ojos se toparon con las "alitas de mosca". Las observó por un momento y luego se dijo: «¿Y por qué no?». Desplegó el papel con cuidado, para no perder nada de ese polvo blanquecino. No sabía cómo consumirla, era su primera vez. Recordó la típica imagen en las películas en las que arman finas líneas de ese polvo y fabrican un tubo de papel con el que luego lo aspiran por la nariz. Buscó con qué hacer la línea. «¡Esto servirá!», se dijo mientras sacaba algo de la billetera. Cuando tuvo la línea hecha con prolijidad, tomó un billete del vuelto del drugstore y lo enrolló formando un pequeño cilindro. Lo acercó a la línea, colocó una fosa nasal en el otro extremo y estaba a punto de aspirar cuando se percató del detalle.

–¡Vaya puta ironía!

Sonrió e inhaló con fuerza. El impacto fue inmediato. Percibió un ardor intenso y frío recorriéndole la nariz. Era un dolor agudo. Sus ojos se humedecieron aun más. Sentía su nariz seca e irritada. Comenzó a sentir miedo. Estaba solo, si algo le pasaba, nadie sabría de él hasta encontrarlo… muerto. Al ardor le siguió un regusto amargo y químico en la garganta, un goteo que lo obligó a tragar con asco y que pareció sellar su pánico. La ansiedad lo embargó por completo. Esperaba un sentimiento de euforia, pero lejos de eso era terror lo que sentía. El mareo llegó como un tsunami que lo golpeó con violencia. Ya no veía con claridad. Toda en la periferia de su visión se veía borroso, nublado, fuera de foco. De pronto el sonido del televisor comenzó a escucharse distante y apagado, como si él estuviera bajo el agua de ese tsunami y el televisor sobre la superficie. Un sudor helado comenzó a recorrerle la frente. Buscó el baño. No sabía dónde estaba y tampoco sabía dónde estaba él. Las nauseas aparecieron con tanta violencia como el mareo. Intentó llegar al baño para vomitar y sacarse ese veneno que se había metido dentro del cuerpo. Se puso de pie, pero sus piernas comenzaron a ceder. No colapsó violentamente, fue más bien como si una marioneta a la que le fueron cortando los hilos uno a uno. Cayó de rodillas al suelo, apenas a medio paso de la mesa. Intentó sostenerse como

pudo de ella, pero finalmente cayó, arrastrando varios objetos con él hacia el suelo. Delante de sus ojos, pudo ver esa “puta ironía” con la que había preparado la raya de cocaína: la tarjeta que había sido rechazada por “fondos insuficientes”.

XXXIV. Palabra Clave.

Sami percibió el nerviosismo de Alejandro. La palabra “esclavo” a menudo genera temor, pero dentro del BDSM, cada rol y práctica se lleva a cabo con el consentimiento de todos los involucrados. Sami era consciente de que sus acciones debían basarse en los tres pilares fundamentales: Consentimiento, Comunicación y Conciencia. Estos principios eran inquebrantables, como lo había leído en el libro que había comprado y en varios blogs que había explorado en línea.

Determinada a aliviar el estrés de Alejandro, Sami se embarcó en una larga conversación con él. Compartió todo lo que había aprendido, abordando sus dudas, miedos y fantasías. Como parte de su ritual preliminar, establecieron una palabra de seguridad, que también podía ser un gesto. Esta palabra o gesto tenía un significado crucial: al pronunciarla o realizarlo, cualquier actividad se detendría de inmediato, sin preguntas ni discusiones.

“Cucurucho” fue la palabra elegida. No se relacionaba ni se confundía con ninguna otra palabra que pudiesen utilizar mientras lo hacían. Alejandro consiguió unas cuerdas y comenzaron a explorar ese nuevo mundo. Aunque Sami había consultado a Rudolph sobre las técnicas de nudos, su falta de práctica limitaba su comprensión. Lo compensó recurriendo a tutoriales en línea. Ató a su esclavo, desnudo, y comenzó a estimular cada uno de sus sentidos. Alejandro experimentó el placer, pero esta vez sin tener el control. No podía hacer nada más que relajarse y disfrutar, pero había construido un puente con Sami, reforzando su estructura en cada encuentro.

Tres aguardó un tiempo prudencial entre las sombras, procurando que Rey Negro y Alfil Blanco comenzaran con su escaramuza. El autódromo de noche era bastante silencioso en la zona del paddock. De vez en cuando se veía pasar a lo lejos un pequeño vehículo eléctrico con personal de seguridad. Tres ya había calculado el tiempo entre ronda y ronda. Se acercó sigilosamente a la ventana trasera del motorhome. Sus movimientos eran calculados y minuciosos. Su delgada y sombría silueta y su vestimenta oscura se mimetizaban con el entorno entre penumbras. En su mano llevaba

un equipo de filmación de alta precisión. Extendió el soporte telescópico de la cámara de vigilancia furtiva y buscó alguna hendija por donde poder ver el interior. Para su fortuna, sus víctimas no habían contemplado cerrar completamente la cortina, permitiéndole ver parte de lo que sucedía adentro.

–Nodo Tres, nodo Tres reportando. ¿Me copian? Cambio.

–…

–Aquí nodo Tres. ¿Me copian? Cambio.

–Se lo recibe fuerte y claro. Adelante Tres. Cambio.

–El ojo de vidrio está en su sitio. Comenzando la transmisión. Confirme recepción. Cambio.

–Ojo… activo. Señal… buena. Recibiendo imagen. Aguarde… ajustando MF… Ok. Bloqueado. Confirmo. Todo Ok. Cambio.

–Recibido. Nodo Tres, fuera.

XXXV. Date por Muerto

La carrera de la categoría preliminar acababa de finalizar y se ultimaban los detalles para el plato fuerte del día, el Turismo Competición. Las cámaras de televisión se centraban en los protagonistas: Alejandro Nieto, Santiago Coria y Marcos Varela Domínguez. En la transmisión televisiva se mostraba la pantalla dividida en cuatro imágenes más pequeñas. Tres de ellas mostraban los movimientos en los boxes de Nieto, Coria y Varela; en la cuarta, la de abajo a la derecha, se podía ver a los conductores del programa televisivo.

–Señoras, señores, amigos de todo el mundo, les damos la bienvenida a una nueva transmisión de esta emocionante temporada de Turismo Competición. Quien les habla, Fernando Ramírez, junto a mi amigo y compañero, nuestro comentarista de lujo Dominic Miranda, les abrimos las puertas a una nueva jornada. Hoy es la última carrera antes de un breve período de descanso. ¿Cuántas semanas son, Dominic?

–Buenos días o buenas tardes a nuestro querido público, dependiendo de dónde nos estén mirando. Gracias, Fernando, por la presentación. Respondiendo a tu pregunta: tres semanas, tendremos tres semanas de receso.

–¡Una eternidad!

–Para nosotros será una larga espera, Fernando, pero te aseguro que para algunos equipos el tiempo será escaso. La segunda etapa del campeonato promete mucho suspenso. Todo dependerá, claro está, de los resultados de hoy.

–Efectivamente, Dominic. Llegamos a la carrera de hoy con un campeonato súper ajustado en los puntos. Apenas un punto separa a Nieto, quien lidera el campeonato, de Coria, su escolta; y tres, no, cuatro puntos lo aventajan de Varela, quien ocupa el tercer lugar en el campeonato. Y hablando de nuestros protagonistas, ¿qué te parece si los espiamos un poco?

–Es lo que todos estamos esperando. En las tres imágenes a nuestro alrededor, en su pantalla querido televidente, podrá ver lo que sucede en cada uno de los boxes. Aún nos faltan más o menos unos veinte minutos para comenzar la competencia y podemos apreciar el ir y venir de los mecánicos de cada equipo.

–Dominic, te tengo una propuesta para ti y para nuestra teleaudiencia. Vamos a ir a una breve pausa comercial para presentar a nuestros auspiciantes y al regreso, vamos a meternos de lleno en cada uno de los boxes, con entrevistas exclusivas a los protagonistas a poco de salir a la pista. ¿Qué te parece?
–¡Vamos ya, por favor! Estoy ansioso de escucharlos y verlos en acción.

Los golpes en la puerta eran como martillazos que sacudían su cabeza. Sentía su cuerpo pesado, pero a la vez carente de todo, vacío. Su mente era una jaula de grillos en celo chillando sin parar. Cada crujido dentro o fuera de la habitación era una amenaza potencial. «¿Quién es? ¿Qué quieren de mí? ¡VÁYANSE!» Su cerebro procesaba las palabras, pero su boca, reseca, pastosa y con sabor a mierda, no podía emitir sonido alguno. Estaba sentado en el suelo, sobre el final de la cama, entre ésta y la mesa. A su izquierda, a unos cuatro pasos, estaba la puerta. La mujer de la limpieza golpeaba chequeando si había alguien dentro. Ante la falta de respuesta, la mujer tomó la tarjeta maestra que colgaba del cinturón del uniforme con una cuerda retráctil y extendió el brazo para insertarla en la cerradura. Desde dentro Ricardo veía su sombra, acechándolo, como lo habían acechado también la sombra de los niños que correteaban por ese mismo pasillo. Su nivel de paranoia era extremo. Trató de generar algo de saliva en su boca, para poder gritar. No en busca de auxilio, sino para impedir que ingresara.
–Ooo…Mnn… gah.. –sólo lograba musitar sonidos guturales. Hizo un nuevo intento, esta vez elevando la cabeza y estirando el cuello, como si con ese movimiento pudiese distender sus cuerdas vocales. –Gmn… no… –Un hilo de voz escapó de su garganta. –¡No!… ¡NO! –Al fin su voz salió con la fuerza suficiente.
La mujer lo alcanzó a escuchar y decidió no entrar. Se disculpó con él y le dijo que volvería más tarde. Ricardo vio su figura sombría caminar hacia la habitación de al lado, lo que su mente intoxicada interpretó como la silueta de un demonio que aguardaría un tiempo más para llevárselo. Intentó erguirse, pero su cuerpo no tenía la fortaleza necesaria. Para sus sentidos, el techo de la habitación aún giraba y en la cadera un dolor punzante lo inquietaba cada vez más. Seguía sin entender qué hacía allí y en ese estado. Luego observó el billete enrollado y a su lado la tarjeta con la que había

hecho la raya. Como un rayo de claridad aparecieron las imágenes de lo que había hecho. “¡Puta ironía!… Fondos insuficientes». El golpe emocional lo volvió a debilitar y se derrumbó otra vez al suelo. Se sentía extremadamente débil. Su corazón comenzaba a acelerarse a causa del shock. Percibía el frío del suelo en su mejilla. Un hilo de baba se deslizaba por la comisura de los labios. Lloró. Lloró como un niño, sin consuelo.

–Mi estimado Dominic. ¿Qué te parece si espiamos lo que hacen en los boxes de nuestros protagonistas?
–He estado esperando esto durante toda la pausa comercial. ¡Vamos!
Fue entonces que una de las cuatro imágenes que formaban parte del collage comenzó a aumentar de tamaño hasta ocupar el total de la pantalla. La escena mostraba a un equipo tranquilo y confiado y a Alejandro Nieto caminar concentrado hacia el vehículo, metiéndose en su interior mientras un par de asistentes le ayudaban a ajustar los cinturones de seguridad. El periodista que apareció en cámara intentó hacerle unas preguntas, pero Alejandro no respondió.
–Parece que Nieto no quiere perder la concentración. ¿No es así, Johnny?
–Así es, Fernando. Nieto no ha querido respondernos y es entendible. Hoy es un día muy especial, donde puede reafirmar su liderazgo o perderlo. Ayer tuvo un ritmo increíble, pero para sorpresa de todos, en el último sector no fue preciso y terminó con el cajón número tres en la grilla de largada de hoy. Pero si quieren saber qué fue lo que dijo al respecto, tenemos una entrevista que le hicimos esta mañana a primerísima hora.
–¡Claro que sí! ¡Vamos con la entrevista!
La pantalla mostró una transición entre las imágenes del vivo y una animación del logotipo del programa de televisión. Finalmente, la cámara enfocó al periodista mientras caminaba por el pasillo entre dos motorhomes. Se detuvo frente a la puerta del que tenía el logotipo de Galtech y aguardó a que Alejandro Nieto saliera. Alejandro abrió la puerta sin darse cuenta de la presencia del periodista ni de la cámara. Cuando lo hizo, el micrófono ya estaba frente a su rostro y el periodista lo bombardeaba con preguntas. No pudo advertir a Sami, quien salió detrás de él, igualmente desprevenida. El país entero los vio. Ricardo los vio también.

Su cara aún estaba en el suelo. Sin poder creer lo que veían sus ojos mojados, se llevó una mano a su ojo derecho y se quitó las lágrimas.
–Hijo de puta… ¡Hijo de puta! ¡HIJO DE MIL PUTAS!
Mientras se incorporaba, maldecía a Alejandro. Estaba más irascible que nunca. La química de su cerebro estaba alterada. Con niveles de dopamina casi inexistentes en su sistema nervioso, el más mínimo estímulo podía desencadenar una ira desproporcionada. Y ver a Sami salir del motorhome de Alejandro no era precisamente un estímulo mínimo. Se sintió miserable y vacío. Su mundo se había destrozado en cuestión de horas.
«Por culpa de este miserable hijo de puta perdí a mi esposa. Ahora me encuentro en este hotel de mala muerte, solo, y a nadie parece importarle. Y mientras mi vida se hace añicos, él… él… se acuesta con mi mujer. Me quiere quitar todo. No lo voy a permitir. Nadie me humilla de esta forma, frente a todo el mundo, y se sale con la suya».
La adrenalina en su cuerpo seguía en aumento. Era el combustible que provocó una explosión de energía frenética y focalizada, anulando temporalmente el dolor y el agotamiento.
–Date por muerto “Rusito”.
Se puso de pie, se acomodó la ropa y tomó las llaves de su camioneta. Pudo ver sobre la mesa la otra “alita de mosca”, el diminuto paquete de cocaína todavía intacto. Sin pensarlo demasiado lo guardó en el bolsillo pequeño del pantalón.

XXXVI. Carrera Mortal

Estaba sentado en el auto y ubicado en el cajón número tres de la grilla de largada. Los motores de los treinta y cuatro autos ronroneaban a la espera de ver la secuencia de luces en el semáforo que les indicara acelerar a fondo. Alejandro se tocaba la clavícula izquierda. No era dolor, ni molestia; por el contrario, era un recuerdo que le había dejado Sami. Ante la imposibilidad de acompañarlo, dejó su huella en él, era un beso con labial rojo carmesí, y le pidió que no se lo quitara «por nada del mundo». No me lo quitaré, porque voy a tatuármelo. Sentado, detrás del volante del auto número veintiséis, podía notar su presencia, su compañía, y se sentía invencible.

El banderillero pasó por delante de la larga fila de autos, ondeando la bandera verde. Las luces del semáforo, que estaban todas apagadas, comenzaron a encenderse una por una. Una, dos… cinco luces encendidas. En cuanto se apagasen todas, la competencia estaría oficialmente en marcha.

La largada fue prolija. Los motores rugían y el sonido ensordecedor inundó por completo el autódromo. Eran doscientos treinta y siete metros hasta la primera curva a la derecha. Alejandro, ubicado al inicio en el tercer cajón, llegó a la curva por el lado interno. El recorrer una menor cantidad de metros solo era beneficioso si llegaba pegado al parachoques del auto que lo precedía. Ese era el auto de Coria y entre ese auto y el suyo no cabía ni un alfiler. La operación fue milimétrica. Doscientos cuarenta y cinco metros después de la línea de partida y Alejandro ya ostentaba el segundo puesto.

–¡Vamos! Eso es campeón. Ya estamos en segundo lugar, pero tranquilo que la carrera es larga. Intenta ver si puedes superarlo en las próximas vueltas. Si no, no te preocupes que vamos para la estrategia C.

Rama, por radio, le daba información e instrucciones a Alejandro. Era vital la comunicación. Desde boxes podían hacer el seguimiento de la telemetría de su auto, las diferencias de tiempo entre vehículos y calcular la mejor estrategia para definir cuándo parar, qué neumático utilizar y cuánto combustible reponer. Era una faena que requería precisión por parte de todos. No competía solamente el piloto, era un verdadero trabajo en equipo.

En algún lugar del autódromo, Ricardo trepaba una alambrada. Estaba cerca de una vieja variante del circuito que ya no se utilizaba. No percibió dolor cuando el alambre de púas le rasgó la remera y le cortó la piel del pecho. Su nivel de adrenalina era aún elevado. Corrió por el campo sin ninguna contemplación. No era que no le importara ser descubierto por el personal de seguridad, sino que no tenía la capacidad de razonarlo. Los autos se escuchaban claramente, aunque no se los veía desde ese lugar; sin embargo, Ricardo no lo registraba, solo escuchaba el latido de su corazón y su propia respiración agitada. La persona de seguridad, apostada en el lugar, no esperaba ver a ningún intruso en ese lugar, pues allí no pasaba nada. Ricardo se acercaba rápidamente a una vieja barrera de contención abandonada que, con el paso del tiempo y la tierra acumulada a causa del viento, había formado una pequeña protuberancia de unos setenta centímetros de altura. Cuando llegó arriba, saltó y cayó aparatosamente. El joven guardia se asustó. Ambos lo hicieron. El muchacho no pudo reaccionar. Ricardo se abalanzó sobre él, le dio un golpe de puño y lo dejó inconsciente. Lo observó, lo estudió, lo desvistió. Se sacó su propia ropa y se puso el uniforme del guardia. Luego tomó una piedra del tamaño de su puño y golpeó repetidas veces su cabeza hasta matarlo.

–¡Box, box! –Rama le indicaba a Alejandro que en esa vuelta debería ingresar a boxes. Habían planificado hacer un undercut, una maniobra en la que adelantaban la parada unas vueltas, reemplazando neumáticos y recargando combustible antes que sus competidores. Esa acción lo dejaría varios puestos detrás de donde estaba en forma inmediata, pero cuando sus rivales se detuvieran, avanzarían en la grilla y podría superarlos mientras ellos continuaban en los pits.

Y así fue. Se detuvo en la vuelta veintitrés, le cambiaron los neumáticos por los de compuesto más duro, de mayor duración, y le repostaron combustible, el justo y necesario para llegar a completar las sesenta vueltas. Alejandro, al salir nuevamente a pista, lo hizo en la doceava posición.

–Me parece que Nieto está algo ansioso. Ha hecho su detención en boxes muy temprano. ¿Le alcanzarán los neumáticos para llegar al final de la carrera?

–Lo que más me preocupa, Fernando, es si logrará superar a los once vehículos que tiene adelante. Para mí ha quedado muy atrás.
–Tendremos que esperar a ver qué estrategias utilizan sus competidores. ¿Qué movimientos se ven en la zona de boxes, Johnny?
–Fernando, Dominic, por aquí no hay movimientos de mecánicos alistándose para la detención de los pilotos. Está todo muy tranquilo. Parece que los planes de las escuderías es detenerse dentro de algunas vueltas más.
En las siguientes vueltas logró superar a tres vehículos antes de que los demás comenzaran a detenerse en boxes. Las cámaras de televisión seguían el derrotero del auto veintiséis. Era el que mejor espectáculo brindaba en ese momento de la carrera.
–Noveno lugar. ¡Vamos! Tienes que avanzar al menos un puesto más antes de que Coria y Varela se detengan en boxes. ¡Puedes hacerlo! –lo arengó Rama.
«Como si fuera tan fácil», pensó Alejandro.
Tardó dos vueltas y superó al auto noventa y tres. Ahora estaba en la octava posición. Coria, que encabezaba la carrera, había comenzado la vuelta veintiocho. Sus tiempos de vuelta eran cada vez más lentos. Antes de comenzar la vuelta siguiente entró a boxes, seguido de Varela y dos pilotos más. Cuando Alejandro pasó por la recta principal, frente a boxes, pasó a ocupar el cuarto lugar. Los tres competidores delante de él todavía no se habían detenido.

Ricardo había corrido casi tres kilómetros y se acercaba al área de boxes. Utilizar el uniforme del personal de seguridad había resultado ser una excelente idea, pues podía pasar por lugares restringidos sin que nadie le prestara atención. Cuando comenzó a transitar por áreas más concurridas dejó de correr, pero seguía caminando con prisa. Aún estaba lejos del sector de boxes.

Vuelta cuarenta y seis. Los tres vehículos delante de Alejandro ya habían hecho sus respectivas detenciones y Alejandro había alcanzado la primera

posición. Le llevaba poco más de tres segundos a Coria, que era seguido por Varela muy de cerca. El tiempo de vuelta de Alejandro comenzaba a ser más lento con cada giro a la pista.
–¿Le alcanzarán las catorce vueltas que restan a Coria para alcanzarlo? ¿Tú qué opinas, Domínic?
–Lo veo complicado a Nieto. Coria tiene sus neumáticos en mejor estado y puede hacer mejores tiempos de vuelta. Varela también viene rápido.
–Creo que se apuró al entrar a boxes tan temprano.
–Vamos a tener una carrera emocionante hacia el final.
–Como decimos los jóvenes ahora: ¡Va a estar de muerte!
–Ja, ja, ja. No creo que aún se te pueda considerar un joven, Fernando, pero coincido con la expresión.

La imagen del auto de Coria apenas sí en el espejo retrovisor de Alejandro. *“Los objetos en el espejo están más cerca de lo que aparentan”*, pensó Alejandro. Estaba siendo lo más preciso que podía, llevando al límite a un misil indomable. El caucho de sus neumáticos era casi inexistente y no tenía suficiente agarre en las curvas, pero Alejandro tenía “muñeca”, como dicen en la jerga. Alcanzarlo podía ser sencillo; pero superarlo, eso era otra historia. Faltaban sólo dos vueltas para la bandera a cuadros. Coria se había acercado y ya sentía el leve impacto en su parachoques trasero en cada frenada previo a una curva. Detrás venía Varela, expectante. Sabía que si los dos de adelante cometían un error, la ventaja era de él. Era cuestión de tiempo, pero tiempo casi no quedaba.
Se acercaban a las últimas dos curvas. El auto de Alejandro se abrió de más y Coria vio la posibilidad de meter la trompa del suyo, llegando casi a la altura de la puerta delantera. Coria salió de la curva con mejor empuje e igualó a Alejandro, pero quedaba una curva más. Para tomar esa curva Alejandro tenía una leve ventaja, la cuerda. Tomar la curva por dentro implica un menor recorrido y la pista con más caucho adherido al asfalto, lo que le daría mayor tracción, compensando el deterioro de sus neumáticos. La ventaja era mínima. Ambos vehículos salieron a la par de la curva y en la transmisión nadie supo quién fue el primer en atravesar la línea de meta.
–¡Qué carrera, señoras y señores! Hemos visto un final de película. Para serles franco, no sé quién ganó. ¿Tú qué dices, Dominic?

–¡No lo sé! Ha sido un final increíble. ¿Querían espectáculo? ¡Aquí lo tienen! Yo tampoco sé decir quién ganó. Habrá que esperar a conocer la decisión de la Dirección de Carrera. Ellos analizarán las imágenes y nos lo dirán.
–Habrá que esperar entonces. Pero te puedo decir que aquí ganamos todos los que amamos el automovilismo.

Los vehículos dieron la vuelta de honor alrededor del autódromo, luego irían al parque cerrado para su revisión. Los tres primeros lo harían después de la coronación en el podio. Cuando Alejandro entró al sector frente al podio, vio a Rama de pie al lado del cartel que indicaba el puesto número uno. Saltaba y le mostraba el brazo derecho flexionado, levantando el puño cerrado a la altura del rostro. Detuvo el auto y descendió, fundiéndose en un abrazo eufórico con Rama. El equipo de mecánicos vitoreaba detrás del vallado. Luego del abrazo con Rama, Alejandro se acercó al grupo de mecánicos y se abrazó con ellos. No había alcanzado a sacarse el casco, solo tenía levantada la visera. Entre los mecánicos un hombre se abrió paso hasta llegar a la valla de contención. Se estiró y golpeó a Alejandro, sujetándolo de casco. El primer golpe fue en el hombro. Con la adrenalina del momento Alejandro no lo notó. El segundo golpe impactó en el casco, rompiendo la visera. El tercero no llegó a destino. Alguien, de algún otro equipo, detuvo su brazo. Entre varios intentaron detenerlo, pero al verse superado huyó, escabulléndose entre la muchedumbre. «No te vas a salvar, Rusito», se dijo Ricardo mientras se perdía entre la multitud que se acercaba a celebrar frente al podio.

XXXVII. Hice Algo Malo.

Los videowall de la oficina de seguridad mostraba una imagen dividida en 20 rectángulos más pequeños, cada uno reproduciendo un video de una cámara de seguridad. La sala era muy pulcra y profesional. Bruno Saglieri, el jefe de seguridad, estaba reunido con Alejandro Nieto, Bruno Munneman, el presidente de la ACM y Vladimir Molvic, Director de Carrera. Saglieri daba órdenes a sus subordinados buscando una imagen en concreto. Los operadores eran cinco, cada uno tenía delante suyo dos monitores grandes en los cuales podía visualizar el video de entre doce y trece cámaras. El circuito cerrado de video vigilancia tenía un total de sesenta y tres cámaras. El agresor aparecía en cinco de ellas. Ninguno de los videos captados mostraba claramente el rostro del agresor.

–¿Cómo puede ser que no tengamos una imagen clara de su rostro? Hay más de sesenta cámaras y ¿ninguna lo captó claramente? ¡Esto es inaudito! –dijo Saglieri.

Por astucia o casualidad, los videos no tenían una imagen clara que mostrara el rostro del agresor. En el video donde se lo ve agrediendo a Alejandro, su rostro estaba cubierto por la visera de la gorra.

Para evitar un escándalo mediático mayor, y dado que sólo era una agresión sin daños mayores, demoraron todo lo posible en llamar a la policía. «Seguramente es un fanático enfurecido por el resultado», comentó Alejandro al grupo. Debatieron unos instantes y se decidió no realizar la denuncia. Querían evitar una exposición mediática que eclipsara su triunfo deportivo. Alejandro personalmente no quería más problemas con la prensa si eso podía llegar a convertirse en un escándalo. Ahora lo importante era que la prensa se centrara en su triunfo y en el inevitable sobreseimiento.

–Disculpe señor, necesito hablar con usted. –dijo el supervisor de seguridad que asomaba por la puerta. Él no estaba en la reunión, había ingresado recién para hablar con Saglieri.

–Díga, lo escucho.

–Es un tema sobre el personal. No pudimos ubicar a Ponte…

–¿Ponte? No lo conozco. ¿Es nuevo? –lo interrumpió Saglieri.

–Sí, hoy era su primer día. Se le asignó una zona tranquila, donde no hay público. De hecho, es un sector antiguo del circuito que no se utilizó para la carrera.

–Bueno, mande a alguien a buscarlo. Si no tiene nada más importante, por favor retírese. Estamos resolviendo un tema prioritario.
–Lo mandé a buscar…
–Buen trabajo. ¡Gracias! –le respondió Saglieri mirándolo con severidad, procurando que captara la orden de retirarse que le había impartido hacía un instante.
–¡Está muerto!… señor.
El silencio en la oficina de seguridad fue abrumador. Todos los presentes observaron atónitos al hombre de seguridad parado a un costado de la puerta.

«¿Directo al buzón de mensajes? Este tarado se ha olvidado de cargar el teléfono». Romina y Ricardo tenían una forma particular de comunicarse. Por lo general lo hacían por mail, aparentando una comunicación laboral, para evitar que Sami pudiese encontrarlo por error o husmeando. Cuando se necesitaba una respuesta más rápida, utilizaban un grupo en la aplicación de mensajería que Ricardo había agendado como *“Futbolito”*. Todos los mensajes que se enviaban por ahí eran crípticos. ¿Sale partido?, significaba: necesito hablar; Me falta un nueve: no era posible, y otros mensajes de ese tipo.
Eran las cuatro de la tarde y Ricardo no había respondido al mail, ni a los mensajes en *“Futbolito”*. Era la primera vez en casi diez años que no respondía en un plazo prudencial. Romina trataba de localizarlo desde la noche anterior. Estaba preocupada. Si bien se había dicho que era por no haber cargado el aparato, algo, intuición femenina quizás, le indicaba que no era esa la razón. Decidió llamarlo. También habían previsto este tipo de emergencias, por lo que ella tenía un teléfono que Ricardo había agendado como *“Geriátrico 2”*. *“Geriátrico”* en su agenda era el número real del nosocomio donde estaba internada su madre. Una mujer de casi noventa años con alzhéimer y problemas de salud, que, a pesar de sus enfermedades, le había ganado la pulseada a la muerte en cinco oportunidades. Ricardo no tenía más relación con ella que el pago mensual de la cuota del geriátrico y un adicional para medicamentos. Sami nunca la conoció y jamás tuvo relación con ella. Ricardo siempre la mantuvo al margen. *“Geriátrico 2”* era ideal para esos casos de verdadera emergencia. Aun así, Ricardo no

atendía. Romina dejó un mensaje, en clave, por supuesto. Ricardo jamás lo escuchó.
Los golpes en la puerta fueron tres. Fuertes y rápidos. Romina se sobresaltó. Nuevamente tres golpes más.
–¿Quién es?
–Soy yo, ábreme, ¡Ya!
Romina abrió la puerta con alivio al darse cuenta de que era Ricardo, pero ese alivio rápidamente se transformó nuevamente en preocupación. Ricardo estaba desencajado, fuera de sí. No estaba agresivo, estaba agitado y urgido por ingresar.
–¿Qué te pasó? Te he intentado contactar desde ayer… ¿Qué haces vestido así?
–Después te explico. Toma una maleta y pon lo estrictamente necesario. Nos vamos.
–¿Qué? ¿Nos vamos? ¿A dónde?
–…
–¿Qué pasa Ricardo? ¡Me estás asustando!
–Nos tenemos que ir. Desaparecer. ¡YA!
Romina no entendía lo que sucedía. Intentó asociarlo con quienes la habían contactado para que espiara a la mujer de Ricardo, pero él no tenía contacto con ellos. Lo descartó de inmediato.
–¡Dime qué pasa!, por favor.
–Hice algo malo, malo… muy malo. –Dijo Ricardo con una voz monótona y sin expresión, al tiempo que buscaba algo en los cajones del mueble de la sala.
–… –Romina no supo qué responder. Estaba tratando de imaginar qué podía ser eso tan malo que había hecho Ricardo. Un arquitecto, una persona común, alguien amoroso que no era capaz de matar ni a una mosca.
–¡Vamos! ¡Muévete! ¿Dónde está Sol?
–En la casa de la vecina, jugando con sus amigos del barrio.
–Ve a buscarla. El dinero de emergencia, ¿dónde lo tienes?
–En el lugar de siempre. Ya ni me acordaba que lo teníamos…
–¡¿Dónde Romina?!
–En la lata de pintura que está en el armario, en el desván, junto a la entrada.
–Ve a buscar a Sol. No vamos en cinco minutos. –le insistió Ricardo. Romina lo miró atónita. «¿Esto es real?», se preguntó. –¡MUÉVETE

MIERDA!

Romina salió corriendo y no pudo evitar que se le humedecieran los ojos. Mientras caminaba rápidamente hacia la casa contigua, las piernas se le aflojaban. Un súbito frío le recorrió el cuerpo y de pronto, se desvaneció, desplomándose sobre el césped de la casa vecina. La mujer que vivía al lado, madre de la amiga de Sol, la vio desde su ventana y salió rápidamente a su auxilio. Los gritos llamaron la atención de Ricardo, que se asomó al volver del desván con la lata de pintura en la mano. Al verla en el suelo corrió hacia ella.

–La vi desvanecerse desde mi ventana. Ahora le traigo un poco de agua. Levántele las piernas, Ricardo, para que la sangre vaya de regreso a los órganos importantes. Seguro es un simple desmayo.

–¿Y Sol? –Preguntó Ricardo.

–En casa, jugando con mi hija en el patio trasero.

–¿Me la cuida? Voy a llevar a Romina al hospital. Es mejor ser precavidos.

–No se preocupe por Sol. Puede quedarse el tiempo que sea necesario.

Ricardo le sonrió y levantó en brazos a Romina. Caminó con su vecina hacia el auto en el que había llegado. No era el suyo, lo había robado. La mujer le abrió la puerta trasera y Ricardo acomodó a Romina con cuidado en el asiento trasero.

Cuando la policía llegó ya habían localizado el cuerpo de Ponte. Saglieri, que en su pasado fue parte de la fuerza, sabía cómo debía resguardar la evidencia. Había dado instrucciones para que sólo el personal esencial para cumplir con ese cometido continuara en funciones. A los demás los dejó ir. Prefería convocarlos nuevamente, de ser necesario, que lamentarse por contaminar evidencia valiosa.

La inspectora Gavalda estaría a cargo de la investigación. La acompañaba el subinspector Driuzzi, quien se haría cargo de tomar las declaraciones de los principales testigos. Driuzzi le tomó una declaración preliminar a Alejandro. La inspectora le sugirió hacerlo de inmediato, «para que tenga frescos los recuerdos y para que pueda evitar a la prensa, que en poco tiempo más acudirían como moscas a la mierda… Y valla mierda que tenemos delante», fue la expresión que usó.

–¿Apellido del occiso? –Preguntó la inspectora a Saglieri.

–Ponte, Ramiro. Diecinueve años. Soltero, sin hijos. Documento número…
–Después Saaa…
–Saglieri, Inspectora.
–¿Han encontrado el objeto que usaron para matarlo?
–No. Pero ya tienen la ropa del asesino, estaba cerca del cuerpo. Le quitó el uniforme para hacerse pasar por uno de nosotros.
–Lo sé. ¿Usted vio la ropa?
–Sí, pero no la hemos manipulado. Como se encontró la hemos dejado.
–Gracias por eso. Dígame, ¿han buscado en la grabación del sistema de cámaras a alguien que usara esa indumentaria? Sí, pero no lo hemos encontrado.
–Quizás no han tenido tiempo, seguramente hoy concurrió mucha gente.
–Sí, pero es que no ingresó por los accesos públicos. Saltó un alambrado. Hemos encontrado cerca de aquí, enganchado al alambre de púas, restos de tela que parecen coincidir con la del agresor. De hecho, la ropa que dejó tenía rasgaduras.
–¿No me dijo que no la habían manipulado?
Saglieri sabía que su personal había cometido el error de hacerlo, pero había ocurrido antes de encontrar el cadáver.
–¡Inspectora! –gritó el subinspector mientras se acercaba a la escena del crimen. Había corrido unos cincuenta metros desde donde había dejado el móvil policial. Su predominante abdomen hacía suponer que no era una persona que hiciera ejercicio a menudo. Su respiración agitada lo confirmaba.
–Sí, Driuzzi.
–Un testigo tiene un video del momento de la agresión. Lo he enviado a Delitos Informáticos y lo han identificado. Se llama Ricardo…
–¡Aquí no! Vamos a la central. Dejemos que los forenses se encarguen de esto.

–Infórmame Cero. –Mitte sostenía el teléfono móvil con el hombro, mientras buscaba en un cajón un nuevo paquete de cigarrillos.
–Ya está hecho. Ocho atacó a Nieto. Nieto está bien. Aunque… hay un problema.
–¡Habla de una vez Cero! Detesto el suspenso.

–Nodo Ocho se excedió y ha dejado rastros.
–¿Cómo? ¿De qué tipo?
–Con Rey Negro fue una agresión, tal y como estaba previsto, pero podría considerarse un intento de asesinato. De todas maneras, antes de eso, asesinó a un guardia de seguridad y se hizo pasar por él para llegar a Rey Negro.
–Míralo al arquitectito. Esa daga tenía más filo de lo que pensaba.
–La policía ya lo ha identificado y lo están buscando.
–¡Debemos llegar antes!
–¿Qué hacemos con Ocho?
–Desactívalo.

XXXVIII. Caída Libre.

Sami había salido de la ducha y se aplicaba crema sobre las piernas. Meli estaba sentada sobre la cama. Se ponían al tanto de las últimas novedades de ambas.

En unas horas más pasarían por Sami para llevarla a cenar. Era una noche de celebración. Alejandro tenía un par de triunfos en su haber y quería festejarlos. Cuando la llamó para invitarla a celebrar, ella le preguntó por qué lo hacía.

–Porque he ganado la carrera de hoy y porque es un hecho que van a dictar el sobreseimiento en la causa judicial. ¿Te parece poco motivo?

–Esos son los argumentos y me encanta que sea así. Pero me refiero a cuáles son los sentimientos por los que quieres festejarlo conmigo.

Alejandro no lo dudó un segundo. De hecho, no lo razonó, fue una respuesta natural y sincera la que de sus labios brotó.

–¡Porque te amo!

Hubo un silencio del otro lado de la línea. De pronto toda la seguridad de Alejandro se evaporó. Había construido con Sami un puente de confianza, entregándose por completo de cuerpo, y ahora también de alma. La ausencia de palabras del otro lado de la línea comenzó a generarle dudas. Le había entregado su corazón a esa mujer, le había abierto las puertas de su alma de par en par, le permitió explorar en su cuerpo una nueva forma de experimentar el placer y de conectar sus cuerpos como jamás lo había hecho con ninguna otra persona. Y ahora… ahora el silencio. Un silencio breve, pero consistente. Un silencio adusto que era una suerte de daga que se hundía lentamente en su corazón, haciéndolo desangrar de dolor. Se había entregado, por completo, y ahora…

Escuchó a Sami sorberse la nariz. «¿Estás ahí? Dí algo, ¡por favor!»

–Yo también te amo. –dijo Sami entre sollozos. Luego rompió en llanto. Alejandro también.

–Sami, jamás te había visto tan emocionada. ¡Tan feliz! Me alegro mucho por ti. Es el comienzo de una nueva etapa.

–Completamente nueva. Ya te contaré más detalles. Pero antes cuéntame sobre tu noche con Erikah.

–No pasó nada. Lo disfruté, y mucho, pero luego de unas horas me fui a casa… sola… y dormí… sola. Rudolph volvió y se fueron juntos de la

disco, antes que yo.
–¿Nada más? ¡Ay! Perdón, Meli. Te abandoné pensando que ya tenías con quien divertirte. Me siento mal.
–¡Me divertí! Pasaron cosas en ese VIP. Además, tengo su número de teléfono y ella el mío. Así que no sé… quizás algo más que pueda suceder.
–Pero cuéntame tú. ¿Qué es eso de una etapa completamente nueva? Te conozco y sé que no lo dices a la ligera. ¡Algo te traes!
Sami pasó desnuda delante de Meli a paso ligero y buscó en su mesa de luz el libro que se había comprado. Sin decir nada, se lo entregó y se quedó parada delante de ella, con las piernas levemente abiertas, los brazos cruzados delante del pecho y la mirada apuntando al techo de la habitación. Meli miró la tapa, dio vuelta el libro para leer la descripción, lo abrió y leyó parte del prefacio y lo cerró. Miró a su amiga en esa pose de Súper Heroína y sonrió.
–¡No! ¿De veras? ¡Por favor, cuéntame más!

Romina comenzó a recobrar la conciencia mientras Ricardo cargaba combustible. «¿Qué pasó? ¿Dónde estoy?», se preguntaba. Miró hacia el exterior del auto y lo vio a Ricardo terminando de cargar combustible. Echó un vistazo al interior del auto y no lo reconoció. Observó un rosario que colgaba del espejo retrovisor. «¿Qué hace un ateo como Ricardo con un rosario en el auto?». Aún permanecía recostada en el asiento trasero cuando Ricardo se subió y puso en marcha el vehículo. Pronto volvió a la carretera y avanzó por el camino de cornisa que lo llevaba a la frontera. Su objetivo, cruzar las montañas, llegar al país vecino y allí perderse en la ilegalidad. Su objetivo no podía llamarse Plan, sencillamente porque nada de lo que hacía era planificado. Era un simple producto de la desesperación.
Romina se sentó detrás de Ricardo, que se sobresaltó al ver el movimiento con el rabillo del ojo en el retrovisor. Por poco pierde el control del vehículo.
–¡La puta madre! ¡Qué susto me diste! Mira si nos vamos a la mierda por el barranco, no la contamos y si lo sobrevivimos, probablemente nadie nos encuentre.
De la mano contraria, caía la ladera de la montaña, que se truncaba al llegar al camino. Del otro lado, por donde iban ellos, la ladera continuaba

descendiendo hasta llegar a un cañón por donde corría un río torrentoso.
–¿Dónde estamos?
–Vamos a estar bien. No te preocupes.
–¿Sol? ¿Dónde está Sol? –Romina comenzó a mirar por las ventanillas hacia el exterior. Tiró de la manija para abrir la puerta y escapar, pero no pudo abrirla. Presionó el botón para bajar el cristal, tampoco pudo hacerlo.
–Tranquila. Sol está bien, está con tu vecina. Ella la cuidará esta noche.
–¿Qué? ¿Por qué? ¿A dónde vamos?
–Vamos a estar bien.
Ricardo procuraba calmarla, pero Romina, lejos de hacerlo, comenzó a pasarse hacia adelante, escurriéndose entre los dos asientos, mientras Ricardo manejaba a más de setenta kilómetros por hora, por el camino sinuoso .
–¡Volvamos!
–No. No podemos.¡Siéntate! –dijo Ricardo mientras con el brazo intentaba contener a Romina, que aún seguía acomodándose en el asiento delantero.
–Tenemos que volver por Sol.
–Yo me ocuparé de que Sol esté bien.
–¡¿Acaso estás demente?! No pienso dejar a mi hija. ¡Da la vuelta a este auto de una puta vez! ¿Y de quién mierda es este auto?
–Lo robé.
–¿Qué? ¿Por qué? ¿Eso es eso malo que hiciste? ¿Es por eso que estás huyendo?
–No.
–¿Qué pasó?
–Asesiné a alguien.
–¡¿QUÉ?! ¡PARA, ME QUIERO BAJAR YA! –Romina estaba desencajada… y aterrada. «¿Quién era la persona que tenía a su lado? ¿Cómo había sido capaz de matar a alguien? No, matar no, ASESINAR».
Ricardo dejó de contestarle. Romina comenzó a golpearlo con el lateral de los puños, en el brazo y en la cabeza. Él intentó proteger su cabeza con su brazo, pero al ver que no podía hacerlo, empezó a devolver los golpes, pero con mayor violencia. Sin darse cuenta, su pie había comenzado a presionar con mayor intensidad el acelerador. El velocímetro superaba ahora los noventa kilómetros por hora. Uno de los golpes de Ricardo impactó de lleno en la nariz de Romina, haciéndosela sangrar de inmediato. Ella, confundida por el golpe y enceguecida por la furia, hizo lo primero que le nació para

lograr que al fin detuviese el vehículo y la dejara bajar: tiró de la palanca del freno de mano, ubicada entre los dos asientos. Ricardo perdió el control de inmediato. El auto, a la velocidad que venía, atravesó las barreras de seguridad de metal y quedó al borde del precipicio.

El vehículo que venía detrás de ellos frenó a unos metros del auto accidentado. Ricardo miró a su alrededor. Romina estaba inconsciente, con sangre saliendo de su cabeza. Hizo señas al vehículo que se había detenido detrás de ellos, pero nadie descendió. Decidido a pedir ayuda, Ricardo abrió la puerta y puso un pie en el suelo. De repente, escuchó el motor acelerar y vio cómo las luces se acercaban rápidamente. El vehículo impactó contra el lateral del auto de Alejandro, empujándolo unos metros hasta que cayó por el precipicio. Las luces del auto dibujaban sombras ominosas mientras rodaba cuesta abajo. Un hombre se bajó y se acercó a la cornisa. Vio el auto desaparecer entre los árboles y las rocas. Unos segundos después, vio agitarse el agua del río. Las luces se resistieron parpadeando, pero finalmente se apagaron. El agua cubrió el vehículo enseguida y la corriente vertiginosa volvió a dibujar sus caprichos en el fondo del cañón. El hombre presionó un botón en la pantalla de su teléfono, lo levantó y esperó. Finalmente, alguien contestó. “¿Cero?”, preguntó.

XXXIX. Secretos Bien Guardados.

Luego del doble triunfo para Alejandro, tanto en las carreras como en el terreno de la justicia, donde finalmente fue absuelto. Había llegado el momento de las prometidas vacaciones para el equipo. Alejandro no le dio tiempo a su equipo de competición. Tuvieron hasta el mediodía del lunes para presentarse en el aeropuerto. «Quien no llegue, ¡se lo pierde!», dijo en el festejo íntimo luego de la premiación del domingo. Más allá del escaso tiempo, nadie faltó a la cita. El vuelo estaba previsto para las 09:15 horas, en el avión de la empresa Galtech. Alejandro tenía un viaje previsto a Alemania y Francia, el martes y miércoles respectivamente, y había organizado para hacer escala en España. Allí se quedaría el equipo y él seguiría hacia Múnich.

El aeropuerto de Múnich era un hormiguero de gente. Las cancelaciones de vuelos se repetían en las pantallas y las personas se agolpaban delante de ellas en busca de información. En los mostradores las filas eran interminables. Ralph había tenido que sortear la muchedumbre en la zona de mostradores para llegar a la zona de arribos. Podría haberlo evitado, recorriendo el trayecto por el exterior, pero el clima no era el ideal. Al llegar a la zona de arribos internacionales, el ambiente era más tranquilo. Hasta se podía escuchar la música ambiental que emitían los cientos de pequeños parlantes repartidos por el lugar estratégicamente. Chequeó la información del vuelo. Ya había aterrizado. Calculó que todavía debía estar en Migraciones y luego debía pasar por las cintas de equipaje. Tenía tiempo de tomarse un café.

El vuelo de Alejandro había llegado solo unos minutos más tarde de lo previsto. Tras su paso por Migraciones, y mientras aguardaba su equipaje, recibió un mensaje de texto. Miró su pantalla y al darse cuenta de que estaba en español, respiró aliviado. No hablaba alemán, salvo por unas pocas palabras o frases que suelen aprender todos los viajeros: “Guten Morgen, guten Tag, guten Abend, bitte, danke, entschuldigen Sie, die Rechnung, wo ist die Toilette?”

¡Buenas tardes, Herr Nieto! ¿Ha llegado bien? Era un mensaje de Britta, asistente ejecutiva del Directorio de Schneider Labs y su intérprete en este viaje.

¡Buenas tardes! He llegado perfectamente. Aún espero mi equipaje, pero en unos minutos más estaré saliendo de la zona de arribos del aeropuerto. Supongo que la veré al salir, ¿no es así?
Lamento informarle que no me encuentro en el aeropuerto, Herr Nieto, pero lo está esperando Ralph, su chofer. Él lo conducirá hasta las oficinas de la empresa en Grafing, a unos cincuenta minutos.
Pues nos veremos allí, entonces. Respondió Alejandro.
Las circunstancias estaban poniendo a prueba su paciencia. Había volado durante casi diecisiete horas y ahora tenía que viajar una hora más para llegar a un pequeño pueblo y visitar las instalaciones de Schneider Labs. Tenía una reunión con algunos directivos al mediodía y, sin duda, le harían hacer un recorrido al llegar. Su principal molestia provenía de la dificultad para adaptarse rápidamente al nuevo huso horario. Al llegar a las oficinas de Schneider Labs, serían aproximadamente las nueve de la mañana en el horario local, pero su reloj biológico le indicaría las cuatro de la madrugada. Y para colmo, seguía esperando su equipaje.

Cuando salió con su maleta del sector de retiro de equipaje, un hombre alto, delgado, rubio y de ojos claros lo aguardaba con un cartel en la mano que tenía su apellido: *"Herr Nieto"*. Alejandro lo vio y se acercó decididamente.
–Tú debes ser Ralph. –dijo Alejandro en español.
–Herr Nieto. Mein Name ist Ralph. Willkommen. Ich bin Ihr Fahrer und bringe Sie jetzt zum Hotel. –contestó Ralph en su idioma.
–You're Ralph, right? Do you speak English? –probó Alejandro en inglés.
–Mein Name ist Ralph, Herr Nieto. Herzlich willkommen. Ich bin hier, um Sie abzuholen und zum Hotel zu bringen. -le respondió el joven, nuevamente en alemán.
Definitivamente ni el español ni el inglés, idiomas que Alejandro dominaba naturalmente, servirían para comunicarse con Ralph. Buscó en su teléfono una aplicación para traducir y le grabó un mensaje. La aplicación inmediatamente reprodujo el mensaje en el idioma del chofer. El joven respondió en su idioma y luego Alejandro escuchó el mensaje en español. Levantó el pulgar de su mano, el joven tomó su equipaje y le hizo una seña para que lo siguiera.

De camino a Grafing, Alejandro aprovechó para dormir. El asiento trasero de un Audi A6 era lo suficientemente cómodo para descansar y recuperar las horas de descanso que el jet lag le había robado. Antes de llegar a la planta, Ralph encendió la radio para despertar discretamente a Alejandro. En la radio se escuchaba Creep, de Radiohead. Cuando el tema llegó al estribillo, un riff de guitarra retumbó en los parlantes y despertó automáticamente al pasajero. «Justo a tiempo», pensó mientras se erguía en el asiento.

La planta tenía más de 60.000 metros cuadrados, pero el recorrido no fue demasiado extenso, para alivio de Alejandro. Pensó que el "paseo" por las instalaciones duraría lo que faltaba para reunirse con otros directivos, pero hubo un cambio en la agenda. Antes de la reunión con los directivos, alguien más necesitaba verlo personalmente. Lo llevaron a una sala de reuniones. Al llegar vio un cartel que lo identificaba: Weißes Wohnzimmer. Le pidió al acercarse que le tradujera el nombre. «Salón Blanco, Herr Nieto», le respondió Britta. Al ingresar supo por qué lo llamaban así. Todo, paredes, mobiliario, decoración, todo, absolutamente todo era blanco. Sonrió al darse cuenta de un detalle tan sutil como efectivo: el lugar olía a jazmín y por un instante lo transportó a su niñez, más específicamente al jardín de la casa de su abuela materna. Mientras caminaba por el salón impactó torpemente una silla, desplazándola y haciéndola golpear con la silla contigua. El sonido fue bastante seco. A pesar del escaso mobiliario y la casi inexistente decoración en las paredes, el ambiente no generaba reverberación alguna. Ese detalle lo volvió nuevamente al presente. Al final del salón sobre una mesa blanca, resaltaban los alimentos y bebidas que habían dispuesto para el invitado.

–Volveré por usted más tarde, Herr Nieto.

–¿Cómo? ¿No te quedas? Me vendría muy bien que traduzcas.

–No se preocupe, Herr Nieto. Quien se reunirá con usted habla perfectamente el español. –Dijo Britta y se retiró del salón.

Alejandro se acercó a la mesa y se sirvió un café negro. Solía tomarlo amargo, pero necesitaba la energía extra que le podía dar la glucosa. Una selección de la mejor pastelería típica alemana invitaba a la tentación . Él no pudo más que dejarse llevar. Mientras se servía una porción de torta Selva Negra, alguien entró sigilosamente al salón, sin que Alejandro se percatara de ello, y se sentó en la cabecera de la larga mesa de reuniones. Cuando giró para sentarse a la mesa con su café y su porción de torta, la

vio. La magnificencia blanca del salón se vio salpicada por una presencia oscura que lo observaba inquisitoramente. Alejandro se sorprendió, pues no esperaba verla allí ese día.
–Hola Nieto. ¡Felicitaciones!
–¡Yamil!

Era casi verano en España y el calor agobiaba. De todas maneras, las calles de Madrid estaban atestadas de turistas y locales. El Comisario había llegado sin equipaje y tenía previsto hacer el mismo derrotero que había realizado Carolina. «En teoría», se repetía Matlock, una sospecha persistente le indicaba que la información que tenía no era del todo precisa. Al salir del aeropuerto de Barajas, alquiló un vehículo con chofer que lo llevase hasta la terminal marítima Baleària en el puerto de Denia. El viaje le demandaría unas cuatro horas y media y pensaba dormir parte del camino.

Al llegar al puerto, recorrió y analizó el movimiento del personal dentro del lapso horario en el que se había registrado la compra del pasaje de ferry a nombre de Carolina. Aguardó al cambio de turno y siguió discretamente a un empleado de la boletería hasta la parada del transporte público. Matlock se acercó y entabló conversación con él.
–¡Hola! ¿Tú trabajas en la terminal, ¿no es así?
–Eh, sí. Ya terminé mi turno.
–¡Ahora, a por unas tapas! ¿A que no?
–Ya quisiera, pero estamos a fin de quincena y no tengo un duro. Usted no es de aquí, ¿verdad?
–No, no. Estoy de visita. Iba a visitar a una prima en Es Pujols, pero olvidé algo que debía llevarle, así que iré mañana. ¿Y dónde vas tú?
–A casa, en La Xara.
–Igual que yo. Estoy alojando en un hostel. ¿Sabes dónde hay un buen lugar para beber unas cervezas allí?
–Sí, en lo de Jaime. Queda en la calle… –El Comisario lo interrumpió.
–No me digas. Llévame y te invito.

Ya en el bar el Comisario intentó sonsacarle información, pero el joven poco contaba. Matlock sabía que, por más que fuese él quien le vendió el

boleto, poco recordaría. Necesitaba entrar a los registros en el sistema informático y para ello necesitaba al joven. El Comisario tenía pensado drogarlo y robarle las claves de acceso al sistema, pero se percató de una vulnerabilidad que podía explotar.
–Cuéntame, ¿qué suelen hacer aquí para divertirse, además de venir al bar de Jaime?
–No mucho más. No hay demasiadas alternativas. Si quieres opciones hay que ir a Alicante. Este es un pueblo pequeño, todos se conocen y nadie sabe guardar un maldito secreto. Es la maldición de este pueblo, donde nadie tiene la libertad de ser o hacer sin la mirada inquisidora de los demás.
–¿Y qué secreto tienes tú guardado? A mí me lo puedes contar, pues no conozco a nadie con quien esparcirlo.
–No. Eso se quedará conmigo hasta la tumba.
–Venga, que con un par de tragos más seguro se te suelta la lengua.
–¡Haga usted el intento!
–¡JAIME, DOS PINTAS MÁS DE CERVEZAS!
–¡Shh! Que no se llama Jaime.
–Lo sé, como sé que a ti te gustan los hombres. Pero haré de cuenta que sigo sin saberlo. –Matlock le guiñó un ojo al joven al momento en que les dejaban en la mesa las dos pintas de cerveza.
El joven sonrió. Luego de esa cerveza se fueron juntos al departamento del joven. El Comisario buscaba hacer lo necesario para lograr su cometido. Y así fue. Al día siguiente, el joven accedió al sistema e imprimió varias hojas de registros: la del día en que se registró la compra del boleto de Carolina y un día antes y uno después, y el manifiesto de abordaje del ferry. Cuando se las entregó, el comisario le prometió que si no hacía ningún tipo de denuncia, podría estar tranquilo que jamás publicaría las fotos y videos que había tomado la noche anterior.
–Si cumples con tu parte, nadie sabrá jamás tu secreto. –Dijo el Comisario, «Y tampoco sabrán el mío».
De camino a Es Pujols, revisó todos los registros. Efectivamente figuraba la compra del boleto en el mismo día y horario en que figuraba en el extracto bancario. Pero no encontró en el manifiesto que se la hubiese registrado como pasajera, por lo que ese supuesto viaje a Es Pujols no se habría hecho. «¿Realmente me han vendido “pescado podrido”?», se preguntó el Comisario. No necesariamente. Quien investigó quizás omitió revisar el

manifiesto. De todas maneras se encontraba de viaje a Es Pujols y podría verificar en el hotel si se alojó o no y así confirmar sus sospechas.

–¡Tráigame un café!… por favor. Acérquese. No muerdo. –Expresó Yamil, aunque Alejandro no estaba del todo seguro de que eso fuera cierto.
Él acercó con las tazas de café. La porción de Selva Negra la había dejado en la mesa de catering al momento de verla. Ya no tenía hambre, ademas era incapaz de tragar nada sólido. Su pulso comenzó a marchar aceleradamente y sentía en la garganta un nudo que le impedía hasta respirar. Apoyó ambas tazas sobre la mesa y tiró de la silla para sentarse. Inconscientemente la retiró más de lo normal y se sentó.
–¡Acérquese hombre!
Lo hizo, pero no demasiado. Yamil estaba ubicada en la cabecera de la larga mesa blanca. Ella vestía un traje simple y discreto, de color gris oscuro. Apoyaba sus codos sobre la mesa y unía sus manos entrelazando sus dedos. Lo miraba con severidad, frunciendo el ceño, como si estuviese analizando los gestos de un oponente antes de un combate a muerte.
–Cómo le dije en un principio, lo felicito. Ha hecho un buen trabajo para evitar que la causa judicial avance. De hecho, ha logrado el sobreseimiento. Eso es exactamente lo que esperábamos de nuestro socio. Y debo admitir que lo había subestimado. No lo creí capaz de tanto, pero fue grato saber que estaba equivocada. Sus métodos… me han sorprendido. No por lo que ha hecho, sino porque no lo esperaba de usted. Imaginé que se escudaría en el uso del dinero para torcer voluntades, pero usar el afecto de un padre para con su hijo… –Yamil tiró su cuerpo hacia atrás hasta apoyar la espalda en el respaldo de la silla y comenzó a aplaudir pausadamente. –Eso ha sido formidable.
Alejandro no hizo comentario alguno. La miraba a los ojos y trataba de ocultar su ira y su tristeza. «No tuve elección. No me dejaron alternativa. Crucé una línea que no pensaba cruzar, pero no tuve opción», se justificaba a sí mismo. Sus pensamientos fueron interrumpidos por el monólogo de Yamil.
–Creemos que es tiempo de avanzar al siguiente nivel, Nieto. –Yamil hizo una pausa, esperando algún comentario por parte de Alejandro. Ante su silencio prosiguió. –Verá usted, las sospechas de la justicia en esa causa no

estaban del todo bien fundamentadas; aunque en cierta forma, sus hipótesis tampoco estaban tan erradas. Lo que le diré a continuación es extremadamente sensible. Pocos en la organización tienen el privilegio de tener conocimiento sobre otra línea de negocios que se desarrolla en toda Europa y que pronto también implementaremos en Sudamérica. ¿Me sigue, Nieto?

Yamil aprovechó para tomar un poco de café. Con un movimiento calculado, sacó un paquete de cigarrillos del bolsillo del saco y un encendedor de bencina del otro. Agitó el paquete con habilidad, de forma que algunos cigarrillos quedaron parcialmente expuestos. Se lo acercó a la boca y con sus pequeños labios resquebrajados tomó uno y lo encendió. La pitada fue extensa, seguida de una nube de humo que exhaló unos segundos después. Observó a Alejandro, como si dudara si la información que tenía que compartir sería tratada con la confidencialidad necesaria.

–¡Siéntese! ¿Va a tomar el café, Nieto? –Alejandro negó con la cabeza y Yamil descartó la ceniza del cigarrillo en la bebida. –En cuanto a las hipótesis no tan erradas… Usted sabe que el tiempo es dinero, sobre todo en la industria de la salud y la belleza. También sabe que las investigaciones sobre nuevos productos deben cumplir ciertas etapas y lo cierto es que nos hemos saltado algunos pasos. También hemos recibido favores de varios entes reguladores a cambio de obsequios o apremios.

Alejandro, que se había sentado en la silla contigua a Yamil, no emitió palabra, pero su rostro, con los ojos abiertos como quien acaba de ver a un monstruo a punto de devorarlo, lo decía todo. No podía, o no quería, creer lo que escuchaba.

–No me mire con esa cara, Nieto. Sabe de lo que hablo. Bien, se la haré breve, para ganar tiempo en esta carrera comercial, hemos realizado pruebas en humanos antes de los plazos previstos y los organismos verificadores han mirado para otro lado. Para hacer esas pruebas en humanos de forma masiva hemos comenzado a reclutar gente, pero al no conseguir las cantidades necesarias no tuvimos más opción que recurrir a otros métodos. Así es que nos aventuramos en el desarrollo de un comercio paralelo: la compra de ese insumo.

–¿Qué insumo?

–Las personas, los humanos para hacer las pruebas.

Alejandro comenzó a sentirse físicamente mal. Una oleada de náuseas lo invadió, acompañado de un impulso incontenible de vomitar, como si esa

acción pudiera expulsar de su interior todo lo atroz que su mente había asimilado en tan poco tiempo. Los músculos de sus piernas se tensaron y empujo la silla hacia atrás inconscientemente. Se movió apenas unos centímetros. Miraba a Yamil mientras su boca se fruncía en acto reflejo. Sintió asco. Un frío lo invadió. Parecía que su alma había decidido escapar de su cuerpo, porque todo a su alrededor comenzaba a girar.
–Negocio que, por cierto, es más redituable que el de la medicina. –Yamil continuaba con su diatriba como si tratara un tema de escasa trascendencia. Jugaba con su encendedor, *clic-flip-clac*, al tiempo que movía su pie, el que quedó colgando cruzar sus piernas. Su mirada iba de un lado a otro mientras hablaba, sin fijarla en nada. Tampoco la fijaba en Alejandro, salvo que esperara una respuesta de su parte. –Así las cosas, la división de Laboratorios Medicinales de Schneider, si bien sigue siendo redituable, no lo es más que este nuevo negocio. Negocio que ha ido bien, pero es necesario ampliar el mercado. –*Clic, flip…* –¿Me sigue, Nieto? –Su mirada se posó, ahora sí, en los ojos de Alejandro. Su piel estaba ahora tan pálida como las paredes y el mobiliario del salón. Sin esperar una respuesta, prosiguió. –…y Sudamérica es una gran fuente de recursos. –Clac. –Aquí es donde entra en juego Galtech y usted, mi querido amigo.
–No. No puedo. Es imposible.
–¿Acaso escuchó que fuera una pregunta?
–Pero…
–Se lo informo, Nieto. Debe saberlo y debe procurar que todo funcione como debe para que el negocio prospere. No está a discusión.
–¿Cómo que no? Me niego. No estoy dispuesto a prestarme para este tipo de barbaridad.
Yamil había sacado del bolsillo interno de su saco unas fotos impresas. En ellas se lo veía a él y a Sami teniendo relaciones. Las había de todos y cada uno de los encuentros que habían tenido. También tenía fotos íntimas de él con Carolina.
–¿Necesita que le recordemos lo que está en juego?
Alejandro no respondió. Su torso se encorvaba. Sostenía su cabeza con ambas manos. Sus codos, apoyados sobre sus muslos, se hundían en su propios carne.
–Mañana haremos un viaje para recorrer las nuevas instalaciones en el sur de Francia. Vuelva a su hotel y descanse. Necesita recuperar su vitalidad,

Nieto. Está más pálido que esta mesa, ¿o tiene abstinencia? ¿Qué consume? ¿Coca o algún sintético? Avíseme lo que necesite y se lo haremos llegar.
Él levantó la cabeza y la miró, como si no entendiera de lo que le hablaba.
–No se preocupe por la legalidad. Para nosotros esas limitaciones no existen.

XL. Dudas y Certezas.

El día había amanecido casi sin nubes en el firmamento. El sol iluminaba una mañana tranquila en Es Pujols. De a poco el pueblo comenzaba a ganar ritmo con la llegada de los turistas que llegaban a la isla en el ferry. Algunos llegaban para hospedarse, otros a pasar el día.

El Comisario llegó en un taxi hasta el ingreso al hotel. La fachada vidriada era imponente y permitía visualizar completamente el hall de la recepción. Todo el edificio era de color blanco y tenía detalles en tonos gris claro. El mayor contraste lo daban las piedras rústicas en color terracota de los pequeños cercos de los jardines. El Comisario no tenía reserva y no pensaba quedarse. Se acercó al mostrador y consultó a la mujer de la recepción.

–Molt bon dia! Benvingut al Blanc Ivori Hotel. En què puc servir-lo? –Le dijo en catalán la recepcionista.

–¡Buenos días! Estoy buscando a mi hija. Se llama Carolina Mont Blanc, se está hospedando aquí.

–Permítame verificar la información. Un segundo por favor. –Le contestó la mujer mientras pulsaba las teclas del computador en busca de la pasajera.

–Disculpe señor. La persona que usted busca no se encuentra alojada en el hotel.

–Pero me ha enviado un mensaje diciéndome que aquí estaba. ¿Será que ya se habrá ido?

–Lamento decirle que no puedo darle esa información señor.

–Comprendo. No quiero ponerla en ningún compromiso, pero es que… me temo que debo darle una terrible noticia. –Los ojos del comisario comenzaron a humedecerse y su rostro reflejaba los gestos de una persona intentando contener el llanto. –Su madre está enferma, nos han dado esperanzas y es probable que el desenlace ocurra en los próximos días. Estamos devastados. No puedo decírselo a través de un frío llamado telefónico. Ellas fueron muy unidas, sabe, pero tuvieron una discusión fea, horrible, hace un tiempo, y se distanciaron. Su madre, mi exmujer, quedó desolada y el cáncer se aprovechó de su depresión y… bueno, me tem… temo que… ha perdido la lu… –Llevó sus dos manos a la cara y se tapó los ojos mientras lloraba. Matlock, de haber sido un actor, se hubiera ganado un Oscar.

–Tendrá que disculparme, pero no puedo hacerlo. Son políticas de la empresa.
Matlock vio que de su cuello colgaba un dije con la figura de una niña.
–Solo le pido que se ponga en el lugar de su madre. –Respondió mientras secaba sus lágrimas con un pañuelo de tela. –¿Qué haría si fuera usted quien en su lecho de muerte tiene como último deseo volver a ver a su única hija, y decirle lo mucho que la quiere? Ella solo desea irse en paz, pero sobre todas las cosas, evitarle a su hija el dolor de una despedida que pudo ser y no fue. ¿No haría usted eso mismo por su hija?
Matlock se fue de allí con un par de certezas: que la empatía mueve montañas y que Carolina jamás se alojó allí.

El viaje a Francia fue bastante tenso. Alejandro se sentía como Damocles ocupando el trono de Dionisio II, pero en lugar de la espada sobre su cabeza lo ocupaba Yamil. El tiempo de vuelo a Toulouse fue de menos de dos horas, pero el viaje en auto hasta la ciudad de Porta fue de poco más de dos horas, lo que transformó el viaje en un suplicio.
Alejandro reflexionó sobre las diversas maneras de evitar verse envuelto en la situación, pero los hechos sugerían que era una tarea casi imposible. Carolina había desaparecido, y ahora sospechaba que las circunstancias de su ausencia no eran como inicialmente se habían presentado. Estaba convencido de que Yamil estaba involucrada. Por primera vez, conectó los puntos. La intoxicación de la familia de Sami probablemente fue un intento de envenenamiento dirigido a ella, no a su familia, debido a su conexión con él. Si bien Carolina pudo haberse ido por propia voluntad, la imposibilidad de encontrarla parecía ahora tener más que ver con Yamil. ¿Cómo podría desvincularse sin poner en riesgo lo más preciado que tenía? Su empresa, que para él era como la hija que nunca tuvo, ya no le pertenecía. Aunque él era el CEO, la última palabra en la toma de decisiones no era la suya.
Las instalaciones de Schneider Labs estaban ubicadas en un pequeño pueblo en el sudeste de Francia llamado Porta, en la zona de los Pirineos Orientales. No viven allí más de un centenar de personas, la mayoría trabajadores de Schneider. En la temporada estival el movimiento era mínimo, pero en invierno el pueblo más cercano, Porté-Puymorens, triplica

su población gracias a la práctica de esquí alpino. La parte inicial de la visita abarcó las oficinas y los laboratorios. La producción industrial se realizaba por el momento en Alemania y Bélgica, pero allí se estaba construyendo una planta industrial para ampliar la capacidad productiva en ese país. Visitaron la nueva planta en construcción. En ese momento estaba paralizada, Alejandro había oído que era por cuestiones burocráticas del ente de control, pero en realidad era una artimaña para ocultar parte de esa otra rama de negocios. Alejandro tuvo acceso a esas instalaciones y esa parte del tour se la hizo exclusivamente Yamil. Lo que por fuera parecía una obra inconclusa, por dentro era una edificación finalizada con una cáscara sin terminar. Ese lugar, sin actividad aparente, ocultaba el tránsito de 'la mercancía' que luego sería distribuida a través de la logística de Scheider Labs a toda Europa y Asia.
Caminaban por un largo pasillo que conectaba dos pabellones: uno contenía el área de administración y servicio para el personal y el otro, al que se dirigían, el sector donde albergaban "la mercancía". Yamil, un par de pasos delante de Alejandro, había hecho un repaso de lo hablado el día anterior. Hasta ese momento Alejandro había mantenido una actitud pasiva respecto de toda la información que Yamil le había compartido. No había hecho preguntas y mucho menos comentarios. Pero no podía encontrar una respuesta a una pregunta que le daba vueltas en la cabeza. «¿Por qué? ¿Qué es lo que lleva a estas personas a concebir un plan tan macabro como este?» Sabía que la motivación básica era poder, el poder que conlleva el dinero; pero le resultaba incluso una justificación bastante naíf. No pudo con su genio y se lo preguntó a Yamil.
–¿Por qué?
–¡Excelente! Veo que por fin ha comenzado a interesarse en el tema. Verá, lo que comenzó como una alternativa para suplir una débil cadena de suministros, se transformó en una premisa en pos de la defensa de nuestro futuro. Este es un negocio muy rentable y un mercado no tan saturado, como la droga o la venta de armas. Este tiene mucho potencial y escasa competencia. ¿Me entiende? Hemos detectado nichos cuya demanda puede ser satisfecha con oferta cruzada. Lo que se genera en Europa tiene demanda en Asia y lo que se demanda en Europa tiene su oferta en Sudamérica.
Alejandro no concebía cómo alguien podía hablar de 'oferta y demanda' o 'nichos de mercado' con tanta falta de escrúpulos, sabiendo que se refería a

seres humanos. Ni siquiera viniendo de Yamil lograba entenderlo.
–¿Y qué tiene Sudamérica que le interese a Europa?
–Niños. En Europa la tasa de natalidad en 2022 promediaba alrededor de 1,53 nacimientos por mujer. Esto está muy por debajo del nivel de reemplazo generacional de 2,1. Imagine las consecuencias económicas para las futuras generaciones. Imagine el impacto que podría generar en esta región. Europa es una comunidad económica que ha venido estancándose en las últimas décadas y las proyecciones a futuro no son muy alentadoras. Con tan pocos nacimientos y una población adulta cada vez más longeva, en un futuro no muy lejano, la pirámide demográfica se invertirá. ¿Se imagina las consecuencias? Habrá menos población económicamente activa que sostenga el sistema de pensiones. ¿Reformas laborales? Con los políticos de hoy, más preocupados por los likes en las redes que por el futuro de su comunidad, lo veo muy, muy difícil. Piense en la competitividad. Son los jóvenes los que mantienen la tendencia de la innovación, pero sin jóvenes perderemos competitividad. Y el problema no es sólo no crecer. El problema es que, mientras nosotros no crecemos, nuestros vecinos se hacen más fuertes, más voraces. Hay que actuar, hoy, ahora. No hay tiempo que perder.
Yamil se detuvo. Giró su cuerpo para poder mirarlo por sobre su hombro derecho y continuó:
En Sudamérica, en cambio, ese promedio de natalidad per cápita llega a casi 2. Como podrá ver, es un mercado que puede proveer una creciente demanda. Si nos centramos en mujeres en edad reproductiva o incluso niños de muy corta edad, podemos lograr revertir este proceso en poco tiempo. ¿Lo ve? No es solo una cuestión comercial, más allá de que es un mercado extraordinariamente rentable. Esto es una solución a un futuro que por ahora pinta mal, muy mal. Es necesario volver a hacer de Europa una comunidad próspera que lidere el futuro del mundo. Es lo que yo llamo: la solución vital.
Alejandro sentía cómo se le revolvía el estómago. Tenía la certeza de que si estas personas eran capaces de concebir esto como un negocio, eran capaces de absolutamente todo. Debía protegerse y proteger a quienes amaba a como de lugar, ¿pero cómo?

XLI. Deber y Destino.

Alejandro no pudo dormir. Luego de finalizar la visita a la planta con Yamil, ella regresó a Alemania y él partió rumbo a España. Allí, Alejandro se encontraría con su equipo, que disfrutaba de sus merecidas vacaciones. Su intención era unírseles, pero luego de las verdades reveladas, no podía hacerlo.

Estaba acostado boca arriba en la cama del hotel, aún vestido. No recordaba cómo llegó a la ciudad, ni al hotel; mucho menos a la habitación. Desde que dejó la planta "en construcción" de los laboratorios de Schneider, todo le parecía surrealista. El zumbido grave, constante y sordo de una aspiradora le parecía el aullido de una bestia que se acercaba para devorarlo. El calor de una habitación sin ventilación lo hacía transpirar, ¿o sería el miedo? Se sentía flotar, pero no fluir. Era como navegar como pasajero dentro de su propio cuerpo, en un mar de mierda. Y así, literalmente, se sentía él. Su rostro se mostraba impávido. Ni una mueca de dolor o desagrado, ni una lágrima asomaba de la comisura de sus ojos. No era capaz de reaccionar. Lo habían involucrado, por la fuerza, en un negocio deplorable; y no podía evadirlo sin que sus actos tuviesen terribles consecuencias.

Alejandro no era una persona impulsiva. Analizaba todos y cada uno de sus movimientos. Cuando competía se valía de sus reflejos. Reflejos construidos con la disciplina de una habilidad aprendida. Cada decisión, por más instintiva que fuera, se basaba en el aprendizaje previo y repetitivo. Cada error cometido era una oportunidad de mejora; había sido estudiado hasta el hartazgo para que su instinto pudiese reaccionar eligiendo la mejor alternativa para lograr el éxito. Sin embargo, en esa ocasión, nada de eso tenía sentido. Su mente se planteaba inquietudes sin cesar: «¿Y si Carolina ha muerto por mi culpa?», «¿Y si finalmente matan a Sami, o a su familia?», «¿De qué atrocidades serán capaces estas personas?».

De pronto una epifanía se apoderó de sus pensamientos: «Debo detenerlos. Debo parar esta atrocidad. Están destruyendo la vida de miles de familias en todo el mundo. Es lo que debo hacer. Es mi deber. El destino me ha puesto en este momento y lugar con una misión: detenerlos a como dé lugar».

Se levantó y se dio una ducha. Mientras secaba su cabello con una toalla, se vio de reojo en el espejo. Se detuvo y observó su reflejo. Su mirada reflejaba un destello de determinación que antes no estaba. Quizás en otro

momento le hubiera sonreído a su reflejo, en esta ocasión simplemente dejó la toalla sobre el lavabo y salió del baño para cambiarse.

Minutos después, llamó a los pilotos y les pidió que prepararan el avión. Volvería a casa. Tenía un plan.

XLII. El Plan.

Las oficinas de Galtech le resultaban frías y distantes. Nada había cambiado, la misma vorágine, el mismo murmullo del personal conversando entre ellos o hablando por teléfono, sin embargo ya nada le parecía igual. Era él quien había cambiado. Su secretaria le llevó documentación para firmar, pero delegó la tarea. Tenía otras prioridades, otros objetivos más importantes.

Llamó al Dr. Milincovich y le pidió encontrarse en Lo de Vito por la tarde. Luego llamó a Vito y le pidió disponer del local durante todo el día y el día siguiente.

–Discúlpame Alejandro, ma non posso.

–¿Cómo que no puedes?

–Non posso perché me has pedido que cierre il mio ristorante più volte questo mes. Non posso cubrir los costos. Devo pagare impuestos, sueldos y proveedores.

–Te cubro los costos y un treinta por ciento adicional como ganancia.

–Lo apprezzo Alejandro, ma tanto día cerrado mi fa perdere clienti.

–Ok, entendí. Cincuenta por ciento.

–No, Alejandro. Non è una questione di dinero. Devo pensare a lungo term… cosa dici? lungo plazo… largo plazo.

–Ok. Véndeme tu restaurante. No acepto un no como respuesta. Lo seguirás administrando de por vida, yo me haré cargo de los costos y tú dividirás las ganancias conmigo. Pero cierra el restaurante, no sé, di que es por remodelaciones y dale descanso al personal hasta el lunes. Lo mismo para ti y tu mujer. Cierra todo y deja abierta la puerta de proveedores. –Alejandro no tenía tiempo para perder con discusiones menores y era prioritario contar con un lugar que no estuviese intervenido por Yamil. Ya no confiaba ni en su propia sombra.

Luego de colgar el teléfono se acercó al gran ventanal de su oficina. El cielo, cubierto de nubes, tenía un color plomizo. El sol asomaba sus rayos caprichosos que se asomaban y se ocultaban por los escasos huecos entre las nubes. Esta vez no admiró el paisaje con la superioridad de antes. Apoyó la frente sobre el vidrio y observó a las personas que caminaban por la acera. Parecían diminutas hormigas. Comenzó a jugar con su dedo, simulando aplastarlas, como si de insectos se tratara. «Eso harán si no los

detienes», se dijo. «Deben parar y deben pagar». Cerró los ojos y suspiró profundamente. Tomó su teléfono, el de tarjeta prepaga que le había sugerido el Dr. Milincovich, y llamó a Matlock.

“EL USUARIO AL QUE LLAMA NO ESTÁ DISPONIBLE EN ESTE MOMENTO. POR FAVOR, DEJE SU MENSAJE LUEGO DE LA SEÑAL”.

Luego de escuchar el pitido característico, dejó el siguiente mensaje: Necesito verlo lo antes posible. Por favor, llámeme en cuanto escuche esto. Le repito: es sumamente urgente.

Sami estaba en la cocina, sentada frente a su computadora, investigando sobre su nuevo fetiche. Desde afuera, oleadas de luz bañaban el interior de la casa. De vez en cuando ella miraba por la ventana y se esperanzaba con la huida de las nubes y el reinado del sol.

Mientras Bruno y Luna estaban en la escuela, Mariano, con algo de fiebre, se quedó en casa. La fiebre no era alta, así que Sami le improvisó una cama en el sofá del salón y él se quedó mirando televisión. Tras ver varios episodios de su programa infantil favorito, comenzó a buscar algo más para ver. En su búsqueda, pasó por el canal de noticias, donde informaban que se había conocido la identidad del “Asesino del Autódromo”. La prensa siempre busca un título llamativo para ciertos casos, para que sádicos y curiosos puedan seguirlos de cerca, como si de una telenovela se tratase. Sami escuchó la presentación de la noticia, pero no le llamó la atención, estaba concentrada en otro tipo de sadismo. Mariano, buscando algo entretenido para ver, cambió rápido de canal.

Alejandro aguardaba en Lo de Vito al Dr. Milincovich. Sentado frente a la barra del mostrador tamborileaba con sus dedos, mientras el pie derecho, que había apoyado en la barra inferior del mostrador, subía y bajaba rápida e incesantemente. Habían quedado en encontrarse a las tres y todavía faltaban unos diez minutos. Los llamados de la oficina eran insistentes, lo

fueron desde que se ausentó a media mañana. Aun silenciado, el teléfono vibraba con cada llamado, por lo que finalmente lo apagó.
Cuando el Dr. Milincovich llegó, Alejandro le contó en detalle lo sucedido en sus viajes. Sus ojos ganaban amplitud con cada detalle relatado. Su boca comenzó a secarse y sentía que el corazón se le saldría del pecho. Para cuando Alejandro finalizó, el doctor, que se había sentado frente a Alejandro, sostenía su cabeza con una de sus manos mientras apoyaba el codo en la barra.
–Dame un vaso de agua, por favor.
–¿Sólo eso me vas a decir? Necesito ayuda, no me dejes solo.
–Y yo necesito tomarme la pastilla para controlar mi hipertensión. Gracias a tu relato, mi presión debe haberse ido a volar por las nubes.
Luego de tomarse la pastilla con el vaso de agua que le acercó Alejandro, el doctor le sugirió algunas alternativas.

El teléfono sonó sobre la mesada en la cocina. Sobre una de las hornallas una olla con agua en ebullición aguardaba por la pasta. A un lado, una sartén contenía una salsa en preparación. El menú estaba definido. En breve llegarían los niños. Sami volvía de darle su medicina a Mariano cuando escuchó sonar el teléfono.
–¡Hola Meli!
–Hola. ¿Has visto las noticias?
–Nop. ¿Por?
–Ya saben el nombre del asesino del autódromo.
–¿Qué pasó en el autódromo?
–¿Acaso vives dentro de un raviol? Mataron a un guardia de seguridad y hoy dieron a conocer el nombre del presunto autor del asesinato.
–Aha… –No le parecía una noticia trascendental para que Meli la llamara sólo por eso. –Dime de una vez, ¿Por qué me has llamado? No creo que sea por un caso policial. Sabes que me tienen sin cuidado.
–Es por el presunto asesino.
–¿Qué pasa con él?
–Es que dicen que se llama Ricardo Brunetti.
–Igualito que mi ex. –Sonrió. Le gustó escucharse decir esa palabra: “ex”. Alguien que fue, pero ya no es. Alguien que ocupó un lugar en su vida, pero

que ya lo dejó libre. «Libre, hermosa palabra también».
–¿Será? ¿Qué has sabido de él?
–Nada, y espero que siga así. Debe ser una casualidad, dos personas que se llaman igual. Eso sucede con frecuencia. ¿Han mostrado una foto o video?
–No, pero…
–Meli. Ricardo puede ser un hijo de puta, de hecho lo es, pero asesino… No, por Dios. No. Debe ser una coincidencia. Además seguro está con la otra mujer. Sabes que lo eché de casa, por lo que tiene vía libre para disfrutar tiempo completo con su otra familia.
–Tienes razón. Es que lo escuché y me sobresalté. Sentí un malestar aquí en el pecho y necesitaba saber que no era él. No puedo concebir que hayash estado casada con una persona capaz de… –No fue capaz de terminar la frase. –Solo trata de evitar que los niños vean las noticias. No sé, por las dudas de que se asusten.
–Sí. Gracias. Eso haré.

Cuando Matlock lo llamó, el doctor acababa de irse de Lo de Vito. Alejandro se estaba terminando una copa de un blend de Malbec y Cabernet-Sauvignon cosecha 2003 llamado De Sangre. La botella estaba a medio camino.
–¿Qué es eso tan urgente? –preguntó el Comisario. Fiel a su estilo, no dijo “hola”, ni “buenas tardes”. La cordialidad no formaba parte de su forma de ser, él iba directo al punto, sin vueltas.
–Gracias por llamar tan pronto. Necesito de su ayuda.
–Acabo de regresar de España. Aun no he pasado por Migraciones. Tengo novedades sobre Carolina. Nada es lo que…
–Probablemente esté muerta, Comisario. Necesito que venga directo a Lo de Vito. Tengo información muy pesada y necesito un plan de escape.

Matlock pasó a verlo al restaurante. Alejandro le contó con detalle lo que ya le había contado al Dr. Milincovich y lo que él le había sugerido dentro de su campo de especialidad. A diferencia del Dr. Milincovich, el Comisario no se inmutó.
–Estamos tratando con una organización más grande y peligrosa y probablemente mejor equipada y más preparada de lo que nos

imaginábamos. Veo que tenemos un formidable contendiente. No le voy a decir que no se preocupe, porque lo necesito enfocado y bien despierto. Con organizaciones de este tipo es necesario trazar un plan maestro, pero también es importante contar con un plan alternativo, por si acaso.

–Ok. –Alejandro tomó la copa de vino que se había servido de un solo trago y la lleno nuevamente. No pudo evitar derramar parte del líquido fuera de la copa, su mano temblaba sin control.

–No beba más alcohol. Lo necesito enfocado, no se olvide. – El Comisario comenzó a observarlo de pies a cabeza. Le pidió que se pusiera de pie. –¿Cuánto mide y cuánto pesa?

–Un metro setenta y seis. Debo pesar unos ochenta kilos, aproximadamente. ¿Por qué me lo pregunta?

–Es parte del plan B. Mire, en mi experiencia ellos deben tener también su plan de contingencia. En uno de los escenarios posibles usted accede y trabaja con ellos, lo mantendrán vigilado, controlado y protegido. En ese escenario usted es una ficha de gran valor. Por otro lado, en otro escenario, usted se revela. Puede implicar una denuncia, una huída o un enfrentamiento. En esa circunstancia usted pierde valor y lo eliminan. Por lo que me ha dicho usted ya eligió un camino y en consecuencia le ha dado instrucciones al Dr. Milincovich.

–¿Van a eliminarme?

–Sí, van a intentarlo, pero a partir de que se enteren cual es el camino que usted eligió. Nosotros vamos a trabajar para hacerles creer que todo marcha como esperan en su escenario ideal. Para cuando se enteren de su decisión, usted estará lejos y protegido.

–¿Y para qué necesitamos el plan B?

–Por si se enteran antes de lo que nosotros queremos. En ese caso, tenemos que procurar que ellos cumplan con su misión, para que…

–¿Va a permitir que me maten?

–Déjeme terminar. Vamos a entregarles un muerto. No será usted, no se preocupe, será alguien parecido a usted.

–¿Qué? ¿Quién? ¡No! No van a matar a nadie para salvarme a mi. No voy a volverme igual de hijo de puta que esta gente.

–Déjemelo a mi. El muerto, ya estará muerto. Siempre hay personas sin identificar en la morgue. No será económico, se lo aseguro, pero se puede arreglar.

–No lo sé. No estoy muy convencido.

–A quienes debe convencer es a ellos. Si su objetivo es matarlo, y lo creen muerto… ¿Me entiende? Por lo demás, haga vida normal. Siga con su rutina. Le voy a designar a dos personas para su protección personal las veinticuatro horas. No se preocupe si ven que ahora tiene más guardaespaldas. Entenderán que lo hace por que les teme y eso los mantendrá confiados y con la guardia baja. Yo trabajaré conjuntamente con el Dr. Milincovich. Dígale que me de acceso a la causa. Quiero tener contacto con el fiscal también. Quiero estar al tanto de todo.

XLIII. La Acción.

Eran las cinco de la mañana y Alejandro ya estaba despierto. Le había pedido al Dr. Milincovich que le llevara un traje, una camisa y unos zapatos de su departamento. Había pasado las últimas tres noches en Lo de Vito, durmiendo en la oficina. El Comisario había previsto que dos personas de su confianza se quedaran a resguardar el lugar. Cuando con Alejandro analizaron los escenarios posibles, consideraron que uno de los posibles era que Yamil supiera o sospechara lo que preveía hacer Alejandro. Fue por eso que le recomendó no volver a su departamento ni a ninguna otra propiedad suya, así como tampoco regresar a su oficina. Definieron como centro de operaciones el restaurante de Vito, ahora suyo, aunque no en los papeles, no todavía. Unos días antes, el Comisario había buscado papel aluminio y, luego de apagar el teléfono personal de Alejandro, lo envolvió y luego guardó dentro de un horno microondas. Hubiera preferido destruirlo, pero Alejandro había grabado parte de la conversación que había tenido con Yamil en su visita a las instalaciones de Schneider Labs en Francia, por lo que la destrucción no era una opción.

Alejandro se vistió y esperó la llegada del Dr. Milincovich. Pasaría por él a las seis para ir juntos a la fiscalía. Solicitarían entrevistarse con el fiscal de turno y pedirle que, con la debida autorización de un juez, se le tomara declaración testimonial. El objetivo era claro: llevar a Schneider Labs ante la justicia por el delito de amenazas y tráfico de personas.

–Nodo Dos, reporte 041025-0600. Rey Negro en su casillero personal. Sin novedad.

Dos había seguido el día anterior a Alejandro y al Dr. Milincovich, desde Lo de Vito hasta el departamento de Alejandro. Luego vio salir del edificio al doctor con un porta trajes y un neceser y partir de allí en su propio vehículo. Lo que no sabía es que quien ingresó con el Dr. Milincovich no era Alejandro, era una de las personas de seguridad dispuestas por el Comisario. Tenía una contextura física similar a Alejandro y con una gorra y la indumentaria de Alejandro se hizo pasar por él.

A las siete de la mañana ya estaban presentes en la fiscalía. El Dr. Milincovich tramitaba la presentación de la denuncia, mientras Alejandro aguardaba acompañado por uno de los guardaespaldas asignados por el Comisario. Su pierna derecha comenzó a temblarle y trató de detener ese movimiento involuntario con su mano, pero fue en vano. Sentía frío en las extremidades y casi no sentía la punta de los dedos de los pies ni de las manos. Ese extra de adrenalina que generaba su cuerpo, preparándolo para enfrentar el peligro, hacía que su sistema priorizara el envío de sangre a los órganos vitales. Su boca estaba seca y sentía náuseas.
–Tranquilo, señor. Es la adrenalina. –Comentó su guardaespaldas sin quitar la vista del pasillo que finalizaba en la puerta del ascensor.
–¿Cómo lo sabes?
–Gajes del oficio, señor. Su cuerpo se prepara para un gran desafío, es solo eso, no se preocupe. En cuanto haga lo que tenga que hacer, todo vuelve a la normalidad.
Alejandro buscó en el bolsillo del saco un paquete de pastillas de menta que le había llevado el Dr. Milincovich en la mañana, junto con el café y las medialunas que no pudo ni probar. En ese bolsillo solo encontró un bulto de papel aluminio. «El celular», recordó. Hurgó en el otro bolsillo y sacó un par. Luego de convidarle a su custodio, se metió una pastilla en la boca. El alivio fue instantáneo, aunque fue solo por un momento.
El Dr. Milincovich se acercó y se sentó a su lado.
–En unos minutos te tomarán declaración. ¿Sabes quién está de turno esta mañana? –Alejandro lo miró sin emitir palabra. –El fiscal Muñoz.
–¡La puta madre!
–No, tranquilo. Eso es bueno, muy bueno.
–¿Cómo puede ser bueno?
El doctor acercó su boca a la oreja de Alejandro y con un susurro le dijo:
–Es muy probable que él no sepa quién fue. Tu denuncia hará que apunte sus cañones contra Yamil y sus secuaces. Tú eres una víctima, completamente inocente, y padeces los mismos apremios que él ha padecido. Ahora están en el mismo bando y juntos, como aliados, van a desenmascarar esta red.
Alejandro sonrió y mientras el doctor alejaba su rostro y se sentaba a su lado, él lo miraba con una gran sonrisa. De pronto el temblor en su pierna cesó y comenzó a sentir un hormigueo en la punta de los dedos, la sangre volvía a fluir de nuevo con normalidad por su cuerpo.

–Nodo Dos, reporte 041025-0700. Rey Negro en su casillero personal. Sin novedad.

Yamil caminaba de un lado a otro por su oficina, con los brazos cruzados.
–Es raro, muy raro.
–¿Por qué lo dice Mitte?
Cero estaba sentada y desde allí seguía el ir y venir de Yamil con la mirada.
–Por lo general a esta hora lo veríamos partir rumbo al parque central para su rutina matutina de running. Malditos runners, los detesto. Hoy es lunes, ¿verdad?
–Afirmativo Mitte.
–Los lunes, miércoles y viernes sale a correr solo por el parque central. Tú lo sabes Cero. Los martes y jueves suele…
–Los martes y jueves lo visita su preparador físico por la mañana. Los miércoles y los viernes lo hace por la tarde, si no es fin de semana de carreras. Lo que planteas es cierto, pero con lo que le has contado debe estar procesándolo aún.
–¿Tú crees? Él es muy pragmático. Debería haberlo procesado. A menos que…
–¿A qué se refiere?
–¿Y si no lo aceptó?
–Él sabe lo que está en juego, no se va a negar a participar. Podrá no estar de acuerdo, pero sabe que no tiene salida. Las consecuencias son claras. Ya perdió bastante. No querrá perderlo todo.
–No me refiero a eso… Él sabe que su mano es perdedora. Es un buen jugador que sabe que ya no tiene ases. Sabe cuándo quedarse, cuándo doblar la apuesta, cuándo alejarse y cuándo correr. Y, como dices tú, no está dispuesto a perderlo todo.
–No lo creo capaz de doblar la apuesta, no tiene con qué. No puede alejarse, si se va al mazo pierde y sabe que no pierde solo él. Solo le resta quedarse y seguir jugando.
–¿Y si ha decidido correr?
–…
–No lo entiende, ¿verdad? Dile a Dos que busque la forma de entrar al departamento y que nos confirme que sigue allí y si está vivo. Ojalá no se

haya volado la tapa de los sesos. Muerto no nos sirve.

Luego de varias horas de prestar declaración testimonial, Alejandro, su guardaespaldas y el Dr. Milincovich salieron de la Fiscalía. La causa se caratuló como: “Alejandro Nieto s/ denuncia por amenazas y trata de personas”. El fiscal Muñoz decidió incluirlo, como se hace en estos casos, en el Programa Nacional de Protección de Testigos. Le ofreció un cambio de identidad, un nuevo domicilio para él y su grupo familiar.

–Discúlpeme señor fiscal, pero no puedo aceptarlo.

–Permítame hablarle con franqueza, señor Nieto. Y me voy a excusar de utilizar términos leguleyos. –El fiscal tomó aire, se inclinó hacia adelante para poder apoyar los codos en el escritorio, entrelazó los dedos de sus manos y prosiguió: –Si su denuncia es cierta, y quiero creer que lo es, se estaría ganando unos enemigos muy poderosos y sin ningún tipo de escrúpulos. Serán capaces de operar contra usted, usando la fuerza y la violencia; pero si para ellos usted es tan valioso, seguramente van a operar sobre sus afectos. Eso no le va a gustar. Créame, yo sé por qué se lo digo.

–Lo sé. Ya lo han hecho, o al menos sospecho que ha sido así, aunque no tengo pruebas de ningún tipo.

–¿No lo denunció?

–No fue a mí ni a mi grupo familiar a quienes atacaron. Fue a una persona con la que tengo cierta afinidad afectiva, y a su familia.

–¿Se refiere a su amante? Digo, por lo que dicen en los medios.

–Detesto que la llamen así; pero sí.

–Podemos incluirla en el programa. Ya no dependerá exclusivamente de mí, sino que deberé informarle al Juez Harrison y deberá autorizarlo. Será una formalidad, pero llevará unas horas, quizás como mucho, mañana. Claro está que ella y su grupo familiar deberán aceptarlo. Necesitaré que me indique los nombres de todo el grupo familiar.

Alejandro suponía que eso sería un golpe enorme para Sami. Sabía que sería lo más prudente aceptarlo, pero no tenía la certeza de que lo hiciera. Deberían cambiar de vida, dar un giro con un rumbo incierto que los alejaría de su entorno, sus amistades, las de los niños, el colegio… todo.

–Se los haré llegar cuanto antes. Deberé hablar con ella para convencerla. Ella no está al tanto de nada y esto le cambiará la vida a ella y a sus tres

hijos. Espero que lo acepte.
–No pierda tiempo. Si se enteran de su denuncia, su vida y la de sus afectos están en serio riesgo.
–Lo sé, créame que lo sé.
Alejandro quería marcharse y hablar con Sami, pero no pudo. Debió quedarse a firmar su declaración luego de leerla detenidamente. Al salir de allí con el Dr. Milincovich y su guardaespaldas, fue seguido por un auto de porte mediano y de color gris plata. Dentro iban dos oficiales de policía vestidos de civil que se quedarían apostados fuera del domicilio de Alejandro, para protegerlo.

–Atento, Mitte. Nodo Dos reportando. Rey negro no está en su casillero.
–Copiado. Vuelva a su posición y aguarde instrucciones. Mitte fuera.

–¡LA PUTA MADRE! ¡Inútil de mierda! ¡CERO!
Yamil llamó a su agente de confianza. Necesitaba localizar a Alejandro y saber qué había estado haciendo en esas horas.
–Nieto se nos escabulló. Dos lo perdió, me acaba de avisar que no está en su departamento. ¡Búscalo!… No, mejor no. Encárgate de averiguar qué demonios estuvo haciendo todas estas horas.
–He estado haciendo eso. En la oficina no está, no fue en lo que va del día. Tampoco ha estado en el taller. Su teléfono está inaccesible.
–¡No me digas dónde no está! Eso no me sirve. ¡Averigua dónde sí está!
En ese momento se acercó uno de los analistas y golpeó la puerta. Cero la abrió y le preguntó qué necesitaba solo con un gesto, elevando levemente el mentón mientras lo miraba fijo.
–Se activó el teléfono de Rey Negro hace unos instantes. –Le susurró el analista, un joven nerd de lentes grandes con marco metálico.
–¡Perfecto! –dijo Cero. –¿Dónde?
–En el juzgado.
Cero abrió los ojos de par en par y un frío recorrió su espalda. No le contestó al analista, le cerró la puerta en la cara y giró despacio para verla a

Mitte. Yamil se puso de pie lentamente, recargando el peso de su cuerpo sobre sus manos, las que había apoyado sobre su escritorio al levantarse de su silla ergonómica. No había escuchado lo que le habían dicho a Cero, pero a juzgar por sus gestos, no era nada bueno.

–¿Qué?

–Se activó el teléfono celular de Nieto… en el juzgado.

–¡MIERDA!

XLIV. La Ejecución.

La noche estaba en su apogeo. El movimiento vehicular era intenso y el ruido del tráfico taladraba los oídos, haciendo imposible pensar con claridad. En las veredas, las personas caminaban distendidas, ocupadas casi exclusivamente en encontrar un lugar para cenar o beber algo con amigos, la pareja o la familia. Los bares y restaurantes estaban bastante llenos.

Alejandro la había llamado. Necesitaba verla. No le quiso adelantar el motivo, pero Sami sospechaba de qué se trataba y se preparó para ello. Había viajado en subterráneo hasta la estación más cercana a la casa de Alejandro. Desde allí, debía caminar unas cinco cuadras. Podía hacer parte del camino a la vera de la avenida, donde el gentío siempre ofrecía mayor seguridad y minimizaba la posibilidad de ser abordada por algún ladrón oportunista; o bien podía internarse unas cuadras hacia el interior del barrio, donde el ambiente era más tranquilo. Recorrió solo dos calles por la acera paralela a la avenida; la promesa de tranquilidad dentro del barrio era muy seductora, sopesó finalmente el bullicio sobre la incertidumbre, y se internó por calles menos transitadas.

Llevaba un impermeable negro, unos zapatos de charol, negros también, con taco aguja y un bolso de cuero rojo carmesí. Caminó rápido las últimas cuadras. Si bien las calles tenían iluminación suficiente, había sectores donde se generaban penumbras y la mente de Sami no podía dejar de imaginar siluetas escondidas, cada sombra era un posible depredador; cada sutil sonido, una amenaza en potencia.

A los pocos minutos llegó al edificio. Saludó al personal de seguridad e ingresó al predio. De los tres edificios de departamentos del complejo, era en el más alejado donde se encontraría con Alejandro. El aire estaba algo frío y húmedo, pero era agradable. Ese lugar era un oasis de tranquilidad. El contraste entre el movimiento en la avenida y la pasividad del complejo era notable. Cuando llegó al hall subió al ascensor y marcó el número de piso. Estando sola en el cubículo, aprovechó para quitarse el impermeable y lo guardó en el bolso. Admiró su reflejo en el espejo mientras se acomodaba el vestido de vinilo rojo y las ligas negras sobre las medias rojas. Sacó el

labial y el rímel de un pequeño neceser que tenía dentro del bolso y se retocó el maquillaje. Los volvió a guardar al terminar y sacó una fusta. Estaba lista y era conveniente para Alejandro estarlo también.
Cuando el ascensor llegó a su destino, Alejandro estaba de pie frente a él. Se sorprendió al ver a Sami, no solo por el atuendo, sino por la actitud. Alejandro no estaba listo para eso, no era lo que tenía en mente. Pero él amaba esa faceta de Sami, y la suya también. Vestía una remera de algodón holgada y un pantalón de jogging. En su mano tenía un vaso con whisky con hielo. Sami estiró el brazo con el que sostenía la fusta y acarició con la punta de aquel elemento el rostro de Alejandro.
–Tiene un minuto para prepararme un campari de naranja y tres minutos para estar listo para someterse a mis deseos. Esta noche va a ser castigado.
Alejandro sonrió forzadamente ante la ironía del momento. Él estaba por darle una muy mala noticia y ella solo quería jugar. No quiso contradecirla. «¡Qué más da! Un último juego antes de que todo se vaya al demonio».
–Cambie esa cara de estúpido y vaya a hacer lo que le ordené. Le quedan 40 segundos para preparar mi trago. ¿O quiere hacerme enojar?
Alejandro se fue de inmediato a la cocina. Sami aprovechó y activó el sistema de sonido, que abarcaba toda la casa y permitía seleccionar en qué lugares de la casa escuchar música. Activó la zona de la sala de estar y de la habitación. De pronto percibió que algo no estaba bien. Le pareció ver una silueta detrás del sillón, pero la luz que entraba desde el exterior, a través del gran ventanal, le impedía ver con claridad. «Estoy alucinando. Veo las mismas siluetas que las que imaginé de camino aquí. Me asusto hasta de mi sombra», pensó y se rió de sí misma. Eligió una lista de reproducción con lo mejor de Sade. Ella amaba esa voz, su sensualidad la transportaba a un mundo etéreo, donde la realidad se desdibujaba hasta desaparecer. La misma sensación, el mismo sentimiento, la embargaba cuando con Alejandro se sumergían en el mundo del BDSM. Levantó el volumen para que nadie, fuera de ese departamento, escuchara nada de lo que allí pasaría. Luego ingresó al cuarto y comenzó a preparar todo lo necesario para someter a su esclavo. Ella se sentía cada vez más a gusto con el rol dominante y Alejandro disfrutaba como nunca antes ceder el control. Sobre una mesa pequeña, ubicada en un rincón, comenzó a colocar con un riguroso orden una serie de accesorios, como si de instrumental médico dentro de un quirófano se tratara; un juego de esposas, un plug de silicona, un arnés de cuero, un dildo macizo y otro con vibrador, de diferentes

tamaños, unas cintas de satén rojas, la fusta que ya tenía en sus manos, unas velas, una mordaza de goma y un antifaz.

Alejandro miraba sorprendido a la persona que estaba de pie al lado de la puerta que comunicaba la cocina con el comedor. No la había escuchado entrar al departamento. Quizás porque ya estaba adentro cuando él llegó.
–¿Qué haces aquí?
–Pensé que me recibirías de otra manera. –dijo ella en un tono seco, carente de emoción, mientras arrimaba la puerta con sutileza. Fue ahí cuando Alejandro vio el arma en su mano.
Alejandro no sabía demasiado de armas, pero sí lo suficiente para saber que era una pistola y que tenía puesto un silenciador.
–Estabas en Europa.
–Nunca me fui. Tenía que cuidarte el culo. Pensé que debía cuidarte de los demás, pero ahora me doy cuenta de que el peligro eres tú.
–¿Cómo? No entiendo.
–Y pensar que al principio me parecías un hombre inteligente. Resultaste ser demasiado ingenuo al fin de cuentas. Tarde o temprano no estiraríamos de tus artimañas. Nos has subestimado siempre. ¡Qué decepcionante! ¿Y cómo es eso de que tienes una amante? Otro error de tu parte. Encima les gusta el sadomasoquismo. ¡Guau! Alejandro, tú no dejas de sorprenderme. Y pensar que conmigo no ibas más allá del misionero y el doggy style. Cogías bien, no me quejo, pero eras básico.
–¿Quién eres en realidad? No te reconozco.
–Al fin una pregunta inteligente. El nombre por el que me conoces no es mi nombre real. Trabajé siempre para Yamil. Ella me reclutó. Mi nombre real no importa, puedes decirme Cero.
–Pero ella es empleada de Shneid… –Alejandro no terminó esa frase, pero concluyó con: –¡Qué hijos de puta!
Alejandro se giró y se apoyó en la mesada donde unos instantes antes estaba preparando el trago para Sami. En ese momento recordó que ella estaba ahí.

Sami esperaba por Alejandro. Como se demoraba, aprovechó para ir al baño en suite del cuarto y quitarse el vestido de vinilo. Era muy vistoso y le

gustaba la imagen que le devolvía el espejo, pero también le resultaba algo incómodo. Se quedó con la ropa interior, el portaligas, las medias y los zapatos de tacón. Regresó al dormitorio y se sentó al pie de la cama. Improvisó varias posiciones sensuales para adoptar cuando Alejandro ingresara con su trago, luego jugó con los dildos y probó que el vibrador funcionara. Lo encendió y lo apoyó en la palma de su mano, luego se acostó boca arriba y lo llevó a sus genitales.

–Escucha, no sé qué has venido a hacer aquí, pero sea lo que sea que te hayan pagado yo puedo…

–¿En serio piensas que esto es por dinero? –lo interrumpió. –Esto va más allá del dinero, incluso va más allá del poder. Esto es más grande que tú o yo, o tu amiguita con la que ahora te diviertes en ese jueguito de poder. Me resulta bastante infantil, ¿sabes? Dime ¿Qué sientes?

–¿Qué quieres?

–Yo no quiero nada. Yo sigo órdenes. Tú, sin embargo, eres incapaz de hacer lo que te dicen. Ni por las buenas, ni por las malas.

–Respóndeme primero. Dime lo que sientes cuando ella te somete. ¿Qué siente un hombre como tú que siempre ha tenido el control? Bueno, vamos a ser realistas, convengamos que te has creído la ilusión de tener el control. Tú nunca lo has tenido.

–¿De qué hablas?

–¿Crees que tú hiciste grande a Galtech? Fue Iván quien te conectó con Schneider Labs, y fue gracias a ellos que tu empresa creció para llegar a ser lo que es hoy. Ellos te dieron muchas de las fórmulas que has utilizado para crear los medicamentos con los que Galtech creció sideralmente. Tú sólo seguiste las indicaciones de tu socio. Un socio mayoritario que hoy controla la compañía. Viajaste a Alemania y a París, ¿verdad? –No espero una respuesta, ya la sabía. –Pero la planta industrial no está en Múnich, sino en las afueras de Grafing; lo mismo en París, la planta está en Porta, cerca de Andorra. Seguro al principio pensaste quedas ubicaciones tenía relación con beneficios fiscales, pero al fin de cuentas se te ha informado la razón real: privacidad y control, en un negocio, digamos… diferente.

–¿Hablas del tráfico de personas? –pregunto mientras se volvía a girar para mirarla de frente.

–Ah, bueno… parece que alguien al fin se ha despabilado un poco.
–¿Y qué tiene que ver eso conmigo?
–Todo Alejandro, todo. ¿Crees que he sido la única que trabajaba para Schneider Labs? ¿Quién te ha torcido la muñeca en la pulsada para designar al Director Técnico de Laboratorio?
–Yamil.
–Bien. ¿Y cómo se llama el Director?
–Wolf. Enrique Wolf. –Alejandro lo pronunció con un acento en inglés: “uolf”
–Enric Wolf. –lo corrigió. –Es con acento alemán y se pronuncia “volf”. Se hace llamar Enrique para no llamar tanto la atención. Veo que ha funcionado.
–¿Y quién es el Director de Muestreo?
–Carlos Hoff…mann. –hizo una pausa al decir su nombre. Comenzaba a atar cabos.
–¿Y el Director de Suministros?
–Becker.
–Yo le dije a Yamil que tarde o temprano ibas a cagarla. O te involucraban antes en el verdadero negocio o te quitaban del medio. Ya no eres de utilidad. A ver, no me malinterpretes. Has sido funcional, durante muchos años. Incluso fue gracias a ti que la causa judicial se archivó. Esa investigación hubiese puesto en riesgo toda la operación en América y Europa. Un punto a tu favor, pero acumulas muchos en contra. Ni siquiera has sido capaz de entender las indirectas. ¿Crees que a tu amante intoxicó a su familia porque cometió un error involuntario? Ese fue un mensaje para ti, y no has sido capaz de verlo. Ella no los envenenó por error, fui yo quien le cambió los ingredientes para que lo hiciera sin saberlo. Hasta el perro les maté.
–¡Hija de puta! ¡Eres un monstruo! –gritó con rabia Alejandro.
Su corazón latía más rápido y su piel comenzó a sonrojarse. Tenía claro que estaba en desventaja. Ella tenía el arma. Imaginó varias formas de atacarla, pero ninguna le auguraba el éxito. Pensó en Sami, en los problemas que él le había ocasionado. Recordó que estaba allí, con ellos, en el departamento y esperaba que no se involucrara y, por sobre todo, que esa mujer, que supo ser su esposa, no la descubriera. Se tranquilizó lo más que pudo.
–¿Y ahora qué piensas hacer, Carolina? –le preguntó.

A Sami el tiempo le había pasado volando. Al llegar a su segundo orgasmo consecutivo, apagó el vibrador. La playlist que había puesto en el sistema de audio había finalizado. Fue ahí cuando escuchó voces. Se acercó a la puerta del cuarto y la abrió con cuidado. No lograba entender lo que decían, pero supo que Alejandro estaba con una mujer. Buscó su impermeable y se lo colocó. La curiosidad la hizo acercarse con cautela. Llegó a la puerta de la cocina que estaba entreabierta. Se ubicó a un lado del marco y pudo escuchar con mayor claridad la conversación.

–¿Hablas del tráfico de personas?

A Sami se le erizó la piel y se puso en alerta.

–Ah, bueno… parece que alguien al fin se ha despabilado un poco.

–¿Y qué tiene que ver eso conmigo?

–Todo Alejandro, todo. –Sami comenzó a temblar. «¿Tráfico de personas? ¿De qué demonios hablan?» –¿Crees que he sido la única que trabajaba para Schneider Labs? ¿Quién te ha torcido la muñeca en la pulsada para designar al Director Técnico de Laboratorio?

–Yamil.

–Bien. ¿Y cómo se llama el Director?

–Wolf. Enrique Wolf.

–Enric Wolf. Es con acento alemán y se pronuncia "volf". Se hace llamar Enrique para no llamar tanto la atención. Veo que ha funcionado.

–¿Y quién es el Director de Muestreo?

–Carlos Hoff…mann.

–¿Y el Director de Suministros?

–Becker.

–Yo le dije a Yamil que tarde o temprano ibas a cagarla. O te involucraban antes en el verdadero negocio o te quitaban del medio. Ya no eres de utilidad. A ver, no me malinterpretes. Has sido funcional, durante muchos años. Incluso fue gracias a ti que la causa judicial se archivó. Esa investigación hubiese puesto en riesgo toda la operación en América y Europa. Un punto a tu favor, pero acumulas muchos en contra. Ni siquiera has sido capaz de entender las indirectas. ¿Crees que a tu amante intoxicó a su familia porque cometió un error involuntario? Ese fue un mensaje para ti, y no has sido capaz de verlo. Ella no los envenenó por error, fui yo quien le cambió los ingredientes para que lo hiciera sin saberlo. Hasta el perro les maté.

Parecía que el mundo a su alrededor comenzaba a caerse a pedazos. El aire le era insuficiente. Sus piernas no podían sostenerla. Tuvo que sostenerse con una mano del marco de la puerta para no caer al suelo.
–¡Hija de puta! ¡Eres un monstruo! –le escuchó gritar a Alejandro. –¿Y ahora qué piensas hacer Carolina?
–Ahora debo quitarte del medio.

El sonido fue imperceptible. Al instante un golpe en el abdomen sorprendió a Alejandro, como si una piedra de tamaño pequeño le hubiese pegado con fuerza. Miró a su agresora perplejo. «¿Qué has hecho? ¿Cómo has podido?», pensó mientras retrocedía, un poco por el impacto en su cuerpo y otro tanto porque sus piernas perdían fuerza. Su espalda hizo contacto con una pared y se dejó caer despacio hasta quedar sentado en el suelo. Comenzó a sentir un extraño calor en la zona del impacto. Por instinto la había cubierto con su mano. Lentamente la separó de su abdomen para ver qué tenía allí. Sangre. El disparo lo había atravesado. La pared detrás de él tenía ahora dibujada una gran pincelada roja que trazó Alejandro al deslizarse.
Carolina había avanzado unos pasos hacia Alejandro, con la intención de rematarlo. Sami, desbordada de furia, entró como una tromba, tomó una sartén de la cocina y con un revés a dos manos le asestó un golpe en la nuca. Carolina cayó de rodillas, sin entender qué había pasado. Cuando intentó apuntar a su agresora con el arma, recibió un segundo golpe en la muñeca, haciéndole caer el arma. Sami, envalentonada tras asestar los primeros golpes, le lanzó un tercero, al rostro; pero Carolina, lo neutralizó con su antebrazo y, con un certero movimiento de su cuerpo, aprovechando su peso mientras se ponía de pie, le acertó un gancho de derecha en la mandíbula. El golpe fue preciso. Sami golpeó pesadamente contra la pared, amortiguando la caída, para terminar en el piso. Carolina avanzó sobre ella hasta quedar de pie, con las piernas abiertas, a la altura del torso de Sami. La observó como un cazador observa a una presa escurridiza que acaba de someter. Luego se arrodilló, inmovilizándole los brazos con sus piernas, y comenzó a darle golpes de puño en el rostro. El rostro de Sami comenzó a hincharse y la sangre a emanar sobre los cortes en su piel. Carolina estaba fuera de sí, obnubilada, destruyendo a su presa.

Alejandro se puso de pie, a pesar del dolor y la debilidad de su cuerpo. Avanzó sosteniéndose de la mesada y se abalanzó sobre Carolina para impedir que continuara. No tuvo éxito. Carolina, con una toma de lucha, logró quitárselo de encima. Él impactó en la mesada, y en un intento por no caer al suelo, manoteó los utensilios que se encontraban allí. Finalmente su destino fue la fría superficie del porcelanato. Carolina olió sangre de nuevo. Enceguecida buscó liquidar a Alejandro, que se encontraba casi inconsciente en el suelo. Rodeó con sus manos el cuello de Alejandro y comenzó a apretarlo. Los ojos de Alejandro se abrieron por completo y comenzaron a teñirse de un rojo rubí. La miraba desconcertado, sin poder comprender cómo la mujer con la que había compartido los últimos años lo había traicionado y ahora estaba por acabar con su vida.
Sami, que había recobrado parcialmente la consciencia, se puso de pie y tomó lo primero que encontró. La tostadora golpeó la sien izquierda de Carolina y su cabeza golpeó el mármol de la mesada. «¡Al fin!» pensó Sami, pero lejos de dejarla fuera de combate, Carolina reptó por sobre el cuerpo de Alejandro y se estiró para tomar la pistola. La alcanzó y mientras la tomaba con la mano derecha, sonreía, imaginando la escena final con su enemiga muriendo con un balazo en la cabeza. Pero no logró hacerla realidad, tan pronto como giró para apuntarle, Sami se abalanzó con un cuchillo de cocina que Alejandro había tirado al suelo un instante antes. La hoja entró dócil y fue directo al corazón. Un quejido gutural acompañó la última exhalación y su corazón se detuvo al instante.
Sami se puso de pie tan rápido como pudo. Aún sostenía el cuchillo en su mano. Miró el cuerpo de Carolina. Tenía los ojos abiertos, sus ojos carecían de brillo. Miró el cuerpo de Alejandro, tendido en el suelo, inmóvil. Ambos cuerpos estaban bañados de sangre. Un charco se esparcía entre ellos. La escena le pareció dantesca y sintió que le era ajena, pero la imagen que le devolvió el reflejo en la ventana la trajo de un cachetazo nueva a la realidad. Bajó la vista y observó el cuchillo en su mano. La sangre goteaba por la punta y se sumaban al charco a sus pies. El rojo del impermeable, que aún llevaba puesto, disimulaban la sangre salpicada, pero era evidente el rastro que habían dejado en su piel y en su ropa interior. Sus ojos se llenaron de lágrimas y comenzó a esnifar como una niña. No podía moverse. No podía soltar el cuchillo con el que había matado a su agresora, con el que había intentado defender a la persona que amaba. Observó a Alejandro de nuevo. Miró su rostro, sus labios. Una ráfaga fugaz de

recuerdos la embargó. «Esos labios suaves como la seda. A tu lado nunca supe distinguir de qué lado de la realidad me encontraba. ¡Maldito ladrón! Me robaste el corazón y te lo llevas contigo. Y ahora… ¿Qué hago?»

Sami soltó el cuchillo y se dejó caer despacio de rodillas. Se arrastró, con las pocas fuerzas que le quedaban, hasta llegar al cuerpo de Alejandro. Lo abrazó. Lo besó. Lo lloró. Cuando su llanto comenzó a ceder, producto del agotamiento, escuchó un quejido sutil, un hálito de esperanza. Alejandro estaba vivo.

XLV. La Limpieza.

–¿Qué? ¿Limpiar qué?
–Lim… limpiar la… alfombra. Llámalo y di… dile eso.
–¿A quién? –Desorientada y dolorida, tomó el teléfono que Alejandro tenía en el bolsillo. El aparato no le reconoció el rostro y exigió la clave. Presionó "intentar nuevamente" y lo apuntó a la cara de Alejandro. La pantalla se desbloqueó. Accedió a la agenda y solo figuraba un contacto: Cleaner. Presionó en el nombre y el aparato inició la llamada.
–Diga. –La voz, del otro lado de la línea, no fue amable ni amistosa, más bien seca y autoritaria.
–¿Hola? –Respondió Sami. Su voz transmitía duda e incertidumbre.
El aparato se quedó en silencio. Sami lo alejó de su oreja para ver la pantalla y confirmar lo que sospechaba. Habían cortado. Alejandro, con ese hilo de voz y con las pocas energías restantes en su ser, le dijo que llamara de nuevo. Marcó y puso el altavoz.
–Diga.
–Lim-pie… –Alejandro se desmayó. Sami asumió lo peor.
–¡Necesito que venga a limpiar la alfombra!
–Entendido. ¿Dónde?
–En el departamento de…
El Comisario la interrumpió de inmediato.
–En la residencia de él, ¿verdad?
–Sí. –Sami, que todavía continuaba en estado de shock, comenzó a notar que sus fuerzas la abandonaban. Quería llorar, necesitaba hacerlo, pero no tenía fuerzas. –¡Rápido! Por favor.
Del otro lado de la línea cortaron la llamada. Sami dejó caer el teléfono al suelo y se acercó a Alejandro. Se colocó a su lado y apoyó su espalda contra la pared, luego tomó el cuerpo de Alejandro de las axilas y lo acercó a ella, para que su cabeza reposara sobre sus piernas.

El tiempo se disolvió en una neblina de la que Sami solo salió cuando unos golpes en la puerta de servicio atravesaron el silencio.
–Soy el señor de la limpieza. Abra. ¿Puede hacerlo?

Sí, podía oírlo, pero no tenía fuerzas para acercarse a abrir la puerta. Tampoco para responder la pregunta. Matlock no volvió a preguntar, tampoco necesitaba esperar que le abrieran. Unos segundos después había logrado desbloquear la cerradura e ingresar. Se detuvo no más de dos segundos en la puerta y la cerró tras de sí. La escena podría haber sorprendido a muchos, pero no a él. Encendió la luz principal. Sami lo miró con los ojos entrecerrados. Sus ojos tardaron en adaptarse a la luz unos segundos. Cuando lo hizo pudo distinguir a un hombre mayor, aunque no viejo, con una gorra con visera y vestido todo de negro. Le llamó la atención el detalle de sus guantes de látex, eran celestes.
–Tranquila. ¿Eres Samantha?
Ella asintió con la cabeza. Ese breve movimiento le costó un severo dolor que se esparció por todo el cráneo. Le vinieron ganas de vomitar, tuvo arcadas, pero logró contenerse.
El Comisario le tomaba el pulso a Carolina. La miró a Sami y notó cómo abría sus ojos; su boca, que un instante antes reflejaba el dolor, ahora se había transformado en una delgada línea roja.
–Calma, está muerta.
El alivio pronto se reflejó en su rostro también.
–Alejandro. Revíselo por favor.
Matlock se acercó a ambos y puso dos dedos en la arteria carótida de Alejandro.
–El pulso es algo débil. –dijo, con la austeridad de un médico en una revisión de rutina. Levantó la remera y revisó la herida. Con la ayuda de Sami lo giró hasta ponerlo de costado y pudo ver que tenía un orificio de salida. Observó el color de la sangre y agregó: –No está tan mal, podría ser peor. ¿Tú cómo estás? ¿Tienes otras heridas, además de las visibles?
–Me duele todo, pero estoy bien.
–Eso es bueno, porque te necesito.
El comisario abrió su bolso y extrajo uno más pequeño. Sacó de allí unas gasas y unos frascos con líquidos. Limpió superficialmente la herida de bala de Alejandro y le puso dos paños de gasa limpios en los orificios que había generado la bala.
–Aprieta bien fuerte de ambos lados. Si lo haces bien pronto estarán juntos tomando unos daiquiris en la playa. Esta es tu misión. ¿Entendido? Ahora vendrán mis muchachos para terminar de limpiar todo.

Sami no respondió, pero el Comisario sabía que había recibido el mensaje porque comenzó a contener el sangrado. El cerebro de Sami se había aletargado y sus sentidos se desconectaban más y más con el paso del tiempo. Pudo observar siluetas entrar y salir por aquella puerta, un zumbido sordo retumbaba dentro de su cabeza como si proviniese de un túnel repleto de agua. Percibía un olor metálico que le quemaba la nariz por dentro y su boca la notaba pastosa, lo único líquido que sentía en ella era su propia sangre, que al tragar le dejaba un sabor amargo y áspero. El simple acto reflejo e involuntario de pestañar le demandaba mucho más tiempo. Cada vez que cerraba los ojos le costaba mucho volver a abrirlos. Cerró los ojos y cuando los abrió, percibió unas siluetas en la puerta por donde había ingresado el Comisario. Volvió a cerrarlos.

–Pasen, pasen. Rápido y en silencio. ¡Vamos!–Matlock recibió a su equipo. Las primeras tres personas ingresaron al departamento. Los tres tenían overoles blancos de pies a cabeza y utilizaban cofias, barbijos y antiparras transparentes. Uno de ellos era el especialista en informática, un hacker experto apodado QBt. «¡Malditos nerds y sus nombres raros!», pensó el Comisario. Este nerd había sido responsable de detectar vulnerabilidades en la intranet de la Agencia de Inteligencia, y de "secuestrar" archivos con información clasificada de la Agencia de Fiscalización y Recaudación fiscal, junto con un grupo radical llamado: Neohacks. Su tarea era sencilla y para eso solo requería una laptop y una conexión directa al sistema de seguridad del complejo de edificios donde residía Alejandro. Mientras parte del equipo ingresaba, el Comisario daba instrucciones a las otras personas, que realizarían tareas especificas fuera del departamento de Alejandro.
–Tú, averigua a qué vehículo corresponden estas llaves. Es un Mercedes Benz. Una vez que lo encuentres llévalo cerca del río, debajo del Puente de Los Inmigrantes, "límpialo" y espera a que llegue con el paquete. Y tú, ve a la caseta de seguridad y entretén al guardia para que nuestro especialista se conecte físicamente a la centralita de seguridad, la hackee y borre los videos.

Sami estaba casi totalmente desconectada del mundo cuando un latigazo punzante le invadió la nariz. Parecía que el fuego le recorría las fosas nasales. El olor mordaz y agresivo le llegó hasta la garganta y ascendió con violencia hasta los ojos. Su reacción fue instantánea, respiró en un espasmo violento. Su cuerpo reaccionó mucho antes de que se diera cuenta. Abrió los ojos de par en par y comenzó a toser. Su corazón palpitaba con tanta fuerza que parecía querer salir de su pecho.

–Tranquila, tranquila.

Seguía sentada en el mismo lugar. Pero Alejandro ya no estaba. La ayudaron a ponerse de pie y la llevaron hasta la puerta. Allí la asistieron para que se quitara la ropa manchada de sangre y se coloque un overol blanco, no por la existencia de riesgo biológico, sino para no manchar nada fuera de la escena del crimen. Luego le acercaron una silla de ruedas y se la llevaron. Los limpiadores y el hacker QBt se retiraron con ella. El comisario se quedó solo. Esperaba a otras dos personas.

El primero en llegar fue un comisario real: Manuel Olivetti. Conversaron brevemente mientras aguardaban la llegada de la otra persona. Olivetti había llegado solo. No llegarían más efectivos policiales, no allí. Un llamado anónimo informaría de un auto incendiado con dos cuerpos bajo el Puente de los Inmigrantes.

–La puta madre, ¡qué bien viven algunos! ¿No? –comentó Olivetti.

Matlock no respondió. El comisario, el real, flexionó las rodillas y se quedó en cuclillas, para mirar de cerca el cuerpo de quien se haría pasar por Alejandro. Fue en ese instante en que se escuchó llamar a la puerta.

–Adelante doctor.

Ingresó sin saludar. Se acercó al cuerpo y se inclinó, mirándolo por encima del hombro del comisario Olivetti.

–La contextura física puede andar, pero no son muy parecidos.

–El fuego hará lo suyo y el comisario Olivetti ayudará para que todo cierre. Luego todo dependerá de usted y del Juez.

–Ahora se llevan los dos cuerpos, ¿verdad?

–Sí. Los llevaremos a la escena del crimen que armamos.

Los limpiadores volvieron a ingresar al departamento. Metieron los cuerpos, que ya estaban preparados en bolsas plásticas, dentro de unas maletas grandes. Matlock dio instrucciones a su personal y terminaron de adecuar la escena. Al terminar el trabajo allí, el equipo de limpieza se marchó junto con Olivetti, para ir luego bajo el Puente de los Inmigrantes.

No cabían todos en el ascensor. Matlock se quedó esperando que volvieran a enviar el transporte vertical, junto al doctor.
–Matlock.
–Si doctor.
–No se olvide de lo que acordamos.
–No se preocupe. Ahora que su hijo ha vuelto a casa, recuperaremos toda información para que no queden rastros. Lo seguiré de cerca personalmente.

XLVI. El Hallazgo.

**ENCUENTRAN AUTO INCENDIADO
CON DOS CADAVERES EN SU INTERIOR.
NO HAN LOGRADO IDENTIFICARLOS.**

**MACABRO HALLAZGO BAJO EL PUENTE:
AUTO INCENDIADO CON DOS CUERPOS
EN SU INTERIOR, SIN IDENTIFICAR.**

Algunos medios digitales, como El Heraldo y Crónica, publicaron la información en la sección de noticias policiales, sin darle mayor importancia. En la escena del crimen se encontraba el Comisario Olivetti, quien, haciendo caso omiso del pedido del personal forense, se encargó de hurgar en el lugar, sin utilizar guantes ni elementos adecuados, contaminando “accidentalmente” algunos elementos de prueba.
–¿Qué es esto? –Preguntó dirigiéndose a los forenses.
–¡No lo vaya a tocar con la mano! –Le gritó, pero ya era tarde.
El agente del área forense no tenía intenciones de gritarle a un superior, pero lo hizo sin pensar. En un acto instintivo se tapó la boca, al darse cuenta de que no era la mejor forma de pedírselo al Comisario. Se acercó rápidamente, con una bolsa hermética en la mano. Ambos observaron el crucifijo que colgaba del cuello de uno de los cuerpos calcinados y que el comisario sostenía en su mano. Más tarde se darían cuenta de que en realidad era una daga con una leyenda en latín: Nosce te ipsum. Lo que nunca sabrían es que ese colgante había sido puesto allí por el propio Olivetti antes de incendiar el automóvil. Ese sencillo elemento le serviría luego al fiscal Muñoz para acreditar la identidad del occiso: Alejandro Nieto. El otro cuerpo fue identificado como Carolina Mont Blanc, propietaria del automóvil incendiado en donde se hallaban los cuerpos.

XLVII. El Poder que Habita en Mí.

La habitación es amplia y bien iluminada. En la decoración predominan claros tonos de color beige en las paredes, que combinan a la perfección con el marrón claro de los muebles de madera. El estilo de diseño de la sala es minimalista. Junto a la pared, y cubriéndola casi por completo, una biblioteca enorme alberga cientos de libros y varios adornos. El escritorio está prácticamente despojado de elementos: un teclado, un mouse y una pantalla, un bloc de notas de papel, un par de bolígrafos y un portarretratos, cuya ubicación no permite que se vea la imagen desde el lugar que ocupa el paciente. Una ventana permite al sol de la mañana ingresar a la habitación, bañando todo a su paso y calentando el ambiente de un día, casi como cualquier otro, de inicios de la primavera. En el centro de la habitación una gran alfombra color mostaza, que hace juego con un sillón individual. Frente a él un sofá de tres cuerpos con varios almohadones, en color beige algunos y otros en color mostaza. Sobre el tapizado blanco del sillón, los almohadones de colores resaltan como vibrantes pinceladas. El único verde es el de las plantas de hojas grandes ubicadas sobre macetas nórdicas en los rincones de la sala.

Dra. Lena Suárez - Notas de Sesión: Victoria Álvarez (Confidencial).
Programa: Protección de Testigos.
Fecha: 24/09/2025 (un año después de La Limpieza) Victoria se sienta frente a mí. Puedo notar cómo ha cambiado su postura. Ya no se hunde en el sillón, con los hombros caídos y la cabeza gacha, como buscando refugio y protección. Se sienta erguida, con las manos en su regazo, tranquila. Puedo ver cómo la luz del sol dibuja sombras en esas discretas cicatrices que apenas se vislumbran en su rostro. Son vestigios de una batalla que sólo ella y yo conocemos en detalle.

–¡Bienvenida! ¿Cómo estás?

–He estado escribiendo sobre ella. –Me dice sin preámbulos.

Se refiere a la mujer que supo ser. Durante meses se ha referido a ella como si fuera un ente, alguien ajeno a sí misma a quien miraba con desprecio y

algo de piedad.
–¿Y qué has escrito? –Le pregunto manteniendo mi tono neutro, pero afable.
–Sobre el miedo que le tenía. No a ella, sino a lo que ella significa: debilidad, sumisión. –Dice mientras me mira directo a los ojos. Noto seguridad. –Tenía miedo de volver a ser ella, de que su inseguridad me devore, me fagocite. Pensaba que si le permitía acercarse, si recordaba cómo se sentía ser ella, toda esa fragilidad me contagiaría, que el rojo de su sobretodo de látex manche el blanco de mi nueva vida.
El avance desde la primera consulta es enorme. Recuerdo la abismal diferencia con nuestras primeras sesiones, cuando el silencio sobre la noche del incidente era absoluto. Al fin, cuando logró hablar, lo hizo como una mera testigo, disociándose por completo de la protagonista de su propia historia. Se refería a esa persona como “la mujer” o simplemente “esa”.
–Ya no le teme.
–No.
–¿Puede nombrarla?
–Sí. –Me responde asertiva, pero su respuesta es seca, sin un atisbo de sentimiento. Clavo mis ojos en los suyos sin decir nada ni hacer ningún gesto, solo aguardo. Me devuelve la mirada. Un instante después agrega: –Puedo hacerlo.
–…
–Ya no le temo a Sami.
–Tampoco le temes al color. –Digo mientras señalo con la mirada a la fusta de cuero rojo que asoma del bolso de diseño a su lado.
Sonríe. Es una sonrisa honesta, genuina. Da claros indicios de que Victoria ha aprendido a comulgar con sus sombras del pasado.
–Me lo regaló Martín. –Hizo una pausa que decidí no interrumpir. Luego prosiguió. –Me di cuenta de que ese rojo no solo es sangre. También es poder. He entendido que el BDSM puede ayudarme a procesar el trauma. Al principio pensaba que solo era un juego, pero me transformó entonces y me ayuda ahora.
–Además de ayudarla, ¿qué más es para usted? –Le doy un pequeño empujón para que continúe con el proceso.
–Es mi lenguaje. Nuestro lenguaje. –Me genera admiración la forma en que lo dice. Hay seguridad en sus palabras y tranquilidad en sus gestos. –Cuando estoy con Martín, y él me entrega el control, no se trata del dolor ni

de la humillación. Se trata de la confianza. Se trata de que él me permite ser la arquitecta de nuestro placer, de nuestra seguridad. En ese cuarto, yo establezco las reglas. Yo decido los límites. Y él... él se siente seguro en mis manos. –Su mirada se pierde por un instante, y sé que está reviviendo una escena. –Y yo... yo aprendo que tener poder no significa destruir, sino todo lo contrario: Significa crear.

«Finalmente conectó los puntos», me digo a mí misma. Cerró el círculo y ha resignificado el poder. Ya no es violencia, la de Ricardo o Carolina; es consenso, es un pacto con Martín, también es control. Lo ha logrado. Ahora puede mirar atrás, sanar heridas, cerrar las cicatrices del alma. No se irán, seguirán allí para recordarle quién fue y, sobre todo, el proceso de sanación que la hizo ser quien es hoy.

–Esa noche… –detengo mi escritura para escucharla con toda mi atención. –cuando tomé el cuchillo… no era esa Sami, tampoco esta Victoria, era Yo, era ambas. Fue la urgencia, la desesperación de Sami, el miedo a morir sin haber realmente vivido, y fue la fortaleza de Victoria, la que hoy tiene nombre, pero que nació cuando nació el amor que nos unió con aquel Alejandro, con el Martín de hoy. Una mató para sobrevivir, la otra mató para proteger este amor. No puedo separarlas, son un amalgama en una misma vida. Ahora lo comprendo.

Asiento, mientras la miro fijamente. Sus ojos confirman sus dichos.

–Suena como si se hubiera perdonado. –Le digo.

–No necesito hacerlo. No hice nada malo. Lo que hice, lo hice porque fue necesario. Hice lo que tenía que hacer. –mientras lo decía sus ojos se humedecieron y las lágrimas comenzaron a recorrer sus mejillas. No eran lágrimas de dolor, como las que antes veía en ella, estas eran de calma, de comunión. Representaban una aceptación ganada a pulso.

Supe que nuestra terapia había llegado a su fin. Era el final de la metamorfosis. La crisálida al fin se había roto y ella había aprendido no solo a volar, sino también a admirar la belleza de sus alas, teniendo presente el oscuro recuerdo del cascarón del que había salido.

* * *

Lo observo. Lo admiro. Apoyada sobre mis rodillas y mis manos me ubico sobre su cuerpo, tapando la luz que lo ilumina. Sus ojos permanecen cerrados, su respiración es calma. Su boca, la que me hizo prisionera de este amor, está cerrada, como sus ojos. Quiero besarlo, pero me quedo inmóvil, ausente. Mi memoria me trae el recuerdo de nuestro primer beso, la piel contra la piel en el motorhome, cada momento en que nos permitimos ser y sentir sin restricciones. De pronto abre los ojos, sus labios dibujan una sonrisa y sus brazos me atrapan. El movimiento es tan brusco que la arena entra en mi boca al momento de gritar. Se abalanza sobre mí y me gira. Es ahora él quien se ubica sobre mí, interponiéndose entre la luz del sol y yo. Reímos. En realidad él ríe, yo intento hacerlo, pero termino escupiendo arena. Los niños corren hacia nosotros y se nos arrojan encima. Reímos juntos, en familia.

Ha pasado un año ya desde “esa noche”. Nuestras vidas dieron un giro completo, y aunque seguimos adelante, no ha sido fácil. Las escenas aterradoras de ese día, que a menudo me visitan en sueños, hoy son parte de los cimientos de una nueva vida.
La adaptación ha sido un universo en sí mismo, pero los niños poseen esa asombrosa habilidad para los nuevos comienzos. Todo les cuesta menos. Martín los va a buscar a la salida del colegio los días en que yo doy clases. Parecemos la familia de la pradera, pero ahora vivimos cerca del mar, sobre una hermosa playa. Tenemos una casa preciosa que refaccionamos y decoramos entre todos. Tiene un patio con una puerta por la que se accede directo a la playa. En el frente, un hermoso cartel hecho por los niños da la bienvenida a los amigos que dice en letras grandes y multicolores: Familia Álvarez. Aún no hemos hecho nuevos amigos, pero eso es cuestión de tiempo. Extraño a Melina. Extraño su risa, sus consejos descabellados, la paz que emanaba por simple hecho de estar. Dios, qué bien me haría hablar con ella.
Martín se ha recuperado de las heridas sufridas aquella noche. Las ventajas de ser un deportista de alto rendimiento. Ya ha dejado el automovilismo, ahora lo seducen los deportes acuáticos, además de mí, claro está. Es un hombre diferente: trabaja gerenciando un hotel de playa, practica kite-surf en sus tiempos libres y se convierte poco a poco en un padre ejemplar para los niños.

Él fue un pilar fundamental en la investigación del fiscal Muñoz. Su declaración inicial fue crucial para desmantelar una de las organizaciones criminales más grandes. Para el mundo, Alejandro Nieto murió en un trágico incidente de violencia doméstica, defendiéndose de su pareja, quien también murió. Yo jamás he estado allí. No hay registros de Sami, la dómina, y de su esclavo Alejandro en ese expediente. Hoy me lo tomo a risa, pero si no fuera por el Limpiador de Alfombras, no estaríamos aquí ahora. No volví a ver a aquel hombre mayor, pero el recuerdo de su voz calma y su aparente profesionalismo no lo olvidaré jamás. A veces me tienta preguntarle a Martín sobre esas personas, pero es mejor no saber, creo.
Yo he aprendido a resignificar el Amor. Las circunstancias que nos han traído hasta aquí me han transformado como jamás imaginé. Ya no soy la misma mujer. Ahora enseño literatura, doy clases de Narrativa para niños y adolescentes. También estoy a punto de terminar el manuscrito de mi primer libro, al que he llamado: *“El poder que habita en mí”*. Aún no he definido si lo publicaré bajo un seudónimo o con mi nombre, el nuevo, claro. Debido a que formamos parte del Programa de Protección a Testigos, hemos tenido que cambiar de nombres, además del lugar de residencia, de amistades, de trabajos, de escuelas... de vida. Recuerdo cuando me preguntaron qué nombre elegiría para mi nueva vida. El comentario de la mujer detrás del escritorio, que completaba el formulario con los nuevos datos, me dijo: –Usted ha vuelto a nacer, pero a diferencia de cuando era un bebé, ahora puede elegir su propio nombre. Dígame, ¿cuál es su nombre?
–Mi nombre es Victoria.

Acerca del autor

Pablo A. Bravo

Escritor argentino, publicista y especialista en marketing y comunicación. Su interés por el suspenso, el terror y las dinámicas del dark romance lo llevó a explorar historias donde el poder, la identidad y los límites emocionales se entrelazan. Espirales es su primera novela publicada, un debut que combina tensión psicológica, deseo y corrupción.
Puedes conocer más sobre su trabajo en espirales.com.ar.